©1[1] José D. Díez

Yo, Alejandro

PRIMERA PARTE

1[1] Inscrito con el número 1400 en el Registro de la Propiedad Intelectual de Málaga, 6 de Noviembre de 1995, bajo el título "Era bueno y suficiente"

Si miras para un lado, verás lo que te sobrepasa; si miras para el otro, verás lo que te sobreviene; si miras hacia adelante, verás lo que te sobrecoge; si miras para atrás, verás lo que te sobrecarga; si miras para arriba, verás lo que te sobrexcede; si miras para abajo, verás lo que te sobrevive. Pero si miras hacía ti mismo, sólo verás lo que puedes hacer entre tanta adversidad. Puede que tengas que cerrar los ojos y caminar a ciegas, pero cada paso que des, lo habrás dado tú mismo.

En esas estaba el autor, cuando comenzó a escribir lo que sigue.

PRIMER PERIODO

Cuando observo esos insignes personajes de la ficción, creados para embaucar, tan desdichados como cualquier hombre real con empeños más allá de la propia miseria que arrastra, me digo que no quiero ser uno de ellos. ¡Qué bellos poemas, los que cantan! ¡Qué maldito teatro

con su seductor palabrerío! Y pensar que yo tuve alguna vez el deseo de emularlos... Que sean de los hombres o de los dioses que los crearon, que los utilizaron con una orgía de palabras rebuscadas puestas en sus bocas, y que gocen unos y otros de la inmortalidad que le otorgan los hombres mortales o los desconocidos dioses. ¡Qué inmortalidad más estúpida! ¡Qué paradoja tan risible!

No importa encontrar respuesta a lo oculto para nosotros. Inferir el porqué de las cosas, nos llevaría a ser dioses auténticos. Estamos adheridos a las ubres de la tierra, ciclo de especie nacida para morir sin vivir humanamente el intermedio. ¿Me interesa alcanzar ese estado?

Pero no, no seré yo el que recurra a la retórica elevada, a las metáforas que el hombre utiliza para describir los paraísos perdidos con los que soñó en la tierra y más allá de la misma tierra, y no, tampoco aquellos cielos en los que dicen que mora Dios y sus ángeles emisarios, los buenos y los malos, prestos para recibirte, en cuyo caso sería disculpable mi inocencia. Pero, son unos infelices, aunque sus sueños no hagan mal a nadie. Si nadie en los cielos o en la tierra me ofreció diferente oportunidad de ser lo que fui, lo que pronto dejaré de ser, no hay motivo para la lírica o el leguaje engolado que sólo seduce a los imbéciles.

Cómo habría de caer yo en semejante frivolidad...

Pero algo debo decir, después de todo, porque aún mi pensamiento trabaja, en mucho, para justificar mi decisión.

Cuando mi pensamiento se concentró en conocer el secreto de mi vida, y aclaro, digo mi vida, no de la vida inaprehensible para el hombre, sólo llegué a concluir que había sido buena y suficiente como vida vivida en un drama que no gobernamos. Y siendo así, ¿qué más

podía pedir? ¿Qué más podía soñar un hombre singular como yo? ¿Repetirla? ¿Agotarla? ¿Aferrarme a ella y no desfallecer de impotencia, sobre todo para vencer el terror de sentirme al final, al final de una vida que ya no podría rehacer como quisiera?

Si algo no soy es ser un iluso. Sí puedo decir, al fin, que he alcanzado por mí mismo un sentimiento de paz interior, o al menos puedo pensar que así es, y eso es suficiente y bueno como balance cerrado para un hombre especial como yo. ¿Qué me falta antes de agotar una vida que se vislumbra precaria? Dudo que haya muchos hombres que lo han conseguido, lo pretendieran o no; desde luego ninguno de esos voceros que han sembrado la tierra de semillas estériles, pensando, a buen seguro, ¡los muy estúpidos!, que darían exuberantes frutos para aquellos que habrían de pagarles, y por haber idealizado sus pobres vidas, con gloria e inmortalidad.

Ahora, y para no encontrarme ante esa misma impotencia que ellos, a buen seguro, se encontraron cuando la muerte les sorprendió sin posibilidad de elucubrar de diferente modo, debo anticiparme con un acto de mi libérrima voluntad. Será el único, y no debe ser menos bueno para un hombre como yo, que no ha de tener miedo, que no ha de justificarse ante los demás, y que tampoco se humillará ante los dioses, supuesto que existan, y si me piden cuentas por haberme salido del guión que ellos me marcaron.

Esta comedia, la que he representado, la que, probablemente, me fue destinada, llega a su fin por propia decisión, la decisión de un comediante rebelde, si se quiere; bajare el telón, destruiré conmigo el teatro; ya no habrá más un escenario en el que vuelva a ser el actor que se representa a sí mismo.

No espero el aplauso ni tampoco admito la censura de los hombres. Me preparo para hacer una retirada de la escena digna para mi, no de mí; si algo no soportaría en estos instantes, sería sentir miedo o vergüenza de mis propios actos, precisamente los únicos que van a responder, sin lugar a dudas, a mi voluntad.

Han dicho de mí que soy un tipo singular. Pienso, sin embargo, que toda singularidad que se sustenta en la proyección pública es simplemente una apariencia. Aunque no dude de la percepción que los demás tengan de mí, este tipo de singularidad sólo valdría para alimentar la vanidad estúpida de aquel que se conforma con creerse diferente a sus semejantes; diferente como paradigma, con derecho, como última ratio, a algún tipo de inmortalidad.

Si procurarse una singularidad va más allá de la apariencia, para la que, en todo caso, se necesita un público que la constate, seducido por ser singular, esa singularidad debe serlo únicamente para mí; una singularidad basada no en ser distinto a los demás para los demás, sino excepcionalmente diferente a los demás para mí mismo. ¿Por qué? Porque al hombre, a solas consigo mismo, la única singularidad que le complace es aquella que promueve sobre un hecho incontingente, modificándolo a voluntad. Para ello, sólo cabe ser singular si hago algo que no pertenezca a la vida. Una de las vulgaridades que más definen al hombre común es su muerte. Y es común, salvo accidente, que el hombre común llegue a ella como un ser inerme ante su destino final. También es común que espere a encontrarse con la muerte ya próximo a su decrepita vejez y moribundo de soledad. No me cabe duda que, si he de morir, y esta es una incontingencia insuperable, si yo decido, acorde con la singularidad que quiero para mí, que sea por voluntad propia; no moriré de la forma indecente y vulgar, cual sería

dejar que la muerte fuese parte de la vida. Y debo hacerlo antes que mis neuronas se vuelvan estúpidas, mis circuitos interrumpidos, mis arterias calcificadas, mi sangre espesa, seca mi carne, quebradizos mis huesos; cuando, en definitiva, ya no carezca de libre voluntad y sólo sea el ser que "espera" la muerte. Y me vuelvo a preguntar por qué y para qué. En el tiempo transcurrido, ya pagué el tributo para entrar en el caos, del que nada ni nadie se libra: inconsciente, anduve toda mi vida para atrás en pos de mi origen. Toda vida es un caminar hacia el origen. El origen fue el caos, y ese es mi destino. Así pues, si morir es volver al caos, este es el momento de reencontrarme con él por voluntad propia.

Sé que no puedo dejar que amanezca un nuevo día; esto podría debilitar mi decisión con alguna alternativa de última hora; siempre están ahí, las alternativas, y te acechan como mezquinas puertas de emergencia que nos ofrece el miedo... Me convenzo yo mismo de que así es como yo lo quiero, y porque sobran ya las razones que, a favor o en contra, me pudiese dar un razonamiento supuestamente lógico.

Después de cerrar la puerta al mundo en el que me pusieron, una puerta por la que hubiera podido escapar de mí mismo, atendiendo a algún cántico de sirena de los que por allí abundan, camino resuelto y sin ningún género de dudas hacia el interior de mi mundo, el mío, que es como ir al interior de mi yo libre y soberano. Soy consciente de que, en breve, voy a morir, lo que seria para algunos un mal uso de mi libertad y soberanía; un mal gusto, dirían otros: los estéticos malévolos. Y, sin embargo, nada me detiene, ni siquiera la esperanza a fallarme a mí mismo. A esa dignidad me refiero: nada hace mas despreciable al hombre que poner su esperanza en que algo o alguien vele por él y le saque de sus angustias.

Pero creo que me estoy diciendo demasiadas cosas, contradictorias, me parece, y no sé si, en estos especiales momentos, quiero escucharlas. Algo en mí se repite. Siempre antes fue así: cuando quería tomar una decisión, mi pensamiento sólo me procuraba razones para llevarla a cabo. Pero esto no es una contradicción. Deduzco que nunca tuve otra salida que la que se me ofrecía, la salida siempre razonable. Y no debería ser así ahora, o tendría que aceptar que también este acto forma parte de la comedia, y yo no más que un muñeco que se mueve al impulso de hilos invisibles. ¿Cabría tener una diferente lucidez, aunque fuera por un instante, en la percepción de las cosas y concluir que estoy loco si no fuerzo la salida del laberinto? Debo seguir. Tengo perfectamente trazado el camino de salida.

Como si todo hubiese sido ensayado previamente, me dirijo a la piscina, no porque ella sea el escenario donde pudiese representar mi muerte, sino porque es allí donde decidí abandonar mi vida. Todo, así, parece estar bajo mi control.

Estoy ante un armario disimulado en la pared y manipulo unos conmutadores. La piscina comienza a vaciarse. Esto llevará algún tiempo que acepto como inevitable. Cuando se va a morir de forma voluntaria, no compulsiva, ha de seguirse una cierta espera ceremonial, protocolaria, que acepto sin reservas y sin que en ello vaya implícita la contradicción que siempre parece estar en mis pensamientos, aunque no en mis actos.

Las cosas que debo antes hacer ocuparán mi mente, mientras tanto, y la alejarán de disquisiciones que no tendrían ya ningún objeto, aunque, probablemente, no lo conseguiré del todo. En este punto, me pregunto: ¿podría alcanzar un extraño nuevo impulso que me alejara de mi propósito? No, no; es la recurrencia de una parte de mí que no

domino. La respuesta es concluyente: no. Y ahora no nace de mi mente, sino de mis vísceras: ¿regresar al encuentro con la miseria de una vida prestada? ¡Jamás!

En mi habitación, me desnudo. Me miro unos instantes frente al espejo del cuarto de baño, quizá para estar seguro que soy yo y no un impostor. Me reconozco. Sí, sin ninguna duda soy yo, el yo repulsivo que no se soporta. Sólo por esta causa ya estaría justificado. No, no puedo emplear esta palabra, sólo siento repugnancia ante su vista. Supongo que, aunque no lo perciba, mi espíritu ha de tener una apariencia igualmente miserable, de lo contrario, puede que hasta me encontrara lo suficientemente bello como para desear la inmortalidad; eso sucede a menudo.

El frasco de perfume que, mecánicamente, ha cogido mi mano, lo lanzó violentamente contra el espejo, y éste se hace añicos. Los pedazos caen al suelo y observo en ellos mi imagen rota. Mi pensamiento elabora una metáfora: mi imagen imposible de recomponer; no podría restañar tantas cicatrices.

De una consola, ahora sí, tomo con determinación un pequeño envase de plástico, lo miro y lo aprieto en el interior de mi mano. Sin pensar en el contenido, este envase es ahora mi único amigo, instrumento necesario, afortunadamente pasivo, de mi última voluntad.

Salgo del cuarto de baño y me dirijo al armario. Miro la ropa y decido no ponerme nada. De nuevo la metáfora: los disfraces ya son inútiles, no hay más comedia ni espejo donde verme diferente, nuevo, capaz de cualquier otra amable representación que la vida quisiera asignarme.

Al lado de la pantalla, que sólo me ha servido para imaginar los sentimientos de mis acompañantes y ver la representación vulgar de los sentidos, hay varias cintas de vídeo que no llegué a grabar por no sé cuál dificultad técnica. Entonces estaba a merced del azar, ahora no. Ahora considero ese inconveniente todo un símbolo de una de mis verdades. No importa que sólo sea un símbolo, otra metáfora: representa la incapacidad de la persona para conocer a sus semejantes. Si somos iguales, y yo no me conozco a mí mismo, razón demás para no conocerlos a ellos. Las recojo y las meto en una bolsa de cremallera. Pienso que es otro símbolo. Mis verdades morirán conmigo.

Me siento y me pongo a escribir. Es corto. Releo lo que he escrito y meto la cuartilla en la bolsa con las cintas: es la autojustificación inútil ante los hombres que continúen más allá de mi tiempo. Una debilidad de última hora. Así lo reconozco, no quería, pero no puedo sustraerme a ella, ya que, en definitiva, prueba que no soy diferente hasta este instante. No la leo en voz alta, pues sería absurdo que me mintiera a mí mismo.

Por un momento me olvido de mi singularidad y pienso en la inercia de mis actos y juicios. Me levanto, siento la boca y garganta secas, y bebo de una botella que está en la mesa: debe ser la angustia de mi mente que se vuelve toda cuerpo, cuerpo que se resiste a prescindir del inevitable impulso de la supervivencia.

Salgo de la habitación y vuelvo a la piscina. ¿Por qué allí?, me pregunto mientras camino. Podía haber decidido morir en el escenario que creé para representar la vida. ¿No forma este acto parte de la comedia que ha sido mi propia vida? ¿Por qué yo mismo he decidido que la comedia ha terminado? No tengo público; no hay comedia sin

público que asista a ella. Pero no: ahora yo soy la comedia y el actor único, y también el público, y el autor también, por qué no. ¿No podía haber incluido en el libreto el acto de morir en el escenario que yo mismo creé para representar la vida? Puede ser que la muerte se represente a sí misma y no precise de un escenario auténtico de muerte.

Observo que mis pensamientos no debilitan mi decisión, y esto es lo que cuenta. El vaciado rápido ha dejado dispuesto el lecho de la piscina. El tiempo de las cosas parece aliarse con mi urgencia. No es momento de recapacitar.

Voy hacia la antesala de la salida y me meto en mi coche. Como si montara en un caballo dócil, mi coche espera que se haga mi voluntad, ¿o ya no es mi voluntad y estoy siendo dirigido por una especie de inercia insoslayable? ¿Por qué tantas preguntas que llevan implícita la duda? ¡Adelante, no pienses! Lo pongo en marcha y lo hago rodar despacio hasta el borde de la piscina. Es un magnífico coche, pero nada mío ha de sobrevivir mi propia muerte.

Del amplio maletero sacó varias cosas que voy depositando en el suelo: cuatro gatos hidráulicos, dos artilugios metálicos extensibles, una caja negra con cuatro bornes, un piloto luminoso y un pulsador. ¿Por qué tan complicado, tan aparatoso? Morir es fácil, si se quiere morir. Fui yo el que decidió morir con mi mundo, así lo quise, fue mi voluntad; es como tener dominio sobre el azar, ese instrumento aparatoso, a veces sorprendentemente sofisticado del dios que rige el mundo de ahí fuera. Es mi azar, llámese como se quiera. Tomo las piezas metálicas, las extiendo, y con ellas formo una especie de rampa entre las ruedas delanteras del coche y el fondo de la piscina por su parte menos profunda. Bajo por una de ellas y, hacia el medio, salto

varias veces; la rigidez de la rampa no acusa la menor flexión; es sólida y no permite sospechar la menor peligrosidad. Me sonrojo de pensarlo, ¿qué es lo que temo? ¿Soy o no soy absolutamente dueño de mis actos, de mi propio azar? No, no es por miedo, sino por temor a tener que sentir mi propio ridículo. Por más seguridad que tengo en mi mismo, ¡maldita sea!, no puedo descartar lo impredecible. Debo seguir mientras los acontecimientos no definan otra voluntad que la mía, y hasta ahora ella es la que gobierna.

Después de meter los gatos de nuevo en el maletero, me subo al coche y lo pongo de nuevo en marcha. El coche podía haber fallado, ¿qué hubiese hecho? No ha fallado, lo que significa que continuo en el uso de capacidad de acción voluntaria. Lo hago rodar hasta que las dos ruedas delanteras quedan, bien centradas, depositadas sobre las dos semirampas. No debe haber problema de resistencia; los datos técnicos me indicaron que soportarían perfectamente el peso del coche. Me paro, no obstante, y compruebo que no ceden. ¿Mi muerte aliada de la técnica diseñada por otros? No, ellos no la diseñaron para mí; fui yo el que decidió utilizarla, fue mi voluntad.

Ya, muy lentamente, continuo descendiendo. Ahora no es temor, sino prudencia. ¿Prudencia? ¿Qué es la prudencia? Eh ahí una gran palabra que no tuve ocasión de analizar y darle un personal sentido. Ya es tarde, y como todas las grande palabras, se queda atrás; son como fósiles que permitirán a los hombres del futuro estudiar las edades de los hombres que les precedieron y extraer consecuencias del grado de imbecilidad que alcanzaron.

Las ruedas delanteras ya pisan suelo firme... Sigo avanzando... ¿Qué sucede? Una rueda trasera parece haber perdido el apoyo y el coche se inclina a un lado. Puede perder su equilibrio. ¿Estoy en

manos de lo impredecible? Me aferró al volante, y siento ahora un temor que me resulta incomprensible desde la racionalidad de mi pensamiento. ¿Dónde, entonces, surgió la alarma? ¿De nuevo el azar que no me pertenece? Por un instante no me muevo pensando en algo irreparable, ahora sí, desde mi propio temor a no tener dominio de la situación. El temor no es algo racional; debe ser como una sacudida de mis células. Levanto lentamente el pie del embrague. El coche da un tirón hacia delante y golpea violentamente contra el suelo de la piscina, permaneciendo inmóvil. No ha pasado nada grave y respiro profundo; sí, eso es, deben ser los últimos impulsos de un instinto de supervivencia, que no se para a analizar si es la razón la que la procura. Parece que mi voluntad sigue dominando al azar propio o ajeno, que ya no sé bien.

Por un momento no puedo evitar imaginar a la muerte divertida a mi costa. Ya veremos quien de los dos impone la secuencia final, y entonces...

El motor se ha parado y lo pongo de nuevo en marcha. Lo conduzco al otro lado de la piscina, en la parte más profunda y simétricamente situado respecto de ambos lados. Extraigo de la guantera todos los papeles y documentos que encuentro y acciono el cierre del capó, que se levanta de forma electromecánica. Salgo del coche y, del maletero, saco los cuatro gatos hidráulicos. Coloco uno de los gatos bajo el coche y en una esquina, lo subo hasta que queda firmemente trabado entre el coche y el suelo. Luego hago lo mismo con los otros tres, en diferentes esquinas del coche. Observo el hueco que el coche deja debajo y comienzo a subir los gatos uno por uno y a pequeños tramos cada vez, hasta que ya no suben más. Ahora el coche parece suspendido en el aire. Lo zarandeo para comprobar su estabilidad y me siento

satisfecho de la seguridad que ofrece, y hasta estúpidamente orgulloso de mi ingenio. Sin duda esa seguridad es ajena a mi propia seguridad, pero no lo es a mis previsiones.

Salgo de la piscina y tomo la caja negra, que por descuido no volví a poner en el maletero. No debo descuidar los detalles en la secuencia que tenía prevista, de lo contrario estaré a merced de ese cabrón de azar que parece vigilar mis movimientos, esperando su oportunidad.

Regreso al fondo de la piscina y hacia el coche. De algún lugar del compartimiento del motor, extraigo unos cables con pinzas por ambos extremos. Conecto uno de los cables a la batería y el otro extremo a uno de los bornes de la caja negra, luego hago lo mismo con el otro, y la luz roja del piloto me indica que hasta ahí todo funciona correctamente. ¿Podría no haber sido así? ¡Tonterías! El azar sólo es virtual y nunca aparece cuando el efecto que se espera responde a lo previsible. Quizá debiera decir se minimiza.

Deposito la caja en el suelo y vuelvo a salir fuera de la piscina. Me dirijo hacia el cuadro empotrado en el armario y acciono un conmutador, mientras observo lo que sucede debajo del coche. Como tenía previsto y comprobado, la losa comienza lentamente a moverse; primero se levanta y a continuación se desplaza hacia un lado. El hueco en el suelo aparece iluminado. Del mismo armario tiro de dos cables que se van desenrollando a medida que me alejo hacia el fondo de la piscina.

Recojo todo: los papeles que había extraído del coche, también el envase, la bolsa de cremallera y la caja negra. Como en un acto inconsciente, miro a lo alto y, a través de la claraboya, las estrellas parece que me guiñan un mensaje que yo, estúpidamente trascendente, interpreto como la exigencia de un pacto vinculante mas

allá de la razón: ya es el momento de irme a reunir con ellas. ¡Estúpidas metáforas!

Bajo hacia el coche y, superando una cierta dificultad, penetro en el hueco, que sólo me permite dejar la cabeza fuera mientras estoy de pie. Compruebo con la vista todo el interior. Conecto los dos cables que me he traído conmigo a los dos bornes libres de la caja y la deposito en un pequeña repisa, junto al envase, los papeles y la bolsa. Un cordón atado a la bolsa, lo anudo fuerte a la manivela situada en una de las paredes del hueco; si se tira de la bolsa, accionará la manivela del artilugio que he previsto para, si me encuentran, que nadie pueda satisfacer su curiosidad analizándome. Nadie puede analizar a los dioses. Me he sonrojado al decir esto último, y no debería, pues yo soy un dios en estos instantes, en los que domino todo lo que sucede en el interior de mi mundo.

Me siento en la silla metálica. Me coloco los cinturones que cruzan mi pecho y compruebo que llego con mi mano hasta donde me interesa. Movido por la inercia, no reflexiono más y acciono la palanca situada en una de las paredes laterales. La losa se pone en movimiento: primero se desplaza lateralmente hasta situarse justo encima del hueco, luego, lentamente, desciende hasta cerrar el habitáculo herméticamente.

Ya no puedo decidir sobre mi vida, y debo actuar rápido, si quiero disponer, en una decisión última e inevitablemente urgente, sobre mi muerte; ya no puedo entrar en la consideración de si la urgencia es o no un acto más de mi voluntad; ya no puedo considerar si estoy equivocado.

Abro el envase y trago su contenido. ¡Lo conseguí, maldita sea, lo conseguí! No, falta algo, me digo seguido, calmando mi irracional

euforia. Tomo la caja negra en mis manos y, a continuación, comienzo a contar: diez, nueve, ocho, siete... seis... cinco, cuatro, tres... dos... uno...

He pulsado el botón rojo, como un tiro de gracia al azar que tanto tiempo me gobernó, mientras, embargado por la emoción, pronuncio un imperceptible ¡*cero*! Observo que la luz roja del piloto se apaga, al tiempo que se produce una tremenda explosión, es el preludio del fin del mundo, de mi mundo.

Se restablece el silencio. Espero. Esperar, aquí y ahora, no significa que el tiempo me imponga unas secuencias fisiológicas determinantes de una contravoluntad; nada es instantáneo. No debe tardar en llegar el que también mi mente se sumerja en la oscuridad absoluta y mi pensamiento se desvanezca...

Pero algo extraño, anormal, si así puede llamarse, sucede. El tiempo pasa más allá del límite que hubiese entendido como lógico y no parece ser como tenía previsto. Mis sentidos no perciben nada extraño y mi pensamiento parece disponer de las plenas facultades del raciocinio sin limitaciones. Me doy claramente cuenta que aún estoy vivo, que no estoy en otra dimensión. El cero de la cuenta atrás no es la nada como había supuesto, especialmente para mi pensamiento. ¿Qué o quién a tomado las riendas de la situación? Trato de razonar con calma y no dejarme llevar de elucubraciones fantásticas. No es mi espíritu fuera de mi cuerpo el que piensa, pues siento, o pienso, mi cuerpo. Se abre paso la demanda de explicación a lo que quizá es normal, pero que se me antoja un fenómeno. Quizá la sacudida que he recibido por la explosión haya puesto de nuevo en marcha a mis neuronas desfallecientes por la acción del poderoso veneno. Sí, eso debe ser; es una explicación simple, pero es que descarto cualquier otra, como

podría ser la posible no eficacia del veneno ingerido, ya que yo mismo la comprobé previamente... ¿Y ahora? Voy a morir, de todos modos, pero ya no como tenía decidido que fuera. ¿Qué hacer? ¿Esperar algo más antes de considerarme de nuevo reo del azar? No puedo menos de sentir que vuelvo a estar a merced de un destino que me gobierna, que no me deja ni disponer de mi muerte. ¿Será porque la muerte forma parte de la vida que me fue prestada? ¿Es alguien que se acerca a nosotros cuando quiere y a decirnos: "se acabó, devuélveme lo que te presté"? No, no puede ser. ¡Cuántos nuevos dilemas! Y ya sin tiempo para darme respuestas buenas y suficientes...

Ahora que no puedo proyectar nada, que mi mundo ya no es mi mundo; ahora que vuelvo a estar a merced del mundo en el que me pusieron con el azar como verdugo, toda mi mente se vuelve recuerdos.

Mientras se consume el oxígeno de este pequeño habitáculo, y para no pensar en las carcajadas de esa nueva muerte que configura mi pensamiento, puedo hacer lo que había escuchado que hacen los moribundos: repasar mis últimos años, los que estúpidamente pensé me pertenecían. Pero, ¿revisarlos y... juzgarlos? Porque juzgarlos implica aceptar que fueron contingentes. ¿Contingentes, es decir, dependientes de mi libre albedrío? Me inclino a pensar que sí; fueron años de rebeldía y desprecio por todo lo que me quisieron imponer o dar en el viejo mundo, pues que sólo acepté lo que me interesó o yo mismo conquisté. También y de igual forma, por qué no, el tiempo vivido en este lugar, mi mundo, el mayor exponente de mi voluntad, y que desaparece conmigo. ¿No debería mejor decir que desparezco con él? ¿Será también así como desaparecerán los dioses el día que destruyan su propio universo...? Un último pesar, que no será eterno.

Yo me lo he buscado. Son los efluvios de mi vanidad trastocados en miseria. Gélido de soles en el ocaso, ya no habrá sino invierno. Abrasado de frío, me veré libre de esta estúpida terquedad cuando el abismo, sin piedad, me abra sus puertas.

Al entrar en mi mundo, tenía la clara voluntad de exigirme dignidad. No quise reconocer ni mandato imperativo ni el azar. Iba a escribir el epílogo de mi vida desde mi voluntad soberana. No pretendía que fuese importante para los demás. Tampoco hice nada para que fuese feliz. Los finales nunca son felices...

¿Dónde me equivoqué? Sólo esa página me ha llevado a esta situación y es, por tanto, la única que debo revisar.

Cuando inicié esa página, yo era un tipo que rondaba los sesenta de un tiempo que había vivido al límite, sano de cuerpo y todavía bien parecido, cabeza resuelta y severidad en el gesto, sobrio por decisión en mis gustos... Regrese de Sudamérica a España, mi tierra de origen... para... ¡Qué estúpida descripción de un hombre! Pero debo seguir. Recuerdo que me dije:

Está va a ser mi vida en un mundo nuevo, hecho a mi medida. Dudo de la veracidad de mi memoria referida a mi vida anterior, en un mundo prestado, de engaños y autoengaños. Por tanto, no será la memoria la que me condicione cuando tome decisiones necesariamente nuevas. Tampoco puedo prever ningún futuro más allá de mi muerte que me obligara a seguir ciertas pautas en pos de merecer uno u otro. Por eso, con él comienza y con él terminará todo lo que represento como ser individual, por más que los demás me quieran ver en el conjunto amorfo que llaman Humanidad, y esta peripecia de mi vida una más en el conjunto de las peripecias del hombre. No obstante, y por algún tiempo, voy a seguir en este mundo en el que me pusieron. Soy consciente de que un nuevo mundo se hace a partir de uno viejo, u otro existente. Ni Dios pudo hacer su universo y este mundo de la nada, pues tal supuesto le incluiría a él mismo. Sólo tomaré de él aquello que haga posible el mío. Si finalmente confirmo que el Universo fue creado por Díos Padre, espero que a Dios le agrade el haber tenido un hijo tan aventajado. Por lo contrario, si compruebo que no fue así, mi mundo sólo habrá sido subsidiario de un universo que escapa a mi comprensión.

Decía... ¡ah, sí!, que volvía a la tierra que me alumbró con el propósito de dejar atrás toda una vida de mentiras y devolver el mundo que me prestaron, y por el que estoy pagando una renta excesiva, mi dudosa memoria, lo que me hace inferir que todo lo que hice fueron actos programados para mí. No vuelvo, pues, de un viaje de negocios o de placer por aquellas tierras hispanas ni tampoco a visitar los restos de una familia, viva o muerta, que me sea especialmente querida ni tampoco en acto de obligado cumplimiento; en esta ocasión, yo, Alejandro, vengo de riguroso incógnito, actitud de los que temen ser perturbados por los demás con una identificación concreta que yo pretendo haber abandonado como tarjeta de

visita. Y como dudo que los recuerdos de esa vida me permitan deducir un antes y un después, no me extenderé en evocar ese antes.

Pero sí que parece obligado decir *de dónde,* vida circunstanciada, vengo, aunque sólo sea para establecer el fuerte contraste con el *a dónde,* vida espacial que pretendo llenar, y que se podría decir en una frase que me permito ofrecer a la historia: yo soy yo y lo que haga de aquí en adelante. Aun así, pienso que es una frase poco realista, pues que al final de cada uno de nosotros, a la misma pregunta, la respuesta para todos será: yo soy yo y poca cosa más.

Como decía, voy, no obstante, a decir algo de mi *de dónde* para situarme ante mí mismo; sin referencias no podría partir de que soy un hombre.

Y así, yo, Alejandro, hijo de emigrantes, soy un indiano rico, muy rico; una característica así define por si sola a un hombre para los demás, aunque los ricos nunca declaren ser ricos. Mi gran fortuna, no sé cuánto, que a veces los ricos tampoco lo sabemos, confesaré que la he forjado con mucha voluntad y pocos prejuicios, como se forjan casi todas las fortunas, así que no debo pensar que vengo revestido de mérito ni hombre de suerte en la vida. Se puede decir de mí y de mi éxito que, en el accidente de vivir, me aferré a la consigna que la Naturaleza imprime en todas las especies: sólo la voluntad de dominar proporciona cierta seguridad al instinto de supervivencia... Y una vez asegurada la supervivencia, el dominio continuado te hace rico y poderoso, permanente vigilante a tu alrededor a los que desde su miseria querrán quitarte tu riqueza y poder. Pensando, también, que si bien la jerarquía de las especies se establece, en principio, porque unos han nacido para dominar y otros para ser sometidos, en el caso de los humanos, muchos mediocres juntos pueden dar al traste con el privilegio del que nació fuerte, si éste sólo alardea de fortaleza

frente a su espejo y descuida que la fuerza no es algo para guardar en una caja fuerte, sino para ejercerla. No es mi caso; yo siempre he sido fuerte porque tuve mucho cuidado en no mirarme a mí mismo, sino en utilizar mi fuerza para descubrir a los mediocres escondidos en las sombras y luego dominarlos.

Más de otros rasgos de mi personalidad, de mi realidad familiar, social, etc., entiendo que carecen de importancia el traerlos ahora a colación, y únicamente serían importantes como confesión interesada en buscar una autoexcusa que no pretendo en este instante.

Dicho lo anterior, y superando mi propia perplejidad ante radiografía tan somera, y porque para mí que no existe otra digna de consideración, me dispongo, ya desde ahora, a ser un hombre creíble, es decir, verosímil en su empeño. Pero será necesario esperar a que pueda observarme en el cerrado mundo que voy a crear para no sólo ser verosímil sino real: El Mundo de Alejandro. Y no falto a la modestia llamándolo así. Será mi mundo, concebido por mí en todos sus detalles y creado por mí. No podría llamarse de otro modo. No siento, pues, rubor alguno al declarar que será mi mundo. En ese recinto, mi mundo, deberé sentirme seguro, confiado y, como consecuencia, veraz. Sucede que en este mundo, en el que todos vivimos, y como he dicho, de prestado, los miedos desencajan la figura verdadera de los hombres por temor a perderlo, incluso en vida, y estos, horrorizados, recurren a las máscaras para presentarse en el carnaval de la sociedad y disimular que con ellos no va la tragedia de vivir. Sólo los espejos de nuestros *reservados* dan fe fugaz de lo que somos, pero las máscaras las tenemos a mano, dispuestas para ser usadas según el interés que persigamos, y todos las usamos con mayor o menor fortuna dramática, incluso para no vernos a nosotros mismos como marionetas...

Porque, ¿qué es la autenticidad? ¿Qué es la autenticidad referida al ser? Existen dos maneras de ser: el introspectivo, o sensación que tenemos de nosotros mismos, y el reflejado después de haberlo proyectado; en cualquier caso, la sensación de ser sólo la percibe el ser mismo. ¿Qué sucede cuando ambas sensaciones no se corresponden e incluso llegan a ser antagónicas? El ser que percibe tal contradicción se siente confuso; ya no sabe bien si es el que cree sentirse que es o el que perciben los demás, y de ese dilema no se sale fácilmente. Cada vez que una persona afirma dubitativamente su identidad, lo hace bajo el temor de no ser aceptado. ¿Quién es capaz de señalarse como auténtico ante los demás? Siempre existirá ese temor. Y si uno mismo es incapaz de sentirse seguro de sí mismo, ¿dónde está su autenticidad? Pero ¿por qué, por qué el ser humano se ve compelido a crearse una imagen que desfigura su ser auténtico? Salvo que el propósito final lo requiera, nunca lo hace para aparentar menos de lo que es. Pareciera que no siendo de su agrado lo que cree conocer de sí mismo, quisiera ocultarlo siguiendo modelos que resulten del agrado de los demás. Lo curioso es que a partir de esa realidad, ese ser termina gustándose a sí mismo, con lo que el verdadero ser pasa por su peor trance: no se reconoce *en* sí mismo. ¿Por qué todo esto? Por una vez no daré una respuesta que me complazca; a partir de este momento no quiero aparentar nada distinto de lo que soy.

¿Pero esta pregunta no me lleva a la afirmación anterior de estar hecho de infinitas apócrifas historias? Ciertamente, así es. Ahora me hago la pregunta: puesto que soy libre de poder revisar cualquier idea, ¿cuál es el camino para revisar ésta que tanta desesperanza lleva implícita? Sin duda debe haber una formulación, no sé si contraria, pero sí diferente. Y aunque ahora no la tenga, no debo cejar en el empeño de encontrarla; me va en ello el ser o no ser, tal y como yo lo entiendo.

Pienso, por otra parte, que para un hombre es más importante ser verosímil que real, y a ello se afana; lo fácil es encontrarnos con hombres reales, si nos lo proponemos; lo difícil es que, además, nos resulten verosímiles. De los que vemos, o de los que imaginamos, sus apariencias muchas veces nos engañan, o más bien nos dejamos engañar, y cuanto más humanos, más nos engañan, y aquello de lo que creamos estar seguros en relación con cualquier hombre, no será sino descubrimiento de nuestro yo ignorado, que nos desagradará siempre; y ocurrirá, entonces, que no tendremos compasión, porque lo que haremos será sacrificar el chivo expiatorio que veremos en él; más tarde, en cualquier otra circunstancia, volveremos a vernos igual y de nuevo buscaremos a alguien a quien sacrificar... Nos pasamos la vida buscando a quien sacrificar para salvarnos nosotros; muchos se buscaron al mejor, alguien que dicen era hijo de Dios, y lo siguen sacrificando cada día con razones difícilmente explicables. Hay una forma de entender todo esto si tenemos en cuenta una realidad, y es que para alimentarse, para sobrevivir, todos los seres vivos comen de lo que sacrifican, incluso si son vegetarianos.

Pero, ¿salvarnos de qué? ¿De nuestros propios miedos, sin duda? Y es porque no tenemos otro tipo de salvación. Sí, el hombre vive desasosegado; el sosiego lo obtendrá cuando, además de no creer en los dioses, tampoco crea en el hombre; es cuestión de mantenerse alejado de toda ensoñación. Y no es apelar al sentido común; es mantenerse despierto.

Pero vuelvo con mi relato. No siempre éste ha de estar preñado de hechos o sucesos; también el discurrir de mi pensamiento deberá ser considerado parte, y muy importante, de mi historia. Y añado por si no lo he dicho: importante para mí; si alguien más lo aprovecha, declaro que no es mi intención.

Llego a Madrid, y pese a que no es esta ciudad el final de mi destino, en ella deberé establecerme por un tiempo para desarrollar una idea que traigo alojada en mi cabeza; sí, ya se da por seguro que las ideas se alojan ahí, así que no es una metáfora, si bien he de anticipar que no muy claramente definida; sólo son pensamientos, con los perfiles borrosos de todo pensamiento, que sólo se sustenta en una idea flotante, no una idea amarrada fuertemente a la propia convicción.

El taxista, que me traslada del aeropuerto a la ciudad, en vano consigue que pronuncie otra palabra que el nombre del hotel. El taxista quizá es un filósofo, algo que no se nota a simple vista, viendo mi gesto circunspecto, debe estar concluyendo para sí mismo*: a este tío le pasa algo,* o pensamiento parecido pero de igual enjundia. Pero, qué me importa a mí el taxista, si yo le importo a él sólo porque le pago su servicio...

Está bien la supuesta anécdota y no he pretendido ser gracioso para arrancarme yo mismo una sonrisa. Lo que quiero dejar claro es que los filósofos no son santos de mi devoción, así que ¡absteneos, señores filósofos!, de interesaros por mi vida, porque ésta no os dará perfiles para vuestras elucubraciones malintencionadas ni para sonreír como reacción de vuestra pretendida suficiencia .

Pero quizá, ahora que lo pienso, no debí decir lo anterior; no vaya a ser que yo mismo, aunque no sea mi intención hacer filosofía genuina, termine filosofando; incorrecto, deliberado, superficial o profundo en ocasiones, mi pensamiento puede tener esa semejanza con la filosofía, con cualquier filosofía abocada a ser algo superfluo. Todo pensamiento sin ninguna finalidad práctica inmediata, si no se pasa previamente por el alambique que lo destile como elemento de acción, sólo puede pretender alcanzar una simple verdad universal que nos despejaría, al menos, la cabeza. Si esto de pensar en cosas que nunca antes pensé, carentes de sentido práctico, se

llama filosofar, quién sabe... puede que pensar, o filosofar, no sea tan inútil de aquí en adelante. Por de pronto, esto que estoy haciendo me crea un cierto flujo placentero; será por el baile a que estoy sometiendo a mis neuronas. Pués... ¡bailad, bailad, malditas! Divertios ahora que estáis a tiempo y dadme placer.

***

Es curioso lo que estoy rememorando mientras me tengo que estar muriendo, yo, que desprecié la memoria como inútil para definir el ser. Ahora mi presente sería impotente para proyectarme al futuro. Además, yo ya no tengo futuro. Sólo puedo rememorar el pasado y puede que esta sea una forma de vivir. ¿Será que, en contra de lo que pensaba, no somos otra cosa que pasado? Si es así, ya no soy lo que he de ser. Incluso si superara este trance, ya no me quedaría otra cosa que pasado. En mi situación, siento que si prescindo de mi pasado, no soy nada. En realidad esta situación no es nueva, pues que siempre estuve muriendo...

***

Me alojó en un hotel, el mejor hotel de esta ciudad; cómo si no, si ya he dicho que soy muy rico. Si por rico soy mísero, en todo caso será con los demás; un rico miserable consigo mismo es un estúpido. Acabo de instalarme. Lo primero que hago, nada más entrar en la habitación, es abrir mi portafolios, del que extraigo una pequeña agenda y busco un número de teléfono. Me siento frente al aparato telefónico que está situado en una

José D. Díez
Comentario:

mesa de la sala de mi suite, tomo éste y marco. Antes de terminar de marcar, vuelvo a colocar el auricular sobre su soporte y voy al cuarto donde se resuelven urgencias fisiológicas. Mientras orino, pienso en algo tan simple y prosaico como el color de mi orina, anormalmente de color amarillo intenso. ¿Qué me habrán dado de comer esos cabrones del avión? Trato de recordar qué alimento era amarillo y me viene la imagen del flan que comí de postre. "El flan, fue el flan". Me tranquiliza pensar que no es un problema a consultar con el médico, pero me avergüenza la estupidez de mi pensamiento.

Regresó y marcó de nuevo, esta vez hasta el final. La comunicación se establece y se puede escuchar mi firme voz.... acostumbrada a mandar más que a pedir

"Quiero hablar con Don Marcos... ¿Mi nombre?… ¿Para qué quiere saber mi nombre?... Pues no se lo voy a dar y tampoco, señorita, explicarle por qué. Haga usted una excepción y páseme directamente con él, si está, que él me reconocerá enseguida... Le digo a usted que me pase y no se haga la eficiente conmigo... Vale, procura usted ser eficiente, ¿quiere que la despidan por ser eficiente? Le aseguro que, en esta ocasión, no la va a regañar, como usted teme... Eso es, soy una persona extraña... para usted."

Esa estúpida me obliga a una corta espera. Soy un hombre impaciente, poco dado a esperar cuando se trata de mis servidores. Se restablece la comunicación.

"Soy Alejandro. ¿Qué hay, Marcos?... No; acabo de llegar. Estoy ya en el hotel en el que me reservaste, suite mil cuatrocientos veinte. Quiero que nos veamos... No; en tú despacho no; quiero verte aquí... No importa. Ven a las ocho, hora de cenar. Pediré nos suban la cena a la habitación y hablaremos tranquilos... Sí, ven sin prisas, porque hemos de hablar con

calma de la situación de mi encargo... Yo descansaré un poco hasta que llegues. Hasta pronto".

Dejo el teléfono sobre su soporte y guardo la pequeña agenda en el maletín, me levanto, me acercó a la ventana y, ensimismado, miro la gran avenida que está ahí abajo; miro con ojos velados por una voluntad imprecisa, tal que parecieran objetivos fotográficos desenfocados. Mi mente trabaja en los archivos de mi memoria buscando el momento en el que todo empezó a ser diferente: por fin la ejecución de un proyecto largamente imaginado y al que, por su naturaleza, necesariamente he debido darle mil vueltas, y aún sigo en ello. Abismado en mis pensamientos y, probablemente, con aspecto de sonámbulo, me dirijo hacia el dormitorio. Me siento en el borde de la cama, me quitó los zapatos, la chaqueta y, sin más, me tumbó con las manos entrelazadas entre la almohada y mi cabeza. Pensando en mis actuaciones inmediatas, parece que me vence el sueño.

Pero, mientras me duermo, pienso por qué yo nunca he soñado; no recuerdo cuándo lo hice la última vez, quizá lo hice en mi temprana juventud. La gente habla de los más variados sueños; unos y otros parecen obedecer a frustraciones. Es probable que una de las cosas que he conquistado en mi vida, o de la que he podido disponer, es el dominio sobre mi conciencia, de forma que en mí no existe ese problema recurrente en los sueños, de los que, según el padre del psicoanálisis, se despierta al mundo, se analizan los sentimientos y se encuentran pocas cosas seguras. Lo cierto es que no he comprendido bien esa conclusión, por más que en mi caso no parece ser de aplicación.

Siento que he sido, y más debo serlo ahora, un estereotipo muy concreto de hombre, un hombre muy seguro de sí mismo, y más lo he de ser a lo largo de toda la peripecia vital que inicio. ¿Alguien discutiría que esta

característica pueda definir por sí sola al hombre especial que yo soy? Se puede decir, con razón, que si soy un estereotipo, entonces no soy especial. ¿Cuántos hombres seguros de sí mismos existen? Muchos, sin duda. Pero yo no hablo de la misma cosa; lo que me hará especial ahora, es que estaré seguro de mi mismo, con pequeños matices casi imperceptibles, incluso cuando me despoje de alguna máscara que oculte mis dudas. En realidad, yo, Alejandro, no pretendo ser un superhombre o cosa que se le parezca, porque entonces estaría hablando de un arquetipo, no de un estereotipo; hablaría de un molde nuevo, y no del único y viejo molde en el que fueron hechos todos los hombres, que sólo presentan los matices, las facetas, los caracteres tallados por sus tempestuosas contradicciones. Yo, Alejandro, voy a ser el dios hombre que el simplemente hombre soñó siempre ser, ni más ni menos, y en ello me empeño. Y si algo más me hace especial, será porque encarne el compendio de todos sin parecerme a ninguno. Porque esto de no parecerme a los demás no significa ser desigual a los demás. Yo soy todos y ninguno.

***

¿A quién iban dirigidas mis palabras? Era yo hablando conmigo mismo; sin duda temía que nadie me escuchara...

***

Ya estoy despierto y me propongo dejarme de disquisiciones inútiles; aunque ya otras veces me lo he propuesto sin conseguirlo, lo cual me induce a dudar si tendré dominio sobre mi conciencia. Este pensamiento mío, que tan pronto me reafirma en el ser autónomo, como se desbarata

ante la sensación de ser una marioneta. Lo que voy a hacer, mi mente parece tenerlo claro; no así mis sensaciones, que urgen a mi pensamiento que elabore la hipótesis contraria: que nada es claro en el devenir del pensamiento. Ahora, puesto que de forma introspectiva o refleja no puedo conocerme, me planteo encontrar los mecanismos que me permitan acercarme a mi yo, lo más fiel posible. Los mecanismos no pueden ser instrumentos ad hoc creados por mí mismo ni tampoco que me sean ofrecidos por los demás; deberían ser exclusivamente patrones de la Naturaleza, que sirven tanto para personas, animales o cosas. Es obvio que yo soy una cosa, y una cosa animada, por tanto un animal. Hasta aquí, tengo perfectamente definidos unos rasgos objetivos de mi ser: soy un animal (etimol. animal: ser vivo con capacidad de movimiento y dotado de sensibilidad); es decir, soy una cosa animada con sensibilidad. ¿Y qué más? ¿Cómo puedo llega a definir que soy persona? Primero tendría que encontrar la forma objetiva de definir lo que es una persona. ¿Una persona es un animal que piensa? No podría responder categóricamente que sí; quizá otros animales que no se llaman personas también lo hacen. ¿Una persona es un animal que se comunica mediante un sistema muy sofisticado? Tampoco esta cualidad parece sostenible para ser algo diferente a un animal cualquiera, y no hace falta que me extienda en comprobaciones científicas ya efectuadas sobre otros animales y sus medios de comunicación. ¿Una persona es un animal capaz de tener grandes sentimientos? Podría ser, pero también es verdad que es capaz de tener los más bajos, por lo que el balance de lo positivo casi lo supera cualquier animal no persona. Así podría extenderme, casi indefinidamente, sin encontrar un verdadero elemento diferenciador. ¿Qué hace, pues, diferente a la persona del simple animal que no se plantea ser persona? ¿El ser trascendente? Se podría afirmar que los simplemente animales no lo

son, porque nos repugna la idea de ser también animales, sólo más evolucionados. ¿Soy yo un ser trascendente? Por trascendencia se entiende la facultad de ir más allá de la pura condición animal; o dicho de otra manera, de la experiencia inmediata. Ir más allá de la experiencia inmediata es como pensar en darle forma o existencia a cosas que no perciben los sentidos y que sólo se originan en el pensamiento. Pero si había considerado que pensar no es un don exclusivo de la persona, la trascendencia, que tiene su base en el pensamiento, tampoco es definitoria de mi ser como persona. Y a todo esto, ¿qué dijeron, o dicen, los llamados filósofos? ¿Lo que yo estoy discurriendo es una especie de filosofía por libre, sin método? ¿Y por qué no sigo el discurrir de los filósofos acreditados? ¿Ellos han llegado a definir con claridad, universalmente aceptado, el concepto persona? No, no lo han hecho. Y no voy a molestarme en desmentirlos poniéndolos frente a sus dilemas y contradicciones. Y si ellos no lo han hecho, ¿puedo yo pretender hacerlo? Yo no he hablado de pretensión. Si ellos no me han dado la respuesta, lo más seguro es que yo tampoco la encuentre y que sea aceptada por todos los demás. Entonces, ¿qué estoy haciendo? ¿Para que me sirve todo esto? Intento que mi mente se acomode a una formulación empírica que aleje de mí esta preocupación. No tiene que ser aceptada por nadie más. Pero siguiendo este método, ¿me habré encontrado como persona? Pienso que sí. Un hombre emprende un camino desconocido en pos de una meta, cuando la alcanza, juzgará que tomó el buen camino, y lo más probable es que se siente a descansar satisfecho. ¿No es eso, en definitiva, lo que busco, descansar? Claro que es eso. ¿Y los demás? ¿Por qué me pregunto por los demás? Los demás tendrán que buscar por ellos mismos, si sienten esa necesidad.

Calculo que habrá pasado una hora, desde que me desperté. He estado mirando al techo, tendido en la cama, pensando en cosas varias y en algún aspecto de mi futuro proyecto. El teléfono situado al lado de la cama está sonando. Tomo el aparato a la cuarta o quinta llamada. Es de la conserjería del hotel.: "¿Quién es?... Ah, sí, que suba... Oiga, espere, póngame con el servicio de habitaciones... Aquí la suite mil cuatrocientos veinte. Tome nota... Traiga pescado a la plancha... Puede valer; también algo de marisco, salmón ahumado en lonchas y champagne... ¿Que cuál? ¿Tienen todos? ... En ese caso la próxima vez no diga cuál, diga qué... Pues traiga el más caro que tenga; no, no es correcto, traiga el mejor... Puede ser francés, en eso y en otras cosas no soy un patriota. Servicio para dos personas". Cuelgo sin más y permanezco un momento analizando si la corrección del *cuál* por el *qué* había sido no ya oportuna, que eso a mí no me importa, sino gramaticalmente correcta. Pero esta aparente simpleza me permite sacar una conclusión importante: yo no soy como los soberbios intelectuales; los soberbios primero afirman, luego dudan, pero no lo dicen y ahí se quedan; yo, a partir de ahora, cuando dude sólo me impondré un castigo: deshacer la duda y convertirla en mi verdad, buena y suficiente para mí.

A continuación me he incorporado con una ligera lumbalgia, me calzo los zapatos con dificultad y voy al cuarto de baño a paso de oso; no es que sea viejo, sino hombre de sillón y pasos cortos. Me lavo ligeramente, me peino con un peine de carey que llevo siempre conmigo y me pongo la misma chaqueta con la que he viajado… Pero, ¿a qué viene tanto detalle inútil? No, no describiré cómo es la chaqueta y si huele a sudor descompuesto, a algún perfume varonil o a una mezcla de ambos; esto no es una novela. Me miró de pasada en el espejo para asegurarme de mi aspecto. Cuido de mi apariencia física hasta donde me permite mi

fisiología, nada más; el resto lo considero uniforme de trabajo, y en esto, según las circunstancias, sí que pongo empeño. Bien, se acabó el decir cosas como si alguien me escuchara.

Salgo hacía la sala y de nuevo me dirijo hacia la ventana. Parece que tengo una fijación con la dichosa ventana. La abro, y forzando la altura del antepecho fijo de la misma, me inclinó sobre el vacío, mirando en vertical hacia abajo, midiendo mentalmente la altura a la que me encuentro del suelo pétreo de la calle, y en esta ocasión escatológico; aclaro que del griego *esjatos*, fin último, según pude comprobar hace algún tiempo mirando el significado de esa palabra en un diccionario. Me digo a mí mismo que es poco intelectual, el suelo pétreo, como final de un camino.

Vuelven a llamar a la puerta de mi habitación. Me incorporó, cierro la ventana con calma, como el que cierra un libro que ha proporcionado un pensamiento nuevo, al que más tarde se quiere volver, y me dirijo a abrir a mi abogado. Según mis previsiones, no puede ser otra persona que mi abogado.

Mi abogado viene a darme cuenta del encargo que le hice. Pero voy a exponerle, de pasada, algunos aspectos de mi proyecto y ver qué opina. No tengo claro y definido lo que finalmente quiero, así que dejaré que mi subconsciente se abra hasta la frontera de la conciencia, y emerja. Lo que se esconde en mi subconsciente, al que no tengo previamente localizado ni amaestrado, eso sí, seguro que en el laberinto de mi cabeza, puede ser interesante. Y no tengo por qué temer. Si mi abogado opina, será en todo caso mi consciente el que se superponga a su opinión.

—Hola, Marcos. Pasa —le recibo sin ninguna muestra de entusiasmo; ni siquiera una sonrisa se dibuja en mis labios, rígidos de tanto acostumbrar a estar serio en cualquier circunstancia.

Esto último puede parecer un capricho, pero lo digo porque es muy propio de mi carácter. Una cara amable es una cara complaciente, y yo nunca fui complaciente con nadie; no se lo merecía nadie que me encontré.

El hombre que aparece en el quicio de la puerta aparenta unos cuarenta y cinco años. Tiene todo el aspecto de un abogado, o de un directivo de empresa, que se parecen bastante. Perfectamente trajeado y con cierto gusto estudiado en la uniformidad obligada para su *status* social. Un hombre Gris con cierta brillantez, en suma; de relumbrón podría ser otra expresión ajustada.

—¿Qué tal, Alejandro? ¿Has tenido un buen viaje? —se le ocurre decir al recién llegado como saludo estándar y también sin pizca de afecto en el tono y en el semblante, y me pregunto por qué, si yo para él soy un buen cliente.

—Pesado como todos y algo más: el tiempo de un viaje es un tiempo perdido, como inútil es toda obligada actitud de esperar a que te lleven de un lado a otro.

Dejo en el aire esa expresión que me permite asegurar que no gusto de frases convencionales, y si puedo las sustituyo por una ocurrencia personal con cierto contenido original. Nada original en la mayoría de los casos, por cierto, pero con bastante efecto en personas que no esperan otras expresiones que las convencionales. De todas formas, no debo confundir lo original con lo sublime; lo original sorprende, lo sublime anula. Espero no ser sublime más de lo justo y necesario; no es mi intención castrar a nadie.

Después de abrir de par en par la puerta para franquear la entrada al visitante, nos hemos dado la mano de forma un tanto renuente, apenas un leve contacto. El abogado, con voz condescendiente, dice mientras entra delante de mí.

—Es que son muchas horas, caray. Yo el tiempo que dura un viaje lo empleo en pensar. Cuando piso tierra me es imposible; debo, mayormente, tomar con rapidez decisiones de libro relacionadas con mi profesión.

El abogado, ya se ve, ha querido añadir algo substancioso y a la misma altura de mi ocurrencia, pero no ha hecho sino confirmar que es un hombre inercial, poco reflexivo a la hora de intentar ser no ya sublime, sino original. Esta forma de ser se puede corregir, y está al alcance de todos, pero algunos parecen no quererlo y prefieren ser repetitivos.

Ahora voy a hacer una pequeña concesión al lenguaje inútil, pero enseguida rectificaré sin que el abogado pueda percatarse de mi ironía. Ironía tiene muchas acepciones, diferentes entre sí y cada una con una intención concreta, aunque, en cualquier caso, no deja de ser una muestra de impotencia, y en la que parece decirse cosas inteligentes como si fueras inteligente. Sucede que cuando el irónico no alcanza a ver más allá, a sabiendas o sospechas de que hay un más allá, su ironía se torna en mueca sardónica; es la impotencia del soberbio a secas. Mi ironía, en las interlocuciones inútiles, siempre surge de mi autosuficiencia solitaria; los demás, pienso, no me alcanzan no porque no puedan, sino porque no se esfuerzan, y no pretendo burlarme de ellos, sólo los desprecio. Sí, sí, tal como lo expreso, los desprecio porque supeditan su orgullo a la idea rentable de ser complacientes. Y así, digo:

—Catorce. Sí que lo son. Pasa y siéntate... ¿Pensar, dices? —me vuelvo hacia el visitante— Me cuesta trabajo creerlo, pero en fin... He pedido algo de cenar. Aquí en el bar de la habitación hay alguna bebida, sírvete... ¿Cómo van las gestiones sobre el asunto que te encargué? —pregunto, pues no estoy dispuesto a perder el tiempo, y mientras me siento.

He de advertir, y para que no induzca a pensar que padezco de un estado de ánimo beligerante contra mi abogado, que no soy un hombre

insufriblemente irónico; soy más sarcástico que irónico, pero sólo en el sentido y ocasión que expliqué más arriba. Con los demás, mis empleados, o cualquier otra persona a la que pensé utilizar en mi provecho, me solía dirigir como el hombre frío que sólo habla para ordenar, o para pedir, aunque pedir en mí siempre es ordenar. A casi a todos, una vez que me prestaban su atención, los consideraba de alguna forma mis empleados o herramientas de mi utilidad. Yo ni siquiera me planteaba si mis ironías o mis sarcasmos eran percibidos como tales, quizá porque las personas que debían padecer de tales muestras de mi prepotencia leve no me lo reprochaban; todo lo más, y en aquellos que disponían de una inteligencia a mi altura, o suficiente para darse cuenta de mis mordaces expresiones, podían concluir, con sus inconfesados pensamientos, presos de turbación y gestos de supervivencia, algo que parecía les liberaba de la tensión de la propia vergüenza, y por su dignidad maltratada sin una explícita defensa: *"Este tío es un maldito hijo de perra. Me tiene cogido por los huevos, pero algún día lo pagará",* o algo parecido que les permitiera seguir siendo unos miserables. Pero lo tengo asumido, y hasta me complace pensarlo.

Así soy yo, y claro que por eso tan solo no soy un tipo nada original, por el momento; con la descripción que he hecho de mi mismo hasta ahora, se podrían encontrar por ahí infinitos a los que también valiera; genéricamente y para abreviar, los llaman hijos de puta o con otros apelativos populares igualmente feos, por lo que tendré que hacer otros méritos que me acerquen al hombre que yo quiero ser de aquí en adelante, o al que quiero imitar y que he visto en alguna parte. No lo sé, estoy pensando que quizá sólo soy una sombra en fondo de la caverna en la que me encuentro, atado de pies y manos, pero con la boca libre para reírme como un niño que mira unas sombras chinescas, sin que me sea dado

conocer qué o quién las produce... El marco lo he tomado de Platón y su famosa caverna, aunque debería darme vergüenza; yo mismo, con otras palabras, pude expresar lo mismo para definir la misma idea y que me complaciera; está no es mía.

El abogado me ha seguido en temeroso silencio después de haber quedado rezagado; probablemente me conoce bien, o sabe acomodarse a cada situación con una mezcla de espera táctica y dignidad forzada, la minuta de por medio haciendo de componedora. ¡Qué mala puta es, que ni siquiera acepta su condición!, que diría como expresión metafórica algún clásico, y que alguien hoy tachará de afortunada para definir a ciertos individuos, profesionales de la apariencia.

—Con los datos que me diste, creo que, al fin, te he encontrado el lugar que deseabas. Tengo algunas fotos. Espera... —el abogado abre su portafolios—. Mira, aquí están. Un poco árido es aquello, pero siempre se podrá mejorar.

Miro lo que me muestra, mientras le digo:

—Si te refieres al entorno, no hará falta. Lo entenderás si te digo que no saldré de la casa. Sí, parece un buen lugar. ¿Está apartado del pueblo, no?

Puedo suponer que al abogado le gustaría aclarar qué quiero decir con no salir de la casa, pero yo le he hecho una pregunta, y él está obligado a responder de inmediato.

—Sí; algo más de dos kilómetros. El problema es que allí no hay agua ni electricidad. Aquel lugar lo llaman en el pueblo La Colina, ¿te dice algo este nombre?

Lo pienso y no puedo decir nada; sólo, y de aquel lugar-pueblo, puedo recordar los lugares donde había jugado, vivido o sufrido cuando era pequeño. Los niños sólo juegan o sufren; queda feo decir que gozan.

—No me dice nada. No puedo recordar; Quizá cuando vaya por allí. ¿Hablaste con los del Ayuntamiento?

El abogado no insiste y, como yo esperaba, contesta.

—Les escribí. Aquí está la carta y la contestación.

—Es igual, dime tú con pocas palabras qué dicen.

El abogado, no sé si satisfecho de la confianza que le muestro, mete las cartas en el portafolios y a continuación dice:

—Creo que no habrá problema, ya que no descartan la posibilidad de construir lo que necesitas. En cuanto a esas instalaciones, básicas en todo caso, hablan de dos millones, más o menos. Y digo hablan, porque, según dicen, tienen que hacerlo ellos. Creo que se podría hacer por una cantidad sensiblemente inferior. Ya me ocuparé de que no abusen.

Siempre he creído que el abuso de las personas se puede trocar en victoria del abusado, si éste se da cuenta, con una ventaja notable para éste: el abusador queda desarmado para futuros abusos y a merced de su víctima. Al menos esa es mi experiencia, y porque yo entiendo no haber abusado jamás de mis semejantes; nunca, como lo habría hecho un tirano, forcé a nadie a hacer algo que no consintió.

—Mándales cinco. ¿El poder que te mandé es lo suficientemente amplio para que me sustituyas en todos estos trámites?

Esta es una orden que en sí misma destruye una voluntad de bien servir; mi abogado no está facultado a pensar, ni siquiera a mi favor. Admito que esta orden mía tiene que sorprender un poco a este individuo, aunque la manifestación de su perplejidad se va a expresar a destiempo. Normal; un

ingenuo es un ser que esconde su propio veneno para circunstancias límite de supervivencia…

Bien, ya veo que no podré sustraerme a considerar, matizar, reducir al absurdo la condición humana, así que seguiré como me salga de los huevos. Metáfora ésta bien aprendida, que supe de ella cuando sólo era un niño; se la oí frecuentemente a mi padre cuando, en ocasiones, se dirigía a mi madre. Freud se revolvería de placer ante esta perla.

—Sí; no hay problema... ¡Leches! ¿He oído bien? ¿Has dicho cinco millones? ¿Me quieres decir por qué esa cantidad tan desorbitada? —me pregunta el abogado, como si le hubiera zarandeado.

La pregunta del abogado, precedida obligatoriamente de la respuesta que le pido, es inevitable como expresión incontrolable de la sorpresa. Si el abogado la hubiese controlado, puede que en este caso el efecto hubiese sido nefasto para él. Yo, como todos los poderosos, y en mi caso con un poder que me da el hecho de tener mucho dinero, gustamos de sorprender y de llevar la iniciativa en todo, así que en esta ocasión voy a tener la deferencia de contestar a mi interlocutor, no sin aprovechar la ocasión de expresar coherencia con mi trayectoria, y para la que pediré a mi abogado un tácito asentimiento.

—Tengo mis razones, pero a ti te basta con una que entenderás: comprar voluntades, y eso se hace con dinero. ¿Verdad que lo entiendes?

Brutal, sí, pero casi definitorio del personaje que no puedo soslayar en esta historia y que no se quiere ocultar en ningún momento. O quizá, aunque brutal, convengamos que la voluntad es una mercancía que tiene su precio, como casi todo; a lo largo de mi vida no he tenido ocasión de comprobar lo contrario.

Mi abogado, ahora, me mira sin denotar sorpresa; está contemplando una foto fija del hombre que creía conocer y con el que en ese instante no

encuentra parecido, pero que de algún modo está seguro de haberlo visto antes en otro lugar, con otro nombre, quizá en su espejo cuando se lava la cara del maquillaje.

Cuando el silencio alcanza los límites de lo pertinente, el abogado dice, esforzándose en no darse por aludido:

—Está bien. Ya sabes que no quiero que me cuentes lo que no quieras contarme. Haré lo que tú digas, es tu dinero.

¡Qué expresión de miserable! Se encuentra uno con un tipo así y no se le puede atribuir ni pizca de dignidad; es siervo de mi dinero, de la peor ralea, de esos que sin la fuerza de la necesidad hacen del servilismo su profesión, su cetro y corona, y son esos seres a los que la sociedad considerara, sobre todo, muy competentes.

—¿Y la casa? —pregunto.

Debo añadir que considero como normal al hombre que tengo delante. Los miserables suelen ser personas útiles, por lo tanto normales.

—Tú me dijiste que no encargara ningún proyecto, así que sobre ese asunto no te puedo decir nada.

— Me refiero a cuándo se podrá comenzar.

Ese detalle y las implicaciones burocráticas sí son competencia delegada en mi abogado.

—El agua y la electricidad son instalaciones absolutamente necesarias para comenzar las obras; dicen que para considerar aquel terreno edificable.

Entiendo la respuesta de mi abogado como un problema, en consecuencia le aplico la solución que yo únicamente entiendo.

—¿Crees tener algún problema en esto? Necesito que lo resuelvas cuanto antes. Utiliza el dinero que haga falta. No quiero estar en la ciudad más de lo estrictamente necesario.

Mi abogado, seguramente fatigado de representar el papel de sumiso receptor de órdenes, se atreverá a intentar, de algún modo, dignificar su presencia ante mí. No será tal; en realidad sonará a admiración, real o fingida. Admiramos al hombre seguro de sí mismo, aunque sea en el caso de hombre que clava sin vacilación un puñal en el vientre de otro. Si no fuera así, muchas películas, muchas obras de teatro que nos lo recuerdan, habrían sido un fracaso. Veamos si estoy en lo cierto.

—Además de tu abogado, soy tu amigo. Cuando me hablaste de lo que proyectabas, te juro que pensé que no estabas bien de la cabeza, pero, bien pensado, puede resultar una gran experiencia. ¿Cuánto tiempo crees que aguantarás?

Mi abogado, por lo menos, podía haber evitado invocar la amistad; pues no, y no me gusta. En cuanto a mí, una pregunta así no puedo dejar de contestar, y debe ser con la firmeza de quién no tiene dudas sobre sus decisiones. Es sólo en mi propia intimidad que no deje de tener dudas sobre algunos aspectos implícitos, pero sólo concreciones que yo mismo deberé definir. Le contestaré hiperbólico, que será una forma sutil de interesar más a mi interlocutor.

—Hasta que todo esté terminado.

—¿Y eso qué quiere decir?

Esperaba la pregunta, me da pie para compartir mi idea con él y que nunca antes había hecho partícipe a nadie. Mi idea, original y propia, sólo, y en este instante, puedo expresarla con algún significado esotérico. El misterio atrae, pero el misterio que nosotros creamos deliberadamente ante los demás nos permite sentirnos superiores. Los dioses y los tiranos se rodean de misterio para desarmar el pensamiento libre de sus siervos, y yo me siento algo de ambos, sólo en este instante.

—¿Quieres, de veras, que te cuente mi proyecto?

—Sólo si tú lo quieres —contesta mi abogado en una manifestación más de servilismo, claramente oculto en su ambigua frase de sumisión mendicante.

Pero yo no soporto el falso servilismo. Habría preferido que la contestación fuese: *Claro, hombre, lo estoy deseando*. O algo parecido.

—¿Es que tú no querrías? Sé sincero, hombre. Tú desearías tener el valor de hacer algo así, que es bien distinto a simplemente querer, —dije y seguí— pero sólo lo que imaginas, que es muy distinto a lo que yo voy a hacer. En realidad, y para que no te esfuerces, lo que yo voy a hacer no está a tu alcance.

—Pues, sí. En ese caso, y siéndote sincero, te he de confesar que siento un interés morboso, pero por otra parte preferiría que no me contaras lo que, como dices, yo no podría hacer si lo pretendiera; ahórrame la envidia que me causaría.

Supongo que este tipo no sabe si es sincero o es consciente de que su interés es complacerme interesadamente. Estoy satisfecho con el giro que ha tomado la conversación y no desaprovecharé el placer que mi abogado me está proporcionando.

—Te repito que para ti no es cuestión de querer ni de poder. Desde luego tú no estás en disposición ni lo estarás nunca de hacer lo que yo voy a hacer. Entonces te contaré lo que sí puedes hacer. Tú te puedes permitir construir una casa en el campo, ¿no?

—Pues, sí, claro.

—Y llevarte a ella un montón de libros selectos sobre el pensamiento, la ciencia…

—Claro que sí. Quizá me llevara otro tipo de libros.

No estoy dispuesto a permitir desviaciones a mi argumentación.

—Debes seguir mi suposición; simplemente te estoy ayudando a imaginar. Y en esa casa aislarte del mundo; quiero decir: no teléfono, no radio, no televisión, no periódicos, no visitas, ni siquiera servicio, ¿podrías?

—Hasta ahí ya me habías contado que en algo así consistiría tu proyecto. Me dijiste por largo tiempo y eso fue lo que más me sorprendió. ¿Cuánto tiempo en esas condiciones y con qué finalidad? De esto no me hablaste y tampoco por qué habría de ser así.

Seguramente el abogado ha venido dándole vueltas en la cabeza, pero sin haber encontrado una respuesta medianamente coherente con tantos y tan extraños preparativos.

—Ya te decía que, en mi caso, cuando haya conseguido lo que me propongo.

—Sí, recuerdo que dijiste cuando todo haya terminado. Pero lo que no dices es en qué consiste lo que te propones, suponiendo que ya lo tengas claro. ¿Qué es lo que tiene que terminar?

Me pregunta porque cree que estoy deseando hacerle esa importante confidencia; es así, en realidad, pero sigo diciendo que ese tema no lo tengo claro; probaré, no obstante, con algo que en sí no dice nada.

—Conocer la verdad —contesto lacónico, sin dejar de escrutar la expresión de mi abogado al escuchar esa palabra tan manoseada.

Como suponía, el abogado ensaya una tímida sonrisa. Aunque no sepa de qué verdad se trata, debe pensar que yo hablo de una Verdad con mayúscula, la gran verdad objetivo del hombre desde el principio de los tiempos. Debe sentirse seguro de sí mismo ante tamaña bobada intuida, pero no se atreve a sonreír abiertamente. Sí, para quien no sea admitido ser cómplice activo en semejante problema y su tratamiento dialéctico, lo que acaba de oír, pensará el abogado, es la manifestación más estúpida y

presuntuosa que un hombre puede pronunciar a estas alturas, tiempos los nuestros en los que ya ni los filósofos la buscan, supongo que porque han sido ya demasiados los abismos que ellos mismos han creado en tan inútil empeño. No obstante, pongamos que dejo abierta una puerta a que el río de satisfacción que fluye de este mequetrefe le permita explayarse a sus anchas; Pensará que sólo es la exteriorización de una estupidez, producto de mi engreimiento, o síntoma de una incipiente locura con la que debe ser cauteloso. Pero no estará dispuesto a hacerlo explícito mientras mi apariencia general no me delate claramente. Pensará, también, si esto último se confirma, que no le queda más remedio, y para no ser tachado de abusar de un enajenado, que dejar de secundar el encargo que como abogado está llevando a cabo

—¡Vaya! Eso es muy ambiguo. ¡La verdad! —exclama—. ¿Qué es la verdad? ¿A qué verdad te refieres? No me digas que te has vuelto transcendente, o trascendente, que de no usar esa palabra no sé cuál es la correcta.

Me está dando largas. Se ha sorprendido y pone la duda en el significado de una palabra tan poco sustantiva.

El viento de la historia sopla de espaldas… ¿Por qué habré dicho esto último? Nunca supe qué quería decir con exactitud, pero a mí me ha dado siempre motivos para pensar, como otras expresiones igualmente simbólicas; lo que viene a significar, creo yo, que el cerebro se cansa de trabajar con la sencilla realidad y a veces gusta de los laberintos. Le contesto, complacido por sacarle de dudas.

—Efectivamente, la verdad para todos es algo relativo y referido a muchas cosas. Yo me refiero a la verdad que podemos alcanzar, sin el menor asomo de dudas, para cada uno de nosotros y que tenga alguna

utilidad que nos complazca, o mejor, que nos deje satisfechos ante la pregunta que nos hacemos.

Mi respuesta, fabricada para el momento, en todo caso, y vanidad aparte, me parece muy buena y digna de ser considerada con seriedad por mí. A mi abogado parece que le deja algo perplejo y descolocado. Y es que mi aclaración no es tan estúpida. El pragmatismo de mi respuesta excluye la estupidez y la locura. No se trata, pues, de la verdad universal y para todos los hombres, ¡loado sea Dios que no me lo permite!; es decir, que aquello que yo pretendo no se parece en nada a la filosofía y sus banales empeños de universalizar los resultados epistemológicos de un grupo de especialistas, siempre subjetivos según quién o qué escuela, sino una especie de autocomplacencia con una verdad personal e intransferible, algo así como una convicción elaborada para consumo propio y con ello alimentar una inquietud más o menos orgánica, más o menos psíquica, lo cuál, afirmo, no es ninguna bobada. Estoy sorprendido de mí mismo por el hallazgo que tan esquivo se me mostró. Y si, además, lo que yo pretendo con esa verdad es que tenga alguna utilidad, de lo que hablo es de algo que, en sí mismo, todo el mundo se procura de uno u otro modo para evitar algún desasosiego que nos causa la perplejidad de contemplarnos y no vernos. Así que, convengamos que no voy muy desencaminado en la universalidad de ese tipo de inquietudes, aunque formuladas, quizá por primera vez, como inquietudes para andar por casa, a solas, cada uno de nosotros consigo mismo, esa pareja inquieta que forman el hombre y su espíritu, el cuerpo que se masturba o se flagela y la imagen que le ayuda. No me desvío, pues, del pragmatismo del que siempre he hecho gala, aunque se pueda empezar a sospechar que algo nuevo, quizá inquietante, está implícito en mi proposición. Por de pronto me parece que es nuevo,

porque no intento comprar lo que me venden otros ni tampoco vender lo mío.

Pero el abogado, sin embargo, tiene que incidir en la trascendencia del planteamiento, pues quiero suponer que sabe que sólo lo que trasciende puede llegar a ser considerado un empeño inalcanzable y, por tanto, cuestionable sin arriesgarse a parecer un descreído negativista

—Eso, suponiendo que esa verdad es la que te preocupa, significa un tiempo sin límites, y como somos limitados en el tiempo, pues yo entiendo que esa pretensión es baldía, ya que la búsqueda de la verdad la interrumpe la muerte, y para entonces no habrás llegado a encontrarla, como le ha sucedido a todos los que antes y ahora lo han pretendido.

—Puede ser, y tengo eso muy en cuenta. Aunque reconoce que no te he dicho de qué verdad se trata en mi caso. La muerte en sí misma ya es una verdad incontrovertible, por cierta, evidente e incontingente. Y utiliza bien el verbo; si es ahora, será que lo están pretendiendo, no que lo han pretendido.

Gracias al abogado, he llegado no a la verdad concreta que me preocupa, sino sólo al tema que quiero abordar con él para fijar mis propias claves. Pero él aún insistirá, extendiéndose algo más de lo debido en los aspectos universales del pensamiento, aunque no le permitiré que se salga del guión que le he impuesto.

—Te acepto la corrección gramatical. Lo que quiero decir es que la muerte, que tú acabas de mencionar, es problema arduo y de difícil asimilación para muchos, que sólo la podemos intuir por la observación y la percepción de lo que le sucede a los seres vivos. La muerte no parece propio catalogarla como una verdad, pues nadie la ha puesto en duda y mucho menos calificado de mentira. Podemos considerarla un hecho al que, eso sí, algunos sesudos intentan hincarle el diente buscando encontrar

jugos exóticos. Nada. La muerte es una cosa despreciable que nos caerá encima; mejor olvidar que existe.

A mi abogado parece gustarle el tema, o se siente seguro en él; quizá pensó en esto alguna vez. Le animo a que continúe.

—Sigue. Me interesa tu punto de vista.

—Y en cuanto a la muerte como a la verdad a la que te has referido, ni siquiera, ya que no sabrás cuándo, cómo y por qué se producirá. La muerte es algo irracional, por tanto, no se puede racionalizar en forma de verdad. Más que verdad, yo la llamaría certitud de cuál es el final de la vida. Mi planteamiento ante ella es muy simple: el problema de todos los seres vivos, incluidos los seres humanos, es que no estamos seguros de una segunda vida más allá de la muerte, de ahí nuestro interés y miedo. El problema queda resuelto si pensamos que, en cualquier caso, eso lo sabremos cuando muramos; mientras tanto, esta vida es la que tenemos segura, y deberíamos aprovecharla.

Bien. Mi abogado, esta vez en un tono más intelectual y, quizá, hasta esquema de alguna filosofía, pareciera haber alcanzado un grado notable de persuasión con lo último manifestado, y debería ser subscrito por mí, sin más. Digo pareciera, porque yo soy consciente de que lo manifestado por el abogado es una bengala de palabras, una bengala más con palabras luminosas. Pero si es admitido que los filósofos son insufribles por su abuso de las bengalas, los que pretendemos ser algo parecido desde nuestro propio y, al decir de algunos, incultivado pensamiento en el huerto de las grandes ideas, podemos ser unos sujetos curiosos. Véase, si no, lo que voy a decir como puntualización sutil a la tontería en forma de conformismo manifestada por mi abogado.

—Tú lo has dicho. La muerte es el final de la vida, no hay duda, por tanto, es vida misma; las dos caras de la luna: una brillante y otra oscura

¿Aceptas eso? Bueno, y si no lo aceptas es igual. Escucha algo nuevo. Siendo pues la muerte un suceso más de nuestras vidas, deberás admitir que es una verdad que se puede hallar en el estudio reflexivo de qué es la vida. Tú pareces fijarte sólo en el cómo y en el cuándo. Hago un paréntesis para contestar a tan sublimes incertidumbres tuyas. El cómo, esto no deja de ser un problema de técnica, si se quiere, que se resuelve forzando los mecanismos que la provocan. El cuándo, pues es un problema de tu voluntad, si así se quiere. Resolver estas dos cuestiones, que no incógnitas, es sumamente sencillo y al alcance de cualquiera; te anticipo que yo ya lo tengo resuelto. Pero yo no me refería a eso tan simple, sino al porqué, un porqué atípico seguramente para ti, y que puedo resumir diciendo que se trata de decidir por qué se debe morir como un acto más de la vida, o, si lo prefieres, por qué se debe renunciar a seguir viviendo. ¿Acaso pensabas en otra cosa?

Mi abogado, que está mirando hacia la mesa mientras me escucha, ha dado un respingo y me mira. Por supuesto que mi pensamiento no está subsumido en la proyección trascendente de semejante asunto, pero a mi interlocutor le ha debido llamar la atención algo que he escondido entre la hojarasca premeditada de mis circunloquios.

—A ver si te entiendo. ¿Estás hablando de suicidio? ¿Qué diablos tienes en la cabeza?

No puedo decirle sí, sin más; eso sería como matar y no enterrar el muerto.

—Estoy respondiendo a tu aseveración. Quizá no te he contestado como tú esperabas —le digo con un deje superioridad.

—Puede ser... Pero a lo que no me respondes es a cómo vas a encontrar tu verdad. ¿De qué verdad se trata? Porque estoy bastante perplejo por lo que escucho...

Unos golpes en la puerta interrumpen tan singular como inútil conversación, especialmente, y me parece obvio, porque ninguno va a aportar al otro nada positivo; o concluyente, para ser exactos.

Ahora, puedo asegurarlo y me gusta comprobar lo acertado de mi intuición, el que llama a la puerta es el camarero.

—Espera. Llaman a la puerta; debe ser la cena que pedí.

Me levanto y voy hacia la puerta. Marcos se queda pensativo. Supongo que su pensamiento ha regresado al concepto que yo he sugerido de forma indirecta y que, sin duda, yo mismo he puesto encima de la mesa. Un camarero entra con un carrito bien surtido de apetitosos comestibles.

—¿Dónde quieren los señores que les sirva? —pregunta el camarero.

— Ponlo ahí mismo —indico.

— Tendré que retirar esto de la mesa.

—Hazlo... ¿Cómo estás de trabajo, Marcos? —pregunto, pues considero suficiente la atención que estoy prestando al camarero.

—No me puedo quejar. Quizá demasiado y no me permite esas evasiones tuyas.

Sin duda el abogado es consciente de que es un ser vulgar, únicamente atraído por su profesión y la mejor forma de hacerla rentable. ¿Quién no se sentiría vulgar en una circunstancia así? Lo que sucede es que se acepta como un defecto íntimo, y su contestación pudiera parecer una autocrítica. Así lo entendí.

—Se ha de intentar liberar uno de las ataduras rutinarias y de otro tipo de ataduras —le digo.

—Supongo que es así. Sé que eso está muy bien. Se renuncia a todo, a lo que te ata principalmente, y empiezas a ser dueño de ti mismo. Pero tiene un inconveniente: te encontrarás solo. Has de calibrar si amas la

soledad o te espanta. Por lo general, la soledad espanta. Aunque ya veo que a ti...

—Mi aportación para esta situación sería: llena tu soledad de sueños; entiende que quiero decir fantasías. El hombre es por naturaleza ciclotímico. La ansiedad y la depresión. Puedes paliar la una y retardar la otra si rompes con la rutina, como ya te dije, y eso sólo lo puedes conseguir si pones a trabajar tu imaginación.

—Ni tiempo tengo para pensar en esas cosas. Y creo que tampoco sé cómo hacerlo.

Yo tengo la solución, una solución complicada para muchos, especialmente los vulgares que se esfuerzan en serlo, claro.

—Durante mucho tiempo ese fue mi problema. La solución se encuentra cuando al levantarte, en lugar de ir a la oficina, coges el coche y te vas por una carretera que te aleja de la ciudad sin rumbo fijo, simplemente a pensar en algo diferente, no acuciado por el ir y venir de las cosas que te mantienen atado. Liberar tu mente.

Le estaba dando la clave en la que todo hombre ha pensado alguna vez cuando le asoma el genio, pero no le proporcionaba algo que es intransferible: tiempo y el valor para usarla. De nuevo el camarero nos interrumpe.

—¿Quieren algo más los señores? —pregunta el camarero.

—Está bien. Ten —y le ofrezco mil pesetas de propina, que el camarero coge con avidez.

—Gracias. Buen provecho.

Doy buenas propinas... si me sirven bien, o para que me sirvan de forma especial. El camarero seguramente sólo tiene un pensamiento en su cabeza, servirme con más esmero la próxima vez.

—Esto tiene un aspecto increíble —dice Marcos, mirando la apetitosa bandeja.

—Me alegro de haber acertado. Debí preguntarte qué preferías.

Esperemos que no haya ocasión, a lo largo de esta historia, en la que yo mate a alguien y luego cortésmente le diga: debería haberte preguntado si querías morir. No, no creo que sean necesarios tales excesos para que, en todo caso, mi historia sea singular.

—Pues acertaste. Mi alternativa eran unos emparedados. ¿De qué hablábamos? —dice Marcos

—¿Quién de nosotros dos crees que se parece más al camarero?

Marcos ha puesto cara de estreñido.

—¡Vaya pregunta! Ninguno de los dos se parece; él es él, tú eres tú y yo soy yo. Cada ser humano es un mundo aparte.

No tengo una idea mejor, y enseguida vuelvo al tema interrumpido.

—Te preguntabas qué pretendía hacer en mi retiro...

No estoy ya para más disquisiciones pseudometafísicas, y cierro el círculo volviendo al principio de la conversación. Marcos me secunda

—¿Y?

—No lo sé exactamente. Anda, sírvete. Lo que te puedo decir, que sí creo tener claro, es que voy a pensar. Me ayudarán los grandes pensadores que en el mundo han sido. No para criticar o asumir lo que dijeran, por un snobismo o papanatismo de intelectual tardío, sino para obtener de ellos las claves sobre los grandes tópicos de la vida; en otras palabras, ver qué cosas les preocuparon. Luego yo mismo elaboraré mis propias conclusiones. De lo que se trata, en definitiva, es de reflexionar partiendo de ti mismo, no de acumular memoria.

Mi respuesta, sin más explicitaciones, como qué pensaba hacer luego con mis propias conclusiones, pareciera de una soberbia de tal calibre, que

a cualquier persona con libre criterio le habría hecho exclamar ¡aaah!, y, condescendiente, esperaría a que su contertuliano terminara de desahogarse. Pero yo no tengo la intención de iluminar al mundo y, por otra, el abogado, ya lo hemos visto, carece de criterio libre para expresarse, o se autoinhibe deliberadamente para complacerme. En estos casos se pregunta, haciéndose de nuevas. Veamos.

—¿Y qué harás con ellas? —pregunta Marcos, quizá esperando deducir al fin si yo estoy en mis cabales.

—Todas confluirán en una gran conclusión final.

—¿Y cuál será esa conclusión, si puede saberse?

—Una pregunta llena de curiosidad morbosa — le contesto sonriente y exteriorizando mi propia satisfacción.

Cuando alguien está en posesión de las claves de un misterio, la actitud para con los demás es de cínica conmiseración. Los demás responden como aquel que ha sido *pillado* en el juego del escondite y para no parecer más tontos.

—¡Claro! Mi pregunta ha sido estúpida. No hay conclusión, ¿es eso? Ya lo decía yo. Creo que has pretendido quedarte conmigo —dice Marcos, sin mostrar contrariedad, y con ese juego final de palabras que suponen una tácita aceptación de estar siendo utilizado por la superioridad intelectual de su interlocutor; pura estrategia de conservación.

Pero para mí lo de menos, en este momento, es vencer dialécticamente a mi contrario; quiero, sobre todo, que me escuche.

—No. El problema de llegar a grandes conclusiones es que se parte de fijarlas como meta. Todo el mundo hace eso, y por eso se equivocan. Pocas personas se ponen a caminar sin rumbo fijo, como antes te decía, y esperar encuentros felices.

—Entonces, si te he entendido bien, tú aún no tienes prefijada ninguna meta. Me habías asustado con lo de la conclusión final.

Es falso que tal supuesto le haya asustado; nadie cree al suicida que se anuncia mientras cena. No obstante, no quiero abandonar esa idea.

—Sólo aquella que inevitablemente nos espera al final del camino —le digo queriendo parecer enigmático.

—¿La muerte? ¿Hablas en serio? Luego...

La primera pregunta del abogado es obvia; la segunda es estúpidamente innecesaria; la conclusión, de Perogrullo, por eso prefiero abstenerme de contestarla.

—Sí.

—¿Qué quieres decir? ¿Ves ya esa meta en tu horizonte? Tú no hablas en serio.

—No es que la vea; yo la he colocado en un lugar a la vista. Lo del cuándo, que antes decía.

—Tú me estás hablando de suicidio programado, ¿no es así? Estás bromeando.

Gran conclusión la de mi abogado, pero ha terminado rebajando su nivel intelectual al esbozar una sonrisa. Nadie, se me ocurre, debe sonreír ante ciertas proposiciones, si no quiere parecer un imbécil.

No le he contestado. Como procede, me quedo callado mientras me sirvo un variado plato de pescado y marisco. Marcos se queda mirando cómo me sirvo; él no se habría atrevido a hacerlo primero, algo así como ocurre en los animales cuando el macho dominante está presente. Me gustaría que a Marcos se le helara la sonrisa y observar cómo es el hombre cuando alcanza su mayor grado de estupidez, y por qué no, también siendo abogado. Tomo la botella de champaña y lleno las dos copas. Ninguno de los dos miramos al otro; yo por desprecio y él por miedo. En esta ocasión

los dos vivimos en mundos aislados. Cuando decido dejar mi mundo y vuelvo al común de ambos, lo hago chirriando de mala leche.

—Sírvete, Marcos. Pensar no podrás mientras comes, pero no creo que te sea incompatible escucharme y comer al mismo tiempo. Y no brindemos por nada; el champagne sólo es para acompañar la comida.

Mi voz ha cambiado de tono. Marcos rehuye mirar de frente, quizá pensando que le puedo escupir ponzoña. No reacciona. Para Marcos, esto es una situación atípica en los convencionales encuentros con sus clientes y ni siquiera sabe cómo catalogarla. Le saco de sus confusos pensamientos.

—¿No te sirves?

—Sí, sí, claro. Perdona, estaba distraído.

—Lo comprendo. Acabo de decir algo que te ha hecho pensar, ¿no?

No, no puedo darle la oportunidad de situarse por encima de mi pensamiento; debe permanecer inerte hasta que el mío se lo ponga en marcha. Siempre consideré muy importante ser el motor que ponía en movimiento el pensamiento de los demás, o habría estado a merced de ellos.

—Más que pensar, me preocupa.

Puede parecer un falso sentimiento, pero Marcos es sincero en esta ocasión. Intento aclarar el motivo de su preocupación

—¿Te preocupas por mí?

—Sinceramente, más que por ti… Me has hecho recodar algo que en alguna ocasión también yo he pensado. Pero ya te digo, el trabajo me agobia y me obliga a volver a la realidad cotidiana. Mi vida está en una agenda donde otros me dicen que escriba lo que tengo que hacer.

Sí, Marcos está siendo sincero en esta ocasión, y ha aprovechado para tomar algo de protagonismo, si bien ese protagonismo no es para sentirse orgulloso; esa es su vida, y porque yo no le voy a dar la oportunidad de que

me cuente otra. Soy un pequeño dios caprichoso, y el abogado es en estos momentos mi criatura; de mis criaturas sólo yo seré omnipotente y, por qué no decirlo, nada misericordioso; ¿me parezco a alguien?

Vuelvo a la carga, pero sólo para poner a Marcos ante una pobre evidencia: este hombre no es dueño de su vida; lo cual no es una contradicción el que esa sea su vida.

—Así es. Por eso es necesario romper con la rutina que te ata, que te esclaviza. Pero si no puedes...

Marcos, afortunadamente para él, se resiste a hablar de sí mismo; sería ahondar más en su miseria

—Pero lo que no acabo de comprender es cuándo es el momento de clavar esa meta, ¿tú sabes cuándo?

Marcos se está comportando como un alumno aplicado que, sin embargo, no osa cuestionar al profesor. O es un sutil cabrón que sabe tapar sus cuernos. Tiempo tengo para saberlo, si me interesara.

Voy a avanzar una idea para mantener a Marcos en el sendero que quiero: la intriga.

—No, no lo sé, pero no por incapacidad, sino porque es un proyecto al que aún no he puesto fecha. Cada cual debería fijar ese momento cuando lo estime oportuno, y sin perderlo de vista, de lo contrario cualquier otra razón sería espúrea. Yo esa meta la llevo delante de mí, como al otro extremo de una vara larga fijada a mi cuerpo. Mientras camino, ella va delante, siempre a la vista. El cuándo sucederá que llegue a alcanzarla, pues será cuando yo decida retirar la vara. ¿No lo ves fácil?

Frente a la ambigua y simbólica proposición mía, Marcos se sentirá seguro en su coherencia y no verá en manifestarla ninguna contradicción con la defensa de sus intereses profesionales.

—Caminando puedes tropezar y escoñarte; la meta que tú veías se quedará al otro lado inalcanzada por lo que tú llamas tu voluntad, y otra, que no tenías prevista, se te echará encima. Por otra parte, entras en contradicción. Antes decías que no se debían fijar objetivos y ahora manifiestas que ese objetivo lo llevas delante de ti, siempre a la vista.

—Te explico. A la primera parte, diría que es un riesgo inevitable. Pero de no hacerlo así, tu muerte no será nunca una meta, sino un escollo inesperado, o quizá mejor decir un abismo al que te lanzas por voluntad propia o te atrae sin que lo puedas evitar. Y ahora responderé a la segunda. Si te fijas, yo separo mi empeño en el *por qué,* que es lo que voy, digamos, a investigar. Los otros aspectos, que son ciertos y evidentes, sólo dependen de mí voluntad el alcanzarlos.

Marcos ya está en esa nebulosa en la que los pensamientos parecen decirte: come y calla, que no estás para otra cosa. A mi interlocutor se le ha puesto cara de buzo con el mal de la profundidad.

—Tienes razón. Lo que pasa en mi caso es que, de comenzar a pensarlo, mi actitud sería dejarlo para más adelante. Y no puedo asegurar que me lo planteara; supongo que eso depende mucho del estado de ánimo.

—También tú tienes razón, aunque creo que lo dices para quitar hierro al asunto. Pero entiendo que tú hablas del vulgar suicidio del esquizofrénico, del sicótico, etc., aquel que prefiere morir de una sola vez, a asistir a la danza previa de la muerte. Yo hablo de una proposición superior de acabar con la vida, desde luego al margen de estados de ánimo o de insufrible dolor que te empujen.

Me ha parecido que Marcos no ha escuchado lo último que he dicho.

—Así es. Lo he dicho para parecer que, en cierto modo, tu idea es perfectamente compartible.

Demasiado condescendiente, y no me gusta. Como para querer terminar: se da la razón a tu interlocutor y asunto concluido. No en mi caso.

—Pues haz el favor de no querer parecer lo que no te pido. No tienes ni zorra idea de lo que estoy hablando.

Marcos, nervioso, acomoda el culo en su asiento.

—De acuerdo, de acuerdo, no te enfades y explícamelo. ¿Quieres decir que para ti ha llegado el momento de plantearte semejante cuestión?

Me devuelve el protagonismo, con ello quedo satisfecho, aunque no olvido que ha pensado por su cuenta.

—No te puedo responder a esa pregunta. Te recuerdo lo de la vara. Lo que te puedo decir es que estoy llegando al final de mi camino.

Es mi intención convertir una idea discutible en un proyecto personal indiscutible porque yo no lo permito; Marcos debe entenderlo así. Lo único que le acepto es que intente el "debo impedírtelo", o el "debo desaconsejártelo". Sé que ambos empeños son falsos; repito: nadie cree al suicida hasta que no lo ve atado a un hilo que le sujeta a este mundo; y yo estoy comiendo tranquilamente.

—Tampoco lo entiendo. Eres joven aún, tienes buena posición social y económica, eres un hombre de éxito, no estás enfermo ni angustiado, ¿qué te ha hecho decidir que tu camino se acaba?

Obviamente Marcos ha expresado un pensamiento estúpido si partimos de que yo, en cualquier caso, pretendo, antes de llegar a ese extremo, alcanzar algo más de sentido a mi vida, y supongo que es cosa ardua que debe llevar bastante tiempo. Pero anticipo que no será así, al menos ese propósito no significa una tregua larga, o yo me estoy metiendo en un callejón sin salida, haciendo de mí un personaje que desconozco en estos instantes.

—El mundo no me ofrece nada nuevo. Repetir las mismas cosas esperando a que lleguen los escollos, en los que inevitablemente encontrarás tu muerte, tiene menos sentido práctico que anticiparte a ellos. Pero hay algo más: nada más dispendioso que pasar por la vida sin saber lo que en realidad eres, sin pensar en lo que has sido. Ese es mi objetivo inmediato; lo otro es algo que se ha suscitado aquí, como si en su lugar hubiésemos hablado de toros.

—Déjame insistir en un aspecto. En lo que no estoy de acuerdo es en eso de que la vida ya no te ofrezca nada nuevo; los placeres son siempre nuevos, y con ellos las sensaciones; tu posición económica te permite comprarlos siempre variados. Pensar que estás vivo siempre será mejor que pensar que no existes o, mejor dicho, pensar que vas a dejar de existir; lo más sensato que puede hacer el hombre es prolongar su vida por cualquier medio; hasta los que creen en otra vida eterna lo hacen. Lo último que has mencionado es una vana esperanza, porque no existe el verbo reflexivo conocerse, al menos con la imparcialidad necesaria como para considerar ese conocimiento objetivo.

Parlamento demasiado largo y condescendiente, el de Marcos, pero cabe hasta en alguna proposición filosófica ya homologada. Y es que a fuerza de decir cosas, algunas terminan pareciendo sublimes.

—Sí. Se dice que sólo los demás nos pueden decir cómo somos; otra cosa es que saberlo importe siempre. Pero creo también que a nadie importa lo que parecemos ser. Y volviendo a tu última reflexión, diré que todo eso se interrumpe al primer escollo que te deja inerme o, peor aún, imbécil. No quiero que eso llegue. Tú me conoces, y no te debe ser difícil comprender que un hombre como yo se resiste a terminar desvalido, vulnerable, de aspecto deprimente y hasta obsceno, y no ya a la mirada de los demás, sino de ti mismo. En cuanto a que intentar conocerte sea una

vana esperanza, yo entiendo que es una estúpida resignación tuya, o será porque a ti te asusta reflexionar sobre tu propia condición.

Marcos se debe sentir incómodo, quizá hasta el punto de pensar que es llegado el momento de cortar esta conversación para la que no ha sido convocado. Si es así, la forma que adoptará es la propia de los animales cuando pelean: el que se considera vencido se echa panza arriba, ofreciendo sus partes más vulnerables al superior. Dicen que esto es guiado por el instinto de conservación en los animales inferiores; también en el hombre cuando deja a un lado su autoestima. Pero reconozco que hay casos en los que más vale perderla, o aparcarla si se prefiere; si no te puedes ganar la vida dignamente, gánatela de cualquier modo, creo haber escuchado en alguna ocasión.

—Bueno, no estoy preparado para seguir tus argumentos y tampoco quiero parecer más estúpido de lo que uno es por naturaleza, especialmente cuando se enfrenta a tales cuestiones planteadas por otros, que sin duda tendrán mayores razones para hacerlo. Deberíamos cambiar de tema.

Me doy por satisfecho. Consideró que he vencido en esta pelea desigual, y sólo yo he impuesto las bases del armisticio. A partir de este momento, Marcos sólo será un empleado, lo cual no sé si le rebaja la condición de hombre, pero seguro que pone al abrigo su dignidad, según él debe pensar.

—De acuerdo. Volvamos a mi proyecto. Quiero que te ocupes de todo lo referente a permisos, instalaciones básicas. Por lo que aprecio en esta foto, aquella colina se podrá rebajar para que quede una plataforma de unos mil metros cuadrados. Cuando esté lista, lo primero que has de encargar hacer es un muro en cuadro, y en todo el perímetro, de treinta metros de lado por cuatro metros de altura. Tendrá una sola puerta de acceso de cuatro metros de ancha. Cuando esté terminado yo me ocuparé

de la casa. Me has de conseguir que el Ayuntamiento no me imponga un proyecto previo. Busca un constructor de la ciudad y ponle como condición que todos los obreros han de ser también de fuera del pueblo; nadie del pueblo debe entrar dentro de aquellos muros. Y algo muy importante: unos y otros deben ser aleccionados de forma que mantengan la máxima discreción sobre lo que dentro de esos muros se construye. No quiero hablar con nadie del pueblo; terminarían reconociéndome y ya no podría ser como pretendo.

—Todo se hará como tú dices, aunque eso de la discreción será difícil de mantener.

—Ofrece una prima sustanciosa a todo el que intervenga en la construcción; la recibirán si compruebo finalmente que en el pueblo nadie sabe nada. Ya verás que funciona.

—¿Qué vas a hacer mientras tanto?

—Tengo que comprar un coche. Todas las mañanas lo cogeré y tomaré diversas salidas de la ciudad para alejarme sin rumbo. Debo pensar, y esa es la mejor forma. Pasaré también mucho tiempo en las librerías en busca de esas claves de que te hablaba. Todas las noches, a las diez más o menos, me llamarás y me darás cuenta de las novedades.

—Todo esto lo hago porque eres mi amigo.

Marcos ha cometido la peor de las imprudencias: mentir creyendo que gana con ello mi estima. Le miro con severidad en mi semblante. Que nadie invoque la amistad cuando hay intereses de por medio. Yo no sé tener tacto en el trato con los hipócritas.

—¿Cómo dices? ¡Oye, no me toques los cojones! Todo esto lo haces porque te pago, te pago más de lo que jamás pudiste esperar ganar con tu trabajo de picapleitos, y porque te pago bien, te puedo exigir que me respondas, aunque no lo compartas.

Marcos se ha quedado líbido y me mira con cierta rabia contenida.

—Eso no es muy amable de tu parte. ¿Tienes que ser tan grosero? —dice Marcos en un arranque de dignidad.

—Sólo con los mentirosos, y tú lo has sido hace un momento. Pero no quiero que te enfades por llamarte mentiroso. Todo hombre puesto en este mundo no podría vivir sin las mentiras. Con las raquíticas verdades, apenas sobrevivir. Mi reacción tiene una explicación: ha sido mi primer acto consecuente con mi cambio hacia algo nuevo. Mira, Marcos, yo he convivido con la mentira desde que nací. Yo he sido un gran mentiroso, y eso me da cierta ventaja para conocer cuándo los demás mienten. Todos mentimos, pero unos les sacamos más provecho a la mentira que otros. Los mentirosos que siempre me rodearon, algunos me engañaron, lo confieso, pero a los que descubría en su mentira les sonreía o les desenmascaraba, según me convenía. Conmigo vas a tener que hacer un gran esfuerzo. Tú vas a ser un gran, imprescindible colaborador en mi proyecto, por eso quiero pedirte que no mientas, por lo menos a mí, porque fracasaría en mi empeño y no te lo perdonaría jamás. Y ahora que sabes el papel que quiero interpretes, tú dirás si te interesa.

No sé a que viene esta lección de mala conducta, además de cabrona. A mí mismo me repele. Quizá quiero dejar las cosas claras y que Marcos tome una decisión aquí mismo.

—Desde luego no eres el hombre que conocía. Está bien; voy a seguir tu juego, y lo voy a hacer por tres razones, y, lo quieras creer o no, todas ellas verdaderas: a, porque eres o eras mi amigo, y aunque esa circunstancia parece que carece de valor para ti, por esta razón te puedo prometer que no te mentiré; be, por el dinero que me pagas, que implica aceptar tus reglas; y ce, porque me atrae tu proyecto, quizá morbosamente, lo que te podrá asegurar mi colaboración más allá de mi estricta obligación

contractual. Y una cosa más que quiero que lo entiendas como verdad: si haces lo que dices que vas a hacer, te aseguro que no iré a tu entierro.

Marcos ha contestado pareciendo que su dignidad queda intocada, o recuperada, pero en el fondo sólo es una capitulación vergonzante, como yo esperaba. Y es que para algunos eso de la dignidad a toda costa tiene sus contrapartidas, algunas de mucho peso.

—Eso está mejor; quiero decir que suena mejor. Y también me alegra saber que no irás a mi entierro; sería una cínica actitud por tu parte, como la de un médico que hiciese lo mismo con la pérdida de su cliente.

—Y ahora, dime: si sobrevivo más allá de tu experiencia, experimento o como lo quieras llamar, ¿qué debo hacer como abogado tuyo?

Marcos ha pretendido dulcificar la tensa situación, para ello pone su voluntad al servicio de algo que va más allá de la tácita aceptación de todas las condiciones que yo le he impuesto.

—Nada. Bueno, sí: que me olvides y olvides todo lo que te he confiado. Apelo en este caso a tu ética profesional —le digo sonriendo.

Sé que las órdenes *posmortem* sólo suponen un estribillo y que nadie suele cumplirlas. Pero quiero de esa manera indicar un deseo más que una orden. Lo cierto es que no me importa en absoluto.

—Tienes un hijo al otro lado del charco, ¿tampoco él deberá saber lo que ha sucedido con su padre? No tienes derecho a hacer eso mientras alguien cuente contigo.

Un hijo abandonado a su suerte puede parecer excesivo, y yo no tengo por qué ser el rabo del diablo. Aunque la preocupación de mi abogado sólo esconde su deseo de ampliar la minuta.

—No. También allí lo he dejado bien atado. Pasado cierto tiempo, mi hijo recibirá un legado de su padre en el que no habrá otra cosa que dinero, ninguna explicación. Tú sabes que no me llevo muy bien con él. Ya es

mayor de edad y no se sentirá abandonado por su padre. Recogerá lo que le dejo y no hará preguntas; ¿ contesta eso a tu reflexión última?

—Sí. Y ahora, si me aceptas como amigo, ¿debo disuadirte de ese disparate?

A Marcos le quedaba por decir algo que siempre suena a estrambote. Y lo ha dicho. No me importa asegurar si Marcos es sincero o no, así que no lo consideraré como un falso sentimiento. No pretendo mortificarlo, sólo quiero que sepa que a mí no se me engaña, ni siquiera halagándome.

—No tendría sentido. Tú mismo has dicho que te atrae mi proyecto, lo que significa que si tuvieras valor, probablemente me imitarías. Y vuelvo a decirte lo mismo: el dinero que te pago hace que la amistad se quede diluida en el interés, o, como tú dices, en las obligaciones contractuales. Así son las cosas, querido Marcos. No te empeñes en parecer lo que no eres, al menos conmigo.

—Tu sinceridad me desarma y tu falta de tacto me enerva. ¿Quién te ha enseñado a leer en el alma humana? De esa capacidad haces un alarde implacable.

No era preciso tan sutil glorificación de mi persona; sólo a Dios se le atribuyen semejantes facultades. Mi poder, el poder de mi dinero, no me acerca a Dios, pero para ejercerlo sobre los hombres, sobre todo los miserables, me parece suficiente, y puedo jugar a ser un dios con ellos.

— Nunca me falló; tengo un instrumento infalible que siempre me permitió leer en el alma humana como si de un libro abierto se tratara: el dinero. Ante el dinero los hombres se desnudan y aparecen tal cual son. Y no me preguntes cómo son.

—Yo podría ser una excepción —se permitió decir el abogado, pensando que él, a su modo, también podía utilizar a aquel hombre

prepotente sin parecer del todo servil. Pero yo no le doy tregua y sigo probando su fidelidad.

—Ya es tarde. Y no adoptes actitudes heroicas; ya has confesado que también lo haces por el dinero que te pago. No le des más vueltas. Lejos de reprocharte nada, estoy contento de no haberme equivocado en esta ocasión, la más importante sin duda para mí. Un abogado con escrúpulos es un mal abogado.

Eso ya es demasiado, incluso para mi laxa ponderación. Marcos, como el ratón que primero enseña los dientes al león, ha pasado a la sonrisa. En él está terminar pareciendo que su inhibición es consecuencia de su inteligencia.

—Eres un hijo de puta. Sinceridad por sinceridad, ¿sabes lo que estoy pensando? ¡Qué te jodan! Personas como tú no son de este mundo —y deja de comer.

Siempre que Marcos se excede en un alarde de heroica actitud, ya lo he comprobado antes, a continuación tiene el mismo feliz bálsamo para que engorde aún más mi ego. Nada debe complacer más al déspota que sus siervos le consideren único, especial, y nada mejor para el tirano que no ser considerado de este mundo, porque eso aleja su miedo a la insurrección; supongo que a mí me considera mucha gente un déspota. En ocasiones he llegado a creer que soy eso, un tirano. Si una de las características del tirano es la de tener miedo, ver enemigos por todas partes y con esa sospecha tratarlos, puede que sí, que en ese aspecto yo soy un tirano. De todas formas, el miedo no es una cualidad negativa, si como los toreros no rehuyes el toro. Pienso, no obstante, que si he de ser un tirano, será porque otros han de ser tiranizados; no es más que un reparto de papeles inevitable.

—Eso que dices es cierto; empiezo a no ser de este mundo, pero no por ser un hijo de puta, que también tú lo eres; celebremos que nuestras madres tuvieron la suerte de no saberlo.

Marcos se ha levantado como por resorte y se ha dirigido a la ventana con las manos en el bolsillo. A través de los cristales está mirando no sé bien qué. Permanece callado. Probablemente estará pensando en mandarme a la mierda; por menos motivos habrá dejado plantados a clientes difíciles. Pero conozco a Marcos y sé que siempre pone precio a sus últimas decisiones. Conmigo ha debido considerar que el precio, en esta ocasión, le permite soportarme.

Yo continuo comiendo, y tampoco hablo. La situación se está haciendo tensa e interminable. Ninguno de los dos quiere romper el muro de silencio; es la tregua natural en cualquier lucha por la supervivencia, en la que el vencedor contempla a su enemigo ya moribundo. Marcos se vuelve.

—¿Quieres algo más de mí?

Yo he pospuesto mi enojo; no debo romper todos los lazos, pero no voy a disculparme por ser superior a él.

—No te pago para que me escuches lo que no quieras oír. Si no tienes más preguntas en relación con el trabajo que te he encomendado, ponte a trabajar y tenme informado.

—Entonces, con tu permiso, me voy.

—Está bien.

La expresión de Marcos *con tu permiso*, sólo es una petición de anuencia cortés, y no quiero considerarla, en este momento, una muestra más de vasallaje que me abrume.

Marcos, en silencio, con la sensación de un hombre derrotado, servil y claudicante, y esto, probablemente, no quiere reconocerlo, recoge sus

cosas sin levantar la mirada, deja las fotos sobre la mesa y se dirige hacia la puerta.

Yo voy hacia el teléfono y llamo al servicio de habitación. “Suite mil cuatrocientos veinte. Vengan a retirar el servicio”.

Me vuelvo a sentar. Recojo las fotos y las ojeo lentamente. Con un bolígrafo hago un corte a media altura de la colina que en primer plano aparece en una de las fotografías y esbozó con gran torpeza algo que se parece a una construcción. No la encuentro definitoria de lo que quiero y la tachó de forma un tanto convulsa. Rompo la foto, me dirijo a una papelera situada en un rincón de la antesala y allí deposito los pedazos. Llaman a la puerta y voy hacia ella, miro por la rendija mínima al otro lado: es el camarero. Le dejo pasar.

—¿Desea algo más el señor?

—No. ¿Estás contento con tu vida? —le pregunto sin haberlo premeditado.

—A veces, señor —contesta el camarero, sin dejar de recoger el servicio y aparentemente no sorprendido de tal pregunta, hecha a bocajarro.

—A veces… —repito yo a media voz, quedando suspendido de mi flotante pensamiento.

***

¿Por qué rememoro este pasaje del encuentro con mi abogado? Sin duda porque entonces estaba persuadido de que todo lo que iba a dejar atrás era miseria, en este caso miseria humana. Es como compendiar en una sola página todo un mundo mísero, que yo manejé

de forma mísera, como no podía ser de otra forma, teniendo en cuenta que yo formaba parte de ese mundo.

Y todo sigue igual. Respiro sin síntomas de asfixia. Algún resquicio debe permitir renovar el oxígeno que consumo. Tengo dolor de estómago y creo que voy a vomitar. Si me ayudo introduciendo los dedos en la boca... No, no debo hacerlo, expulsaré el veneno y entonces... moriré de inanición... Será una larga agonía. También puedo tirar de la palanca y este recinto se anegará de ácido sulfúrico. La muerte no será rápida y presiento que horrible. No lo haré... No es así como lo tenía previsto. Para morir se necesita valor, no heroísmo ¿Y si me aferro a la despreciable esperanza en sobrevivir? Debo seguir viviendo en el recuerdo y esperar a que me encuentren... sin estar completamente seguro de que eso es lo que quiero.

***

Entro en el dormitorio. Deposito unas gafas de lectura sobre la mesilla de la cama y me desnudo. Me pongo un pijama, y, colocando una almohada sobre la otra, me acuesto llevando conmigo el maletín, que dejo al otro lado de la cama. Enciendo la luz de lectura y apago la de la habitación. Me pongo las gafas. Abro el maletín y extraigo de él un libro. Todavía está envuelto en papel de celofán. Le doy algunas vueltas buscando la forma fácil de rasgar la protección. No la encuentro, y me decido a clavar una uña. Rasgo el plástico con cierta violencia y lo arrojo al otro lado de la cama. Me quedo unos instantes mirando la cubierta; en

ella no hay otra inscripción que *Sagrada Biblia*[2]. Un pensamiento viene a mi mente y lo transmito susurrando, quizá queriendo quedar patente mi perplejidad estúpida: "¿Quién es el autor?" No han sido más de unos segundos, porque a continuación me digo: "Se dará por entendido que es Dios". Abro el libro por las primeras páginas de texto y leo... "*Prólogo"*. Sigo leyendo muy despacio. Leo que el libro que tengo entre las manos corresponde a... "*la versión completa de la Biblia, la primera traducción íntegra de las Sagradas Escrituras, hecha directamente de las lenguas originales, hebrea y griega..."*. A veces me gusta hablar a solas, me complace escucharme, soy el mejor interlocutor de mí mismo: "¡Vaya, he tenido suerte!; ésta debe ser la buena", pronuncio en voz alta, quizá para darme ánimos y seguir leyendo. Más adelante leo que un papa, León XIII, había proclamado el origen divino de las sagradas escrituras en toda su integridad; "Podían haber puesto en la cubierta que el autor era Dios", musito convencido de mi propia deducción no menos estúpida. Paso el prólogo sin detenerme más en sus dieciséis páginas. Viene luego una encíclica que me hace reafirmar en mi convicción anterior. Salto varios títulos y comienzo la lectura del cuerpo de la misma... "*Inspirados por el Divino Espíritu, escribieron los escritores sagrados los libros que Dios, en su amor paternal hacia el género humano, quiso dar a éste para enseñar, para guiar, para argüir, para corregir, para instruir en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté pertrechado para toda obra buena"*. No sigo leyendo. Mi mente pone punto y final transmitiendo mi pensamiento a un interlocutor imaginario: "O sea, que Dios es el autor y los escritores sagrados sus amanuenses, ¿eh?. Ya comprendo, deben ser

[2] Las referencias que se transcriben corresponden a La Biblia, editada por Biblioteca de Autores Cristianos,1963

muchos y tampoco vale la pena indicarlos", y paso la página... "*Parte Histórica...*". "No me interesa", me digo a mí mismo. Sigo pasando páginas... "*Parte Doctrinal...*" "Tampoco", vuelve mi mente a concluir, y paso la página. No encuentro ningún título que despierte mi interés y paso páginas con rapidez... "*Consejos de San Agustín a los lectores de la Sagrada Escritura...*". Vuelvo a detenerme y leo... "*Cuantos temen a Dios y por la piedad son mansos...*" "¡Pues vaya manera de comenzar!", exclamo en voz baja, interrumpiendo la lectura, pero con los ojos puestos en la siguiente línea... "*buscan en todos estos libros la voluntad de Dios... Lo primero en este empeño y trabajo ha de ser conocer estos libros, leyéndolos, aunque no todavía para entenderlos...*". "¡Vaya presentación!", exclamo, esta vez en voz alta, como en un desahogo... "*Después se ha de investigar ya más solícita y cuidadosamente lo que en ellos claramente se dice, ya sean reglas de la vida, ya reglas de fe, y, en esto, tanto más podrá hallar cada uno, cuanto mayor capacidad de entender tenga...*". "¡Cuentos! ¡Pobres los ignorantes y torpes de entendimiento, qué difícil os lo han puesto!", vuelvo a pronunciar más alto de lo que fuera necesidad, y paso a la siguiente página... "*Introducción General a los Libros de la Sagrada Escritura. La Revelación Profética...*". "Nada", y paso la página... "*La Inspiración y la Veracidad de las Sagradas Escrituras...*". Leo uno por uno los apartados que corresponden a este título... "*La Sagrada Escritura es veraz con verdad divina...*". "No interesa..." "*La verdad en materia de fe y costumbres...*". "Tampoco..." "*La verdad en materia científica...*". Aquí me detengo. Echo de menos algo más de extensión sobre este particular; no son más de diez renglones, y paso al siguiente apartado, presumiendo que el anterior no dice nada de interés y mientras exclamo: "¡No te fastidia, vaya forma de aplicar la ciencia!", y sigo leyendo... "*La verdad en materia histórica... Es historia gran parte*

de los libros sagrados... Para resolver las dificultades históricas que se presenten... En esto es preciso tener muy en cuenta las enseñanzas de la encíclica..." "Nada", y paso páginas y páginas frenéticamente, buscando no sé bien qué. De repente vuelvo atrás, dos o tres páginas, y me detengo en un título... "*Génesis... El Génesis abarca una larga época: desde los primeros orígenes de las cosas hasta el establecimiento de Israel en Egipto... Pero conviene advertir que en esta narración no pretende el historiador sagrado presentarnos la historia de la humanidad entera..."* "¿Quién no pretende, el historiador o el revelador? ¿De cuándo un amanuense se permite descartar cosas que él supone no interesan? ¿Dios reveló cosas que al amanuense no le parecieron interesantes... ?", pregunto y pregunto, aun a sabiendas de que nadie me ha de contestar. Cierro el libro y mantengo uno de mis dedos índice haciendo de registro. Lo vuelvo a abrir y fijó mis ojos en otro párrafo... "*Esta parte de la historia es la más oscura, por ser la historia de la infancia de la humanidad, pues como dice San Agustín hablando de ella, ¿quién hay que conserve el recuerdo de las cosas de su infancia?"*. Muestro expresión de perplejidad ante tal explícito reconocimiento de oscuridad. "¡Más les hubiera valido mantener la boca cerrada!", digo con los primeros síntomas de enfado, y hago un amago de cerrar el libro. Pero no, lo vuelvo a abrir y leo en la siguiente página... "*Al principio creó Dios los cielos y la tierra..."*. Según voy leyendo no puedo evitar esbozar una mueca de amarga decepción. He terminado el apartado primero referido a la creación del universo. En alguna ocasión bajo la vista a las múltiples notas de pie de página que ocupan tanto como el texto principal. ¡Parece mentira, las notas aclaratorias son más inverosímiles e infantiles que el mismo texto!, me digo para mí mismo con cierto aire de resignación y benevolencia... "*El Paraíso"*. Lo leo con algo más de atención. Me detengo en un párrafo puesto en boca del Creador... "*De*

todos los árboles del Paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás...”. “Podía haber llamado de otra manera al dichoso arbolito. ¿Qué significan la ciencia del bien y la ciencia del mal?... ¡Vaya usted a saber!”, exclamo y sigo leyendo. No me salto el siguiente apartado... “*Tentación, caída y primera promesa de redención”*, que leo con igual detenimiento. Cuando llego al enfado del Creador por haber Adán y Eva contravenido sus recomendaciones, no puedo menos de pronunciar en voz alta, como si quisiera resumir en una frase la impresión que todo lo leído me ha causado: “¡Vaya con el buen señor! Y decían algunos que yo era raro”, y cierro el libro dejándolo sobre la mesilla. Me quito las gafas y apago la luz. Rememorando lo que he leído, intento dormir.

Mientras consigo dormirme, pienso si, para mis propósitos de futuro, ese libro debo considerarlo de obligada lectura. Pensé encontrar en él una fuente de sabiduría inagotable, viniendo de donde venía, pero no ha sido un buen comienzo. Alguien, adulto, que en esta misma situación mía y abra por primera vez La Biblia, se sentirá igualmente defraudado, sobre todo y si, como yo, se precia de saber cuándo alguien miente...

***

He vomitado. Siento una horrible sed y el estómago me arde. Pasará, espero. Sigo vivo. Puedo tener futuro, pero ya no está en mí alcanzarlo. Mientras espero inerme la suerte, una suerte que es contrapunto de muerte, lo único que puedo hacer, y ya lo he dicho, es vivir el pasado. Recordar ese libro, la Biblia, y cómo llegué a su descalificación, es ahora el compendio de todas las descalificaciones que hice del mundo que me entregaron.

***

Cuando me despierto son las ocho. Es un día del mes de enero. Me levanto de la cama y me calzo unas pantuflas. Me dirijo hacia la inevitable ventana y descorro la doble cortina. Miro hacia abajo, hasta donde me alcanza la vista, y tengo la certeza de que hace frío ahí fuera. Miro las gentes que van y vienen con prisa por las aceras, algunas tropiezan sin tocarse y sin intercambiar ningún saludo, ni siquiera una mirada; parecen sombras que se ignoran, hormigas con cortos y fijos destinos. Permanezco observando durante un buen rato estos detalles, quizá por primera vez. De vez en cuando cabeceo arriba y abajo, como queriendo expresar alguna convicción que me sugiere esa desesperanzadora visión de los humanos; ¿soy yo diferente?, reflexiono finalmente.

Termino de descorrer las cortinas, y la luz del día ilumina la estancia de un tono gris, algo menos gris que el color de la calle. Miro a un lado y a otro por primera vez desde que llegué, como reconociendo el territorio que en aquel momento me pertenece en exclusiva, y mi vista se detiene en un cuadro que pende de una de las paredes. Sin duda es una pintura auténtica, es decir, pintada; un óleo original que muestra una escena de caza. El autor la ha abandonado a su suerte, sin pensar que su simbolismo podía desagradar profundamente. De esto no han debido darse cuenta los responsables del hotel, que sólo han visto en él una pintura notable que distingue al lugar donde se cuelga. Representa unos hombres a caballo persiguiendo un jabalí. Una jauría de perros con músculos tensos, como arco de ballesta, les preceden. Uno de los perros ha alcanzado a la presa y clava sus dientes, excesivamente grandes para un perro, en el lomo del animal, desgarrándole la piel y mostrando su carne colgando y

ensangrentada. Los demás muestran sus fauces enrojecidas de sangre ajena, también demasiado grandes y amenazadoras. Un detalle morboso querido por el autor. En el resto del cuadro, el escenario, donde se desarrolla la escena principal, es bastante más sosegante: hierba, árboles frondosos y un río turbulento. Todo parece estar vivo y en movimiento. La percepción de su realismo no precisa de la imaginación. Parece una ventana por la que se puede estar observando la escena, una escena especialmente cruel recreada por el hombre, el único ser vivo capaz de imaginar más allá de la propia crueldad de la vida, y luego colgarla de una pared de su casa para darle ambiente a una estancia. Me acerco más al cuadro, y porque me doy cuenta que a medida que me acerco pierde nitidez, reculo hasta la pared opuesta para enfocarlo mejor. Es curioso que todo se enfoque mejor desde la lejanía. Desde esa posición asiento con la cabeza. Allí está reflejado algo tan desagradable como la vida y la muerte convertidas en arte, un pretendido gozo para la vista y, sobre todo, el hombre, también presente, que dispone de la una y de la otra; dos aspectos incompatibles entre sí, y esto sólo es una figuración.

Voy al baño, me ducho, me afeito y me peino una cabellera que aún conservo frondosa, aunque algo grisácea. Decido vestirme y me pongo ropa informal tomada directamente de una maleta aún sin deshacer. Cuando creo haber concluido, me miro furtivamente en un espejo que está colocado detrás de la puerta del armario; obviando algunas arrugas, parece que todo está a tono con mis gustos y la inclemencia del tiempo en el exterior.

Del maletín cojo algunas cosas que voy metiendo en diversos bolsillos, luego lo cierro y lo meto en el armario. Miro a un lado y a otro, y no viendo nada que me llame la atención, me dirijo a la salida de mi suite. Tomo la llave y cierro tirando de la puerta.

Bajo al comedor sumergido en mis pensamientos, si percibir la realidad que me rodea...

Después que he desayunado frugalmente, me acerco al mostrador de la conserjería del hotel. Un conserje me atiende de inmediato; estoy seguro que movido por el resorte de su experiencia ante clientes que él considera *importantes*. Soy *importante* para estos seres, que otorgan importancia sólo a la esplendidez de un cliente cuando llena los cazos en que se convierten sus manos. En este sentido, desde mi llegada al hotel, ya he dado *muestras de ser importante*.

—Buenos días, don Alejandro. Espero que se encuentre bien entre nosotros durante su estancia. —me saluda sonriente el conserje.

No le correspondo al saludo, que considero un formalismo. En su lugar doy una orden.

—Quiero que quiten el cuadro, el de la cacería, que está en mi habitación y pongan cualquier otra cosa que refleje algo menos cruel. ¿Quién tuvo la desfachatez de creer que ese cuadro agradaría a los clientes?

—Puedo asegurarle que en una ocasión que lo vi, a mí tampoco me gusto. Daré la orden. No se preocupe.

No considero la nueva hipocresía, algo más que una mentira.

—También que me deshagan las maletas, planchen aquello que lo precise y coloquen todo en los lugares apropiados. Pero eso hágalo luego. Ahora, escuche. Le voy a encargar una cosa estrictamente confidencial y que debe resolver usted personalmente. Cada noche que esté aquí, y hasta nuevas instrucciones, quiero en mi habitación, y partir de las diez y media de la noche, un hombre y una mujer jóvenes que sepan el oficio y de alto standing. ¿Me ha comprendido?

El conserje ha comprendido, sin duda; el trabajo que le encargo es de sobra conocido para él. Se lo he pedido de forma autoritaria, como acostumbro a pedir. Para el conserje la forma de pedirlo carece de importancia; es un hombre que hace del servilismo su profesión y hasta su competencia exquisita; es su trabajo a tiempo fijo y en el lugar fijo; y más allá de ambos, este hombre de oficio servil dejará de serlo para convertirse en un hombre digno; dispone, pues, de dos máscaras, detrás de ellas sólo un hombre verdadero.

—Confíe en mí, don Alejandro. No le puedo asegurar que el género esté siempre disponible; ya sabe, la demanda es grande, pero haré lo posible por complacerle. —y el conserje esboza una leve sonrisa de complicidad que no es compartida por mí.

—Bien. Ahora pídame un taxi.

—Enseguida —contesta el conserje, un poco azorado por mi laconismo.

Pienso que es el momento de no crearme un enemigo. Meto la mano en uno de los bolsillos del pantalón y saco un grueso fajo de dinero. Separo un billete de diez mil pesetas y se lo ofrezco. Lo coge con presteza y aparente frialdad. Por si tenía duda de quién le ordena, ahora ya lo tiene claro. Me da las gracias a secas.

—Avíseme cuando el taxi esté en la puerta.

—Enseguida, don Alejandro.

Esbozo una leve sonrisa en mi boca, no precisamente de gratitud por el buen servir de aquel servil individuo, y me dirijo hacia una sala contigua. Sentado, observo las personas que están al alcance de mi vista y sin que despierten en mí ningún especial interés; los miro como el que visita un zoo con prisa. A los pocos minutos un botones, de unos dieciséis años, se acerca.

—El taxi le espera, señor.

He escuchado al chico, pero permanezco un instante quieto, en apariencia ajeno al mensaje que me ha llegado. El chico se mantiene estático a un lado, esperando. Me levanto y le pregunto:

—¿Te gusta lo que haces?

—El taxi le espera... —repite, pensando que antes pude no oírle, luego pregunta— ¿Se refiere a si me gusta el trabajo, señor?

—Sí

—No señor.

Arqueó las cejas sorprendido y le miro sostenidamente.

—Esperaba que me mintieras —digo.

—Sólo miento cuando es imprescindible, señor.

—Muy bien. Eso que has dicho es muy importante. ¿Qué otras cosas harías cuando lo consideraras imprescindible?

El botones permanece dubitativo un instante. Ahora la pregunta es más complicada. Sin pensar en parecer un chico listo, contesta a lo que le parece intuir de la pregunta:

—Todavía no me lo he pensado; en realidad, y a mi edad, no sé qué cosas pueden ser imprescindibles, señor.

He considerado que el chico ha superado el examen de forma notable y no he querido seguir; casi es un niño, cuando crezca, desgraciadamente será un hombre, y para entonces quizá ya lo habrá pensado.

—Toma —y le entrego un billete de mil pesetas mientras me pongo en marcha.

— ¡Gracias, señor! —casi exclama el sorprendido botones.

Sigo andando. El chico, después de caminar detrás de mí unos pasos, se va por otro lado, al ver que yo no quiero más de él. Al pasar por la conserjería, me acerco, y dirigiéndome al conserje le digo sin más preámbulos:

—Conserje: siempre que pida un botones desde mi habitación, quiero que suba ese chico que me acaba de mandar, si está trabajando, por supuesto.

—Así se hará, Don Alejandro.

He apreciado que el conserje ha torcido el gesto. Después del encargo que le había hecho, ha debido pensar que yo tengo debilidades un tanto especiales y que en lo referente al botones me estoy pasando. Pero, seguramente, también habrá pensado que, en cualquier caso, es un problema del botones. Y lo que es peor, quizá piensa en vigilarlo, por si descubre en él algún asunto aprovechable.

No es una perversión mía ni del conserje; estas cosas suceden al margen de considerar la vida maravillosa y a los hombres inocentes hasta que se demuestra lo contrario, es decir, hasta que las apariencias, y no las evidencias como se suele decir, no dejan lugar a la duda.

Salgo del hotel. Un taxi espera enfrente de la puerta. El taxista permanece sentado al volante. Abro la puerta y me siento. Casi al mismo tiempo le ordeno que me lleve a cualquier concesionario que venda coches de la marca Mercedes. El taxista ni siquiera parece pensarlo. Pone el coche en marcha sin despegar los labios.

El taxi enfila la gran avenida. Observó los edificios que desfilan a mi derecha haciendo estimaciones profesionales, pues el oficio de promotor inmobiliario había sido mi ocupación hasta ahora. El taxista permanece atento sólo a su tarea.

El taxista es un hombre joven, de unos treinta años, bien vestido y aseado en todo su aspecto. Estoy pensando en probar de darle un cometido en esta historia más allá de su oficio. No, no; bien pensado, sólo será un comparsa; especie humana que, como en la vida real, pasa desapercibida

hasta que alguien importante la atropella... porque voluntariamente se ha puesto debajo.

Le observo ahora desde mi asiento trasero. Me dirijo hacia él y le pregunto:

—Debe usted conocer bien la ciudad, ¿no?

—Figúrese usted—responde el taxista de forma consecuente con una pregunta con respuesta incluida.

Un taxista, salvo que tuviera un mal día, habría añadido: "esta ciudad me la conozco como la palma de mi mano, hasta por los olores; algunas veces tengo que recurrir al callejero, porque, ya sabe, estos políticos de ahora quieren poner a los suyos en los nombres de las calles cuando llegan al poder. Me ocurrió una vez que…", o algo parecido. Pero este taxista sólo ha dicho: "figúrese usted", y se ha callado. Me ha sorprendido.

—¿Suele hablar tan poco con los clientes?

—Sólo cuando ellos quieren hacerlo y no siempre. Es un tópico eso de que los taxistas somos unos charlatanes, desde luego menos que los peluqueros.

Me parece interesante este hombre, aunque su respuesta ha sido innecesariamente larga y vulgar, en contradicción con su primer laconismo. Rara es la vez que sostengo una conversación que se aventura simplemente coloquial. Tampoco en esta ocasión, así que paso a otro tema de mi interés.

—¿Es suyo el taxi?

—Así es. La licencia era de mi padre, pero murió...

—¿Qué sucedería si deja de llevarlo algún tiempo?

Mis preguntas son atípicas, pero el taxista ha debido pensar que soy una especie de encuestador sociológico que prepara alguna tesis personal.

—La respuesta es fácil: que no como, mire usted, ni tampoco los míos. Bueno, depende del tiempo, claro es, pues no estoy lo que se dice a dos velas.

—¿Le gustaría que le contratara de chofer por una temporada?

Se ha puesto tieso y dispuesto a hacerse valer.

—¿Para usted? No creo que usted me pagara lo que gano con el taxi.

El taxista parece haber comprendido el sentido de todas mis preguntas anteriores, aunque ha hecho una observación estúpida.

—¿Cuánto gana?

—¿Al día?

—Sí, por día.

—Eso es muy imprevisible. Si fuera por mes, sí que le podría aproximar una cifra. Por día, entre quince y veinte mil pesetas brutas, que vienen a ser unas diez o quince mil pesetas netas, menos los impuestos que pago, que no son todos los que debería, porque si no... ¿Por qué me lo pregunta?

—Le ofrezco veinticinco mil pesetas netas diarias si acepta conducir para mí durante un par de semanas, quizá meses si es usted el hombre que busco.

—¿Habla en serio? —pregunta el taxista, mirando por primera vez a través del espejo retrovisor.

—Siempre hablo en serio.

—¿Qué tendría que hacer?

—Estar a mis órdenes de diez de la mañana hasta las ocho de la tarde y llevarme por la ciudad o el campo. También, en ocasiones, hacer algún trayecto largo, no hacer preguntas y tener siempre el coche a punto.

—En eso último no habría problema; este coche es prácticamente nuevo.

Parece que no ha encontrado nada extraño en mi proposición, aunque aún no supone quién soy yo ni lo sabrá nunca.

—No conduciría su coche; conduciría el mío.

—Eso está mejor todavía; así el taxi lo llevaría mi hermano.

—¿Entonces?

—Cuando usted quiera. ¿Dónde está su coche?

—Voy ahora a comprarlo.

—¿Un Mercedes?

—Sí. ¿Algún inconveniente?

—No, no señor. Le podría hacer una rebajita por conducir un Mercedes —dice festivo el taxista.

—No hará falta.

—Hoy es mi día... por lo que veo —oigo que dice el taxista entre dientes.

El taxista no ha vuelto a abrir la boca hasta ya cerca del destino. Yo tampoco. Pero la razón de cada uno de nosotros es bien distinta: el taxista porque no se atreve; a mí porque no me da la gana. Esta dicotomía del silencio entre dos personas, encerradas en un mismo espacio, es la consecuencia del dar y el esperar; yo soy el que doy, el taxista el que espera.

La ciudad va quedando atrás. Los edificios ya no están pegados unos a los otros y se prodigaban los espacios verdes. Nada me sorprende; he venido muchas veces a Madrid a ganar dinero.

—Estamos llegando. Este concesionario es el mejor, según creo—dice el taxista

Permanezco callado. Mi comportamiento con los demás he de decir que no es una actitud nueva; la he venido practicando allá en América, donde ejercía dominio casi absoluto sobre muchas personas. Sólo hablo para

ordenar algo o pregunto para conocer de algo que me interesa. Cuando escucho lo que los demás me quieren decir, mi actitud es el silencio; lo necesito para deducir las consecuencias de que me pronuncie. Muy pocas veces desciendo a una conversación informal, porque siempre he supuesto que, en ese tipo de conversaciones, cada uno habla de sí mismo pretendiendo interesar al que tiene en frente. No hablo de mí mismo porque no me considero mercancía en venta para nadie ni motivo de curiosidad. He aprendido que hablar mucho es como desnudarse mucho; desnudarse descubre las imperfecciones del cuerpo y hablar las debilidades del alma. En ocasiones le digo esto a los que tienen la osadía de reprocharme mi hermetismo. Creo haber aprendido a conocer las personas. Siempre uso la misma táctica con la que obtener los elementos necesarios para el análisis: una pregunta y una respuesta. Analizo la respuesta como si toda ella fuese una confesión extensa, y lo hago con gran rapidez, de forma que inmediatamente creo saber a quién tengo delante. A partir de ahí, lo tomo o lo dejo. Raramente me equivoco en cuanto al resultado. La generosidad que muestro ahora con el precio que pago por las cosas y las propinas por tenerlas tampoco es nueva, forma parte de mi estrategia en todo lo que me propongo y el resultado de éxito que siempre obtengo. En realidad no es generosidad, sino un arma más para conseguir lo que quiero. Y es un arma poderosa. Los demás, los que conmigo se tropiezan, sienten pronto la sensación de encontrarse ante un hombre especial, al que pronto odian por haberse dejado comprar de forma tan ignominiosa, pero al que seguirán rindiendo pleitesía mientras de sus bolsillos salga algo que les compense, algo así como el perro que sigue a su amo cruel, que con frecuencia apalea, pero del que, no obstante, recibe agradecido la comida. No soy generoso, ya digo, utilizo mi dinero en la justa medida que me permita comprar lo que deseo obtener, frecuentemente cosas inmateriales,

como la voluntad de las personas, premisa para obtener posteriores beneficios materiales, y no hago alarde gratuitamente o por arrogancia, tampoco por crueldad. Y, por supuesto, mi comportamiento no pretende lameculos a mi lado que halaguen mi vanidad, que la tengo superada; no, nunca mi dinero consigue este efecto ni cualquier otros que no le siga un beneficio calculado. Las personas que reciben inesperadas sumas mías, de algún modo ya me han demostrado antes ser también especiales, aunque por razones distintas: sus actitudes son las de las personas que se venden con visible dignidad, si esto no fuera una contradicción, pero que, al fin y al cabo, también lo hacen para obtener un beneficio. Esto no quiere decir que siempre procure comprar personas especiales; también compro personas vulgares y humildes como un subproducto necesario, pero nunca lo hago directamente; siempre tengo a algún especial que se ocupa de ese trabajo de intermediación, como sucede ahora con mi abogado.

Y es que mi vida en lo referente a la convivencia, los negocios, las relaciones en suma con mis semejantes, ha sido hasta ahora una especie de mentira encadenada. Una mentira compleja, muy elaborada y sutil, siempre para ganar, nunca para evitar perder, y que me ha proporcionado cuantiosos beneficios y ningún escrúpulo a la hora de valorar mi triunfo. Con Marcos, mi abogado, he dado por buena una cita de Sócrates sin mencionarlo: *"la primera mentira es la peor, porque precisa de mentiras sucesivas para ocultarla, y éstas, a su vez, de otras en una cadena interminable*." Quizá de mi primera mentira obtuve un resultado provechoso y luego se convirtió en una herramienta para triunfar en el mundo de los negocios. De todas formas estoy seguro que siempre la utilicé frente a los que yo suponía utilizaban las mismas armas pero con peor destreza. Esta predisposición axiomática de la negación de la bondad del hombre ha dado lugar en mí a tener una gran desconfianza en mis

semejantes. Como soy consciente de que todo el mundo habrá cometido alguna mentira en su vida, provechosa sin duda, mi conclusión es de silogismo puro: por tanto, todo el mundo es mentiroso de forma sistemática. Quizá este silogismo encierra una falacia, pero en su verificación siempre tuve la ocasión de que era cierto. Esta convicción, basada en mi experiencia, me ha hecho ejercitar una rara capacidad para descubrir quién y por qué miente, lo que me permite obrar en consecuencia y siempre en mi provecho. Pero este comportamiento y otros del mismo rango inmoral, inmoral según los esquemas sociales teóricos, me ha llegado, y es curioso hasta para mí, a preocupar. Una preocupación no de carácter moral, claro está, sino por esa duda que surge al hombre cuando reflexiona sobre sí mismo y se ve distinto, cuando, en un razonamiento más amplio, deduce que los demás son iguales. Dudo, ahora, si ser mentiroso, los seres humanos, todos, lo llevan impreso en su naturaleza como guía inexorable de una maldad intrínseca, o es sólo un utensilio del instinto de supervivencia que las personas, circunstancialmente, se ven tentadas a utilizar para obtener un beneficio u ocultar un demérito. Esta reflexión y otras me han llevado a un planteamiento más hondo que, naturalmente, y para un hombre como yo, no pueden quedar sin respuesta. Me propongo aclarar semejante asunto. No puedo utilizar el campo de prueba en el que he vivido: mi mundo natural, tan contaminado, con tantas estrategias como el mismo hombre ha establecido, y yo mismo, para enmascarar, cuando no justificar, sus comportamientos. ¿Qué pasará si en un hipotético ambiente cerrado se colocaran a unas personas que no necesiten mentir para sobrevivir, para obtener lo que quieran con el solo deseo de obtenerlo? Esto sólo es la premisa, y voy más allá. ¿Son los hombres buenos y malos por naturaleza, en una dualidad incontrolada, capaces de todo lo bueno y de todo lo malo en cualquier circunstancia en la

que se hallen, sin que ésta precise de definición en un sentido u otro por motivos más o menos justificados? ¿Qué circunstancias, si no es así, provocan que unos sean una cosa y otros otra de forma habitual o que, en un momento dado, unos se trastoquen en los otros? Y si la Naturaleza, con mayúscula, se conduce sin códigos morales, ¿quién o qué propuso, impuso estos al hombre para guiar su conducta? Estas preguntas y otras por el estilo, me las he estado haciendo últimamente y son las que impulsan mi proyecto de ahora. La idea la puse en mi agenda como uno de mis objetivos, más o menos inmediatos, cuando llegué a la conclusión de haber recorrido ya todos los caminos que el mundo me había ofrecido para llegar a ninguna parte, y eso a pesar de mi éxito en el logro de metas que casi todos mis congéneres identifican como triunfos en la vida. Sólo considerarme rico en dinero, me llevó a pensar en lo pobre que era, y de ahí mis inquietudes. Se puede pensar que quien se haga semejantes reflexiones, y puede ser cierto en algunos casos, es un estúpido columpiándose en su pensamiento en viajes de ida y vuelta, salvo para otro estúpido que ocupara el asiento contiguo en un tren con destino semejante. Yo no soy de esos. O pretendo no ser. Cuando yo elaboro una hipótesis íntima, nunca es como un espasmo de mi mente ni me quedo en las proposiciones encogiéndome de hombros, como sucede comúnmente. No me doy fácilmente por vencido; quiero tener respuestas concluyentes, aunque sólo sea para descargar así mi pensamiento de tal preocupación, que sé que en mí se convertiría en recurrente, como cualquier otra meta que me propusiese y no hubiese alcanzado. En este caso especial, y nuevo en mí, soy consciente de que tendré que experimentar desde el principio y darle todo el tiempo que sea necesario, incluso para perfilar, como punto de partida, unas proposiciones que deben ser objetivas, es decir, universales, y no simplemente mis preocupaciones. En este sentido de

universalizar las preocupaciones del hombre, pienso que los filósofos habrán llegado a algún tipo de repuestas, no lo sé, habré de verlo, pero descarto que alguno de ellos haya tenido la oportunidad de comprobarlas con un experimento como el que yo me propongo llevar a cabo. No soy un filósofo, ni sé siquiera qué es eso, pero tengo dinero para crear filosofía experimental, si ese es mi empeño. ¿Y qué pretendo con ello? Porque, es cierto, que hasta en la más mínima de las inquietudes del hombre, siempre hay algo que le sitúa un peldaño por encima del resto de los seres vivos que no la tienen. Probablemente de esta especie de estupidez en la que ahora me embarco, podría venir alguien que me dijera: esto ya se me había ocurrido a mí. No me sentiría defraudado conmigo mismo; dos estúpidos que viajan juntos deben sentirse mutuamente reconfortados. Pero no habrá lugar a tal posibilidad. También habría otros que primero se reirían a mandíbula batiente y luego me descalificarían. Tampoco les daré esa oportunidad. Como, me temo, en esta ocasión aún nadie está en posesión de la verdad, pues ese logro sería todo un acontecimiento que no me habría pasado desapercibido, quiere decir que esos que se rieran, serían aún más estúpidos que yo, lo cual no dejaría de representar un consuelo. No, no es fácil en mí caer en el desánimo.

A propósito de mis inquietudes, probablemente sólo mías, y para entender yo mismo lo que pretendo, recuerdo un pasaje de La Biblia que el cura de mi pueblo pronunció cuando era aún niño, y que nunca olvidé, más que nada porque me impresionó el pasaje que habla de la estatua de sal: Abraham intercedía ante Dios por la salvación de Sodoma. Le pedía que la perdonara y no la destruyera si en ella moraran algunos, pocos, justos, para que no perecieran justos por pecadores. Dios concedió esa gracia si así era, pero no debía haber ninguno, pues la destruyó. Con esta reflexión, me he preguntado si el mundo no sería una gran Sodoma, a lomos de la luz y de

las sombras y qué le podía haber llevado a ello que, en definitiva, era una de las cosas diferenciadoras en los seres humanos, a la vez que los igualaba, y me refiero a los hombres, del resto de los seres vivos, y de la que podían *presumir* como un hecho diferencial simplificado.

Vuelvo a pensar que mi inquietud va por intentar conocer algo más sobre el sentido de mi propia existencia o, que debido a mi individualismo, de mi comportamiento como hombre a lo largo del tiempo de vida que recuerdo, y que, no siendo, por otra parte, nada original, trato de justificar. ¿Y por qué? Es impensable en mí un arrepentimiento ni ante un dios, que no contemplo, al menos como juez de mis actos, ni ante los hombres, a los que yo considero como simples elementos útiles o indiferentes. Morir en paz conmigo mismo, pienso en estos momentos, que aunque esto suponga una cierta conciencia moral, dadas las características que me atribuyo, sólo me mueve la voluntad de terminar mi vida con la conciencia de haber hecho bien las cosas, dentro de la inevitabilidad de las mismas. Tampoco tengo muy seguro para qué hago esto, si tengo en cuenta que hombres con inquietudes parecidas, invariablemente lo resuelven haciendo obras de caridad o con actos más o menos sinceros de arrepentimiento. Quizá esto que declaro no sea un modelo de claridad conceptual, o de claro propósito, y debería ser más cauto y no anticipar demasiados juicios hasta que lo perfile.

El mundo que habito, eso sí parece que lo asumo plenamente, no puede ser el campo de prueba en el que pretender sacar conclusiones, por lo dicho anteriormente. Así que, repito, pienso que lo que sí puedo hacer, gracias al mucho dinero de que dispongo, es crear un mundo que yo pueda manejar y observar qué sucede en él. Este va a ser mi experimento, y dejémoslo en solamente esbozado, por si, en el curso de los acontecimientos, me hiciera prever un final distinto en un medio distinto.

Si alguien siguiera los pasos que vaya dando y que irán surgiendo de mi mente, quizá también tuviese la sensación de que sale de las suyas por primera vez; esto sería una paternidad compartida que admitiría de buena gana, como ya declaré, por ello no rehuiré la compañía de algún semejante que haga suyo el proyecto. Finalmente veré qué consigo*;* se podrá conocer la justificación, plausible o no, de por qué tomo una decisión como la anunciada a mi abogado, si la tomo, o, por lo contrario, qué me puede hacer cambiar de idea. El peso de ambas razones figurará, seguramente, en el desenlace final. No existe otro final que morir, y es entonces cuando podré tener mi personal opción, por si me diera por tomar partido en la contingente decisión de llegar a ese final o dejar que la incontingencia de mi vida lo fije inevitablemente, mientras tomo o no otro camino. Final, final... ¡tremenda palabra!, dice mucho más que muerte.

***

Pienso si estaré realmente ante ese final y qué justificación he alcanzado. Mi pensamiento parece quedarse en suspenso, como si no fuese este el momento de recapitular; un soplo de vida y todo parece estar por hacer.

***

Hemos llegado a la nave del concesionario y me dirijo lacónico al taxista.

—Ahora trabajas para mí. ¿Qué nombre tienes?

Intuyo que el taxista está incómodo. Le he tuteado. Le he preguntado por su nombre como un entomólogo pregunta por un insecto. "*¿Qué clase*

de hombre es éste?", se habrá preguntado? Y también: "*¿Qué otras cosas me pedirá, considerándose en el derecho para ello por la cantidad que me va a pagar?"* Esas u otras preguntas parecidas no me importa que se las haga; ninguna será determinante para que su voluntad cambie por otra opción que la que ya ha tomado, como no lo es el hecho de que queramos vivir, aunque nos preguntemos para qué y no obtengamos respuesta.

—¿Qué he de hacer para usted, además de conducir?

En lugar de responder a mi pregunta, él a su vez ha hecho otra para quedar claro todo aquel raro negocio en el que se va a meter. Lógico, pero no le daré nueva ocasión a que pregunte por su cuenta.

—Comprendo. Nada más que conducir. ¿Qué más estarías dispuesto a hacer por dinero?

—No lo sé, pero creo justo lo que me paga por lo que me pide. Me llamo Félix —contesta el taxista, que se da por satisfecho con la respuesta, a la vez que cree apropiada su contestación a la pregunta.

También yo he quedado satisfecho con este hombre, que no responde como lo haría un patán. Siempre es mejor no decir nada cuando no se sabe exactamente de qué se habla. Félix no sabe qué haría según unas circunstancias para él desconocidas, y eso, lejos de ser una ambigüedad calculada, es síntoma de sincero posicionamiento ante su propia inseguridad.

—Bien, Félix. Espera aquí. Considera que hoy es tu primer día de trabajo.

—De acuerdo.

Sin esperar a que mi chofer me abra la puerta, salgo del coche y me pierdo en el edificio que, a través de sus grandes y acristaladas paredes, muestra una gran gama de coches de importación, todos de aspecto impresionante.

Media hora más tarde y resuelto lo que me había llevado allí, salgo y me dirijo al taxi. Félix está fuera fumando un cigarrillo, y al verme, solícito esta vez, tira el cigarrillo y se presta a abrir la puerta. Félix ya está cooptado por mi voluntad y me pertenece. A veces me he preguntado por qué los hombres ceden de su autoestima las posiciones que los harían dignos, una dignidad mínima si quieren ser superiores a las bestias domesticadas. Una vez acomodado en mi asiento, le digo:

—Hoy usaré tu coche por el mismo salario. Mañana tendrán los papeles del que he comprado.

—Ningún inconveniente. ¿Adónde quiere ir?

—Llévame al mejor de los grandes almacenes, uno que tenga departamento de decoración. Allí dejas el coche en el aparcamiento y me esperas en la cafetería, que supongo tendrá. Luego ya te diré.

Félix toma la ruta de regreso en dirección a la gran ciudad. No osa hacer ninguna pregunta, ningún comentario. Yo tampoco hablo durante todo el trayecto. Penetramos en el aparcamiento del centro comercial. Félix aparca su coche y sale presto a abrir la puerta. Yo salgo sin pronunciar una palabra y miro a un lado y a otro para buscar la entrada a la tienda. No está lejos y me dirijo hacia ella. Félix me sigue de cerca. Tomamos la escalera mecánica. Dejamos atrás los dos semisótanos y abandono la escalera en la planta baja. Félix me sigue, le veo algo incómodo. Me topo con un dependiente y le pregunto:

—¿Dónde está el directorio?

—Detrás de usted, señor —y me muestra una columna que había quedado a mi espalda. Miró el panel y lo recorro de arriba abajo... "*Séptima planta, Mobiliario y Decoración"*. En la planta décima está la cafetería. Y volviéndome hacia Félix, le digo:

—En la planta décima está la cafetería. Espera allí a que yo llegue.

Félix no abre la boca ni para decir que está a mi disposición. Pensará, y no lo sabe bien en este instante, qué me puede gustar más, si un trato cortés o la economía de palabras, en cualquier caso, sé que intenta agradarme. También pensará que si algo no me gusta, se lo diré y él no tendrá inconveniente en aceptar mis preferencias. Por el dinero que le voy a pagar está dispuesto a representar el papel que le imponga, si no le pido nada especial que, de momento y a salvo su autoestima acomodada a las contingencias, el pensará que el precio será inaceptablemente alto. ¿Habrá pensado así? Me agradan estos juegos de adivinación.

Nos separamos. Yo comienzo a recorrer los primeros estands de la planta. Enseguida vuelvo a la escalera y subo directamente a la séptima.

Félix se ha ido a la cafetería, como le indiqué.

Recorro la planta, fijándome especialmente en los muebles más lujosos y en los más cómodos. Un dependiente se dirige hacia mí y me pregunta:

—¿Puedo ayudarle?

—Sí. Lléveme a donde se encuentre el jefe de esta planta.

—¿Quiere seguirme?

Le sigo despacio, tanto, que el dependiente debe aminorar su marcha para no dejarme atrás. En un cruce de pasillos, un hombre de gran porte se cruza con nosotros, el dependiente se le acerca y algo le dice, retirándose a un lado. El nuevo hombre se dirige a mí.

¿En qué puedo servirle? Soy el encargado de esta planta.

—¿Tiene un despacho donde podamos hablar? —le pregunto.

—Sí, por supuesto. Sígame, señor.

Los dos nos ponemos en marcha sin hablar. También en esta ocasión el jefe de planta debe reducir su marcha para acompasarla a la mía, que camino despacio, mirando a un lado y al otro y a veces me paro.

Penetramos en una zona encristalada, con una mesa, unos sillones y unos estantes repletos de folletos y catálogos.

—Tome asiento si lo desea — me dice.

El se va al otro lado de la mesa. Permanece en pie en espera de la actitud que yo tome. Me siento y lo mismo hace él. Antes de que éste se ofrezca, yo comienzo a hablar.

—Vengo del extranjero y no conozco la ciudad. Pretendo construir una casa muy especial, de unos quinientos metros cuadrados de superficie útil. Ustedes deben tener todo lo que yo necesito para equiparla, lo cual me facilita las cosas. Quiero que en su momento un experto en esas cuestiones esté a mi disposición cuando lo precise. Quiero mantener el incógnito. Mi abogado se pondrá en contacto con usted y con él fijarán las condiciones, pagos y demás cuestiones de la naturaleza que sean. Deme su nombre y un teléfono directo para que mi abogado se comunique con usted.

El jefe de plata, un hombre curtido en el trato con gente, me mira sin pestañear, con las dos manos depositadas encima de la mesa, como hacen los jugadores de cartas que no quieren parecer tramposos. Nada de mí le tiene que extrañar. Sólo para sus adentros debe pensar que soy un digno espécimen para su colección de casos anecdóticos. Abre un cajón de la mesa y saca una tarjeta. Mientras yo ojeo un catálogo, sobre el dorso escribe un número y me la pasa. Debe esperar unos segundos con la mano extendida; yo he establecido la prioridad de mi atención.

—¿Puedo hacer algo más por usted? —me dice.

—Nada por el momento. Voy a seguir mirando por ahí. No necesito que nadie me ayude ni me acompañe.

—Muy bien, señor.

—¿Está usted contento con su vida? — pegunto, volviéndome para atrás.

—No me quejo. ¿Y usted?

—La vida nunca respondería a nuestras quejas.

No esperaba que me preguntara a su vez. Me siento algo incómodo. Dudo si este hombre me considera especial o simplemente un mal educado. No le doy más importancia; no tengo tiempo ni interés en comprobarlo.

Penetró en la zona de exposición. El jefe de planta, que se ha levantado, se vuelve a sentar cuando me alejo. Percibo que me sigue con la mirada hasta que me pierdo de su vista. Todavía me quedo un buen rato en la planta. Busco el directorio de nuevo y miro los contenidos y su ubicación en el edificio. Tomó la escalera mecánica y me bajó en "*Electrodomésticos"*. La recorro. Desestimo con un no seco la oferta de ayuda que me hace un dependiente. Tomo algunos catálogos y subo a la planta octava: es la sección de aparatos de reproducción musical, televisiones, etc. De nuevo, un dependiente que me observaba se acerca y me pregunta:

—¿Puedo ayudarle?

—¿Dónde están los aparatos de reproducción musical?

—Por aquí. Sígame, por favor.

El dependiente sortea algunas calles hasta llegar al lugar donde se encuentran una amplia gama de cadenas de reproducción.

—¿Desea usted alguna marca en especial?

—Sí. El mejor sistema que tengan y que no incluya radio; sólo reproductor de música y sonidos grabados en general.

—Este es lo máximo que tenemos en la exposición. Alguno superior lo tenemos sólo en catálogo y ya serían considerados sistemas de megafonía o de audición especial; se lo podríamos servir sobre pedido.

—Pues deme el catálogo.

El dependiente toma de un estante uno que elige entre varios.

—Éste —señalando un modelo concreto— es de la última generación, totalmente digital y con una calidad de reproducción casi absoluta, aunque para una máxima calidad, debería ser estudiado por un experto el lugar de audición.

Tomo el catálogo. Saco un bolígrafo del bolso interior de mi loden y circulo el modelo que el dependiente me ha mostrado.

—Veré esto en su momento, ahora no preciso más.

El dependiente se queda dubitativo un instante, sólo se atreve a pronunciar una frase acorde con la circunstancia.

—Cuando usted lo desee, señor. ¿Desea algo más y que yo le pueda ayudar?

—No. Si. ¿Está usted contento con la vida?

—¿Es algún tipo de broma?

No le respondo, le doy la espalda y me alejo. No tenía por qué satisfacer su curiosidad.

Doy por terminado mi objetivo y me dirijo de nuevo hacia la escalera. Subo a la planta décima y entró en la cafetería. Con la mirada localizó a mi chofer. Nuestras miradas se cruzan, y Félix hace ademán de levantarse. Con la mano le hago una señal de que espere. Félix se queda sentado y, a juzgar por su aspecto, con la vista y el pensamiento puestos en nada concreto. Me acerco a la barra y pido un agua mineral, tomo la mitad de su contenido vertido en un vaso y me vuelvo en dirección a Félix, que, de reojo, me está observando en este instante. Félix se levanta al ver que le miro, y cuando estoy próximo a él, le digo:

—Nos vamos.

Me dirijo a la salida. En la caja me paro y me vuelvo hacia Félix.

—Dame tu nota de consumición.

Félix me la entrega sin pronunciar palabra. La miro, pago ambas consumiciones depositando mil pesetas al lado de la caja, y salgo sin esperar el recibo ni el cambio.

Seguido de Félix a dos o tres pasos, tomo esta vez el ascensor y pulso "*Aparcamiento"*. En un rellano previo a la entrada, Félix se adelanta en dirección a la caja para pagar el aparcamiento del coche. Entrega el tique. Yo me adelanto y deposito mil pesetas encima. El cajero toma el tique, lo pasa por la máquina y se lo entrega a Félix mientras se dispone a dar el cambio. Félix no se atreve a esperar, al observar que yo me alejo hacia el aparcamiento.

—¡Señor! —el cajero llama en voz alta. Ninguno de nosotros se vuelve.

Nos subimos en el coche; yo en los asientos traseros. La actitud mimética de Félix responde a una participación subconsciente de mi actitud; se siente parte de un todo especial que nunca tuvo ocasión de vivir por sí mismo.

—¿Adónde desea ir?

—Callejea por el centro de la ciudad, luego ya te diré. Vete despacio.

Félix pone en marcha el coche y sale del aparcamiento. Durante una hora, calles y calles del centro de la ciudad se van sucediendo como móviles escenas en el inmenso escenario del absurdo que es la vida de una macro urbe. Ambos permanecemos callados. Soy yo quien marca la pauta. Seguramente a Félix se le antoja tenso el ambiente dentro del pequeño espacio del coche. Van a ser las dos.

—Es hora de comer —digo.

—¿Quiere que le lleve a algún restaurante?

— Sí; llévame a uno bueno — le digo, sin tener en esta ocasión ningún interés en recordarle que no debe preguntar si previamente no le autorizo.

Félix parece repasar mentalmente los restaurantes de prestigio que en alguna ocasión fueron el destino de sus carreras. Callejeamos y penetramos en la parte antigua de la ciudad.

—Aquí están los buenos restaurantes, aunque yo no los he visitado personalmente —me dice.

Félix se mueve por calles angostas. Se detiene en un espacio habilitado para aparcar. Desciende y se dirige a abrirme la puerta.

—Deberemos andar algo. Allí no hay aparcamiento —dice Félix.

—Está bien.

Caminamos. Félix va algo adelantado. Yo le sigo de cerca mirando el entorno. Félix se para cuando yo me detengo atraído por algún edificio. Llegamos frente a una puerta antigua y encristalada que permanece cerrada y unos cuarterones de madera vieja que se pliegan a ambos lados de la pared, una fachada con traviesas de madera ennegrecida y un cartel: "*El Mesón del Caminante"*.

—Creo que es de los mejores. Comerá bien. Yo le esperaré fuera —dice Félix

—Pasa tú también.

Abro la puerta ante la duda de Félix y entro primero en el local. Félix me sigue. El local es extremadamente agradable. Todo con apariencia de ser antiguo pero en el perfecto estado de una decoración prevista. Un camarero vestido de forma extraña para los tiempos que corren, se acerca.

—¿Desean comer los señores?

—Sí —respondo.

—Síganme, por favor.

El camarero nos precede en dirección a un rincón de la sala.

—¿Les gusta esta mesa?

—Está bien —contesto.

Me siento. Félix permanece de pie.

—Siéntate —le ordeno.

Félix se sienta torpemente.

—Si no le importa, voy a llamar por teléfono a mi casa para advertir que no iré a comer.

—Te recuerdo que lo acordado es que estés a mi servicio sin interrupción y a partir de hoy mismo.

—Ya. Pero es que hoy sería el primer día que no voy a comer y mi esposa se preocuparía.

—Comprendo. Vete.

Félix se aleja. Un camarero se acerca de nuevo y deja encima de la mesa dos cartas.

—Cuando dispongan, el mesonero les atenderá. ¿Desean beber algo?

—Ya le llamaré.

—Muy bien, señor.

Ojeo una de las cartas. Félix regresa. Seguramente ha encandilado a su esposa con la noticia de lo que está viviendo.

—¿Qué quieres comer? —pregunto cuando regresa.

Félix toma la carta situada frente a él, la abre tímidamente, repasa con la vista lo que ofrece y pronto la cierra.

—Lo mismo que usted —dice.

—¿Estás seguro de que puedo elegir por ti?

—Seguro. Cualquier cosa que elija estará buena. Me gusta todo.

—Está bien.

Hago señas a un camarero que nos observa discretamente. El camarero se vuelve hacia su izquierda y se encuentra con la mirada de otro hombre, también extrañamente vestido pero con más ostentosos ropajes. Le hace señas con un gesto indicándole la mesa que solicita su servicio.

—Bien venidos al Mesón del Caminante, señores. ¿Han elegido ustedes? Les puedo sugerir cochinillo al horno, en diez minutos se lo podría servir —dice el que parece ser el mesonero cuando se acerca.

—Está bien, traiga cochinillo.

—Desean vino. También les puedo sugerir el vino de la casa; especial para acompañar el cochinillo.

—Bien, traiga ese vino y deje de sugerir más. Ahora queremos esto que dice aquí: "*Ensalada Castellana"*.

—¿La quieren con el cochinillo?

—La queremos ahora —le digo mirándole a los ojos.

El mesonero junta los pies, hace una leve inclinación y se va con un "¡enseguida!" Cinco pasos más adelante se vuelve a medias y nos mira de reojo, luego desaparece hacia el interior de la cocina.

Advierto la incomodidad de Félix y me decido a hacer una concesión.

—¿Se te ocurre alguna pregunta?

—Usted me dijo que no hiciera preguntas —se atreve a decir Félix con cierta firmeza, como liberando la tensión que le debo producir.

Le miro un instante, como queriendo estar seguro del sentido que quiero dar a mi firmeza. Por si pretende insinuarme que esa orden de no hacer preguntas le ha parecido excesiva, dejo sentado que la situación no ha cambiado.

—Yo te he hecho una pregunta y tu pregunta sería la respuesta a mi pregunta, por tanto, no exactamente una pregunta.

A Félix se le atraganta su saliva, luego puede articular:

—Sinceramente, me hago muchas preguntas desde que me encontré con usted, pero no tiene importancia.

—Hazme una pregunta —digo con tono firme.

Félix no puede levantar los ojos de la mesa por unos instantes. Juega nervioso con la servilleta. Estará pensando qué pregunta me puede hacer y que no me moleste. Se decide.

—Usted no es español, ¿verdad?

—Es una media pregunta, pero, sí, soy español. Aunque prácticamente toda mi vida ha transcurrido en el extranjero.

—¿Emigrante?

No tengo en cuenta que ha vuelto a preguntar..

—Me fui, me llevaron mis padres a América cuando era muy pequeño.

—Siempre se vuelve.

—Sí, siempre se vuelve en busca de las raíces, según se dice, y que parece ser cierto también en mi caso. Pero eso de volver en busca de tus raíces me parece un tópico. En realidad, la gente vuelve cansada de vagar por el mundo y a reconciliarse con la tierra donde nació y de la que fue sacado...

No he podido seguir. Me quedo en silencio, algo transpuesto, quizá prendido de la añoranza, quizá porque no estoy acostumbrado a tan inusual apertura de mi intimidad frente a un servidor mío.

—España es un buen sitio para vivir. Yo no conozco América —dice Félix, ya tranquilizado al percibir que no ha sido indiscreto.

Félix comienza a animarse al ver que estoy dispuesto a hablar con él. Me resulta sorprendente el cambio que yo mismo he experimentado. Dejándome llevar de una especie de desahogo, quiero retroceder y no lo consigo. Hasta el tono de mi voz creo que inspira ternura, yo, siempre tan cortante y distante con el prójimo que he tenido delante. Determino aprovechar mi nueva y desconocida disposición y hago a Félix la pregunta que inicia el conocimiento del personaje que tengo enfrente; pero será él en esta ocasión quien me diga cómo quiere parecer; nunca antes había dado

esta oportunidad a nadie. ¿Será ésta una ocasión para comenzar a conocerme? He de seguir y ver adónde me lleva.

—Cualquier sitio es bueno para vivir, depende de cómo se pueda vivir. ¿Estás contento con tu trabajo? ¿Lo elegiste tú?

Eso sí, no más preguntas; ahora Félix sólo debe contestar a las mías; soy yo el protagonista..

—Terminé el bachiller y mi padre quería que hiciera una carrera. Comencé medicina y al segundo año lo dejé; mi padre enfermó y tuve que ocuparme del taxi para sacar la familia adelante. Luego ya era tarde para retomar los estudios, y aunque pensé hacerlo trabajado el taxi media jornada, me di cuenta a tiempo de que aquello era imposible.

Félix habla con fluidez, a la vez que sopesa el efecto que sus palabras pueden causarme.

—Debiste intentarlo. Tú mismo te encadenaste a ser lo que eres y serás para siempre.

—Hace falta mucha voluntad. Las personas nos equivocamos o aceptamos resignadamente nuestro destino.

Me ha parecido interesante la forma en que este hombre se expresa, y hasta me causa cierta extrañeza que haya personas que tienen algo que decir. Mientras habla, mantengo mis ojos pendientes de las emociones que se dibujan en su rostro. Me sorprende que haya hecho estudios para, finalmente, quedarse en esta profesión de taxista, que a mí me parece de horizontes excesivamente limitados. Nuestras vidas han sido paralelas hasta un cierto punto. Mi ejemplo le llegará tarde, pero para reprender a este hombre pusilánime, voy a contarle mi vida a grandes rasgos; sólo porque me resulta indisculpable su rendición.

—Los que pierden llaman a eso mala suerte, equivocando lo que es un juego de azar con la lucha personal para conquistar el mejor destino. En tu

resignación se oculta la falta de valentía para sobreponerte a los tropiezos de la vida. El destino de cada uno es mantenerse vivo en las mejores condiciones posibles, y eso a de conquistarse luchando. Escuché decir o leí que si puedes honradamente, bien, y si no, de cualquier modo. Es una ley universal que, consciente o inconscientemente, se procuran todos los seres vivos. Algunas personas se diferencian en el método, y ahí es donde el valor o el miedo condiciona el resultado. Quizá pienses de mí que yo he sido un hombre afortunado siempre...

—O la moral —se atreve Félix a interrumpir.

—La moral es una norma impuesta por el miedo, por los que tienen miedo… Bueno, también por los que quieren preservar sus privilegios, pero esto último sería largo de explicar.

Interrumpo mis palabras para dejar que el camarero sirva la ensalada, pero también para que mi interlocutor digiera lo que para él ha debido suponer un nuevo concepto de moral. El camarero termina de servir y, con un "¡buen provecho!", se aleja. Sólo Félix le contesta con un "¡gracias!", en voz baja.. Mientras me sirvo, indico a Félix que él también lo haga.

Félix tiene la oportunidad de contradecir una aseveración en apariencia tan nueva, pero cualquier cosa que Félix diga no será nueva, sino estúpida, porque es estúpido que un hombre intente justificar las normas que se ha autoimpuesto para no molestar a los demás. Se calla, lo que significa que es más inteligente de lo que suponía.

—Te decía que no siempre fui afortunado, en el sentido de tener las cosas fáciles. Mis padres eran pobres excepto en coraje. Dejaron el pueblo después de vender unas pequeñas fincas que poseían, y que más les ataban a la miseria. Mi padre no se resignó a lo que parecía que el destino había dispuesto para él y decidió no aceptarlo y sí luchar contra él. Puso rumbo a América con mi madre y conmigo. Los primeros tiempos fueron duros,

pero mi padre no se rindió jamás, y las cosas empezaron a ir mejor. Yo también estudié algo parecido al bachiller y también, por la muerte de mi padre, debí ocuparme de los pequeños negocios que empezaban a florecer. Ya mayor, me matriculé en la universidad nocturna de estudios empresariales, a pesar de que me sobraba poco tiempo después de ocuparme de los negocios. Dormía cinco horas diarias. Tardé un año más de lo normal en graduarme, pero pude colgar un título universitario en mi despacho. Los estudios me dieron nuevas herramientas para impulsar mis negocios, que no pararon de incrementarse. Yo tampoco me resigné jamás a no ser dueño único de mi destino.

Bebo después de tan largo parlamento. Félix me mira algo avergonzado, y porque no puede poner en duda mis palabras y ni motivos tiene para cuestionar el origen de mi éxito. Estoy poniendo el dedo en la llaga de su frustración. ¿Qué puede añadir él ante quien ha desnudado su alma poniendo delante el espejo de la mía? Tendrá que decir algo exculpatorio de su débil actitud ante la vida.

—También están las convicciones de cada uno. Lo importante no es triunfar en los negocios, más importante es conseguir ser feliz.

No lo ha hecho. Ha querido despreciar lo que no tiene y de paso atribuirse otros valores que él considera más importantes. Félix debe creer que su pensamiento es inapelable, creyendo de esa forma que se pone a mi altura dialéctica. Pero yo sé lo que ocultan las bonitas palabras, y le contesto:

—¿Las convicciones? Yo no sé lo que es eso y dudo que tú lo sepas. Siempre pensé que eso de las convicciones no eran otra cosa que creencias que por apatía, incapacidad o miedo a ser rechazado por los demás no se intentaban tocar. Y en cuanto a lo segundo que dices, efectivamente, así es,

pero una cosa facilita la otra. No es tu caso; al parecer, tú tampoco has conseguido ser feliz, ¿no es así?

—Me contento con intentar conseguirlo, esa es una meta a la que no he renunciado.

Félix ha contestado con una frase bella tan sólo, bella y vacía, como hacen los impotentes que se tranquilizan de su ansiedad pensando que el futuro les traerá las compensaciones que ahora no tienen. Para mí, en contra, no hay futuro, sino presente de lucha y victorias parciales. Y así, digo:

—Pues no la alcanzarás nunca. No se alcanza la felicidad partiendo de una vida como la tuya, resignada a esperar las oportunidades. La felicidad sólo se alcanza con la lucha continua y la victoria continuada. Sólo de esas victorias parciales se obtienen el flujo que te hace feliz, o te hace sentir feliz Cuando seas viejo, podrás decir he sido feliz si has vencido, o he sido un desgraciado si has fracasado.

—Será así, como usted dice, pero mientras pasa la vida, uno vive adormecido soñando con alcanzarla, y sólo se alcanzan pequeñas gotas de ella.

Félix es consciente de que yo tengo razón, y lo que ha dicho es perfectamente consecuente con su sentimiento de frustración personal, para la que ya no valen subterfugios ante mí. Me puede interrogar por algo obvio: qué entiendo yo por felicidad. Pero no quiero darle bazas para que se cebe más en mi. Pues en estando de acuerdo, ha de empezar la monotonía.

—Quiero decirte algo. Difiero de ti en suponer que la felicidad nos la dé la vida en pequeñas gotas. Lo cierto es que no hay ningún motivo objetivo para ser feliz. Más bien, y así defino yo la felicidad, hay momentos en los que caemos en un estado hipnótico, de forma que somos sólo inconsciente.

Pero que salidos del trance, el hombre sólo tiene en el sufrimiento su paradigma, con el que nace y muere. Ni siquiera es una paradoja. Los sueños son bonitos algunas veces, pero no se ha descubierto ningún medio para que lo sean siempre. Además, aunque la vida de los sueños sea hermosa, siempre se despierta; por ejemplo, ahora estás despierto y estás sufriendo de frustración personal.

—Quizá sin querer, usted me ha hecho polvo —dice Félix, ensayando un exagerado gesto de abatimiento.

Félix se ha rendido. Sea verdad o concesión para así terminar con el verdadero reflejo de sí mismo, Félix parece vacío de argumentos.

Pero no me conformo con este reconocimiento; voy a hacer leña del árbol caído y con ella alimentar el fuego de mi inquietud personal, más presente ahora que nunca, según creo percibir.

—¿Por qué, entonces, quieres vivir, continuar vivo? Resignarse no supone ningún valor. ¿Qué aliciente encuentras en trabajar diez horas diarias, llegar cansado a tu casa, dormir y tener buenos y malos sueños, y así hasta el día siguiente y vuelta a empezar?

He entrado a saco en el alma de Félix. Félix debe estar pensando que soy un tipo peligroso, quizá algo así como el diablo tentador de las leyendas; no sólo sé cómo dejar su alma al desnudo, sino que le ofrezco veladamente cómo condenarla al infierno de los moralistas o a la gloria de final de los simplemente hombres. Tendrá que intentar responderme con algo que destruya definitivamente este muro que le pongo al final de un callejón sin salida.

—Nadie es propietario de su yo; todos pertenecemos a los que nos han precedido, a los que voluntariamente nos unimos y a nuestra descendencia. Por todo eso, luchar por uno mismo quizá no vale la pena, pero sí vale la pena vivir por los demás: padres, esposa, los hijos, la familia en suma.

Félix pronuncia lo anterior sin mirarme de frente y como queriendo que sea el aire quien recoja su gran aportación llena de hermosas vaguedades, que, en la práctica, ni son rentables para él ni para esos que dice querer.

No sabe cuál es mi situación familiar, y ha debió intuir que soy un hombre solo, sin familia, o quizá con una familia alejada de mí; ¿quién me puede soportar, pensará, si no es a cambio de dinero? Por ahí cree poder atacarme.

Le miró algo perplejo por lo que acabo de oír; no lo esperaba, al menos de él. Me ha parecido un reproche que me hace, aunque no lo pretenda explícito. No puedo aceptar que este hombre imponga su criterio sobre el mío. Puede que no sea sincero al decir lo que dice y que por ahí puedo encontrar la fisura por la que penetrar y destruir su argumento. El camarero está pendiente de nosotros, observa que hemos terminado y se acerca. Yo miro a los ojos de Félix, con la mirada que utilizo cuando quiero conocer a alguien. Sentencio.

—¡Mientes!

Félix hace un gesto de sorpresa. Puede enfadarse, pero ahora se trata de opiniones sobre opiniones, no sobre sus convicciones mismas, que probablemente son coincidentes con las mías. Félix no lo duda y me responde, también sin mirarme, lo que para mí supone siempre claudicar.

—Es posible que mienta, pero en todo caso no a usted; me miento a mí mismo.

Félix no se ha enfadado y yo estaba en lo cierto. Su respuesta me ha satisfecho, pues me asegura la supremacía de mi discurso y, también, por cuanto despeja la incógnita sobre si su intención era o no una supuesta pretensión de fustigarme por mi vida íntima y personal, más o menos intuida. Asiento con la cabeza; el que alguien se mienta a sí mismo es una

estupidez, pero no una mentira, y casi prefiero que sean otros los que se autoflagelen con sus propios pensamientos.

El camarero regresa con los cuartos traseros de un cochinillo que sirve en dos fuentes de cerámica vidriada, ya troceados. Luego, dirigiéndose a nosotros, nos ofrece más si queremos y se retira. De momento me parece suficiente la charla con mi chofer y me dispongo a comer en silencio. Félix hace lo mismo, algo torpe en el manejo de sus cubiertos. Esta, sólo imaginada, comida de la que había oído hablar, pero que para él es la primera vez que la come, le hace exclamar. "¡Está buenísimo!". Quizá lo ha dicho pensando que me debe un mínimo cumplido. Yo le miro, sonrío levemente y sigo en silencio comiendo.

Ya hemos dado buena cuenta de nuestros respectivos platos de asado y pregunto a Félix:

—¿Quieres más?

—No, es suficiente —dice Félix, seguramente sin mucha convicción.

—Voy a pedir más. Creo que otra vez te has mentido a ti mismo —le digo.

Y sonrío satisfecho, seguro de poder comprobar que conozco los pensamientos de Félix. Hago señas al camarero, que se acerca de inmediato.

—Traiga dos platos más de cordero.

El camarero llena de vino las copas y se retira. Félix me mira. Nuestras miradas se cruzan. Espero alguna respuesta que me confirme mi suposición, pero Félix no parece tener ninguna respuesta que le parezca inteligente, pues nada dice cuando ve delante su plato de nuevo lleno. Ocasión tiene de mostrarse digno, aunque sea fingiendo, pero no lo hace. Come con el mismo buen apetito y fruición. Puede que en este instante se sienta como un perro hambriento que espera más de su amo, ya que no

hace sino comer. No obstante, convengamos que Félix no es un vulgar mendicante y que por su cabeza debe pasar que dos veces desnudado es demasiado, porque ha hecho un gesto indefinible para que yo lo interprete como quiera; desde luego no ha meneado el rabo para agradecerme la comida que le doy.

Ya no hablamos más en lo que queda de almorzar. Pido de postre piña natural, sin preguntar a Félix por su preferencia. Félix come piña, aunque dice que nunca come fruta de postre. Pido la factura y deposito un billete de diez mil pesetas sobre el plato en el que la han traído; la factura asciende a algo más siete mil pesetas. Me levanto seguido de Félix, sin esperar más.

El resto de la tarde, ordeno a mi chofer que me lleve a alguna de las grandes librerías de la ciudad. Habiendo encontrado lo que buscaba, salgo de una de ellas, seguido de un joven que porta con gran esfuerzo una caja pesada. Félix, que ha esperado cerca de una hora en doble fila a falta de aparcamiento próximo, sale presto del coche y abre el portamaletas. El joven deja allí la caja y regresa. Félix me abre la puerta trasera del coche y me acomodo en el asiento. Me dirijo a Félix antes de que éste pregunte por el nuevo destino.

—Llévame al hotel, por hoy ya hemos terminado.

Félix, en silencio, callejea en dirección al hotel. El primer día de su trabajo a mi servicio toca a su fin. Debe estar pensando si le pagaré por días de trabajo realizado. Eso no lo hemos pactado y yo quiero comprobar su voluntad de seguir conmigo. Quizá le gustaría ver que la oferta ha sido hecha en serio, pero no se atreverá a comprobarlo.

Hemos llegado al hotel y Félix se para frente a la entrada. Sale en ademán de ir a abrirme la puerta, pero yo me adelanto y salgo por mí

mismo. El portero del hotel observa nuestra llegada y se acerca solícito. Me dirijo a él y le ordeno:

—Mande a alguien a recoger un paquete.

Los ruidos de la calle no le han permitido oír bien, por lo que se acerca y pregunta:

—Perdón, señor. No le he oído bien, ¿me decía?

—Que coja un paquete que está en el coche y me lo suba a la habitación —le digo para probar si en aquel hotel todo el mundo está a mi servicio sin protocolos establecidos.

El portero vacila. Yo sé que ese no es su cometido. Hay personas empleadas en el hotel que hacen precisamente ese trabajo bajo sus órdenes. Otro empleado en uniforme sin ningún cordón ni perifollo, que también está pendiente de la escena, se dirige a paso rápido hacia nosotros. Pero el portero ha debido pensar que es buena la ocasión para demostrarme que está a mi disposición de forma especial, más allá del simple gesto de abrirme la puerta del hotel, y se dirige hacia el otro empleado con un "yo le atenderé." El otro hombre se para en seco y da media vuelta, caminando esta vez más despacio en la dirección contraria a la que había venido. Félix abre el maletero. Indica al portero el paquete, y éste lo coge con presteza, pero con dificultad por el peso del mismo. Finalmente consigue sacarlo del maletero y con él se dirige al hotel. En el corto trayecto se ha debido dar cuenta de que no procede dejar abandonada la puerta y llama al otro empleado, que le mira con cara de estar enfadado. Éste se acerca y le entrega el paquete con la orden de llevarlo a mi habitación. Félix y yo observamos la escena. Sonrío mirando a mi chofer. Félix, serio, seguramente se pregunta cuánta indignidad se puede aceptar a cambio de dinero, y más si éste responde a la voluntad del que lo da. Él mismo tiene motivos para avergonzarse de su comportamiento, excesivamente

preocupado de no incomodarme, aunque puede que se disculpe a sí mismo pensando que él, si bien se ha mostrado servil, no ha caído aún en ningún exceso de servilismo como el portero. Le sacó de sus reflexiones.

—Toma este papel y vete mañana al concesionario. A las once estará el coche dispuesto para serte entregado. Luego vienes aquí y le pides al conserje que me comunique tu llegada.

Félix habría querido preguntarme qué debería hacer si el concesionario no había terminado el papeleo, pero, como ya me conoce suficiente, se habrá respondido que todo lo habré quedado perfectamente dispuesto. Pensará que de un cliente que ha comprado un Mercedes a primera vista y en media hora, también allí tendrán ya asumido que soy un cliente especial, al que es preciso atender de forma especial. No tiene motivos, pues, para hacerme pregunta alguna sobre alternativas que yo mismo no he contemplado.

— Muy bien —contesta lacónico Félix.

Me dirijo a la puerta del hotel. Félix penetra en el coche y se aleja.

Ya en la habitación, me pongo un pijama con la intención de estar cómodo. Abro la caja y comienzo a extraer libros de ella. Ojeo rápidamente los títulos y autores y los voy depositando en un estante situado en la antesala. Son más de cincuenta libros, lujosamente encuadernados, que forman una colección y contienen obras de autores invariablemente clásicos, elegidos, Dios sabe con qué criterio, entre una lista generosa pero imposible de comercializar; lumbreras del pensamiento occidental que yo nunca he leído, salvo algunos resúmenes en aquellos lejanos días de estudiante, pero que ya no recuerdo porque nunca los estudié por el propio interés que en sí tenían, sino para justificar mi estatus de buen estudiante. De ellos sólo me ha quedado una vaga memoria de su existencia y nada de su sapiencia universalmente reconocida. Dos de estos

libros no se corresponden con un autor y sus obras, como el resto. Me atraen especialmente estos dos libros, porque me parecen interesantes sus resúmenes. Vienen estructurados por temas monográficos y se refieren a todo aquello que en la vida de los seres humanos ha sido nombrado con palabras que señalan tópicos, profundos en significado. Me consta que muchos hombres han seguido empeñados en bucear, buscando, quizá, los pecios de las naves naufragadas en las que otros ya habían navegado y sucumbido en el deseo de transmitir a la humanidad sus verdades respectivas. Y así seguirán otros y otros, a partir de estos, que después de negarlos, tratarán de alcanzar nuevas verdades universales, hasta un nuevo naufragio que, por el empuje del tiempo, las convierta en nuevos pecios herrumbrosos. No obstante, me son imprescindibles para satisfacer mi curiosidad, que no mi necesidad absoluta. Son un índice exhaustivo de grandes conceptos que también me servirán de guía para ordenar mi propio pensamiento. Cada tema va seguido de una somera introducción, para luego guiar al lector al momento y lugar en el que cada autor aborda algún aspecto relacionado con ellos. Repasó la oferta, ya lo hice de pasada en la librería, y tengo la certeza de que todos estos libros son buenos y suficientes.

Con uno de estos libros en la mano, me detengo en algunas palabras que a modo de índice figuran en la contracubierta y, como queriendo dar mi propia definición al concepto, comienzo por fijarme un instante en cada una de ellas y luego a definirlas con otra palabra o frase que me sugiere. Y así, para la palabra "*Animal",* digo en voz baja, "depredador"; para *"Belleza",* "placer subjetivo"; para *"Ser",* "viviente"; para "*Valor",* "fuerza mental"; para *"Deseo",* "¿qué clase de deseo?"; para *"Obligación",* "sometimiento"; para *"Eternidad",* "fábula"; para *"Evolución"* "superación"; para *"Destino",* "morir"; para "*Dios",*

*"*personaje de la fábula"; para *"El Bien y El Mal", "*¿virtud y pecado?"; para *"Inmortalidad", "*asunto de la fábula"; para *"Infinitud", "*¿el universo?"; para *"Justicia",* "la mía"; para *"Libertad", "*no existe gratis"; para *"Vida y Muerte", "*ser y no ser"; para *"Amor", "*no sé"; para *"El Hombre","* yo"; para *"El Pensamiento",* "cosas de la cabeza"; para *"Opinión", "*otras cosas de la cabeza"; para *"Placer y Dolor", "*cosas del cuerpo"; para *"Razonamiento",* "más cosas de la cabeza"; para *"Religión",* "fábula en dosis peligrosas"; para *"Los Sentidos", "*percepción de ser"; para *"Pecado", "*placer personal del cuerpo y alguna vez de la mente"; para *"Alma", "*la nada como cosa"; para *"Tiempo","* medida del ser"; para *"Verdad", "*la mía"; para *"Virtud y Vicio", "*orden y desorden subjetivos"; para "*Sabiduría", "*alcanzar la verdad buena y suficiente para cada uno"; para "*El Mundo",* "un lugar en el Universo"...

Cansado de este ejercicio, no muy convencido de todos los juicios que esas palabras me han sugerido, tuerzo el gesto y cierro el libro sin terminar el exhaustivo catalogo, pensando que tiempo tendré para volver sobre ello.

Tengo gran curiosidad por conocer lo que pensaron los llamados grandes pensadores de la humanidad y comprobar cuántos de ellos coinciden conmigo, pero no puedo evitar mirarlos con desconfianza, por si sucediera que, al final y sin ideas propias, soy yo el que tengo que estar conforme con lo que digan. Porque aunque estoy acostumbrado a imponer mi criterio en casi todo, presiento que estos hombres tan importantes, que me muestran su pensamiento, darán definiciones inapelables y definitivas a esas palabras que yo, y hasta este instante, sólo sé que existían como signos o símbolos del lenguaje. Y tendré que asumirlas, de tan irrefutables como serán, viniendo de donde vienen, sin que me sea permitido disentir de ellos. Pero para que eso sea así, yo, que creo conocer la vanidad individual de los hombres, debo imponer una sola condición para

aceptarlo: que las definiciones o conclusiones de todos ellos sean semejantes en lo básico, permitiéndoles alguna leve discrepancia en lo accesorio. Y eso es así, porque pienso, que si alguna verdad debe ser considerada universal y absoluta, no puede menos de ser coincidente para todos ellos o, al menos, para la inmensa mayoría. Estoy ante los grandes hombres, que quizá se distinguieron precisamente no por su vanidad, sino por su modestia, que viene a ser la sombra de aquella. Es con esta disposición sin prejuicios, cosa extraña en mí, que tomo estos dos libros y me los llevo a la mesilla de mi cama.

Son las ocho y media de la tarde y pido me sirvan la cena en la habitación. Vuelvo a la sala. Conecto la televisión. Con el mando a distancia voy repasando las diversas cadenas disponibles. No encuentro nada de mi agrado y la apago desconectándola de la red eléctrica; pienso que de esta forma necesitaré en lo sucesivo de dos actos de voluntad para ponerla en marcha: conectarla a la red y sintonizar una emisora, tiempo suficiente para cambiar de opinión. Me propongo no volverla a utilizar y así comenzar a aislarme de todo lo que me distraiga.

La megafonía del hotel me permite poner en la habitación música ambiental de lo más variado, y después de elegir lo que me ha parecido música clásica, me relajo o trato de relajarme sentado en un sofá, permaneciendo con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados.

No tardan en traerme la cena, que pido me la sirvan en el propio dormitorio. Como frugalmente.

Suena el teléfono. Es Marcos, mi abogado, que cumple fielmente con la orden que le diera de llamarme todas las noches alrededor de las diez. Se trata de darme a conocer las últimas novedades sobre la marcha del proyecto. No ha surgido ningún problema y todo va según lo previsto. Hemos quedado para el día siguiente.

Llamo al servicio de habitación para que retiren lo que han dispuesto para la cena. Cuando el camarero se marcha, y al que he seguido hasta la puerta, tomo el cartel de "*No molestar"* que pende colgado en la parte interior de la puerta y lo coloco enganchado en el pomo por la cara exterior. Y en la salita, echo una ojeada al entorno para comprobar que todo está en orden.

Pienso que no tardarán en llegar los dos primeros jóvenes que me habrá gestionado el conserje. Repaso mentalmente la actitud que deberé adoptar con ellos. Una primera y buena impresión visual será suficiente para permitirles entrar en mi habitación, luego mi técnica para conocer a las personas se pondría en marcha, luego...

No pasa mucho tiempo. Suena el teléfono: es el conserje que pregunta si la visita puede subir. Respondo afirmativamente y que llamen al llegar a la puerta; el cartel que he colocado les puede hacer desistir. Dejo el teléfono descolgado.

***

Nada peor me podía suceder en mi trágico estado. No he podido contenerme y me orinado. Si de aquí salgo con vida, jamás podré superar tanta miseria. Pareciera imposible irse de este mundo con dignidad...

***

Las dos parejas que aparecerán a continuación no son gratuitas. No tengo minuciosamente diseñado lo que ha de ser mi mundo. Pienso, eso sí, que necesitaré de otras personas para cualesquiera que sea el propósito que

finalmente decida abordar. Supongo así debió pensar el dios de los creyentes, o así pensaron los hombres que debió suceder. Estas personas, en principio, deberán ser jóvenes, con pocos escrúpulos morales, que yo ya he considerado adherencias contra natura, aunque deberé concluir si los supuestos contrarios no son menos adherencias antinaturales. No lo hago, pues, con una intención premeditada y sí pensando que no tener, me llevará más fácilmente a la razón última de su existencia

Han pasado unos minutos, y unos golpes tímidos en la puerta hacen que me levante del sillón. Me pongo un batín y me dirijo a abrir. Abro la puerta a medias, sujetándola con la misma mano que he utilizado para abrirla. Miro fuera y repaso rápido las figuras de dos jóvenes sonrientes. Ninguno supera los veinte años, según puedo apreciar. En esa postura, y durante varios segundos, con mirada de tratante de ganado y ademán serio, voy pasando mentalmente inspección a los diversos detalles físicos y de vestimenta. Los jóvenes se esfuerzan en mantener la sonrisa. La chica da media vuelta con cierta gracia y coqueteo para que pueda comprobar otras partes no visibles a primera vista. El chico adopta una postura cambiante, desde maniquí masculino y varonil, al de un efebo de sexo ambiguo, tal es el inverosímil quiebro que da a sus caderas, al desplazarlas de la vertical del resto superior del cuerpo. Ella, antojándosele, seguramente, que debo estar satisfecho de la mercancía, más decidida y con un mohín de enfado aparente, pregunta:

—¿Podemos pasar? Te traemos más...

Abro lentamente la puerta, lo que significa que he considerado superado el primer test. Los jóvenes pasan. Ella precede a él; se la nota más dispuesta y atrevida, aunque la inspección ocular le debe haber cortado un poco; seguramente que en otras ocasiones se ha permitido hacer alguna broma con el cliente. Cierro la puerta principal y me vuelvo hacia

ellos, parándome en el quicio de la puerta que comunica el pequeño recibidor con la sala. Con un brazo me apoyo sobre uno de los marcos laterales, sujetándolo por encima de mi cabeza, y los miro sin decir palabra. La joven debe creerse ya dueña de la situación, pues, sin más, se sienta en uno de los sillones, con un pie en el suelo y otro apoyado en la mesa, mientras balancea a un lado y al otro la pierna levantada. Su vestido, discreto y elegante, por mor de la experiencia se ha convertido en un arma más de seducción; los tres botones inferiores, intencionadamente desabrochados, dejan ahora al descubierto unas bellas y largas piernas, ligeramente bronceadas, y hasta casi su nacimiento. En esa postura en movimiento insinuante, como el péndulo de un hipnotizador, me mira con sonrisa pícara y retadora. La miró impasible, tanto, que la chica baja el pie de la mesa y adopta una postura más recatada e inmóvil. Miro ahora al chico, que, de pie, con las manos enlazadas detrás de su cuerpo, me sonríe. Es el joven el que rompe el silencio, y sin abandonar la sonrisa, pregunta:

—¿Qué quiere que le hagamos?

Abandono la postura que mantenía y, sin responder, me voy hacia el otro sillón y me siento. Miró a uno, después al otro y, finalmente, hablo:

—¿Qué sabéis hacer? —pregunto, sin ninguna concesión al ambiente de ligereza que en momentos similares es norma común.

Los jóvenes, buscando la respuesta uno en el otro, se miran algo sorprendidos. Pensarán que me porto como el jefe adusto del personal de una fábrica que interroga a un pretendiente a un puesto de trabajo.

—Todo lo que estés dispuesto a pagar. —responde ella, volviendo a adoptar la misma postura que antes, esta vez balanceando la pierna más lentamente y con más abertura, la braga a la vista como envoltorio de una oferta concreta.

—Pues lo primero, que no me tutees. Tú, —dirigiéndome al joven— siéntate en ese sillón.

La orden, tajante, sorprende aún más a ambos, que deben empezar a preguntarse qué puedo querer de ellos. Todos los esquemas conocidos en su negocio, bastante repetitivos, difieren del de esta nueva situación. El joven se sienta con las piernas exageradamente abiertas, poniendo sus manos entre la cabeza y el respaldo del sillón, mientras mira indolente al techo. La joven vuelve a bajar el pie de la mesa y se tapa las piernas con el vestido.

—¿Nos puede decir qué desea de nosotros? —la joven vuelve a preguntar—. Somos profesionales, y muy buenos. Si tiene usted alguna debilidad especial nos lo dice, tratamos el precio y procuraremos complacerle.

He de anotar que los jóvenes, en otras y normales ocasiones, probablemente desinhibidos, se muestran ahora confusos y cortados ante tan inesperado cliente.

La miro. La miro en silencio y con detenimiento. Baja y sube la vista hasta encontrarse con la mía. No contesto. El chico se recompone de su postura y me mira serio, con algo de enfado en su expresión. Él también interviene.

—Supongo que usted nos ha llamado para que hagamos lo que sabemos hacer. Podemos hacer el amor mientras usted nos mira. Cualquier variante que a usted se le ocurra, hasta que usted se decida a intervenir, si quiere. Esto le costará algo más.

Miro ahora al joven con la misma seriedad. Ya tengo el criterio formado sobre estos dos jóvenes. Sé, a ciencia cierta, que no responden a lo que pretendo. Son dos vulgares máquinas de hacer sexo, que hacen lo que se les programa, sin ninguna imaginación, probablemente algo así

como elegir un disco en una máquina. Decido terminar con aquella entrevista.

—¿Cuánto cobráis por no hacer nada?

—¿Por no hacer nada? ¿Sólo quiere compañía? —pregunta la chica, sorprendida.

—No quiero compañía. Quiero que os vayáis y me digáis qué debo pagaros por la visita.

Los jóvenes se levantan. Ambos con la cara seria de personas que acababan de ser ofendidas. También ellos se creen con derecho a tener amor propio profesional. Para ellos yo he despreciado sus servicios y, lo que es peor, antes de demostrarme lo que saben y pueden hacer. Ella toma la iniciativa y se dirige a la puerta de salida, casi en estampida. Él la sigue y enseguida se vuelve hacia mí, que permanezco sentado mirándoles.

—Usted nos ha hecho perder un servicio, ¿se figura? ¿Qué cojones pasa con nosotros?

—Sí —dice volviéndose ella y avanzando dos pasos—. No sabemos lo que piensa usted, pero no tiene derecho a que vengamos para que nos inspeccione y se vaya de rositas sin costarle un cuarto. Para eso se va usted a la calle y busca lo que le guste.

La escucho impasible e insisto en la misma pregunta.

—¿Cuánto cobráis por no hacer nada?

—Eso no está en nuestras tarifas, pero ha de darse usted cuenta... —contesta ella algo más suave y sin avanzar más.

—¿Están bien diez mil pesetas cada uno? —pregunto interrumpiéndola.

Los jóvenes se miran. Él baja la vista. Ella se acerca, se arrodilla frente a mí, y tomándome las manos, con la mejor sonrisa y actitud de animal herido, me dice.

—¡Tonto! Deberías darnos una oportunidad...

Le retiró las manos. Ella se queda con la sonrisa, ahora convertida en mueca, en una postura indefinida, a punto de romperse. Me levanto separándola y dejándola apoyada en el sillón. Me dirijo a un cajón del escritorio y saco dos billetes de diez mil pesetas. Me vuelvo y entrego uno al chico, que lo coge con cierta vacilación. Luego me dirijo a la chica y extiendo el brazo con el otro billete en la mano. Ésta permanece en la misma postura, esta vez, además, con la frente apoyada en el asiento del sillón. Tengo que tocarla en el hombro para que advierta que me estoy dirigiendo a ella. Sin levantarse, ella se vuelve, me mira con ojos brillantes, a punto de romper a llorar. Toma el billete que le ofrezco y se levanta despacio, con aparente esfuerzo. Ya no hay más palabras entre ellos y yo. Los jóvenes salen caminando despacio, sin volver la vista atrás. Los sigo hasta la puerta y los observo desde la distancia que se va ampliando en el largo pasillo, luego cierro tras ellos y ordenó el olvido a mi memoria. Vuelvo a la sala y tomo el teléfono.

—¿Conserje?... Los jóvenes que me has mandado se van... No, no es eso. Mañana haces lo mismo.

Cuelgo el teléfono. Luego me dirijo al cuarto de baño y poco después me acuesto, no para dormir. Enciendo la luz de lectura y me dispongo a leer uno de los libros que antes he dejado sobre la mesilla. Ojeo el índice y me detengo en "*Animal"*. Busco la página y leo una cita de Shakespeare puesta en boca de Hamlet... "*¡Qué obra es el hombre! ¡Qué noble en su razón! ....¡Qué parecido a Dios!.... un dechado de animal…"*. Tuerzo el gesto y musito: este tío es tonto. Estos poetas, o escritores, hacen que la mierda huela bien. Más adelante me detengo en un párrafo que se inicia con la palabra Montaigne. Según el libro, este autor duda que el hombre pueda reclamar ningún atributo especial o excelsitud y que, en algunos casos, es menos capaz, menos noble que las bestias. Muevo la cabeza

arriba y abajo en señal de asentimiento. Tomás de Aquino, sigo leyendo, atribuye a los animales sólo la facultad de instinto, dejando en exclusiva la facultad de la inteligencia al hombre, facultades puestas por Dios en los animales y el hombre para cumplir con sus respectivas funciones de vida animal y vida humana. Me encojo de hombros ante tan ecléctica definición. Más adelante, otros pensadores, Darwin, James y Freud, parecen no estar de acuerdo, ya que coinciden en afirmar que el hombre dispone de instinto, del mismo modo que los animales inteligencia, memoria e imaginación. Según James, sólo se diferencian en la cantidad. La conclusión de éste parece ser que los animales no sólo poseen inteligencia, sino también intelecto capaz de razonar. El uso y explotación de los animales por el hombre, parece que ha opinado Aristóteles, se justifica por la inferioridad de estos con respecto a aquel, lo mismo que las plantas, inferiores a los animales, son explotadas y usadas por unos y los otros. Llegado a este punto, cierro el libro y me quedo pensativo. Pienso que estoy ante un supuesto contradictorio, ante la conclusión a la que estos pensadores han llegado y que, por tanto, ninguna de esas definiciones puede considerarse válida como verdad universal. Para mí que el hombre como especie no puede presumir de nada o de casi nada; alguno, individualmente, quizá, pero de su mérito sólo ha obtenido un ocasional reconocimiento por los demás, seguido de una indiferencia expresada más o menos así: este bicho raro, que dice tal cosa o hace tal otra... Y en cuanto a mí, yo no sólo he explotado y usado animales y plantas, sino a hombres, pero esta actitud no me hace, pienso, merecedor de ninguna distinción superior y sí de una ventaja. Media humanidad explota y usa de la otra media. ¿Dónde está la verdad referida al hombre? Aunque parezca tener una insolente propensión a la beligerancia contra mis congéneres, por más que estos sean sabios, concluyo: no hay distinción entre hombre y

animal, sólo superioridad, un grado superioridad de más a menos y de unos con respecto a los otros en la escala de los seres vivos. Y si pienso así, es porque yo, en cierto modo, siempre actúo consecuente con esa definición, y en ningún momento me he planteado la duda de si es ético mi comportamiento, salvo ahora, en que ha aparecido en mí una cierta y rara inquietud: la duda de pensar si, por haber sido así, me hace distinto de los que parecen comportarse de otro modo. Sin pensar más profundamente en el tema, creo ser simplemente un ser vivo que ha alcanzado, por mi propia voluntad y esfuerzo, quizá una mayor por cultivada inteligencia, un cierto nivel de superioridad ganada a pulso, y no propia de una naturaleza diferente; hablo de esa superioridad que justifica el uso y explotación de todos los demás seres vivos inferiores a mí. Toda la naturaleza, incluyendo en ella al hombre, y muy cualificadamente, propende a actuar así. Me pregunto, entonces, qué es eso de la ética, que tanto oigo pronunciar. Yo me digo lo que todos se dicen cuando faltan a ella: eso de la ética debe ser porque hay entre los hombres gente contradictoria y pusilánime. Pienso que esta verdad, por ahora, es buena y suficiente para mí. Voy a intentar dormir, y seguro que, al menos yo, no me dormiré como lo hacen los ingenuos.

***

Habiendo llegado hasta aquí, rememorando hechos y pensamientos, no puedo ahora por menos de relativizarlo todo. Eso significa que todo en mí fue contingente y que, en muchos casos, estaba en mí que fuese uno cosa u otra. ¿Por qué, entonces, he llegado a esta situación? ¿Fueron eslabones de una cadena? Deberé seguirla y ver adónde me lleva...

***

La mañana ha amanecido fría y soleada. Son las nueve, y después de vestirme adecuadamente, bajó al comedor con buen ánimo, dispuesto a desayunar mientras espero a Félix.

Al salir del ascensor y pasar frente a la conserjería, el conserje llama mi atención.

—¡Buenos días, don Alejandro!

Yo, con menos entusiasmo, contesto mirando interrogante al conserje:

—Buenos días.

—Perdón, don Alejandro, ¿podría hacer algo para evitar una nueva equivocación? Créame que lo siento.

—No ha habido equivocación por su parte. Usted siga haciendo lo mismo sin hacer juicios por mí. Si viene mi chofer, estoy en el comedor.

Sigo andando sin dejar de mirarle por un instante. El conserje baja la vista y hace ademán de escribir algo sobre un papel. Seguramente está pensando: *"Muy bien, don Alejandro. Eres un hijo de puta, pero un very important people."* Espero que las guindas te sigan cayendo del bolsillo", o algo parecido.

Félix llega a las diez menos cinco.. No ha tenido ningún contratiempo para hacerse cargo del coche.

A él me dirijo y le pregunto:

—¿Todo en orden?

—Sí señor. Ahí fuera está su coche.

—Pues vámonos.

Los dos nos dirigimos a la calle. Ya fuera, Félix se apresta a abrir la puerta trasera. Penetro en el coche sin hacer ningún gesto ni complacerme

con la vista de tan espectacular máquina de mi propiedad, como si hubiera sido mío mucho antes. Félix se ha puesto su mejor traje y parece un ejecutivo. Se sienta al volante, mira un momento al panel lleno de luces y mandos y arranca con seguridad.

—¿Estás seguro de no tener ningún problema para conducirlo? —pregunto.

—No creo, señor, en el fondo todos los coches son iguales.

Todos los coches son iguales, repite mi mente, como si aquellas palabras de Félix me quisieran llevar a una extrapolación que va más allá de las cosas.

—Pues, andando. Sal de la ciudad y toma la carretera que quieras.

—Sí señor.

El día ha transcurrido sin grandes acontecimientos que reseñar. Esta vez no hemos comido juntos. Mandé parar en un restaurante en la carretera y ordené a Félix que fuera a repostar en la gasolinera más próxima. Le di dos horas de libertad para que se familiarizara con el coche y sus mandos. También proporcioné una agradable sorpresa a Félix: le di cincuenta mil pesetas para los gastos que se le fueran presentando. Seguro que a Félix las cosas le han empezado sonar definitivamente mejor. Regresamos a la ciudad a las cinco de la tarde. Ya en el hotel, ordeno a Félix que meta el coche en el aparcamiento y que tome un taxi de regreso a su casa.

He subido a la habitación y me dispongo a pasar aquí el resto de la tarde. Me pongo ropa cómoda, tomo el mismo libro que dejé la noche anterior y me voy a la sala. Me siento en uno de los sillones, el que más cerca está del estante con el resto de los libros. Abro el libro por el índice y escojo la palabra... "*Belleza",* y leo... "*Verdad, bondad y belleza forman la tríada trascendental. Las cosas son verdad o mentira, buenas o malas,*

bellas o feas, y por eso han sido llamadas los tres valores fundamentales, ya que todo puede ser evaluado de acuerdo a esos tres patrones, y no a otros". Suspendo la lectura y miro con la vista perdida hacia ninguna parte mientras recito: "¿Juntos, independientemente, alternativamente? Quizá leyendo encuentre la respuesta", y continuo leyendo... "*Para algunos no sólo esos tres valores; placer y utilidad debían ser incorporados a esa tríada, y quizá por encima de ellos, ya que el fin último de la belleza y de la bondad de todas las cosas es el placer y la utilidad que proporcionan"*. Así opinan Spinoza y J.S. Mill. Yo sigo con mi monólogo: "Parece que en torno a estos conceptos los grandes pensadores no andan muy de acuerdo y se han enzarzado en una continua controversia. Pero creo que estos últimos se acercan a la definición que estoy en disposición de dar. Evidentemente, de forma aislada o colectivamente, todas esas palabras parecen estar sometidas a criterios de relatividad, y yo diría que de subjetividad, más bien. Pero está claro que el hombre ha encontrado la medida de esos conceptos en el efecto que causan en cada uno de nosotros: lo que para unos es verdad, para otros es mentira; lo que para unos es bello, para otros puede ser feo; lo que para unos es bueno, para otros puede resultar malo." Para... Spinoza, sigo leyendo... "*La bondad y la belleza son valores subjetivos, pero no verdad"*. "No se puede juzgar si las cosas son bellas", razono; "tampoco si son buenas o malas, estoy de acuerdo", concluyo. Y sigo leyendo entusiasmado. Estos libros parecen abrirme puertas a pensamientos jamás imaginados. Aunque en muchos casos me siento capaz de contradecirlos. Y sigo... Tomás de Aquino opina que... *"lo bello es igual que lo bueno, sólo difieren en su aspecto... la noción de bueno satisface nuestro deseo; la noción de bello satisface nuestro deseo de conocerlo, de verlo"*. Ahora leo una entrada para... Darwin, que dice... "*sólo el hombre tiene la facultad estética para apreciar la belleza. Sólo el*

hombre es capaz de admirar la escena del cielo en la noche, un bello paisaje, o la refinada belleza de una música; pero tales facultades no son inherentes a todo hombre, sino al hombre cultivado y depende de complejas asociaciones; no está al alcance de los bárbaros o de los incultos". Toca el turno a... Freud, que asocia la belleza con una motivación sexual... "*Belleza y atracción son antes que otra cosa, los atributos de un objeto sexual"*. Cierro el libro. Ya estoy dispuesto a establecer mis propias conclusiones. Conforme con pocas cosas, sólo parcialmente con algunas más, y en nada conforme con otras. Me atrevo a dar una definición: "La belleza no se puede definir como concepto unívoco, sino sentirla por cada uno y de distinta manera", me digo. Recuerdo al conserje, para quien los dos jóvenes que me mandó la noche anterior, él pudo sentir que eran no sólo buenos, sino también bellos, y en contradicción con lo que yo mismo sentí. Repaso los autores. "Este Aquino se ve que nunca estuvo cerca de las más bellas bestias pero, en ocasiones, las más fieras y peligrosas; de las más bellas flores, pero los adornos de las plantas más venenosas. Y Darwin, el hombre que más observó a los animales para explicar sus misterios, ¿cómo pudo desestimar que es, precisamente, la belleza que exhiben algunos animales, especialmente machos, la que atrae a sus hembras con los especiales adornos y colores de pelo o plumaje, o con sus bellos movimientos, semejantes a danzas exóticas, o con los más bellos trinos en los pájaros? ¿Qué significan, entonces, sino la belleza como principal atributo de un objeto sexual también para los animales? ¿Y qué significa que las mismas flores sean bellas, si no es para atraer los insectos que ayudan a las plantas a polinizarse? Quizá Freud tiene razón, pero sólo en parte, porque belleza y atracción pueden ser, antes que otra cosa, atributos del objeto sexual, pero no siempre le acompañan necesariamente. La belleza, en general, es algo

subjetivo que excita nuestros sentidos a través de la vista y nos produce bienestar y agrado, sin que nos provoque otros efectos. Si la belleza la percibimos en el sexo contrario, entonces la asociamos con la posesión, en la que todos los sentidos sienten la necesidad de disfrutarla. Es ahí donde interviene la libido, que no se conforma sólo con la contemplación, sino con la posesión sexual. Una definición más, seguramente, pero es la mía y la considero buena y suficiente." Deposito el libro lentamente sobre la mesa, manteniendo mi mano encima por un instante, como para pedirle que no se vaya de aquí.

Pido la cena. A las diez, como esperaba, llama mi abogado. Me pide autorización para resolver, a mi manera, un problema que ha surgido. Se necesitan planos para obtener la licencia. Así se lo ha transmitido el alcalde, y también el precio aproximado de esa licencia: algo más de un millón de pesetas. Le ordeno a mi abogado que envíe cinco millones de pesetas para cubrir esa exacción municipal, y lo que restara que se lo queden para obras sociales. Le digo que les pida que me eximan del requisito de unos planos que, por la índole de la obra, no serán estrictamente respetados. Marcos no hace preguntas y mucho menos objeciones; esta vez se manifiesta de acuerdo. Le pido que no me llame mañana y que venga a verme, sin más explicación.

Espero que vengan otro par de jóvenes enviados por el conserje. La lectura reciente me permite repasar mentalmente lo que acabo de concluir sobre esos oportunos conceptos para la ocasión que se presenta próxima. Será, no obstante, suficiente mi propio criterio para elegir lo que busco y no equivocarme. Las bellas flores, pero también en las plantas venenosas que se adornan con ellas. No caeré en ninguna trampa. Voy al cuarto de baño, me desnudo, y frente al espejo me masturbo; me ayuda el recuerdo de la joven provocativa que vino ayer. Es en mí una costumbre esporádica,

que sólo utilizo para no dejarme llevar de una espontánea y previsible debilidad en la que no quiero caer, también porque lo considero una medida de higiene. En el caso que se presenta, mi deseo sexual, ya debilitado, será mi fuerza para no caer en ninguna tentación no prevista en mi objetivo y de la que ya sentí algún síntoma con la joven de la pareja anterior. La belleza no será suficiente, con lo que doy así por comprobada mi definición anterior. Esto, que pudiera parecer una contradicción con el hombre seguro de sí mismo que digo ser, no es tal. Un hombre seguro de sí mismo se procura la mujer que le apetece y rechaza la que se le ofrece, pero siempre cuando quiere. Puedo, así, asegurar que no busco sexo en las parejas que recibo en mi habitación, no en esta ocasión. Si se me he masturbado, lo ha sido, precisamente, para tener dominio sobre mí mismo en una ocasión en la que el sexo no está previsto aunque sí ofrecido. No sé qué es eso de la castidad forzada ni está en mí flagelar mi cuerpo.

Son cerca de las once. Por el teléfono me anuncian que dos jóvenes, previa autorización, se disponen a subir a mi habitación. Me coloco el batín y cierro la puerta del dormitorio, corro las cortinas de la sala y enciendo todas las luces. Abro la puerta principal y cuelgo, como el día anterior, el cartel "*No molestar"* en el pomo. En un espejo del pequeño recibidor me miro y observo que estoy algo despeinado. Con paso rápido me dirijo al cuarto de baño y allí procedo a peinarme cuidadosamente. Yo me exijo a mí mismo causar la mejor impresión, independientemente de la que me merezcan los que me visitan. Es costumbre en mí el que unas veces exijo desde el poder y otras desde el ejemplo, y no es raro en mí usar conjuntamente ambas armas de persuasión.

Llaman a la puerta con dos golpes tímidos. Me dirijo a abrir, ahora con paso pausado. Dos golpes más, esta vez más fuertes, suenan antes de que llegue a la puerta. La abro a medias sin dejar de sujetarla. Miro al exterior

y observo a la pareja. Un joven, muy musculado, con pantalón vaquero ajustado y cazadora por encima de los hombros, se apoya con un pie y parte de su espalda sobre la pared opuesta del pasillo. Los brazos cruzados, desnudos casi hasta el hombro, muestran sin pudor su poder físico cultivado. El pelo rubio, largo y bien cuidado, me parece teñido. El joven sonríe y arquea las cejas, como pidiendo mi aprobación, que, seguramente, él está seguro de obtener. Paso a observar a la joven. Lleva sobre sus hombros un abrigo de piel y pelo cálido. Una minifalda, casi mínima, deja a la vista unas hermosas piernas calzadas con unos botines de cuero negro que las cubren hasta por encima de la rodilla. Una blusa, igualmente mínima, intenta tapar sin total éxito su pecho realzado con un sostén especialmente diseñado. Rubia, de cabellera larga y muy maquillada, especialmente los labios, sonríe. No estoy muy convencido y vacilo en invitarlos a entrar. A los jóvenes aquella espera les debe parecer, cuanto menos, nueva. Supongo que sus clientes acostumbran a abrir la puerta y los invitan a pasar rápido a la habitación, y ante el temor de que otros clientes del hotel se crucen por el pasillo. La joven se decide, al fin, y pronuncia con una sonrisa ensayada:

—¡Hola! ¿Eres de piedra? ¿No nos invitas a pasar? Te traemos un bonito... rollo...

La he estado mirando impasible. A la joven se le ha atragantado la última palabra y convierte su sonrisa en una mueca indefinible. El joven baja el pie que apoyaba en la pared, baja también los brazos y mete las manos en los bolsillos de su pantalón. Sin adelantar un paso, se decide a hacer su propia presentación.

—Vamos, tío, deja que pasemos. Dentro te mostraremos el resto.

Es entonces cuando miro al joven a los ojos sin cambiar en ningún aspecto mi semblante y postura de seria rigidez. No necesito más, bajo la

mano que sostiene la puerta por encima de mi cabeza, saco dos billetes de diez mil pesetas del bolso de mi batín y los ofrezco, alargando el brazo, al joven.

—No desconfiamos. Ya nos pagarás luego —dice la joven, volviendo a exhibir su mejor sonrisa y mientras con una mano retira la mía que sostiene el dinero.

—Coged este dinero; es suficiente por la molestia de haber venido —les digo.

—¿Cómo? —pronuncia la joven con asombro—. ¿No somos de tú agrado?

—Estás de guasa, tío. Nadie paga esa pasta por venir a llamar a su puerta —dice el joven, con sus brazos en jarra y las piernas separadas.

—Tomad este dinero —digo— y largaos. Es mi última oferta, y tengo prisa.

La joven arrebata en un acto instantáneo los dos billetes de mi mano, se los mete por el canal de sus pechos, se quita el abrigo de sus hombros y se lo pone correctamente, todo en una sucesión de movimientos rápidos mientras su cara echa chispas de irritación. Se vuelve hacia su compañero y le dice:

—¡Vámonos! Después de todo, este tío capullo me inhibe.

La joven se aleja rápida por el pasillo seguida de su compañero, que calla. Cierro la puerta y penetró en la sala.

Luego de coger los dos libros en los que estoy *trabajando*, me voy al dormitorio, enciendo la luz de lectura y me acuesto poniendo las dos almohadas detrás de mi espalda y cabeza. Abro el libro, el mismo que poco antes he estado consultando, por una página al azar. Mi vista se pierde en el abismo que se abre en mis pensamientos. Comienzo a considerar que este método no me va a proporcionar lo que busco. Todas las parejas que

vengan, aunque jóvenes, quizá hermosas, serán por el estilo. Cuando le pedí al conserje este servicio, cometí una equivocación: jóvenes que conozcan el oficio, esa fue mi equivocación. ¿Qué puedo esperar sino putillas y chaperos? No, no es esto. Estos jóvenes representan el pecado en su más descarnada y aberrante oferta de fantasía. Cualquier moralista los condenaría al infierno, sin sentirse tentado por sus artes. Pero no es éste mi caso. Yo necesito ese mismo pecado, pero en su más sutil apariencia, el pecado que no se ve, que sólo se insinúa y causa estragos en el alma del que se esfuerza en rehuirlo. No, así no es posible encontrar lo que busco; deberé cambiar de método. Me vuelvo a interesar por el libro que sujeto abierto y busco el índice. Ahí no está la palabra que quiero. Lo dejo en la mesilla y cojo el otro. Sí, aquí está, y me paro en la palabra "*Pecado"*. Comienzo a leer la introducción que a cada palabra le dedica el libro. "*El pecado de Satán y el pecado de Adán están entre los mayores misterios de la religión Cristiana. Satán, en lo más alto de la escala de los ángeles, la primera de las criaturas espirituales de Dios, sólo menos que Dios en la perfección de su naturaleza. Adán es creado con supernaturales gracias y dones, su cuerpo inmortal es completamente sensible a su espíritu, su deseo por todas las cosas, sumiso a su razón, y su razón sólo mira hacia Dios... Lo único malo, latente tanto en Satán como en Adán, parece que debería residir en la privación en ambos de ser infinitos en poder y conocimiento... Pero estos "defectos" no constituyen algo moralmente malo en ellos; no es ningún pecado, ni predisposición al pecado. De aquí que la única causa por la que pueden pecar, si Dios mismo no los predestinó a pecar, tenga que ser por su libre elección entre el bien y el mal... ¿Qué les impulsa, entonces, contra la propia inclinación de sus naturalezas, a alejarse del bien y tender al mal?"* No puedo evitar sonreír. Esas son mis preguntas. La lectura del Génesis, que días pasados inicié, me

pareció incoherente e infantil, un cuento inverosímil, o fábula. ¿Y los otros?, me pregunto. ¿Qué dirán los grandes pensadores, si alguno se atreve a dar una explicación mínimamente racional que pueda ser primero comprendida, luego aceptada por el común de los humanos? De Milton, en su Paraíso Perdido, pienso que sólo recrea, ¡y de qué forma tan confusa!, esos personajes bíblicos, supuestos primeros pecadores... *"Los poetas, que escriben con más gusto y preferencia del amor entre los hombres y las mujeres que entre estos y Dios, achacan el pecado de Adán a su mayor amor por Eva que por el Dios mismo que lo creó",* leo. "Esta no puede ser la entera razón, pero algo de razón tienen, por cuanto el hombre abandona a sus progenitores por amor a la mujer, y viceversa, y así lo hacen el resto de los animales. ¿Será el amor la causa del pecado del hombre y de la mujer? ¿Pudo Dios cometer tal fallo dándole a los hombres la facultad de amar?" Dante, en su *"Divina Comedia"*, parece creerlo así, cuando pone en boca de uno de sus personajes algo que se le parece... "*El amor es la raíz de la virtud y del pecado. En términos de amor o desamor a Dios, busca la definición de pecado la tradición Judeo-Cristiana; en términos de infracción de las leyes de los dioses, conceptúa el Paganismo el pecado de los hombres"*. Me siento algo confuso por lo que entiendo como una simplificación, y cierro el libro guardando la página con mi dedo índice. Me quedo por un momento con los ojos cerrados, meneando mi cabeza a izquierda y derecha en señal de no estar de acuerdo. Todavía no tengo mi propia definición sobre qué es pecado. Ninguna razón anterior me puede satisfacer para aceptarla como propia, por demasiado ambigua o simple, cuando no contradictoria. Vuelvo a abrir el libro y encuentro... "*Los no creyentes en Dios, en su divina ley y su divino castigo, tampoco creen en el pecado"*. "Esto no puede ser así. Si yo no creo en Dios, ni en su divina ley, ni en su divino castigo, ¿de dónde, entonces, mi sensación de que el pecado

existe, aunque yo no me considere pecador en el sentido moral del término? ¿Tendrá razón Pascal en esto que dice"... "*sólo hay dos clases de hombres: los correctos que se creen a sí mismo pecadores, y el resto, los pecadores que se creen a sí mismo correctos...?"*. "No puede ser, esto no es más que un juego de palabras. En cualquier caso yo no estoy entre ellos; yo no me creo correcto o incorrecto, pues siempre es una definición que dan los demás." Empiezo a creer que el tema no va a dar más de sí y me preocupa que no pueda, por ahora, dar mi propia definición de pecado. Observo que hay un bosque de grandes pensadores que en alguna parte de sus escritos hablan al parecer del pecado, "¿habrá dos que coincidan? Si todos los hombres son conscientes en formular la tesis de la existencia del pecado, éste debería estar también perfecta, unívocamente delimitado en sus conciencias individuales y en la conciencia general de la Humanidad, y no es así; no hay mayor relatividad que en la conceptuación de pecado por los hombres en el tiempo y en el espacio, presente y pasado"... Leo... "*El estado natural y civil del hombre. En su situación en la naturaleza, nadie está obligado a ninguna ley, excepto a sí mismo, de aquí que, en un estado natural, el pecado no pueda ser concebido y sí únicamente en un estado civil, en el que, por consenso universal, se haya decidido lo que es malo y lo que es bueno... El pecado no es otra cosa que una desobediencia, sólo castigado por la ley del Estado"*. Spinoza parece dejarme un momento perplejo; me quedo estático, con la mirada al frente sin mirar nada concreto. Ésta podría ser mi definición. Busco en lectura rápida alguien que apoye esta aseveración o la refute: Dios, teología, doctrina cristiana; no, no encuentro nada; al contrario: Dios, la Revelación, los emisarios divinos, la propia conciencia, el premio o el castigo más allá de la vida según la observancia de ciertos preceptos, parecen definir la virtud y el pecado. Cierro el libro sin quitar el dedo a modo de registro y mi mirada se

vuelve a sumergir en mi mismo. Repaso mentalmente la opinión de Spinoza y me pongo a recitar: "Sí, eso debe ser. Spinoza ha dado en el clavo. Desde que el hombre surgió en la Tierra, su natural condición asociativa le obligó a crear leyes, premios y castigos que divergieron en su calificación y consecuencia: las transgresiones que atentaban al orden establecido por el Estado o la Comunidad, se llamaron crímenes; las que creaban un desorden en los individuos, que les hacía inferir daño a sus semejantes o a sí mismos, se las llamó pecado. Y no siendo crímenes todos los pecados y todos los pecados crímenes, inventaron a Dios, que castigaba unos y al Estado o la Comunidad, que castigaba otros. Así nadie se escapaba a su merecida condena y posterior castigo en esta vida o en la otra; era así que con ese temor se reprimía el hombre de cometerlos." Pero siento que mi conclusión no es redonda. No me explico, por ejemplo, el porqué de mi propio sentimiento de la existencia del pecado, no sintiéndome manipulado por ningún temor. Tendré que encontrar respuesta. Si yo acepto, a mi manera, las leyes civiles, pero no las divinas, debe haber alguna razón para que esto sea así en mí, ¿cuál? Repaso aquellos pecados que cometí transgrediendo la ley de Dios e indiferentes para las leyes civiles, y encuentro pocos; casi todos están tipificados como culpas en las leyes civiles o penales. Concluyo "que mi sentimiento, que supone que el pecado existe, debe ser debido un problema de inducción, de allá en mi infancia, que ha quedado impreso en mí y ahora se manifiesta en pura paranoia"... Ya no me cabe duda, y lo doy por bueno y suficiente. Dejo el libro sobre la mesilla, apagó la luz e intento dormir.

***

Dormir... Ojalá pudiera dormir... y no despertar. No me consuela revivir el pasado... Quisiera morir decentemente... ahora...

***

El nuevo día amaneció similar al anterior. Como una rutina aceptada para dejar que el tiempo transcurra y se encargue de ir devorando etapas, bajo a la planta noble del hotel y me acerco al mostrador de la conserjería. El conserje me da los buenos días algo azorado. Seguro que las imágenes de los jóvenes frustrados en su intento de complacerme le recuerdan su propia frustración. Quizá nunca le ha sucedido algo parecido; al contrario, siempre sus clientes habrán quedado satisfechos de ese servicio, que él se esmera en que sea de lo mejor disponible, y que así sería en otro caso. No se atreve esta vez a lamentarse o a preguntar qué encuentro yo de malo en el material que me proporciona. Le saco de sus pensamientos.

—Suspenda el encargo que le hice. Si cambio de opinión, ya le diré lo que debe hacer.

El conserje me mira algo más relajado. No le he manifestado estar disgustado por un supuesto fallo suyo, y mi forma de expresarme ya la encuentra habitual. Veremos de qué se trata la próxima vez, se dirá. Con un resignado "Lo que usted me mande, don Alejandro", y algo más que no oigo, me alejo hacia el comedor.

Un botones me avisa de la llegada de mi coche. No me sorprende que mencione mi coche en lugar de mi chofer, habida cuenta de la superior importancia que en este mundo se da a las cosas, en detrimento de las personas.

Regreso del comedor y me dirijo a la calle seguido de Félix y sin pronunciar una palabra de saludo o respuesta a su "Buenos días, señor..." Mi comportamiento no es original, aunque la motivación sea distinta: unos lo hacen por desprecio y yo lo hago porque no me sale, quizá porque me son indiferentes las normas de cortesía. Félix se adelanta y me abre la puerta del coche. Una vez dentro, le digo:

—Haz lo mismo que ayer, pero toma una carretera diferente.

Félix, como un autómata programado para hacer únicamente lo que se le pide, se pone en marcha. Abro un periódico que había comprado en el quiosco del hotel y busco la sección de anuncios por palabras. Bajo el epígrafe "*Relax"*, una gran oferta de sexo en pequeños anuncios se despliega ante mi mirada. Leo uno por uno estos anuncios. Algunos me hacen sonreír, ninguno me parece aprovechable, incluso menos aprovechable que los que podía proporcionarme el sistema que acabo de abandonar. Me salto los últimos, y una nueva sección llama mi atención: "*Contactos"*.Leo. Son anuncios de personas que buscan alivio a su soledad, otros a sus frustraciones sexuales, otros a cómplices para sus fantasías eróticas, otros se ofrecen a remediar todos o alguno de esos males; aburrimiento o frustración del hombre, en definitiva. Uno de los anuncios que he leído de pasada lo vuelvo a releer... "*Chico y chica universitarios, buena presencia física, libertinos, se ofrecen con dedicación parcial para acompañar a persona o personas de buena posición que les guste hablar y mirar"*. Tomo mi bolígrafo y circulo este anuncio. Trato de imaginar a esos jóvenes. Me complacen varias cosas de esta oferta: parece que no hacen de su *trabajo* un medio de pura subsistencia, sino de superación de los medios con los que cuentan para su fin principal; les supongo cultos, lo que aleja toda sombra de zafiedad; dicen ser libertinos, por lo tanto inmorales, mejor decir amorales, y quizá

eso es lo que quieren expresar en su anuncio. “Veré lo que puedo sacar de ellos”, digo. Dejo el periódico y miro por la ventana del coche al mundo que me ignora; esa es una de las razones de mi indiferencia; sé que estoy solo y que siempre lo estuve.

Regresamos pronto. He pensado comer hoy en el hotel y luego descansar un par de horas. Félix debe estar contento y pensará que esto para él es una especie de vacaciones. Sigo pensando en él, quizá para entenderme a mí mismo. El tiempo que pasa conmigo en el campo es del todo incomparable al que, por la obligación asumida, acostumbra a pasar dentro de la ciudad; en la ciudad no hay horizonte que permita soñar ir más lejos de cualquier cosa de las que nos enseñan en los escaparates, en las estanterías, en pocos metros a la redonda, y siempre con la etiqueta de su precio colgando que parece decir: “Si lo quieres has de pagarlo.” También creo que las horas de trabajo son menos. Además, Félix parece gozar conduciendo mi coche. Supongo incómodo para él el silencio entre nosotros y en un habitáculo tan pequeño, pero, sí, lo bueno es más que lo malo. Muchas veces el esclavo no tiene mejor opción que la de servir a su amo, y hasta darle gracias a su dios.

Despido a mi chofer con un, “Mañana a la misma hora.” A Félix le gustaría, pienso, que saliera de mí darle algo a cuenta; él no se atreve a pedírmelo, y como no está en su tarifa habitual, sólo puede esperar a que a mí se me ocurra. Quizá se decida mañana o al siguiente. Se excusará diciendo que vive un poco al día y que lleva tres días sin darle un céntimo a su mujer. Pensará que dicho así no me debería molestar; ¿por qué me va a molestar? No quiero forzarle a que trabaje para mí en condiciones imposibles de aceptar. Repito que nunca fuerzo a nadie a realizar lo que pido, no lo necesito habiendo siempre personas dispuestas. Hasta el coche para seguir funcionando necesita que le suministren carburante y que no le

fuercen. Le he dado cincuenta mil pesetas, pero son para gastos durante el trabajo. Mañana le daré algo.

He comido y me acuesto. Quise coger uno de los libros, pero he desistido antes de tocarlo. Tengo el anuncio delante, pienso en llamar por teléfono al número que figura en él, pero no lo hago; quizá lo haga después de la siesta. Debo antes pensar en la estrategia a seguir con los chicos y no improvisar. Los trataré con mayor deferencia que a los otros jóvenes que han venido, si veo que responden a mis expectativas. Al fin y al cabo se puede establecer ya una gran diferencia entre unos y otros, pero no sé a priori qué tipo de diferencia. Yo soy renuente a juzgar a los seres humanos que no conozco, quizá porque eso supone impartir una justicia que termine definiendo quiénes considero buenos y quiénes malos, y tengo dicho que estos conceptos sólo me interesan desde el punto de vista de utilidad.

Cuando me levanto, me visto con un pantalón y una camisa. Aunque voy a permanecer en la habitación, no me pongo el batín esta vez. Me aseo en el cuarto de baño y salgo a la sala. Pido un café al servicio de habitación y luego, abriendo el periódico por donde está el anuncio seleccionado y llamo al teléfono. Al otro lado un contestador automático se pone en funcionamiento y una voz joven de mujer propone a quien llame que, si se trata del anuncio, deje su teléfono, que llamarán tan pronto regresen a casa. Ningún otro añadido que pueda parecer superfluo o revelador para mí de alguna característica. Aprecio la discreción y transmito: Llamad al teléfono cinco, ochenta y uno, veinticuatro, cuarenta y cuatro, extensión ciento cuarenta y dos, y cuelgo el auricular. Me pongo a ojear el periódico. Las cosas en el mundo son desesperadamente tópicas y monótonas: conflictos internacionales, política local y extranjera, sucesos, deportes... Leo una colaboración. El título ha atrapado mi atención: "*¿El futuro está escrito?"* Este título me atrae porque se me antoja una variación a la

afirmación comúnmente conocida del futuro no está escrito. Me dispongo a leer. El autor sostiene que cada persona, individualmente, tiene el futuro en sus manos, más bien en su voluntad, ese lugar desconocido que normalmente se queda en deseo, o voluntarismo, y que no se puede hablar del futuro de la humanidad como colectivo, por cuanto este concepto es sólo el resultado de sumar individualidades con objetivos comunes, ya que si esas individualidades están capacitadas para procurarse su propio futuro, no lo están, en cambio, para disponer del de los demás, y mucho menos del conjunto. En definitiva, la tesis que sostiene el autor es que, por esa razón, el individualismo humano, que es una actitud natural y universal, terminará por imponerse sin que se derrumbe el edificio, y que hasta ahora se ha intentado de neutralizar con propuestas políticas oligarcas, sociales o de otro tipo, tratando de fijar el futuro de los colectivos a base de prohibir muchas veces las tendencias individuales. Y dice más, y puede que esta sea su intención última: niega toda virtualidad a las propuestas colectivas por ir contra la naturaleza misma de los individuos, que en otro caso se asociarían de forma natural. Estoy de acuerdo. Yo siempre desconfié de las propuestas colectivas para colectivos formados en forma de pirámide. En realidad, cada propuesta colectiva, y en estos casos, no es más que la intención oculta de los poderosos de lograr su propio futuro pasando por asegurar su presente. Tengo el pensamiento premonitorio que así ha de suceder. Se habla ya de la crisis de las ideologías, subterfugio evidente que ha sido utilizado para colectivizar el destino universal de las personas. Hoy se comienza a hablar y hasta se defiende la libertad de los individuos en muchos aspectos que antes habían estado regulados. “Cuestión de tiempo para que todo vuelva a ser natural, como nunca debió dejar de serlo.” Esta conclusión no es que parezca buena y suficiente, es solamente obvia.

Me sirven el café que he pedido y ordeno al camarero que no vuelva a recoger el servicio hasta que yo le avise. No quiero interrupciones si en ese momento tengo la visita que quiero tener. No he terminado de tomar su café, cuando el teléfono suena. Lo descuelgo y puedo oír la voz de uno de los chicos del anuncio. Le contesto: "Sí; fui yo quien te llamó... No deseo nada concreto por ahora, salvo tener una entrevista con vosotros... La entrevista es imprescindible y depende del resultado de ella... Repito por última vez que es necesaria la entrevista", y cuelgo el teléfono, seguro convencido de que aquellos chicos llamarán.

El chico que se ha puesto al teléfono estará en este momento consultando a su compañera. Probablemente se sentirán algo preocupados con mi comportamiento, sin saber a qué entrevista me puedo referir y con qué objeto. También les ha podido parecer extraño mi laconismo.

Estaba en lo cierto; sólo han pasado unos minutos y vuelven a llamar. Están de acuerdo, piden la dirección y preguntan cuándo les recibiré. Les he dado la dirección del hotel, el número de habitación, no mi nombre, y que pueden venir ya, pero antes de las diez. Los dos jóvenes han confirmado que vendrán. Llamo a la conserjería y doy instrucciones para que dejen pasar a dos jóvenes que vendrán simplemente preguntando por el señor que se aloja en la suite mil cuatrocientos veinte. Toma el encargo el conserje que me proporcionó los jóvenes anteriores y me ha contestado con un simple "Así se hará, Don Alejandro." Terminó mi café y llamo para que retiren el servicio. Me pongo a pasear por la habitación, parándome de vez en cuando en la ventana con las manos cogidas detrás de la espalda. Me fijo en los libros que se apilan en el estante de la sala y comienzo a transportarlos al dormitorio. Los libros constituyen una primera declaración de la personalidad de su dueño, y no quiero darles de entrada esa oportunidad, y menos a unos universitarios que sin duda se harán

conjeturas. Pero luego cambio de parecer y decido dejar los libros a la vista. Retorno a su lugar de origen los que ya he transportado al dormitorio. Tampoco eso es tan importante. Puede que me sirvan para observar si la visión de los libros y su contenido motivan a los jóvenes a hacer algún comentario que me pueda ser útil. Ese probable comentario también me servirá para un mayor conocimiento de ellos.

***

He experimentado un cierto bienestar al rememorar este pasaje, y sin otras consideraciones a mi situación actual, me presto anhelante a vivir lo que sigue...

***

Mi propósito de buscar dos jóvenes, que sirvan a mi proyecto, debe terminar con está pareja si responde a lo que busco. He dado por inservibles a otras dos de la forma más radical posible y, sobre todo, sin veleidades. Aquellas sólo ofrecían la mercancía de su cuerpo, probablemente importante en otras ocasiones pero no en ésta; con ésta pareja, en cambio, espero tener también la de su espíritu. El Alejandro que navega ahora por mi mente va a necesitar de ambas mercancías; mi proyecto es algo menos prosaico que fundar un burdel.

***

Es cierto, nunca pensé premeditadamente en las derivas sensuales que, un hombre como yo, podía obtener sobre dos jóvenes tan hermosos e impacientes...

***

No ha pasado media hora, y llaman a la puerta. Me dirijo a abrir. Abro en la misma forma que lo había hecho en las dos ocasiones anteriores y miro fuera. Observo a los dos jóvenes con la misma seriedad que lo hice con las anteriores parejas. Aprecio en ellos cierta timidez, probablemente sólo en este tipo de situación. Tendrán entre veintidós años y veinticinco, esa edad en la que no se producen cambios, ni físicos ni mentales. Van vestidos informalmente, sin ningún otro signo de provocación que su exultante juventud. Él es moreno, masculino, aunque me llama la atención un zarcillo que pende de una de sus orejas. Ella es muy guapa, de pelo castaño y busto que imagino exuberante, incluso sin el grueso suéter que lo cubre. Ninguno de los dos adopta ninguna postura afectada; se comportan con total naturalidad. No encuentro ningún reparo a esta primera impresión física, que considero importante para dedicarles un segundo examen, el del espíritu, por eso abro la puerta y me retiro dejando franca la entrada diciendo:

—Pasad.

Los jóvenes pasan sin pronunciar una palabra. Llegan a la mitad de la sala y se vuelven hacia mí. La chica sonríe levemente, como queriendo parecer simpática. El chico, después de un rápido cruce de miradas, se queda mirando un cuadro que cuelga de la pared. Los invito a sentarse a la vez que yo hago lo mismo. Estos chicos me inspiran confianza, y dudo que sean lo que se desprende del anuncio.

—¿De verdad sois universitarios?

El chico, sin hablar, saca una cartera del bolsillo trasero de su pantalón y de ella un carné que me ofrece extendiendo el brazo. Lo miró y leo... "*Facultad de medicina"*.

—¿Quiere ver el mío? —pregunta la joven.

—No, no es necesario. ¿Qué estudias tú?

—Filosofía y letras; cuarto curso, igual que mi compañero.

—Y bien, ¿cómo y por qué pensasteis en eso que ofrecéis en vuestro anuncio?

No parecen ver nada especial en la pregunta; quizá de parecida forma ya se la han hecho en otras ocasiones.

—Se me ocurrió a mí —contesta el joven—. Compartimos un apartamento. Cuando nos apetece, que es todos los días, también compartimos la cama —termina de sopetón, con naturalidad y sin querer parecer gracioso.

—Los dos andamos escasos de pasta, y frecuentemente nos preguntábamos qué podíamos hacer para costearnos los estudios —sigue ella.

Y retomando él la explicación, continua.

—Estábamos haciendo el amor y la idea me vino a la cabeza. Le pregunté a mi compañera si no habría algún medio para sacarle partido, además de gusto, a eso que hacíamos. Mi compañera me preguntó cómo. Yo le dije que haciendo de eso una exhibición. Al principio esa idea no terminó de convencernos por las connotaciones con la prostitución a domicilio.

—La idea era hacer el amor delante del que nos pagara por mirar, con la condición de que no interviniera ni pidiera nada a ninguno de los dos, si a

nosotros no nos interesaba, y en este caso no por dinero —interviene ella con no menos naturalidad.

—Pero eso entrañaba un par de problemas —interviene el joven—: hacer el amor delante de alguien que te mira podía inhibirnos y el asunto terminaría en fracaso; el otro problema es que no podríamos evitar que la otra persona se excitara y, ante la proximidad física, quisiera intervenir en contra de nuestro deseo; también la cosa terminaría como el rosario de la aurora.

—¿Cómo lo hacéis, pues?

—Hemos perfeccionado el sistema para adaptarlo a la diferenciación clara que nosotros queremos establecer con la prostitución —contesta el joven y sigue—. Todo consiste en que nosotros hacemos el amor en una habitación. Esa habitación la cerramos o no, dependiendo de lo que nos parezca el otro o los otros. No lo hacemos a una hora determinada ni bruscamente, sino de forma natural, con un largo juego erótico. Una vídeo cámara nos toma la escena, y unos cables conectados a un televisor permiten al otro o los otros ver lo que hacemos.

No pudo menos de reírme. Hacía mucho tiempo que no lo hacía con tantas ganas.

—No está mal. Pero eso se puede obtener alquilando un vídeo pornográfico.

—No es lo mismo —contesta ella, deseosa de darse a conocer desde la perspectiva de materia gris en este negocio—. En esos videos se ve claramente que son un montaje. Se va al grano rápidamente. No se corporeizan los intervinientes, algo muy importante en la provocación de la excitación. Nosotros somos invitados a pasar una tarde con un hombre, una mujer o una pareja, nunca más. Hablamos de muchas y diferentes cosas mientras tomamos algo. Con cualquier pretexto les pedimos pasar un

momento a la habitación, y no falla, porque a la persona o personas que nos contratan, y que saben a qué venimos, les despertamos sus fantasías eróticas nada más que nos ven, y el hacerles esperar acrecienta su libido.

—Digamos que venimos en ayuda de su imaginación cuando nos ven en pantalla. El resultado es que se desata en ellos la erupción en forma de masturbación violenta e inmensamente placentera si se trata de una sola persona, o el polvo que jamás soñaron si es una pareja, porque eso depende de las circunstancias —concluye el chico, mientras esboza una sonrisa, quizá de sano orgullo por el invento.

—¿Todo eso se lo explicáis así a vuestras víctimas?

—No; sólo en líneas generales y para que sepan de qué va el rollo y no se pasen —contesta ella.

—¿Por qué me lo habéis contado a mí?

—Nadie —contesta él— nos preguntó por qué hacíamos esto con el interés que usted y tampoco nadie nos puso esa comparación con los videos pornográficos. Su curiosidad nos ha permitido exponerle nuestro método científico para provocar la libido en las personas que carecen de imaginación y tienen su sexo en los ojos. Un asunto digno de estudio, como apreciará.

—Tenéis mucha cara, pero me caéis bien. También sois ingeniosos, cosa que yo aprecio mucho. Es posible que os ofrezca algo importante, pero ahora vamos a olvidarnos de esto.

—No hemos traído la videocámara— apunta el chico, y aclara—No sabíamos, y porque no nos dio ocasión a preguntar, si usted tenía habitación independiente de la sala. Televisor sí que supusimos.

—No hará falta por hoy. Pero no os preocupéis, en cualquier caso os pagaré como si el servicio hubiera sido completo. Por cierto, ¿cuánto cobráis por vuestro espectáculo?

—Lo que nos quieran dar. No somos profesionales. Mi compañera piensa hacer una tesis sobre el erotismo visual como desencadenante de las fantasías desiderativas, según ella lo titula, y a mí me gusta follar. Normalmente las personas que nos llaman se quedan satisfechas y nos dan más de lo que pudiéramos pedir. También esto forma parte de la estrategia; el sexo pagado es menos placentero que el sexo espontáneo.

Vuelvo a reír. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien y tan distendido. La compañía de estos chicos me devuelve a los años de mi juventud y a mis propias travesuras. Se percibe en ellos franqueza y naturalidad. Esto me ha desarmado todos los esquemas con los que normalmente obsequio a mis semejantes. Deseo que estos chicos continúen conmigo el resto de la tarde. Y es muy probable que, si no surge nada que modifique mi opinión, y ellos quieren, les incorporaré a la misión que tengo prevista para ellos en mi proyecto.

—¿Nos puede decir lo qué pretende usted de nosotros? —pregunta la chica.

—A su tiempo. Ahora, hablemos. Decidme una cosa. En vuestro anuncio os autocalificáis de libertinos. Un libertino es un vicioso, un inmoral. ¿Os consideráis a vosotros mismos viciosos, inmorales?

—Contesta tú; tú estudias filosofía —dice el chico, mirando a su compañera.

—Si entiende como libertino el ser vicioso e inmoral, creo que no. Más bien pasamos de la moral tradicional. La moral de libro es una cadena que ahoga nuestra libertad. Respetamos a los demás, pero no ponemos límites a nuestra propia libertad. Nuestra libertad sólo termina donde empieza la de los demás, aunque parezca una frase muy traída y llevada para no decir nada.

—Entonces más bien sois liberales en materia sexual.

—Pero si hubiéramos puesto que éramos liberales en el anuncio, supongo que no habría tenido tanto gancho. Quizá nos pasamos un pelín —aclaró la joven, sonriendo esta vez.

—Es igual. Aunque no es cuestión que me preocupe, no puedo concebir en principio a un universitario como un vicioso e inmoral. ¿Queréis tomar algo? Preferiría que eligierais algo de lo que tenga aquí, en el bar de la habitación.

—¿Qué podemos tomar? —pregunta el chico con naturalidad.

—Mira tú mismo lo que hay —le digo, señalando el bar.

El chico se levanta y se dirige al pequeño bar.

—¿Qué te apetece, Ana? Hay refrescos, whisky, jerez, cosas de picar…

— Un refresco, nada más.

—¿Usted quiere algo?

—No. Servíos vosotros.

El chico toma dos refrescos y dos vasos y se reúne con nosotros. Mientras se sienta, declara:

—Ella es Ana y yo Jorge.

—Voy a empezar por deciros que no acostumbro a dar mi nombre por cumplido —les digo.

Los dos chicos se miran interrogándose mutuamente. Es ella la que responde a esta observación.

—Por nosotros no hay problema. Los que nos lo dan en nuestra actuación, sabemos que nos mienten. Le llamaremos señor cuando sea imprescindible llamar su atención.

—También exijo que no se me hagan preguntas de carácter personal.

—No somos curiosos —responde él.

—Una vez aceptéis estar a mi servicio, deberéis hacer lo que os diga...

—Eso es demasiado. Dicho así... —dice la chica sin dudarlo y casi interrumpiendo.

Yo también la interrumpo.

—Déjame terminar. Sabréis lo que tenéis que hacer antes de aceptar o no.

—Así, sí —vuelve a decir la joven, mirando a su compañero, quizá buscando su asentimiento.

Yo continuo imperturbable, como dictando mis mandamientos desde un Sinaí actualizado.

—No me mentiréis jamás. Si os cojo en una mentira, y yo me precio en saber cuándo alguien miente, os despido sin más.

—¿Ni siquiera mentiras piadosas? — pregunta la chica, con una mueca que truncó la sonrisa.

Esta vez, me extiendo algo más; empiezo a conformar a los chicos de acuerdo con mis propios esquemas.

—Menos aún. Yo sé lo que soy y vosotros os podéis equivocar, que ya os corregiré yo en vuestras apreciaciones; pero nunca mentirme. Puedo aseguraros que me molestan menos las gentes que claramente me detestan que las que dicen que me quieren. No soporto la adulación, y la adulación mentirosa la considero la peor de las mentiras, porque trata de quedarse con la voluntad del adulado con engaño. Sí, no hay peor mentira que la que va envuelta en un cumplido.

—Algunas veces —insiste la joven— es necesario mentir, aunque sólo sea para no causar disgusto con la verdad, incluso herir. Con la sinceridad a ultranza haremos imposible la convivencia, las relaciones humanas en suma.

—Eso está bien para este mundo y yo he practicado esa máxima, si bien cambiaría convivencia por conveniencia puntual. Mi experiencia me

permite afirmar que las relaciones humanas me parecen una farsa cuando salen a la calle. Nada significa ser esto o lo otro de puertas afuera. Los seres humanos son todos iguales si pudiesen ser observados en la intimidad, que es cuando se quitan las máscaras; así que no perdáis el tiempo en consideraciones inútiles sobre el teatro que se hace en las plazas públicas. Todos se asemejan a monos chillones, cada cual buscando su mejor rama en la que columpiarse y así llamar la atención. Deberíais cortar de raíz todo intento de estar presentes en los lugares públicos, donde la gente sólo busca un pastor entre los que van mejor vestidos. Por tanto, quiero quede claro que esa práctica se acabó a partir de ahora, y digo ahora, para simplemente seguir hablando con vosotros. Además, de nada os valdría; vosotros sois jóvenes y no sabéis mentir a los viejos, y si tuvieseis que aprender, yo ya soy demasiado viejo para enseñaros.

Los chicos se mueven inquietos en sus asientos. Mientras me van escuchando, intuyo que la curiosidad que les despierto va en aumento. Probablemente se hacen preguntas y reflexiones como, ¿qué nos trata este tío de vender? Esto no es normal. O, ¿por qué nos ha llamado precisamente a nosotros? Hasta el momento parece un hombre normal. Sin embargo...

—Nos tiene usted en ascuas. Nunca habíamos pasado por esto —apunta la joven, mientras mira a un lado—. ¿Esos libros de ahí son del hotel? No parecen muy propios para este lugar.

—¿Te contesto a la primera observación o a la segunda?

—Díganos de qué se trata el trabajo; estamos impacientes —quiere aclarar el chico, desligándose así de la curiosidad de su compañera y yendo directo a lo que considera importante.

—Voy a enlazar las observaciones de tu compañera con tu pregunta. ¿Qué os dicen esos libros?

—Por los autores, ¡pse! A mí me parecen unos ladrillos. Ya tuve suficiente con estudiarlos en el bachillerato, pero creo que, por suerte, he olvidado lo que decían; embarullan la mente de cuestiones esotéricas —dice Jorge displicente.

—Es una colección increíble. Ya me gustaría a mí tenerlos. Son mis constantes compañeros de estudios, pero tengo que recurrir a la biblioteca si quiero leerlos —responde la chica, que se levanta y se acerca a ellos.

Me dirijo al chico:

—Esos libros contienen lo más importante del pensamiento humano, ¿cómo puedes despreciarlos?

—No los desprecio. Sólo digo que no me interesan.

—¿Puedes darme una razón algo más convincente?

—No me interesa lo que piensan, al menos por ahora. Tengo mucha vida por delante y medios propios para conocerla. No le digo que cuando sea mayor, ya cercano a mi ocaso, me dé por leerlos para ver si me proporcionan consuelo o aclaran alguna curiosidad insatisfecha a lo largo de mi vida. Ahora sólo me interesa ver cómo estamos hechos y cómo reparar las averías; el para qué, eso se lo dejo a mi amiga Ana, que es su materia de estudio. Comprenda que, a nuestra edad, cada uno ande a lo suyo, según sus ideas o sus oficios; los viejos casi todos tienen ya las mismas… Perdón, no he querido decir…

—Esa postura es aceptable, y te creo sincero. Ya volveremos sobre ello. Espero demostrarte que no me puedes incluir entre los que tú llamas viejos. ¿Y a ti? —dirigiéndome a la chica.

—Mi amigo Jorge es un materialista de lo peor. Yo soy una idealista sin exagerar. Creo que sólo somos pensamiento y pensamiento abierto a la totalidad de las cosas, y no sólo al entorno, como los animales; si fuera esto último, no podríamos presumir de ser personas. Esos libros, sin tener

siempre que aceptar lo que dicen, salvo como guía, despiertan en quien les lee ideas y pensamientos universales que permanecen dormidos en el común de las gentes. Es en ese sentido que son importantes, porque nos permiten abrir nuestra mente a pensamientos superiores que quizá no tuviésemos por nosotros mismos; en otro, por lo que dicen, quizá sólo podríamos decir que son interesantes desde una perspectiva histórica del pensamiento, porque la filosofía es un largo camino sin metas, aunque el único que el hombre tiene para caminar siempre adelante.

—También lo que tú dices me parece lógico —le digo y continuo—. La síntesis de las dos posturas sería, sin embargo, la posición ideal frente a esos libros. Somos sólo materia, hasta ahí de acuerdo con Jorge, pero la materia sólo se manifiesta a través del pensamiento, y ahí estarías tú, Ana. En otras palabras, si no hubiera pensamiento, la materia no existiría. Pero también al contrario, si no hubiera materia, no podría haber pensamiento. En definitiva, eso nos lleva a plantearnos qué somos, o mejor dicho, cómo estamos organizados.

—¡Vaya lío! —exclama Jorge con expresión sincera.

—¡Es fantástico lo que usted acaba de decir! —exclama Ana, y quizá no sinceramente en su acepción admirativa, aunque sí sorprendida —. Una reflexión así no la había oído nunca. Conozco las múltiples opiniones al respecto: los que niegan la existencia de la materia; los que la aceptan, pero la clasifican; los que sólo los cuerpos dicen que son materia y otros que entienden que hay otro tipo de materia no corpórea, etcétera,...

No dudo de la sinceridad de Ana; yo mismo me admiro de lo que, de forma espontánea, he dicho, y que me suena a una de esas felices conclusiones, buenas y suficientes, a las que a veces llego por mí mismo. Dudo, eso sí, que esa reflexión ella no la haya oído nunca, pues a mí me parece una obviedad, una de tantas que me dejan, no obstante, confuso. Lo

que no he creído es que la expresión de admiración de la chica sea una adulación y sí una expresión de admiración por el sutil pensamiento de un "cliente". El joven me saca de lo que en este instante son mis gratificantes reflexiones.

—Empiezo a entender. Usted nos ha llamado para que compartamos o discutamos con usted pensamientos filosóficos y cosas así, nada de sexo, ¿no?

—¿Preferirías hacer sexo a participar en reuniones en las que simplemente se hablara? —pregunto y continuo— Aunque ya sé que a ti la pregunta te puede inclinar a contestar que sí, piensa que el sexo, supuestamente importante para vosotros, no se vería limitado por aceptar una cosa diferente en esta ocasión.

—Yo tengo poco que decir en esas cuestiones, me pierdo enseguida. Si en lugar de tres fuéramos veinte, en lugar de tres opiniones habría veinte, así que ¿para qué perder el tiempo en algo que no lleva a ninguna parte? He observado que cuando se suscitan esos temas entre gentes a las que les gusta, o que presumen, generalmente no aceptan concluir en una definición válida para todos. Puede que uno tenga razón, pero entonces habría que deducir que los demás no la tienen si no la aceptan, y, en ese caso, habría que concluir que el que tiene razón es un hombre evolucionado, superior, y los que no la tienen todavía, andan a cuatro patas. Esa sería mi contestación sincera, aún sopesando que pudiéramos perder la oportunidad que usted nos brinda.

Jorge ha pensado en mi advertencia de que se abstuvieran de mentirme, y ha querido dejar claro, equivocadamente, que él no puede ser el que yo quisiera que fuese.

Quien quiera filosofar no debe despreciar hablar con un cabrero. Intuyo que este joven me puede ser útil, tal y como parece ser.

—Tienes toda la razón. La discusión no llevaría a ninguna parte, de momento, pero en estas discusiones, tu presencia estoy viendo que va a resultar imprescindible. Estoy seguro que desde tu postura tienes muchas cosas que decir, aunque sea como abogado del diablo.

Jorge, ya seguro de que no peligra su presencia en este negocio, querrá ir más allá, y así, dice:

—Pues como no me pidan opinión sobre aspectos físicos relacionados con el cuerpo humano, me parece que poca cosa más puedo aportar; la suma de nada con nada es nada, aunque sea difícil su verificación. Yo el alma no la he visto en ninguna parte ni es asignatura de mi carrera; creo que esa materia es una especialidad de los psiquiatras; bueno, también de los curas y de los filósofos. Esas especulaciones que afirman que el hombre se halla formado por dos elementos separables, el cuerpo y el espíritu, o alma, y que esta última podía desligarse del cuerpo en el momento de su muerte para continuar existiendo independiente y eterna, no son más que cuentos; quiero decir que no tienen ninguna base científica. Pero, claro, yo sé lo que sé, y si algún día la ciencia descubre el alma, supongo se revisará la estructura conceptual de la ciencia moderna referida sobre todo al hombre. Aunque no creo que eso pueda ocurrir, estaría dispuesto a admitirlo.

—¿Y te parece poco? Puede que pasado el tiempo tú digas lo que todos esos pensadores en le fondo trataron de explicar, incluso cuando se iban por las ramas. De todas formas, admite un consejo: no debes entrar en ciertos asuntos como un elefante en una cacharrería.

—¿Y podemos esperar alguna recompensa por cambiar de oficio? —sigue el joven, desoyendo mis consejos— Yo no tengo ningún interés por entrar en esos asuntos. La filosofía, y usted disculpe, es cosa de farsantes y embaucadores, o de visionarios de buena fe. La verdad como espectáculo,

se baja el telón, la comedia ha terminado, mañana nueva sesión con nueva trama; eso es la filosofía. Apuntándome a lo que Ana señala del camino sin metas, que yo sepa la filosofía no ha alcanzado ninguna verdad que haya hecho feliz al hombre. Es algo esotérico, enfeudado en contradicciones y también impotente. Estuve forzado alguna vez a estudiar la historia de la filosofía y ya entonces me pareció una orgía, en la que todos los llamados filósofos tuvieron algún orgasmo mental, pensando, pienso yo, que iban a excitar a los demás contándoselo. La verdad que sólo a unos pocos estúpidos se le desencajó boca de admiración. Ana sabe que paso totalmente de filosofías, y de filósofos aguafiestas que pretenden hacernos levitar, pero sí...

Ana le interrumpe.

—Nunca te vi tan locuaz. Puede ser eso que dices, pero, Jorge, ya te he dicho alguna vez que el materialismo y el positivismo sólo han llevado al escepticismo, y eso no es mejor para el hombre. El hombre anhela llegar a la verdad, y aunque la filosofía no haya alcanzado aún esa meta irrenunciable, nadie hasta ahora ha propuesto mejor camino. A mí no me importaría charlar de vez en cuando con usted —dice Ana, dirigiéndose, a mí en busca de sentimiento.

—Si hay que charlar, se charla, pero todo eso de la dialéctica filosófica sólo sirve para intoxicar el sentido común —termina sentenciando Jorge, que no parece percibir que se está pasando.

—Muchas personas que sólo utilizan el sentido común no abandonan nunca el estado infantil —añade Ana, aparentando estar empezando a enfadarse con su compañero.

—¿Quieres decir, por ejemplo, que un científico que casi usa en exclusiva su sentido común, es algo así como un niño? —pregunta Jorge, mientras yo observo muy atento a los dos.

—Recuerda, Jorge, que un día en que te empeñabas en glorificar a la ciencia y a los científicos, te leí lo que había dicho Nietzsche en su famoso "*Más allá del bien y del mal"*. No es que sea un santo de mi devoción ese precursor del fascismo, misógino y pretencioso entre otras cosas, y que debía estar ya loco cuando escribía, pero lo que dijo de los científicos me parece una clara definición. Por mi parte, y sin que nadie me lo haya dicho, vosotros, los materialistas y positivistas, que sonreís muy ufanos, deberíais ser más modestos al valorar los logros de la diosa ciencia en cuyo altar quemáis vuestros inciensos. Si exceptuamos los magníficos logros de la medicina, que han permitido al hombre una mejor y mayor calidad de vida, en el resto de sus conquistas hay siempre un componente negativo, mal coordinado y a menudo con efectos secundarios indeseados, en ocasiones de consecuencias imprevistas a largo plazo, que no te necesito recordar.

—Si te refieres a las medicinas que nos curan y que casi todas tienen efectos negativos... Se trata de valorar si lo que obtenemos es más de lo que perdemos.

—Pero en lo demás, y me refiero a otras cosas que deberían estar en tu mente, lo que se consigue es matar a media humanidad para que viva mejor la otra media, o dar poder a unos a costa de esclavizar a otros, si contar con los efectos absolutamente perniciosos para el individuo de algunos de sus logros. El que tú pretendas llevarme a que comulgue con algunas ruedas de molino, es de suyo una pretensión irrazonable por tu parte —termina diciendo Ana, con aspecto de fatiga en su rostro, quizá porque ya acepta que Jorge es impermeable a asumir sus criterios, y evidentemente olvidándose del negocio que les ha llevado allí.

—Lo que tú quieras, Ana, pero vistas las cosas con objetividad, deberás admitir que la ciencia es todo lo contrario a la superchería y al parloteo. Estoy de acuerdo en que la ciencia ha sido utilizada para fines muchas

veces espúreos, pero no por los científicos. También ha sucedido con algunos pensamientos filosóficos que han dado lugar a sistemas totalitarios. Pero mientras la ciencia ha proporcionado al hombre instrumentos para su desarrollo, al margen de otros para su destrucción, la filosofía no ha conseguido nada positivo. Si finalmente fuera la ciencia la causante de la total destrucción del hombre, seguramente alguna filosofía sería el motor que la habría puesto en marcha.

Estoy entusiasmado con este cruce dialéctico. Ambas posturas son coherentes en sí mismas y sinceras: el materialismo práctico y el idealismo encarnados en estos dos jóvenes. No los puedo dejar escapar. Pienso que son más de lo que había esperado encontrar. Paso a otro asunto.

—Muy interesante todo lo que decís, aunque lo digáis apasionadamente. Pero ahora hablemos de otra cosa. Vamos a ver, ¿cuál es vuestra situación económica?

—Mala. Peor aún: jodida —contesta el chico con rapidez.

—Imagínese cómo será para hacer lo que hacemos —responde ella, aparentando cierto sentimiento de culpabilidad.

—¿Cuáles son vuestras necesidades anuales para poder seguir estudiando? Y no me contestéis con evasivas ni preguntas, ¿cuáles?

Los dos jóvenes se revuelven en sus asientos. ¿Qué pretende?, se deben preguntar. Y también: no puede ser que este desconocido se interese por nosotros. ¿Acaso nos va a solucionar nuestros problemas económicos, y sólo por acompañarlo en sus veleidades metafísicas y quién sabe qué otras extravagancias?

—Contesta tú, Jorge; tú llevas las cuentas.

—Pues... no sé lo que pretende, pero no creo que por decírselo tengamos que avergonzarnos. No nos llega ni un duro de nuestras familias. Somos buenos estudiantes y tenemos una beca que no da para otra cosa

que para estar agradecidos a papá Estado. Hemos hecho un presupuesto de un millón de pesetas cada uno y por año. Con la beca, lo que sacamos con el tema de la videocámara, que aún la estamos pagando, y algunos trabajillos que hacemos en vacaciones, andamos por los pelos. ¿Qué le parece?

—Me parece digno de elogio. Necesito que me deis vuestros horarios de clase, vuestros horarios de estudio y vuestros períodos de vacaciones.

Los jóvenes cada vez parecen entender menos. Les debo parecer un hombre llovido del cielo. Creen, de mis últimas palabras, que les quiero ayudar. Y seguro que ya no piensan que, a cambio, les puedo pedir algo que no están dispuestos a hacer. Pensarán que persona tan directa como yo, con tanta economía de palabras, con tanta madurez de pensamiento, no puede ser ningún crápula. Pero por otro lado, ellos, seguramente, no creen en cuentos de hadas, así que preferirán esperar y ver en qué queda todo esto, que de momento les suena a película.

—¿Tiene que ser ahora? —pregunta Jorge.

—No hace falta. Mañana, si estáis dispuestos, me lo traéis. También mañana os diré en qué consiste el trabajo que espero de vosotros. Si finalmente todos estamos de acuerdo, os diré lo que voy a hacer para resolver vuestra situación económica. ¿Conformes?

Inusualmente me muestro con la corrección de una persona sociable, según las reglas. A los jóvenes se les estará antojando demasiado tiempo dejarlo para mañana, pero ya habrán advertido también que mis decisiones son firmes y no intentarán forzarme. Por mi silencio, deben considerar que la entrevista se a terminado. Estarán pensando si les pagaré, aunque no hayan hecho el numerito.

—¿Qué te parece, Ana?

—Por mí de acuerdo. ¿Y a ti?

—También. ¿Cuándo venimos mañana?

—Yo os llamaré.

—Si no estamos, nos deja el aviso en el contestador.

—Conforme.

Me levanto y meto una mano en el bolso de mi pantalón. Saco dos billetes de diez mil pesetas, arrugándolos previamente hasta hacer de ellos una bola, y extiendo la mano cerrada hacia el chico, que alarga el brazo para coger lo que le entrego. Sin mirar de qué se trata, lo guarda en un bolsillo Los jóvenes se levantan. Se dirigen hacia la puerta en silencio; yo les sigo. Irán pensando en alguna frase de despedida que sea original, pero parece que no encuentran ninguna; se sentirán mal por esto y la forma abrupta de romper con una relación recién establecida. O quizá sólo esperaban que yo les concretara algo más, y se van algo frustrados e impacientes. Les alivio con una respuesta a la pregunta no efectuada.

—Tenéis todas las posibilidades de que os tome a mi servicio; sólo depende de vosotros y de unos pequeños detalles.

—Esperaremos a mañana —responde la chica—. Adiós.

—Adiós —saluda también su compañero.

Yo no les imito y me limitó a seguirlos un instante con la vista desde el quicio de la puerta, luego cierro despacio y me voy directamente al teléfono.

Para qué decir que los dos jóvenes se harán mil cábalas sobre la experiencia que acaban de vivir. Ana, durante el viaje de vuelta a casa, opinará que soy un tío muy interesante desde el punto de vista intelectual; que, probablemente, soy un filósofo tardío, algo autodidacta, ya que por la pasta que parezco manejar no se puede ser el filósofo que se cuestiona cosas, que pasan comúnmente desapercibidas, y, simultáneamente, el pragmático fabricante de fortuna. También dirá a su compañero que

pueden aprender muchas cosas de mí. Jorge, en cambio, después de desplegar los dos billetes arrugados y mostrárselos a Ana, opinará que, sea lo que sea, yo puedo ser una mina para ellos; que deben aprovechar la oportunidad que los cielos ponen en sus manos, no poniendo demasiados reparos a mis exigencias. Ambos estarán de acuerdo en seguir este asunto con el máximo interés y se pondrán a planificar la siguiente entrevista. Ya en casa, prepararán su horario de estudios y fechas de vacaciones, tal y como les pedí. Se animarán varias veces diciendo que los estudios son el fin y lo otro, sea de la naturaleza que sea, el medio para conseguir lo primero. Ana sugerirá a Jorge que no sea demasiado esquemático y simplificador en sus opiniones, que trate de argumentarlas, y, sobre todo, que no se pase en su papel. Jorge estará de acuerdo, pero también dirá que no tragará todo por complacerme. Ana dirá que eso está bien; que soy un hombre inteligente, puede que listo, y que me daré cuenta si son sinceros o sólo pretenden complacerme. También ella se propondrá adoptar el mismo proceder.

Pero dejo a la pareja que, por descontado, se pasarán el resto de la tarde y parte de la noche divagando sobre el asunto. Ni siquiera escucharán los registros del contestador, ni atenderán las llamadas telefónicas; el negocio, por ese día, ya les ha dado más de sí de lo que acostumbraban a esperar y finalmente conseguir. Por cierto, este papel de adivino, de omnipresente en la vida de estos chicos, me parece fundamental; nada debe escapar a mi control.

***

Qué fácil evocar el pasado y complacerse, cuando uno debiera ser crítico furioso. Yo pude entonces ganarme la amistad de esos jóvenes y sólo conseguí pervertir su juventud...

***

Como de costumbre, pido que me sirvan la cena, esta vez en la sala. Se acercan la diez, y mi abogado estará a punto de llegar. Mientras ceno, mi pensamiento está ocupado en evocar la visita de los dos estudiantes y en los asuntos que tengo que tratar con Marcos. Ya he concluido que tengo que interesar a estos chicos en mi proyecto. Debo hacerles partícipes de mis intenciones en relación con él, al principio sin demasiado lujo de detalles, eso lo tengo claro, pero lo suficientemente atractivos para que, al margen del dinero que van a percibir, lo asuman por el propio interés del mismo; un trabajador pagado siempre es un trabajador viciado al que es preciso controlar para que engañe lo menos posible; esta es mi opinión y también mi experiencia.

Llaman la puerta. Seguro que es Marcos; son mis órdenes que nadie puede llamar a mi puerta si previamente yo no he pedido un servicio o he autorizado una visita. Me levanto a abrir. Efectivamente, es Marcos. Le mando pasar y tomó el teléfono para ordenar que retiren el servicio. En esta ocasión no pregunto a mi visitante si ha cenado. Marcos está en la categoría de trabajador pagado que lo hace por dinero únicamente, a pesar de que se defina como mi amigo o que haya manifestado cierto interés por lo que proyecto. Lo necesito en un doble aspecto: es eficiente y es discreto; es lo mejor que he podido encontrar, después de ponderar las cualidades de éste y de otros abogados que conozco y que han trabajado para mí en mis actividades profesionales. Y no, no descuido que me puede engañar.

Le mando sentar, y mientras retiran el servicio, nos limitamos a hablar de trivialidades relacionadas con el proyecto y otras cuestiones menores.

—¿Cómo va todo? — le pregunto.

—Muy bien. Tu sistema funciona. No hay problema.

—¿Es que lo dudabas? No me digas que no sabías lo que se puede conseguir con dinero —le digo con un deje de ironía.

—Por favor, no me hagas más difícil mi trabajo.

—De acuerdo ¿Se puede hacer algo mientras instalan la electricidad y el agua?

—Lo único que se puede hacer es mover tierras; hacer los accesos y rebajar la colina para obtener la plataforma necesaria.

—Pues ordena que lo hagan; se me agota la paciencia con tanto trámite.

—También se puede, y después de hacer la plataforma, llevar allí los materiales que se precisen para comenzar la obra.

—Contrata una empresa especialista en encofrados; la voy a necesitar al comienzo y durante toda la construcción.

—Me pedirán detalles de la obra a ejecutar.

—No hará falta. Le explicas que es una obra sin proyecto previo, pero de cierta importancia. Que te den los precios unitarios, aunque esto no sea decisivo para que la contrates si a ti te parecen profesionales solventes.

—Está el asunto del arquitecto. El Ayuntamiento exige que un arquitecto supervise la obra, quizá también la empresa constructora.

—Tonterías. Yo sé tanto de obras como un arquitecto.

—Pero...

—Te digo que el Ayuntamiento no volverá a preocuparse de ese asunto. Déjalos que se crean legales hasta que ellos mismos encuentren la fórmula. Haz lo que te digo y no te preocupes de temas que se pueden solucionar con dinero.

Aunque mi abogado sepa de lo mucho, y a veces imposible, que se obtiene con el dinero, también sabe que él no debe ser cómplice de un cohecho. La fórmula con la que calma su conciencia ética y su cara, es simple: nunca ofrece él mismo esa alternativa. Si las circunstancias lo permiten, se opondrá vehementemente, y si no, como es este caso, simplemente insinuará su desacuerdo. Yo no le permitiré semejante cinismo.

—¿Estás o no de acuerdo?

Marcos no contesta como yo quiero.

—¿Cuándo te pondrás al frente de lo que allí se vaya a hacer?

En su lugar ha hecho la pregunta que le preserva de su compromiso explícito. Lo entiendo, pero exijo que me conteste.

—Cuando aquello esté listo para comenzar las obras. Pero no me has contestado si estás o no de acuerdo en hacerlo a mi modo.

Marcos ya no dispone de otro subterfugio y tendrá que definirse.

—De acuerdo. Se intentará hacerlo como tú dices.

El camarero ya ha retirado el servicio de la cena

—¿Tienes el talonario de la cuenta? —le pregunto.

—Sí, lo llevo conmigo.

—Dámelo con todos los cheques firmados. Tú pide luego otro.

Marcos saca un talonario de su portafolios y se dispone a firmar uno por uno los cheques que aún no han sido utilizados, sin hacer ninguna pregunta que pueda parecer lógica ante una petición tan singular.

—Es peligroso llevar esto encima; si te los roban o los pierdes...

—Los hombres, se dice, llevan encima algo más valioso que es su honra y autoestima, no muy seguras, por cierto.

Mi sentencia, oportuna, queda desarmado de respuesta a Marcos, que se limita a encogerse de hombros y seguir firmando.

—¿Quieres que te dé un estadillo de gastos habidos hasta el momento? —me pregunta.

—No hace falta. Cuando te lo pida, habré dejado de confiar en ti. Ahora, cuando termines, toma un folio de papel y cédeme por compra todos los derechos sobre este coche que he comprado utilizando tu nombre —y le paso los documentos que me habían entregado con el vehículo.

—Deberías haberlo hecho antes. ¿Has salido por ahí con el coche?

—¿Por qué lo preguntas?

—Te podía haber pasado algo y...

—¿Te preocupas por ti o lo haces por mí?

—¡Eres imposible! —exclama incontenible y añade: — A decir verdad, me preocupo por mí.

Pero yo estoy aquí para destruir cualquier simulación cercana a la mentira.

—Yo creo que ni por una cosa ni la otra. Por ti, desde luego que no; la cuenta está suficientemente abultada para cubrir todo riesgo y beneficio. Por mí, estoy seguro que te importo un carajo. Lo dices por un instinto primario e irreflexivo de autodefensa. Aunque serías tu peor abogado, seguro que tus recursos extralegales te pondrían al abrigo de cualquier contingencia.

Marcos querrá defenderse. Su nivel intelectual le obliga a considerar las cosas desde su propio punto de vista

—¿Es que no se puede hablar contigo sin que parezcamos dos fieras? De acuerdo que los íntimos pensamientos suelen permanecer inconfesados en la mayoría de las ocasiones, sobre todo cuando alguien te obliga a comunicarlos. Pero sólo el dueño de esos pensamientos que se transmiten sabe que son mentira o verdad, y nadie está capacitado para interpretarlos.

En todo lo que atañe a la praxis de la dialéctica, sólo el último en hablar parece tener razón, salvo que yo no esté presente, capaz como soy de darle la vuelta a cualquier axioma que no lo haya formulado yo.

—Yo creo que sí. Cuando alguien me transmite su pensamiento y, como consecuencia de él, yo debo tomar postura, de que me parezca verdad o mentira dependerá mi propio pensamiento. Por tanto, los pensamientos que se expresan no son verdad o mentira mas que en la interpretación del que los escucha.

Marcos, aunque poco proclive a enzarzarse en los temas que suscito, no podrá evitar el deseo de clarificar alguna cuestión que le parecerá de principio.

—Según tú, la interpretación de lo que me comunicas es de mí única incumbencia que sea verdad o mentira, ¿y qué calificación merecerá mi interpretación?

—Como veras, estamos en un callejón sin salida. Desde el momento que tú manifiestas lo que dices que sientes, yo estaría en mi derecho a creerlo o no creerlo, y así sucesivamente. Por eso no debes ofenderte por lo que yo diga. Ahora comprenderás la importancia de obtener la verdad que se pueda alcanzar exclusivamente por uno mismo.

Siempre fue en mí como una obsesión destruir la posibilidad de asumir un pensamiento de un contrario que no fuese coincidente con el mío, previamente establecido. Marcos, aunque le debe parecer inocuo el debate, seguirá, aunque levemente escorado, a aceptarme estratégicamente como maestro.

—No te entiendo. Tú me dijiste que no te mintiera. ¿Cómo puedo, entonces, estar seguro de que lo que yo diga tú lo vas a aceptar como verdad?

—Yo no puedo saber si es verdad o mentira, pero lo que sí puedo es sentirme o no complacido con lo que escucho. Algunas cosas se declaran por sí mismas.

—Ya. Nunca comprendí muy bien el refrán "*nada es verdad o mentira",* etcétera, hasta ahora.

—Más o menos. Sí, ese refrán lo expresa muy bien, aunque en las relaciones sociales debería añadir, por el otro, para que se ajuste estrictamente.

—Bueno; tendré que esperar de tu benevolencia que te agrade lo que yo digo.

—Eso es. Pero puedes estar seguro que cuanto más sincero perciba que eres, menos posibilidades tendrás de que yo lo interprete como mentira. Otra cosa es que estés equivocado según mi entender, pues eso ya no sería una mentira, claro, y hasta te lo disculparía.

—Me parece todo un juego de palabras bastante destructivo de la convivencia.

Marcos se ha atrevido a decir algo que es consecuente con su débil nivel moral, pero que, como ocurre con frecuencia, se quiere dar la impresión de lo contrario. La palabra convivencia no está en mi diccionario de uso; a mí me suena a otra cosa.

—La convivencia es un estado evanescente que sólo lo mantiene la conveniencia.

—Vas a acabar conmigo. ¿También me pagas por dejarme fagocitar por tus ideas?

Las palabras del Marcos, junto con su gesto de abatimiento, dejan claro, no su estado de ánimo, sino su catadura moral. Pero yo esa condición la encuentro utilizable, aunque sólo desde el punto de vista de la eficacia,

pues creo haber dicho que sólo de un personaje sin escrúpulos se puede conseguir algo positivo; cuestión de manejarlo y que no te maneje.

—Lo intentaré. Tú defiéndete como puedas.

—Está bien. Te tomo la palabra. A partir de ahora, y en cuestión de pensamiento, no habrá concesiones. Y te digo más: puedo hacer muchas cosas por ti, todo menos ponerme a cuatro patas y besarte el culo.

Ha sido una postura heroica in extremis que, afortunadamente para Marcos, no me ha disgustado; la pelea es desigual y hay muchas formas de consentir con esto que dice Marcos.

—Así me gusta. Yo también te digo que eso último que has dicho no es más que una metáfora aplicable a muchas situaciones. Escribe ese documento que te he pedido.

Marcos habrá pensado mandarme a freír puñetas, dejarlo todo y que me busque otro perro; ¡a otro perro con ese hueso!, probablemente ha sentido el impulso de decirme más de una vez y por un mínimo sentido de la dignidad. Pero no se decidirá. Ser perro mío es todo un privilegio, cuando los privilegios se miden en ganancias. A buen seguro que mientras no le exija algo que no le pueda pagar, aguantará lo que le eche, dicho esto en el sentido de ruindad casi total, pues con personas así nunca podremos saber dónde tienen establecido el límite. Se ha puesto a escribir, lo piensa. Se cuidará de poner clara alguna cláusula en la que especifique que el comprador asume toda responsabilidad desde este instante por el uso que haga del vehículo. Lo firma y me lo entrega. Yo lo tomo, no lo leo y lo meto en la carpeta del resto de la documentación del coche.

—¿No lo lees? —pregunta extrañado

—Sé cómo hacéis estas cosas los abogados. Seguro que está bien para los dos.

Marcos ha debido interpretar mi respuesta en todos sus términos, ¿qué más puede decirme? Hace ademán de recoger sus cosas y cerrar el portafolios. La entrevista toca a su fin, cosa que quizá desea fervientemente. En otro caso similar habría hecho una copia del documento recogiendo la firma de la otra parte en señal de aceptación de su responsabilidad y quedándose con ella, pero éste no es otro caso similar. Marcos dispone de mi cuenta bancaria, una cuenta extraordinariamente abultada; ese detalle se puede obviar y no molestar a su amo.

—¿Quieres algo más?

—Nada por el momento.

—Entonces, ¿me puedo ir?

—Sí. Llámame sólo cuando todo esté listo para desplazarme a aquel lugar y hacerme cargo de las obras. No preveo ningún otro problema que me tengas que consultar.

Marcos se levanta. Esta última frase mía ha tenido que interpretarla como una exigencia de eficacia absoluta que le estoy haciendo. Incómodo, seguramente, pero asintiendo, se dirige a la salida.

—Intentaré hacer el trabajo lo mejor que pueda.

—Si confío en ti, es porque estoy seguro que lo puedes hacer.

No admito que me apostillen y menos que me contradigan. Mis sentencias son inapelables, no porque lo sean en sí, sino por la debilidad mental de mis empleados, y, cuando llevan implícitas una orden, también son ineludibles. Marcos se debe sentir no sólo dominado y, por qué no, inferior en todos los sentidos a mí, y aunque nunca lo reconocerá, estoy seguro de que provoco en él un sentimiento de admiración que le ata tanto como el propio interés económico. Son esas ataduras, el no deseo de sentirse independiente, en definitiva, lo que funcionalmente, y sólo funcionalmente, le convierten en un ser inferior a mí, porque sin ellas, bien

podría igualarme. Cuando ya camina por el pasillo, más que como fórmula de despedida, le digo "hasta pronto", como queriéndole transmitir la seguridad que tengo en él.

Marcos no me contesta, lo que significa que será como yo pienso..

A Marcos le soporto, pero también me disgusta. Me molesta hasta la nausea todo aquel que se autotitula mi amigo, y del que pronto descubro que se trata de una amistad interesada o que, en todo caso, no es una auténtica amistad. He de confesar que no sé lo que es eso de la auténtica amistad ni lo supe nunca. Y no intento encontrar una definición buena y suficiente porque no me preocupa. Es evidente, sin embargo, que yo mismo la utilizo en mi propio provecho. Soy un predador solitario, siempre desconfío de todos, a los que atribuyo intenciones espurias, cuando no siniestras. Siempre me considero mejor que la mierda porque yo le saco provecho. Y aunque despierto poca simpatía en las gentes que atraigo a mi entorno, nunca me faltaron personas que voluntariamente pidieron estar cerca de mí. Pero, precisamente por esta actitud sospechosa, estas personas fueron por mí más vigiladas. No me importa no tener amigos ni leales servidores que así se proclaman. En la amistad desinteresada no creo, y en la lealtad pagada tampoco. Procuro no llegar a sentir afecto por nadie, porque me dejaría a su merced.

Estoy algo fatigado, me voy al dormitorio y me pongo un pijama. Tomo uno de los libros, pero no llego a abrirlo. Me quedo pensando hasta quedar dormido.

***

Reflexiono, ahora, y me digo: ese personaje envilecido era yo mismo, si no fuese por algo que me diferenciaba sustancialmente con

él. Se puede ser vil en provecho propio; hasta ahí éramos iguales. Lo que me diferenciaba de él era mi conciencia de serlo y, por ello, la posibilidad que tuve de evitarlo...

***

Nuevo día. Me levanto, me ducho y aseo. Me visto para salir como de costumbre. No sé qué día de la semana puede ser; para mí todos son iguales en tanto no fije una fecha en el calendario de mi vida. Llamo a la conserjería para preguntar y me dicen que domingo. Esta vez tenía un especial interés en saberlo y que fuese precisamente domingo. Pero no por su connotación religiosa o día no laboral. Los jóvenes estudiantes estarán todo el día libres y decido llamarlos. He pensado en pasar el día con ellos, y esta idea me ha producido una especie de satisfacción, quizá por haber estado recordando la suerte de haberlos encontrado y lo bien que me sentí con ellos. Tomo el teléfono. Al otro lado uno de los jóvenes escucha mi propuesta: "¿Qué hay, chicos?". Esta fórmula de dirigirme a dos desconocidos es inusual en mí. "Hoy es domingo. ¿Tenéis algo que estudiar?... Venid entonces al hotel ¿Habéis desayunado?... Pues venid sin desayunar, yo os invito... De acuerdo, media hora. Estaré en el comedor. Ya sabéis, decid en conserjería que el señor de la mil cuatrocientos veinte os espera. No olvidéis lo que os pedí", y cuelgo el teléfono.

Me quedo un instante en actitud pensativa, tomo papel del escritorio y me pongo a escribir lo siguiente:

"Yo, Jorge, yo, Ana, solemnemente nos comprometemos a poner nuestras respectivas voluntades, y sin ninguna reserva, a disposición de... y su proyecto denominado El Nuevo Mundo".

Releo lo que he escrito y lo encuentro bueno y suficiente. Con el papel en el bolsillo, bajo al comedor.

No ha transcurrido media hora, cuando los dos jóvenes, precedidos de un botones, se acercan a la mesa situada en un lejano rincón del comedor y que ocupo yo sólo. Saludan con un "Buenos días" y se sientan a indicación mía sin que yo responda a su saludo, en su lugar, pregunto:

—¿Qué os gusta desayunar?

—¡Uf! Todo. Si lo que pregunta es qué desayunamos habitualmente, pues... café con leche y un panecillo untado en aceite y miel. Los domingos nos hacemos un desayuno especial, con tostadas, huevos fritos, zumo de naranja y café con leche —contesta la chica, siempre pronta a romper el silencio.

—Ahí tenéis la carta. Podéis pedir lo que deseéis.

Aunque la forma de expresarme es, como siempre, autoritaria, en esta ocasión estoy complacido con la compañía de los chicos, pero es pronto para permitirles que lo noten. Los dos jóvenes cogen sendas cartas y se ponen a leer muy formalmente, con la soltura que les da sus mentes entrenadas. Se intercambian opinión sobre algunas cosas que ofrece la carta y que no parecen saber muy bien de qué se trata concretamente. Al final se deciden por lo conocido y así se lo dictan al camarero que espera. Yo hago lo mismo, pidiendo mi desayuno habitual.

—¿Qué hay de lo que os pedí? —pregunto tan pronto se ha marchado el camarero.

—¿Se refiere a los horarios y eso? —pregunta el chico.

—Sí.

—Aquí los tiene.

Jorge me entrega dos folios, uno por cada uno de ellos. Los ojeo uno por uno. Según estos horarios, al parecer los chicos tienen clase por las

mañanas de lunes a viernes, con alguna práctica por la tarde que tiene Jorge. De tres a ocho de la tarde, excepto el sábado, que es toda la mañana, y el viernes en el que Ana está sola y suele esperarlo en la biblioteca de su facultad, lo dedican al estudio. Naturalmente, los chicos no hacen alusión a lo que, en ocasiones, suelen hacer a partir de las ocho de la tarde, cuando en el contestador encuentran un mensaje requiriendo sus servicios. Ese horario deja unas horas libres poco cómodas para mis propósitos. Levanto la vista de los folios y digo a los jóvenes:

— Tendréis que cambiar algo vuestros hábitos. Yo os necesito, y durante todo lo que queda de curso, de seis a ocho de la tarde. Podéis compensar esas horas estudiando por la noche, en lugar de ir por ahí a montar vuestro número, que ya no tendréis que hacerlo. Tendréis que aprobar todo en junio, pues quiero que estéis a mi disposición todas las vacaciones del verano próximo. A partir de que se inicie el nuevo curso, tendréis que ajustar vuestro horario de forma que pueda disponer de vosotros los sábados y domingos todo el día. Regresaríais el lunes de madrugada.

—¿Regresar? ¿De dónde regresaríamos? —pregunta Ana, como la más inmediata de las preguntas que se agolpan en su cabeza.

—De mi casa, a unas cuatro horas en coche.

—¿Y ahora, también tendríamos que ir a su casa? Podríamos hacerlo los sábados y domingos, pero si lo tenemos que hacer el resto de los días, sería una paliza ir y venir; no podríamos aprobar todo el curso —apunta Jorge.

—Claro que no. Durante lo que resta del curso vendríais aquí; unos tres meses, ¿no?

—Sí; más o menos.

He terminado mi exposición sobre el tema de los horarios. Callo mientras como y miro a los chicos, esperando de ellos una aceptación sin condiciones. Jorge y Ana se miran. Encontrarán mi forma de actuar atípica; primero se ofrece el tipo de trabajo; luego el horario del mismo, si se ha aceptado la misión a desempeñar; luego se debe hablar de remuneración. Han debido agradecer que todo, y hasta este instante, parezca como si yo tratara de considerar prioritarios sus estudios. No los fuerzo, aunque podía hacerlo, a detraer ni un solo minuto de su misión principal: estudiar. Más bien los presiono a conseguir algo que cualquier padre haría con sus hijos: que aprueben todo en junio. Estarán pensando, en consecuencia, que lo que queda por escuchar no será menos interesante. No soy tan malo como pudiera parecer.

—No vemos ninguna dificultad, aunque Jorge tiene el coche que no está muy bien para hacer largas distancias.

—Eso no será un problema. Puesto que estáis conformes en lo de los horarios, voy ahora a deciros lo que haré por vosotros.

Otra variación al esquema habitual de una contratación de servicios. ¿No debo ya exponer el tipo de contraprestación que espero de ellos? Pero el tema que voy a abordar es de la mayor importancia, y por eso, mientras el camarero nos sirve lo que hemos pedido, se prestan a escuchar muy atentos.

Espero que el camarero se vaya, y de nuevo me dirijo a los chicos.

—Comed y escuchad. A partir de que estéis integrados en mi proyecto, podréis consideraros liberados de todo problema económico. Abriré una cuenta a vuestro nombre con una cierta cantidad. De esa cuenta podréis disponer como queráis, pero hasta una cantidad máxima de quinientas mil pesetas mensuales para los dos. Mientras hagáis lo que yo espero de

vosotros, esa cuenta permanecerá abierta. En el momento que falléis a mi complacencia, volveréis al barro.

Los dos jóvenes abren los ojos como platos y el bocado casi les atraganta. Se pellizcan, sin duda, para comprobar que no están soñando. ¿Qué dice este hombre?, pensarán. ¿Quinientas mil pesetas mensuales? Pero si por ese dinero estamos dispuestos a casi todo... Pero tenemos que escuchar el resto. Puede que lo que nos quede por oír nos resulte inaceptable y, entonces, adiós a este sueño maravilloso, ya que sin duda habría sido eso, un sueño. La expresión fallar a mi complacencia también le ha debido llamar la atención. Esto les habrá sonado a... ¿Tienen que decir algo en este momento? ¿Alguna expresión de asombro? ¿Reírse con risa histérica? ¿Darme las gracias por haberles elegido? ¿Negar credibilidad a mi oferta? No hacen nada, incluso dejan de comer y se ponen muy serios, cercanos al escepticismo, como si el desayuno también fuese mentira. Una pregunta sí pueden hacer, una pregunta que pueda tener dos interpretaciones: la disposición absoluta a hacer lo que les mande y la simple interrogación sobre lo que deben hacer a cambio. Esta segunda no la deben intentar precedida del fonema y.

—¿Qué tenemos que hacer?

Me tomó un respiro mientras sorbo un trago de café. Luego, mirando a los ojos de los chicos de forma alternativa, comienzo.

—Bien. Os hablaré ahora de mi proyecto. No me pidáis detalles ni aclaraciones. Abrid bien las compuertas de vuestra imaginación y cread por el momento vuestra propia fantasía, que yo me encargaré de hacerla realidad. Os parecerá un proyecto de locos, una megalomanía, pero espero que eso sólo sea al principio, porque si os implicáis en él sin reservas, estoy seguro que lo asumiréis con entusiasmo.

Los jóvenes se reacomodan en sus asientos. No comen. Me sorprende que el interés por lo desconocido inhiba los instintos, como sería en este caso el de satisfacer el hambre, que seguramente tienen los chicos. Después de una pequeña pausa, continuo.

—El proyecto se podría titular experiencias que se pueden obtener de un nuevo mundo, y el fundamento del mismo se basa en ciertas consideraciones que os iré exponiendo en síntesis. Creo que el hombre, por su posición en la cúspide de la escala animal, domina el mundo que todos conocemos, eso lo tenéis claro también vosotros. Lo que el mundo es, es en parte lo que los hombres han hecho de él; si este mundo se deteriora en aspectos que nada tienen que ver con el proceso de desorden natural, podemos decir que es por culpa exclusiva del hombre. Pero olvidemos el medio en el que el hombre vive y observemos otros aspectos. Si el hombre está en la cúspide de lo que llamamos reino animal porque razona, infiere, etc., ¿por qué también está en la cúspide de las conductas denominadas perversas, incluso aquellas en su relación con otros hombres? ¿Es porque los hombres son acaso más imperfectos? Parecería un contrasentido, y vosotros no admitiríais tal hipótesis. Sin embargo, si os fijáis, nada en la naturaleza hace más daño al hombre que el hombre mismo: mata, esclaviza, corrompe, destruye... ¿Se habrá vuelto loco? Y si no es así, ¿por qué, como digo, en el hombre se dan las más altas cotas de perversidad, no sólo contra el resto de la naturaleza, sino contra sus propios congéneres? ¿Será esa perversidad congénita o adquirida a la par que evoluciona? La historia que conocemos parece apuntar a lo primero, pero esos datos son relativamente recientes, y no sabemos mucho de su prehistoria y nada sobre sus más remotos orígenes, que debieron comenzar por una especie de anarquismo en estado puro; bondad natural del hombre, la llaman algunos filósofos, y que parece suponer que así debió comenzar la presencia del

hombre en este viejo mundo; todo lo demás vino después, de eso si estamos todos seguros.

Observo que Ana quiere decir algo. Está inquieta, al contrario que Jorge, que parece una estatua imperturbable. Hago pausa en mi exposición para ver si se produce alguna reacción en alguno de ellos. Y como suponía, es Ana la que quiere hablar. Yo la dejo.

—¿Me permite? —pregunta Ana, y continua después de yo hacerle un signo con mi mano que viene a significar: adelante, di lo que quieras decir—Yo creo muy interesante todo eso que usted se plantea, y de algún modo es parte de mis estudios. Me pregunto por qué no cita usted alguno de los pensamientos filosóficos, antropológicos, etc., que forman hoy parte del pensamiento y del conocimiento humanos. Me da la impresión de que usted quisiera por sí mismo empezar de nuevo, aunque lo que usted nos dice se parece mucho a lo que han propuesto los utópicos.

Ana tiene razón de hacer esa pregunta, y también tiene razón en su suposición. Trato de contestarle.

—Ana. Te doy la razón para seguidamente quitártela. Yo también creo que debería partir del pensamiento puesto a nuestra disposición por esos grandes pensadores, investigadores de los que tú hablas. Y en ello estoy. Pero todo ese pensamiento ha partido de la observación del mundo en el que estamos. Lo cierto es, y hasta donde he podido conocer, que no se ha adelantado mucho, quizá nada, en darle respuestas universales; quiero decir universalmente aceptadas. Leí en algún lugar, que un hombre que ha podido, como yo, sortear las dificultades de la vida y las que le han puesto los mismos hombres, es una persona perfectamente capaz, y mejor que los filósofos, etc., de vencer esas incógnitas y darles respuestas coherentes para todos. Eso no quiere decir que siempre lo consiga. Un hombre así, no parte de elucubraciones más o menos ingeniosas, como las de los utópicos

que tú mencionas; un hombre así utiliza medios, los que tiene a su alcance, para, desde su pragmatismo, llegar a respuestas buenas y suficientes, nada más. Dicho esto, voy a seguir. Imaginemos tan sólo lo qué pasaría si alguien pudiera crear un nuevo mundo en el que los hombres y mujeres que en él vivieran no tuvieran otras leyes que las naturales que se dan para otras especies. El anarquismo original del que hablaba, que nada tiene que ver con la propuestas utópicas perfectamente reguladas. ¿Se comportaría aún peor que lo hace con tantas leyes correctoras y penalizadoras de su comportamiento? Esta experiencia no la tenemos, porque ya he dicho que esa circunstancia nunca se dio en la historia del mundo a la que nos podemos remontar. Pero ¿y si la creamos? Crear un mundo nuevo parece utópico, sí, pero no es ilusorio crear uno pequeño a la escala que lo haga posible para un hombre. Sí, ya sé que estás pensando que eso mismo proponían los utópicos, pero, como otros, se quedaron en la pura formulación o la novelaron. Si eso es viable y se realiza, de ese experimento ¿no podríamos extraer el conocimiento de las posibles causas que llevaron al hombre al estado actual? ¿Podríamos concluir, si ese mundo también se corrompe, se jerarquiza y crea leyes para su supervivencia, que la maldad del hombre está en su esencia? Por lo contrario, supongamos que en esas circunstancias ese mundo es perfecto, feliz, ¿qué deberíamos deducir? ¿Podríamos creer en la bondad natural del hombre? ¿Quién o qué, entonces, tendría la culpa de lo que el hombre ha terminado siendo? Y llegando a esta última pregunta, ¿qué lección podemos sacar de todo eso? Pienso que una muy importante: el conocimiento de la verdadera naturaleza del hombre, que, hasta ahora, ese conocimiento se ha diluido en proposiciones contradictorias que se niegan entre sí, probablemente por no tener a mano el modelo perfecto. En definitiva, lo que averiguaremos, finalmente, es si el hombre es perverso

por naturaleza, y sólo en la sociedad reglamentada encuentra su supervivencia. Pero si en estas condiciones, que yo llamo naturales, el hombre se comporta más cercano a una bondad espontánea, también podríamos pensar que es la sociedad con sus antinaturales estructuras internas, alienantes, esclavizadoras y opresivas, la que termina corrompiendo al hombre, y que en condiciones naturales seguiría siendo perfecto, bondadoso y noble...

—El hombre necesita vivir en sociedad para realizarse, o cuanto menos para sentirse realizado, y debe hacerlo en la sociedad en la que vive— dice Jorge, demostrando que está siguiendo mi discurso, aunque se salta toda mi argumentación.

Yo esperaba esa apostilla de uno de los dos jóvenes; el que la haya hecho Jorge, me permite darle un protagonismo que él parecía eludir con su indiferencia.

—¿Necesita un hombre para realizarse como tal vivir en sociedad, estar inmerso en ella con todas las consecuencias que la sociedad le impone? Si un hombre renuncia, o se evade, a este papel gregario para el que fue nacido, ¿ese hombre dejaría de cumplir con el fin, probablemente y según las convenciones de la sociedad el más importante, para el que vino a este mundo? Hay gente que lo hace y nadie se mete con ellos ni le reclaman que cumpla con lo que la sociedad establece. Son personas atípicas, que no son peligrosas de crear mimetismo hasta el punto de desintegrar la sociedad. Salvado, pues, lo que pudiera ser considerado una inducción peligrosa a pensar diferente y actuar en consecuencia, vuelvo a plantear la pregunta: ¿necesita el hombre para realizarse vivir en sociedad? Veámoslo de esta manera. Si lo que un hombre necesita para realizarse es descubrirse a sí mismo y comportarse consecuentemente, nada ajeno a sí mismo vendría a obligarle a ser contemplado. Porque, de lo contrario, ese hombre

no estaría descubriéndose a sí mismo ni comportándose consecuentemente; en todo caso descubriría su papel vicario de la sociedad y forzado a comportarse consecuentemente con esa sociedad que le acoge y le aprisiona. Si esto es así y se comprende, la conclusión debería ser que ningún hombre puede decir que se ha realizado como tal, si ha permanecido en el seno de la sociedad, por voluntad propia o forzado. Quizá eso de realizarse como hombre, sólo esté al alcance de unos pocos privilegiados.

Hago de nuevo una pausa, pausa que Ana aprovecha para preguntar. Jorge vuelve a ensimismarse.

—¿Cómo ha llegado usted a eso; me refiero a esos planteamientos? Ahora más me parece al antiutopía.

—Todo esto, que parece confuso porque no está en los esquemas de tu conocimiento, me lo sugirió la contemplación de la naturaleza. Si os fijáis, sólo el hombre en la escala animal precisa de elaborar continuamente leyes para su supervivencia, mientras que el resto de los animales la procura únicamente con los instintos individuales de cada miembro como un sumando más de su especie o grupo, y todo funciona perfectamente. Diréis que también en las especies inferiores al hombre se dan situaciones de perversidad, pero bien analizadas resultan ser únicamente mecanismos que la misma naturaleza impone para preservarlas, o situaciones de autodefensa contra seres de otra especie. Sólo el hombre parece empeñado en su autoaniquilación...

Los dos jóvenes están absortos. Lo que escuchan les parece un disparate, seguramente, y ya creen ver claro que todo lo demás, especialmente lo del dinero que les he ofrecido, también debe estar en mi fantasía. Estamos ante un chiflado y quizá peligroso, se dirán. Esto, a primera vista, es una veleidad de rico, que como no puede dominar todo el

mundo a su antojo, quiere crear uno en el que él enmiende la plana al mismísimo Dios. ¿Qué postura debemos adoptar? Ana está seria, casi traspuesta. Quizá de los dos es la más capacitada para hacer un análisis rápido sobre la coherencia de mi extravagante propuesta. Porque es, sin embargo, coherente aunque extravagante, y sólo yo estoy capacitado para sostener que siendo coherente también es viable. Ana no debe tener otra impresión que de perplejidad. Jorge sonríe levemente y juega a hacer nudos con la servilleta; evidentemente está nervioso. Hago una pausa para beber..

—¿Se quiere burlar de nosotros? ¿Para qué ha de servir todo eso? Las cosas son como son y poco importa por qué, al menos a mí — dice Jorge, y lo hace con el escepticismo propio de un descreído, en esta ocasión, porque ahora ya nada se sostiene dentro de lo posible.

—¿Qué es lo que te hace pensar eso? ¿No creéis que hablo en serio? Os parece una estupidez, ¿verdad? ¿No daríais media vida por averiguar que no está en vosotros ser otra cosa que lo que sois o habéis sido?

***

Cuando formulé esta pregunta debí pararme y reflexionar. No lo hice, a pesar de ver ahora que tiene una fácil respuesta. Sólo en presencia de la muerte, no tanto mía, cuanto que te sobreviene, cuando ya no tienes futuro, cuando has dado, no media vida sino la vida entera, esa pregunta se responde a sí misma. Debí imaginar que esa pregunta me la haría sólo en esta circunstancia. Si lo hubiese hecho, hoy estaría dando más importancia a mi futuro que a mi pasado y procurando que, cuando mi futuro ya fuese pasado, no necesitara formularme de nuevo esa pregunta...

***

Acabo de formular una pregunta sorprendente, incluso para mí, y no tanto para ellos; intuyo que será muy importante en el desenlace de mi historia.

Los chicos, obviando mi última pregunta, quizá, deben contestar que sí, que les parece una estupidez, pero yo soy muy persuasivo, manejo abundante dinero y los dos chicos son jóvenes. La oferta económica, que previamente les hice, ya ha castrado sus libres juicios y seguirán pendientes del desenlace. Por otra parte, los jóvenes no niegan a priori embarcarse en una aventura, por extraña que ésta parezca, si al final se vislumbra un arco iris. Pueden pedir detalles mientras dudan, tiempo tendrán de analizar todo este tinglado que les propongo y en el que ellos, si aceptan mis condiciones, van a tomar parte activa. Es como cuando recibimos de un arquitecto los planos de un edificio complejo. Pensamos cómo de aquellos dibujos podemos llegar a hacer realidad la maqueta que vemos del edificio. Y, sin embargo, el edificio finalmente será una realidad.

—¿Y cuál sería el papel que nos tiene reservado en ese mundo? —sigue Jorge preguntando, quizá por seguirme el juego y ver hasta dónde pienso llegar en lo que le habrá parecido en principio un cuento chino.

—A esa pregunta no te puedo responder ahora, pero seríais parte de ese mundo. Os dije que no hicierais preguntas —digo sin demasiada firmeza, más que nada para que no me interrumpan.

—No son preguntas, o en todo caso no son preguntas referidas a su proyecto. Sólo queremos saber si habla en serio y qué somos nosotros en

todo esto que nos cuenta —dice Jorge, con evidentes reflejos y cierta seriedad en su semblante.

—Hablo en serio, y en cuanto a la segunda pregunta, ya te he dicho que no te lo puedo decir ahora.

Ana, que parece ha estado todo ese tiempo levitando, desciende bruscamente de los cielos en que se encuentra, aterriza con firmeza y toma la palabra.

—Jorge, déjame hablar por los dos. Cuando estemos en casa te explicaré lo que ahora parece no entiendes, ¿puedo?

—Adelante —responde Jorge, algo displicente.

—Aceptamos formar parte de su proyecto —dice Ana.

—¿Sin reservas? —pregunto yo.

—Sin reserva alguna.

—¿Tú también? —pregunto, dirigiéndome a Jorge, que se ha quedado mirando a su compañera.

—Eso que usted pretende me recuerda a la pescadilla que se muerde la cola. Pero, está bien, confiaré en el instinto de mi compañera, que algunas veces ha dado muestras de ser certero. Yo, mientras no sepa que contiene el puchero, me limitaré a respirar su aroma.

No tomó en consideración la escéptica, aparente descalificación de Jorge y ni siquiera aludo a ella.

—Bien. Siendo como sois diferentes, un primer paso es conseguir de vosotros que seáis uniformes, especialmente en criterios asumidos voluntariamente. Para ello, empezaremos una especie de programación-desprogramación en los días sucesivos y a partir de hoy mismo. Esto pretende que eliminéis de vuestras convicciones actuales todo aquello que, con diversos y sutiles métodos, ha sido impreso en vuestras conciencias y pensamientos y que os quedéis únicamente con aquello que vuestra razón

os provea no como una adivinanza, sino como una deducción. Todavía os daré una oportunidad de rechazar mi proyecto, pero sólo una. Cuando estéis completamente decididos, cualquier fallo será considerado como una desafección grave y el fin de vuestros sueños, los ideales y los materiales.

—No es necesario que nos dé ninguna oportunidad. Aceptamos desde este mismo instante y con todas las consecuencias —sigue Ana hablando por los dos.

—¿Tú también decides lo mismo? Quiero que seas más explícito —pido, dirigiéndome a Jorge.

—Yo para cosas como éstas es que no estoy muy dotado y, además, soy escéptico; no sé si yo contribuiría a joderle el invento, y usted perdone la expresión. Si Ana cree que debemos aceptar, será porque ella lo comprende y ya me lo explicará con calma. Sí, acepto también.

La respuesta de Jorge hace que me distienda. Seguro que se aprecia satisfacción en mi rostro. Yo sé que, aunque por lo general un hombre bien pagado carece de criterio propio, el tema propuesto es en apariencia de tal pretenciosidad que resulta muy difícil creérselo. Como consecuencia, y pensando que, para cualquiera que no sea yo, esto es de locos, confieso haber temido que los chicos salgan corriendo, sin esperar a averiguar si al menos es cierto lo de la asignación. Trato de aclararles posibles dudas.

—Los dos os habéis comportado como yo esperaba. Ana, idealista, no puedes dejar escapar esta oportunidad de aparente idealismo en estado puro. Y tú, Jorge, tampoco sin estar seguro de que todo es falso, especialmente lo que os he ofrecido a cambio. Entonces no tendréis inconveniente en formalizar vuestro compromiso firmando este documento.

Les muestro el papel que tenía preparado. Los dos jóvenes se interrogan con la mirada. Ana toma el folio en sus manos y lo lee. Jorge trata de leerlo de reojo. El escrito es breve y Ana se lo pasa para que lo pueda leer.

—Ha dejado de poner su nombre en estos puntos suspensivos —dice Jorge por todo comentario.

—Eso carece de importancia. A partir de que lo firméis yo sólo seré el *Señor* para vosotros.

Jorge hace un gesto de perplejidad. Ana le arrebata el papel y pide:

—Un bolígrafo.

Yo, entonces, y ante la atenta mirada de los dos jóvenes, saco un alfiler que llevo en la esquina de la solapa de mi chaqueta, me aseguro, mirando a todos lados, de que nadie nos observa y con la otra mano cojo el dedo índice de Ana, que se deja llevar dócilmente, sin saber, a buen seguro, qué pretendo. Pinchó la yema del dedo con un golpe seco y una gota de sangre aparece. Vuelvo el dedo y lo apoyo sobre el papel. Ana, a juzgar por su expresión, está presa de fascinación y no dice nada. Le pido la mano a Jorge y éste hace ademán de esconderla. Le miro fijamente a los ojos, manteniendo mi mano extendida hacia él. Jorge también me mira, queriendo, quizá, adivinar de un solo instante lo que todo aquello significa. Ana le da un ligero codazo, y Jorge lentamente extiende su mano. Hago la misma operación, luego doblo el papel con las manchas de sangre hacia dentro y me lo guardo. Después de unos segundos, digo, mirando alternativamente a los chicos:

—Espero que seáis lo suficiente adultos y conscientes de este acto. Desde este instante me pertenecéis por completo. Vuestra desafección será vuestra muerte; vuestra total entrega será vuestra vida; muerte y vida que debéis entender en sentido simbólico, naturalmente, pues nada de lo que

este documento representa os obligaría de acuerdo a las leyes de los hombres o de los dioses.

Los dos jóvenes permanecen un instante como bajo los efectos de un estado hipnótico. Probablemente no piensan en nada y sus mentes permanecen en blanco, esperando que el ser que tienen delante, nuevo para ellos, escriba algo en ellas. Yo los observo y, con una leve sonrisa de satisfacción, pienso para mí, que aquel comienzo para lograr mi mundo es bueno y suficiente. Un botones devuelve a los chicos a la realidad, una realidad semejante al despertar de un sueño.

—Señor, su chofer le espera en el vestíbulo.

Me levanto y lo mismo hacen lo chicos, todavía algo obnubilados y sin haber terminado sus desayunos. Me dirijo a ellos sin mirarlos.

—Vamos.

Camino despacio hacia el vestíbulo seguido a corta distancia por los dos jóvenes. Félix, el chofer, que advierte mi llegada, espera mis órdenes adelantando un par de pasos hacia mí. El conserje adopta su mejor sonrisa y me da los buenos días, que yo no contesto. También mira de reojo a los dos jóvenes, como queriendo adivinar de qué cualidades están adornados y que, al parecer, son de la satisfacción de su cliente. Tiene que estar sorprendido que no tenga inconveniente en exhibirlos, pero, pronto, por sus aspectos habrá debido colegir que no son de la profesión. ¿Cómo los ha conseguido?, se preguntará. Bueno, este negocio está cerrado para mí, se dirá también; esperará a que le dé otra oportunidad en algún otro asunto igualmente delicado. Me dirijo a la puerta de salida seguido de mi pequeña cohorte. Unos pasos antes, Félix se adelanta para abrir la puerta interior; el portero del hotel hace lo mismo con la exterior. Yo y los dos jóvenes cruzamos el umbral sin obstáculos. El coche espera frente al hotel. Me dirijo hacia él. Félix se ha adelantado y me abre la puerta.. Los chicos se

quedan parados a dos o tres pasos, con aspecto de timidez reflejada en sus rostros. Les mando entrar. Ana, a mi indicación, se sienta a mi lado, en la parte trasera; Jorge al de Félix. Félix ya ha puesto el coche en marcha y espera órdenes.

—Toma la carretera ene cuatro.

Félix debe conoce bien esa carretera, por la que habrá viajado en varias ocasiones. El coche se desliza suavemente por la gran avenida en dirección al Sur. Jorge y Ana miran, abstraídos por sus pensamientos, el desfile de casas y personas a sus respectivos lados. Yo miro al frente. El silencio de la pequeña cabina se vuelve más pesado, cuanto más tiempo transcurre. Yo no permanezco ocioso nunca, y busco en mi mente un tema que se pueda tratar con un testigo al que no le tengo asignado ningún papel en mi proyecto. Pero va a ser el momento de utilizarle, aunque sólo sea porque Félix habrá de pasar muchas horas con nosotros, al menos en los próximos meses, y para mí esas horas dentro del coche deben ser aprovechadas con todos los recursos a mi alcance. Como primer postulado, Félix deberá creer que estos chicos son lo que son y no otra cosa más prosaica: dos jóvenes que me acompañan para compartir ciertas inquietudes que suelen abrumar a los llamados intelectuales, esos personajes que, sin pensárselo dos veces, abruman a su vez con sus postulados y conclusiones a los no iniciados. No es mi caso, exactamente, pero ¿qué puede importarme a mí lo que piense Félix? No, a mí no me importa lo que cada uno piense en un primer momento; estoy seguro de mi superioridad sobre ellos, y ya me encargaré de que sus pensamientos sólo discurran en la órbita que yo establezca, cualesquiera que ésta sea. Cuando lo considero oportuno, cortocircuito los pensamientos íntimos de mis acompañantes, para que no lleguen a conclusiones de las que más tarde sería difícil sacarlos.

—Ana, dime en qué piensas. Tú, Jorge, habla también.

Es Ana la que responde primero, después de un pequeña pausa.

—Estaba tratando de imaginar cómo se puede llevar a cabo tan complicado proyecto. No encuentro la forma, al menos la forma fácil. La mayor dificultad es encontrar las personas no contaminadas para, a partir de ellas, observar sus trayectorias.

—Una buena observación. ¿De verdad que pensabas en eso? Bueno, es igual, ahora sí parece que estás pensando en eso. Y tú, Jorge, no me digas en qué pensabas, que ahora no me interesa, ¿cómo lo ves?

—Pues, si se refiere a lo que ha dicho Ana, yo en el estudio del cuerpo humano sólo veo materia, creo haberlo dicho ya. El pensamiento no pasa de ser una facultad de una materia especialmente organizada. El que un ser humano sea bueno o malo sólo debe ser la calificación que los demás le dan, dependiendo de que les guste o no, les haga bien o les haga mal su comportamiento. No es un ejemplo, pero quizá se entienda mejor lo que quiero decir con lo siguiente: es algo así como una manzana; si la manzana es dulce, es buena para los que la comen y les gustan las manzanas dulces; si es ácida, es mala para estos y hasta les puede hacer mal, pero puede ser buena para aquellos a los que les gustan ácidas, como a mí. Pero la manzana está ahí y nadie la hizo así, dulce o ácida, buena o mala.

***

¿Tiene ahora importancia lo que entonces dijo Jorge? ¿Era yo la manzana que podía gustar o no a según qué personas traté? Y qué importa ahora todo eso... si no me gusto a mí mismo y me produce desagrado recordarme...

***

Me revuelvo en mi asiento lleno de satisfacción. El idealismo de Ana sólo opone el término dificultad al logro de un ideal, ni siquiera lo considera utopía. Jorge habla de utilidad para definir lo bueno y lo malo. Me dispongo a hablar y hallar un punto de encuentro que asuman los dos por igual.

—Los proyectos, Ana, no están exentos de dificultad; si no fuera así no serían proyectos. Es posible que tú, Ana, estés pensando en el pecado como expresión del mal. Tú, Ana, querrías, pero lo ves difícil, encontrar seres no corrompidos aún por el pecado, como primera premisa, para así poder llevar a cabo un proyecto como ése. Tú, Jorge, clasificas a los hombres en útiles o inútiles por buenos o malos, dependiendo de la calificación desde el ponto de vista de la utilidad que le dan las personas. Ahora bien, pensemos por un momento en lo que a Ana le parece preocupar y supongamos que el pecado no existe, y no existe porque en nuestro mundo hemos decidido que lo que comúnmente es pecado en este mundo en el que vivimos, no lo es en el nuevo que vamos a crear. ¿En qué deberíamos basarnos para definir lo que es malo y lo que es bueno en ese mundo?

—Si no existe el pecado, es que no existe el mal; pero si nos referimos a lo bueno y lo malo, eso ya tiene otras connotaciones, como útil o perjudicial, bello o feo, etc. Se ha hablado mucho de esto —responde Ana.

—No es muy concluyente nada de lo que se ha dicho, pero dejémoslo ahí, por el momento. Ahora tú, Jorge. Imagina que en ese mundo las personas disfrutan de una auténtica libertad de elección, ¿qué acciones las consideraríamos útiles y cuáles no? ¿Cómo afectaría la libre elección de unos respecto de los otros?

—Supongo que en ese mundo habrá unas elementales reglas, aunque sean reglas para la prohibición de las reglas. El cumplimiento o

incumplimiento de las reglas que imponga ese mundo haría que unos fueran clasificados de buenos y otros de malos —añade Jorge, algo perdido en su propia reflexión.

—Pues si tú, Ana, idealizas ese hipotético mundo sin pecado, porque los que en él viven así lo han dispuesto, y tú, Jorge, imaginas que en ese mundo no existen reglas, ¿no tendríamos un mundo perfectamente natural?

—Así parece ser, pero sólo en teoría. Porque no sabemos lo que daría de sí un mundo natural de ese tipo que usted imagina —Jorge se adelanta a responder, aparentemente más animado de que las cosas vayan sólo por ahí y, sobre todo, porque despeja la duda sobre el papel que yo me reservo para mí mismo.

—Ese mundo, más o menos así, ya lo imaginó Huxley —responde Ana —, pero no se trataba de personas, sino de personas robots a los que se les había eliminado la voluntad, los sentimientos... En definitiva, se partía del dominio absoluto de unos pocos sobre el resto, aunque estos no sufrían de su estado.

—Efectivamente, Ana, pero si nosotros les dejamos íntegra la voluntad y los sentimientos, ¿sería ése el caso?

—En ese caso, no, desde luego.

—¿Y qué imagináis que sucedería en ese mundo? ¿Habría motivos por los que pudiéramos pensar que ese mundo no sería perfecto y feliz siempre?

—Sí, si alguno de sus miembros no cambia unilateralmente las reglas de no haber reglas con las que se inicia. Pero siempre habrá a quien le joda el uso del libre albedrío de su vecino —dice Jorge, seguramente pensando en mí y como queriendo asegurarse de lo que ha supuesto y en definitiva desea.

—Pero entonces, y dejando a un lado el vecino, la trasgresión de esas nuevas reglas sólo harían que el mal fuera percibido por el que las dictó, ¿cómo lo verían los demás

—Supongo que les tendría sin cuidado. Bueno; posiblemente ya no serían felices, si ellos mismos estaban obligados a observarlas —dice Jorge, cada vez más empantanado en esta socrática discusión.

— Muy bien. ¿Qué habría que hacer para restablecer de nuevo el orden y la felicidad?

—Nada. Ya no se podría conseguir otro orden que el impuesto, y en esas condiciones la felicidad de un estado natural sería imposible —añade Ana.

Intervengo para terminar con una proposición arriesgada.

—Completamente de acuerdo, Ana. La conclusión que podríamos sacar es que las reglas, todas las reglas que no están en la naturaleza, son la causa de la perversidad de los seres humanos y también de su infelicidad, ¿estáis los dos de acuerdo?

—Visto así... —dice Ana, un poco en blanco ante mi sofisma-conclusión.

—Yo debería estar de acuerdo en eso. Se parece al anarquismo —responde Jorge, y evitando reír como acompañamiento estético a su simpleza.

—¿Y no lo estás?

—Sí... creo que sí —contesta Jorge sin convicción alguna.

—¿Veis ahora imposible o difícil seguir con el proyecto?

—Pero ¿cuál sería el fin de ese proyecto? —pregunta Jorge.

—Comprobar que en lo que estamos de acuerdo, además, es verdad.

Con esta última frase, impongo la tregua a toda discusión. Debo considerar, por el momento, bueno y suficiente lo conseguido. Los dos

jóvenes, aunque algo fuera del juego inmediato, ya tienen materia en qué pensar. Estoy seguro que encontrarán el proyecto atrayente; la presentación que he hecho del mismo ha sido perfecta.

***

Cuántas cosas se dicen creyéndose en el buen camino, para, en definitiva, no llegar a ninguna parte...

***

El coche discurre ahora por la Nacional Cuatro con la fuerza y suavidad que le da su clase. Los campos de Castilla se visten de monotonía amarillo rojiza. Algún árbol raquítico y disperso pone la nota anecdótica en tanta uniformidad. Los cuatro pasajeros nos aislamos en nuestros respectivos pensamientos poniendo cortinas de silencio entre nosotros. Yo me escapo de las ideas recién elaboradas y pienso, como hombre acostumbrado a contabilizar resultados, en el fin y el final de mi proyecto que, por el momento, sigo sin tenerlo claro y definido. Qué consecuencias tendrá para mí, es lo único que me importa. ¿Seré capaz de, llegado el momento, aceptar yo mismo las reglas iniciales del juego, que consistirán, precisamente, en las no reglas? Jorge, desde su materialismo científico, mitad por adopción instrumental, mitad por convicción, se preguntará para qué sirven todas las filosofías si no se comprueban sus reflexiones, sus opiniones, a veces tan categóricas que se convierten en indiscutibles, bajo pena de ser tachado de fatuo aquel que las ponga en duda. La verdad que se queda en mero pensamiento no es verdad ni mentira hasta que la experiencia la pone al nivel de verdad científica comprobada, o

simplemente los sentidos dan fe de su real existencia. Jorge, que sostiene esos principios como muletas para andar erguido, y en ocasiones para sacar pecho, probablemente empieza a interesarse por el tema. Le servirá para corroborar su afirmación puramente materialista de la existencia y algunas facultades de la materia, como los pensamientos, que no tiene del todo claro, pero que va anejos a sus estudios, aunque no constituyan materia docente. A Ana le tiene que acosar la duda, en principio, sobre la viabilidad del proyecto. Su imaginación no se proyecta sobre cosas terrenas o materiales, sino sobre ideales casi siempre situados fuera del mundo, o en otro mundo del que ella sueña ser miembro, aunque siempre se haya quedado en la ensoñación según su estado de animo recurrente. Pero en esta ocasión su idealismo puede, por primera y quizá única vez, materializarse, y le debe sobremanera ilusionar pensar que se va a intentar, y, además, algo no menos importante: ella tendrá el privilegio de ser coprotagonista en su creación y posterior disfrute. Dejará inacabado su proyecto de tesis sobre el sexo. ¿Qué mejor tesis que el resultado de un experimento tan importante y que ella misma va a protagonizar? Sí, tanto Ana como Jorge deben comenzar a creerse que esto va en serio. Ven en mí un hombre poderoso, de una inteligencia extraña, como extraña es toda inteligencia que se aplica a cosas extrañas, aunque no siempre por ello es más inteligencia. Creo que les inspiro confianza; podría ser el padre de ellos, y se tienen que sentir cómodos a mi sombra protectora. Félix, en cambio, con su propia frustración intelectual a cuestas y siendo consciente de que él no forma parte de este peculiar grupo, debe pensar, para su consuelo, que somos unos ociosos, que nos creemos importantes hablando de sandeces. Él ya ha renunciado a la trascendencia de la vida. Lo que seguramente le preocupa es si encontrará la ocasión de plantearme la necesidad de que le adelante algún dinero por su trabajo. Sólo eso, ¡pobre

desgraciado! Se dirá que si tuviésemos los problemas que él tiene, seguro que no nos andaríamos por las nubes y mediríamos nuestros pasos a ras de una tierra poco propicia para soñar. Él no quiere entender que yo ya he pasado por eso y que gracias a mi esfuerzo, puedo ahora librarme de esas miserias. Cogiendo algunas de nuestras palabras al vuelo, puede que piense que sus tres pasajeros se proponen hacer algo extraño que no puede entrever con claridad, quizá porque en él los pensamientos son de distinta naturaleza a los nuestros. En cualquier caso, a él le debe tener sin cuidado. Lo que le interesa, a buen seguro, es algo más sencillo y cotidiano: que se haga realidad el sueño de cobrar lo que le he prometido, porque con ello la vida, a corto plazo, se hará para él más grata. Eso es suficiente y… bueno para Félix.

Ya ha pasado una hora larga desde que yo pronuncié mi última palabra. Sólo yo, eso ya lo asumen los otros tres, estoy facultado para reiniciar una pregunta, una afirmación, un comentario. Félix ya está acostumbrado, pero los dos jóvenes comenzarán a sentirse inquietos. Con un hombre como yo, es mejor para ellos saber lo que pienso, y eso no lo consiguen si no hablo. Todos querrán saber adónde les lleva este viaje, por ejemplo.

Han transcurrido tres horas desde que dejamos la ciudad y noto que la inquietud se apodera de mis acompañantes. Y es que el hombre se siente caer en el vacío cuando pierde toda referencia de su destino inmediato; ellos eso sienten, sin duda. Decido romper el silencio.

***

Sin destino inmediato, como no tengo en estos momentos, debería sentir que me caigo en el vacío. Un soplo de vida, dije, y todo está por hacer. Yo siento en este instante sólo estar suspendido en el abismo...

***

—¿Encontráis estos paisajes bellos?

Esta pregunta, por su contenido ligero en apariencia, y porque, al fin, de nuevo se sentirán seres humanos con facultad de hablar y de comunicarse, les ha debido producir un efecto balsámico, pues se han reacomodado en sus asientos antes de responder.

—Es bello, dentro de su monotonía —responde Ana y añade—. Me produce una sensación de paz, en ocasiones gratificante.

—A mí me aburre —añade Jorge, esperando seguramente que los demás, descontando a Ana, confirmen su sensación.

Félix no contesta. No debe estar seguro que la pregunta también se la haya hecho a él.

—¿Qué es la belleza para vosotros?

—Armonía, armonía ante todo —dice Ana sin pensarlo.

—Yo, en parte —dice Jorge—, también estoy de acuerdo con Ana. Creo que la armonía en la configuración de las cosas las hace bellas, pero este paisaje no tiene armonía, tiene monotonía, que es bien distinto.

—Podría ser —añado yo—. Pero no siempre una cosa armónica nos proporciona la sensación de ser bella. La armonía se puede definir, pero la belleza no. Creo que la belleza y la fealdad son complementarias, deben coexistir; si no existiera la fealdad, tampoco existiría la belleza. El ejemplo lo tenéis ahí, en vuestras dos respuestas sobre este paisaje. Para ti, Ana, es bello; para ti, Jorge, es aburrido, y seguro que hubieras añadido que no es bello. ¿Tiene armonía? Parece que sí, desde luego más que un paisaje agreste y variado, al que Jorge podría considerar bello. Una cosa es bella

sólo para el que la percibe como tal, sin que se pueda universalizar tal sensación, ¿no os parece?

—Ese razonamiento parece incontrovertible. La verdad es que nunca me había planteado definir la belleza, algo que se aprecia o no se aprecia —contesta Ana.

—Yo debí pensar en eso —añade Jorge.

—Entonces ¿estáis de acuerdo?

—Sí

—Sí

Estoy más que satisfecho de los progresos que van haciendo estos chicos en esta fase de programación. Yo sé cuáles son las órbitas de pensamiento en que se mueven, que no son otras que las intrascendentes de cualquier joven y algún suspiro fugaz situado más allá de la realidad. Pero, como ya he dado por descontado, la fuerza de mi atracción los colocará en la que yo disponga. Sus convicciones están aún en periodo de ajuste; con razonamientos sencillos, nada apriorísticos, llenos de sentido común, me será fácil reordenar sus respectivas inquietudes exclusivamente en los temas que universalmente preocupan a los seres humanos, a algunos seres humanos, y no siempre los mismos temas. En realidad estas cuestiones preocupan más o menos a todos en alguna fase sus vidas, formuladas de forma elemental o compleja, pero todos, finalmente, se aferran a sus verdades individuales y en ellas se instalan hasta su muerte. Yo no pretendo ser original, ni tampoco es mi intención inducir mi propio pensamiento a otras personas más allá de hacer de ellos meros instrumentos para que me ayuden a definir el resultado final que pretendo. Se me podrá reprochar mi egoísmo, pero no es tal: en esta vida, o se va por delante o se va por detrás, no hay intermedios, no se puede ir juntos. Ya he llegado a la conclusión de que los grandes pensadores, los grandes

filósofos, sólo llegaron a teorizar sobre los grandes temas, y sin tener la certeza de que ellos mismos se lo creyeran, lo hicieron público, sólo con la pretensión de ir por delante. Esa es una de las razones por la que sus destinatarios no han encontrado acomodo estable, además de constatar definiciones que aparecen contradictorias, según se tomen dos o más autores que las formulen. Y esto es así, precisamente porque no se tomaron la molestia de buscar su propia verdad y se vieron en la disyuntiva de elegir entre varias que se le ofrecían. Sólo las verdades comprobadas se admiten universalmente, sólo los pensamientos que motivaban esas verdades dejan de ser privativos de cada individuo o grupo de individuos para pasar a ser convicciones universales. Pero esas convicciones universales no satisfacen plenamente al individuo, que sigue desasosegado ante la constatación de que las verdades más importantes aún no han sido definidas. Lo que yo pretendo es llegar a sencillas formulaciones que me sirvan, entre otras cuestiones, para entender, por ejemplo, mi existencia y justificarla, o justificar mi existencia y de paso entenderla, nada más. Los medios para conseguir mi propósito no fijan barreras éticas o morales, puesto que parto del principio básico de cuestionar esas mismas barreras como modelos fijos a los que atenerse.

***

Para conseguir mi propósito... ¡Qué estúpido fui! El único propósito coherente hubiese sido señalarme un cambio de rumbo, y lo que hice fue encenagarme más en el camino ya andado...

***

He señalado a Félix que tome una cierta desviación, una carretera comarcal; luego le señalaré otra secundaria, casi un camino.

Llegamos a un pueblo cabeza de partido y decido que es hora de almorzar. Después de preguntar a un vecino del pueblo por el lugar donde mejor se puede comer, a él nos dirigimos. No hago distinción con mis acompañantes, y los cuatro nos sentamos a la misma mesa. Les hablo.

—Yo nací por estas tierras, en el próximo pueblo. Mis padres me llevaron con ellos cuando emigraron a América. Aún era pequeño. Nunca volví hasta ahora. Así pues, aquí surgí a la vida y sólo aquí podré hallar su significado. Los caminos que pisé, la casa que me cobijó, la tierra que me permitió crecer hablan de mí, aunque sólo yo entienda ese lenguaje—. Digo todo esto sin mirar a mi séquito y más bien traspuesto, mientras me escuchan absortos. Y continuo—. Aunque todo lo que me dio fue muy mísero, me dio lo que tenía. Es hora de devolverle, no el agradecimiento, que eso sería muy poco, pero sí lo que me dio al...

***

Nunca dije, ni siquiera pensé, por qué vine a mi pueblo natal. No fue por agradecimiento, desde luego; no es al lugar donde se nace al que debes agradecimiento, sino al lugar que te considera uno de sus hijos y te proporciona los medios para desarrollarte. ¿Qué me dio este pueblo? Poco, que yo recuerde, y poco me hubiese dado si en él hubiese permanecido. ¿O sí? ¿Cómo puedo valorar en mi situación cualquier logro en términos puramente materiales? ¿Lo hacen los moribundos? Si lo hacen, yo no debo hacerlo. ¿Puedo, entonces, responderme por qué vine aquí he hice lo que hice? Sí, creo que puedo. Lo hice porque sólo aquí podía cerrar el círculo de mi vida. Ya lo dijo Ana, y Jorge fue más allá: somos de la misma naturaleza que el

cosmos, en donde todas sus partículas, grandes o pequeñas, son orbitales. Inconscientemente fui arrastrado a mi punto de partida...

***

No he terminado la frase. Percibo que mis palabras han hecho bajar la vista a los que me escuchan, como si escucharan una oración. Cada uno ha debido interpretar a su manera mis palabras. Ana pensará que quiero venir a morir aquí; muchas personas lo hacen en sus lugares de origen, aún viviendo lejos, o sus deudos se encargan de devolver a la tierra que los vio nacer los despojos de sus existencias consumidas en otra parte. Jorge, en cambio, pensará en materialista, sin idealismo alguno, que vendré a comprar el pueblo y sus gentes y disponer que sea la mejor plaza, incluso antes de morir, la que lleve mi nombre. Félix, hombre con posición cambiante, según el estado de ánimo, tiene que pensar en las dos cosas anteriores simultáneamente. Pero, ¿quién puede estar en lo cierto? Sólo yo debería saber la verdadera razón y alcance de mi decisión.

Nadie hace preguntas, sólo Ana se atreve a pronunciar unas palabras que bien pudieran parecer la sustitución del amén del final de las oraciones.

—Estamos a su lado, señor.

Ana piensa, seguramente, que yo, y en este instante, también padezco una tremenda soledad.

—Lo sé, Ana. Estoy contento que sea así.

Ana debe pensar que el diálogo se ha abierto y que puede añadir alguna cosa más.

—Siempre se regresa al origen. La vida es un círculo casi cerrado, el espacio que queda sin cerrar y por el que nos precipitamos es la muerte.

Jorge parece creer tener alguna idea al respecto y se decide a aportarla cuando Ana termina su reflexión metafórica.

—Venimos del Cosmos; en el Cosmos nacemos y en el Cosmos nos disolvemos, lo demás sólo es nostalgia por unos mundos que creímos nuestros para siempre.

Yo escucho atento. Me parece que Ana no ha definido lo que es la vida y Jorge la ha simplificado. Tampoco he comprendido muy bien qué quiere decir con llamar a lo demás nostalgia. La nostalgia es siempre un síntoma de pequeñez. El carácter posesivo del hombre se empequeñece cuando pierde algo que cree suyo y se lamenta. Quizá se refiere a la melancolía que siente el hombre por el paraíso perdido del que nos han dicho fue expulsado, pero tampoco esto parece probable en Jorge. Así que, lo más seguro es pensar que Jorge tampoco sabe si el uso de esa palabra es el correcto para expresar lo que él quiere expresar. Yo tampoco estoy seguro, en esta ocasión, de poder dar una definición, o porque faltan las palabras o porque no sé ensamblarlas. Sería, en todo caso, una contradicción cuando, precisamente, esa es la gran pregunta y a la que yo me propongo dar respuesta como consecuencia de mi proyecto. Félix calla, como si este asunto no fuera de su preocupación, aunque probablemente tenga su propia idea e incluso deseo de intervenir. Para recabar toda opinión, aunque resulte elemental o primitiva, decido preguntar en esta ocasión a mi chofer.

—¿Qué piensas tú de todo esto, Félix?

Félix se calla por un instante; debe dudar en responder, pero yo le he hecho una pregunta y debe contestar, además, contestar con toda la sinceridad, su única arma de convicción. Pero primero se hace de rogar.

—Adelante, Félix, te escuchamos.

—Siento no estar preocupado con esas cuestiones que ustedes plantean, al menos en la forma que ustedes plantean esas cosas —dice Félix.

—Tú fuiste estudiante. Los estudiantes están preparados para asumir criterios de otros, criticarlos o elaboran los propios a partir de sus estudios y de sus mentes entrenadas. Alguna vez habrás pensado qué puede ser la vida, aunque no llegaras a darte respuesta —le digo yo.

Félix ya no puede evadirse.

—Así es, señor. La pregunta me la he hecho, pero nunca encontré la respuesta, como usted bien supone, y no me preocupa demasiado. Lo que sí tengo claro es cómo es la vida, pero esa es otra cuestión.

He encontrado lo que dice Félix perfectamente coherente con el personaje que así habla. Ese ha sido su caso hasta ahora, como antes lo fue para mí. La única diferencia conmigo es que yo ahora muestro preocupación por encontrar la respuesta, y que estoy seguro de hallarla. Me tomo una pausa y digo a mi vez:

—Ninguna de vuestras opiniones es falsa o carente de sentido, pero todas, y no por vuestra culpa, adolecen de lo mismo: que se quedan en simples formulaciones, o rendición, como en el caso de Félix. ¿Qué es la vida? ¿Qué es en consecuencia la muerte? ¿No os parece que esta es la pregunta por antonomasia, la gran pregunta que hemos de tener siempre presente? Si tuviéramos la respuesta, todas las demás preguntas tendrían respuesta en cascada. Vamos a hacernos continuamente esa gran pregunta, madre de todas las preguntas, y busquemos la respuesta, pues sin duda esa respuesta existe, como existe para culquier cosa que percibimos como real.

***

Nadie ante la muerte hallará la respuesta. Sólo la vida tiene respuestas parciales, y cuantas más respuestas parciales, más vida vivida. Eso es todo lo que de la vida se puede esperar...

***

Doy por terminado el tema por el momento; es hora de continuar el camino. Hemos comido bien, nada sofisticado, muy casero y tradicional, y todos lo hemos agradecido. Todos, por eso y otros motivos, estamos contentos. Así es en Ana y Jorge, porque, al fin, y por si lo dudaban, yo les he dado muestras de ser humano, ya que no tengo todas las respuestas y esperan que tampoco a la gran pregunta; Félix, por la deferencia que he tenido con él sentándolo de nuevo a mi mesa y por haberle pedido su opinión, que él, una y otra vez, repasará en su mente tratando de encontrarla a la altura del resto de nosotros, y también por el prurito de su propia autoestima. Quizá, satisfecho de sí mismo, piensa que nos ha dado un baño de humildad, de sabiduría del sentido común y de sencillez frente a la petulancia del soberbio intelectual. Suelen pensar así aquellos que no alcanzan más o les tiene sin cuidado, como es el caso de Félix. Y yo, porque mejor no he podido elegir. Aquí está representada la condición humana: Ana es la imaginación, el idealismo siempre proyectado más allá del pragmatismo de la razón; Jorge, al contrario, el pragmatismo científico, el utilitarismo de las ideas, el realismo dependiente de su propia y limitada percepción; Félix, ese mismo realismo, inmerso en su ignorancia voluntaria, abrumado por la supervivencia del día a día. Y en cuanto a mí, comienzo a sentirme el dios situado por encima de todas esas contingencias humanas, capaz de superar sus límites.

***

¡Qué estúpido! Un dios estúpido, eso fue lo que pretendí ser...

***

Hemos dejado el pueblo y nos dirigimos hacia el próximo. Yo miro a un lado y al otro, quizá buscando reconocer el paisaje. No es muy diferente al que hemos dejado atrás, si acaso más pobre y árido. De pronto, algo me resulta familiar, o simplemente atrae especialmente mi atención, y mando a Félix detener el coche. Me bajo después de mandar al resto que espere dentro. Me alejo unos metros hacia el otro arcén de la carretera y me quedo estático mirando. En el horizonte sólo hay una pequeña colina pelada y fea como una joroba, sin la posible explicación del por qué ha salido en aquella tierra invariablemente plana y sin otro adorno que altere su sobriedad, casi la miseria de su uniformidad. Estoy ante el lugar donde se elevará mi nueva morada; no, mejor decir mi mundo. Las fotos que mi abogado me proporcionó han sido tomadas de este lugar, sin duda. Mi mente trata de visualizar encima de esa colina el recinto que albergará mi nuevo mundo. Miro la panorámica general y, finalmente, asiento con un vaivén lento de mi cabeza, arriba y abajo; lo encuentro bueno y suficiente.

Regreso al coche y ordeno continuar hacia el pueblo. Ya en él, y sin salir del coche, mando a Félix ralentizar la velocidad. Miro casi espasmódico a un lado y al otro. Cuando llegamos a una plaza que parece ser la principal, y la única, hago detener el coche unos instantes, mientras devoro con la vista todos los rincones de la misma. Sonrió levemente cuando la reconozco. Percibo que no ha cambiado mucho: las mismas casas, alguna remozada, el Ayuntamiento, la iglesia donde conocí el

pecado y al Dios implacable y misericordioso al mismo tiempo. Levanto la vista hacia el campanario: allí están las campanas que yo solía tocar los días de fiesta, cuando el sacristán me dejaba. Un árbol que ya debe ser centenario y por el que yo imagino un niño trepando y dejándose colgar de sus ramas, entonces menos gruesas. Los bancos de piedra debajo del árbol también son los mismos, quizá algo desgastados de soportar tantos cansancios. Unos viejos que hablan al calor de una solana, no los reconozco, pero bien pueden haber sido amigos de mi padre. Dos parejas, menos viejas, salen del bar; tampoco los puedo reconocer, pero bien pueden haber sido mis amigos de infancia y ellas mis primeros deseos. Los sigo con la vista empañada. Mando continuar, con la voz cortada de una emoción nueva, mientras los demás adoptan una posición reverente y expectante. Nos acercamos, siempre lentamente, al otro extremo del pueblo. Las gentes miran al pasar mi lujoso coche sin demasiada exteriorización de admiración. En mis tiempos de niño, cualquier cosa mecánica, que se moviera sola, nos hacía correr detrás para no perdernos el espectáculo. Ahora, quizá, las gentes sólo manifiestan la resignación en forma de indiferencia por lo inalcanzable. Unas casas quedan por pasar para que empiece de nuevo el campo abierto. Mando parar y me quedo mirando una casa que sólo se distingue de las demás por el diferente revoco de pintura, ocre, en lugar de blanco. La reconozco. Es, sin duda, la que fue mi casa, la casa donde nací. Está milagrosamente en pie y por ella no parece que han pasado los años ni el intento de los hombres de rejuvenecerla. La misma puerta de dos hojas que sólo se abrían de par en par para que entrara la pareja de mulas que mi padre poseía; también la cabra que diariamente salía a pastar con las del resto del pueblo. Quizá ahora ya no se tienen esos animales, imprescindibles entonces para el quehacer y fuente de alimento esencial de una familia. Rebobino las

imágenes que surgen de lo más profundo de mi pensamiento. Yo, que ahora vengo del lujo, no tengo la perspectiva de que mi casa fuera incómoda; más bien al contrario, cada rincón de la misma me trae el recuerdo de tiempos felices, como felices son los tiempos de la niñez, incluso la niñez en un marco de pobreza, como fue el mío. Dedico algún breve y fugaz recuerdo a mis padres y no puedo verlos como eran entonces, sino como eran en sus últimos años, allá en América. Recuerdo a una mujer menuda y vivaracha, mi madre, que cuando pasaban los animales por la casa, enseguida se disponía a borrar toda huella de su paso, y es que el suelo de toda la casa era de boñiga de vaca, barro y paja, todo mezclado y prensado. Pero de los olores no queda memoria en el alma. También recuerdo, y de forma especial, el sobrado de la casa, al que se accedía por una escalera estrecha que nacía en la pequeña salita, a la entrada. En él, mi padre, guardaba muchas cosas inútiles y otras que sólo se utilizaban de vez en cuando. Allí también guardaba el niño Alejandrito todos sus tesoros en forma de cosas de lo más variado, de una utilidad sólo imaginada y que usaba para sus juegos cuando permanecía en casa y en sustitución de los juguetes que nunca los Reyes Magos le trajeron; aquellos inútiles chismes, en todo caso, hicieron sin duda despertar y crecer mi imaginación, que luego me sirvió para formar mi voluntad por poseer las cosas reales que me apetecieron. También me veo de forma imprecisa: un jovencito inquieto, que siempre iba y venía corriendo de casa a la plaza y de la plaza a casa en busca de sus amigos de travesuras o para evitar que mi madre me azotara. Ir a la escuela ya no me impulsaba, precisamente, a hacerlo corriendo. ¿Estaría la misma escuela? Pero este recuerdo no me dice demasiado; la escuela no era de mi agrado por aquel entonces. No me enseñaron mucho. Quizá, eso sí, allí aprendí a leer, escribir y las cuatro reglas, que antes se decía. Pero puesto a recordar, lo que sí recuerdo son

las muchas tortas y zurriagazos que el maestro me dio por diversas causas y que entonces formaban parte del rigor de la enseñanza.

Doy por terminado el encuentro con mi primera casa y replegó las velas de la añoranza inútil. Pido a Félix que dé la vuelta.

***

No fue una añoranza pueril; fue que, por un instante, recuperé los sentimientos perdidos; fue que divisé el origen de mi órbita y sentí que no me había descarriado. Pero no supe reconocerlo; quería señalar mi final, y ya mi final me estaba esperando...

Sin embargo, no pienso ahora así. Llevado de la nostalgia, he querido amarrar la memoria a mi cuello. Y lo he hecho por breves instantes. En estas circunstancias, compruebo que no tengo presente y menos me preocupa el futuro. Es como andar para atrás por una pendiente que se hunde más allá de mi nacimiento. Me veo en el preciso instante de mi gestación, como me figuro se forma una estrella. Dos gametos, que por si solos no eran sino dos cuerpos errantes, se encuentran para edificar un ser que ya tiene un proyecto por delante en el Universo. Recompuesto mi pensamiento, me doy cuenta de que mi presente y mi futuro han quedado muy atrás, probablemente cuando los dos gametos se encontraron. A partir de esta consideración, no puedo evitar el sentir que toda mi trayectoria ha sido equivocada.

***

No digo nada, absorto como estoy en mis pensamientos. Félix ha interpretado que debe seguir el camino de regreso. El pueblo queda atrás, bañado por los últimos rayos de un sol tímido de invierno.

Todo el regreso es una silente cabina de automóvil, sólo rota cuando, yo, ya en la autovía, ordenó a mi chofer que aligere la marcha. Ana y Jorge luchan por no dormirse, quizá con algún que otro recuerdo lleno de ternura por parte de Ana y con un preguntarse Jorge cuándo se materializará la oferta que les hice. Félix a vueltas sobre el cómo me dirá que le anticipe algún dinero. Los tres, seguramente, están decididos a ir hasta el fin del mundo, que no hasta la muerte, conmigo, pues que no puedo ser absolutamente perverso, cuando soy capaz de emocionarme con la añoranza del recuerdo. Nunca más tendré esta estúpida debilidad.

***

Temí, entonces, que al hombre que llega a su límite, le aparecen de golpe todas las debilidades; el cuerpo se afloja y el espíritu se vuelve todo nostalgia...

***

Ya hemos llegado a las inmediaciones del hotel. Me dirijo a los dos jóvenes.

—¿Habéis venido en coche?

—Sí. Lo tenemos aparcado cerca.

—Regresad a casa. Suprimid el anuncio del periódico y mañana venid al hotel a las seis y media, por la tarde. Tú, Félix, por la mañana lleva el coche al taller del concesionario para que lo revisen y le cambien el aceite.

Tienes libre todo el resto del día. Pasado mañana vienes a la misma hora de siempre.

Mando parar ya cerca del hotel y pido a Félix que encienda la luz interior. Sacó el talonario de cheques de mi bolsillo y extiendo uno por cien mil pesetas, que entrego a Félix. Félix lo coge sin mirar la cantidad, respira, seguramente aliviado, y se lo guarda sin decir nada. Luego, extiendo otro por cincuenta mil pesetas que entrego a Ana, más cercana a mí. Ana lo toma y dobla por la mitad, simultáneamente pronuncia unas tópicas palabras.

—Gracias, pero no es necesario...

Yo no contesto a esas palabras, como nunca contesto a los cumplidos o fórmulas convenidas por la cortesía, y salgo del coche seguido de los chicos. Félix ha querido anticiparse para abrirme la puerta. Les dirijo unas últimas palabras, que viniendo de mí, les deben sonar a una orden.

—Olvidaos de lo que habéis vivido hoy y no saquéis falsas conclusiones —y me dirijo a la puerta del hotel. Son la ocho y media de la tarde.

Ya en la habitación, me pongo cómodo, meto la Biblia en el cajón con la decisión infundada de no volverla a mirar, y cojo los otros dos libros que reposan sobre la mesilla, llevándolos conmigo a la sala. Pido por el teléfono interior que me sirvan una cena frugal, y cogiendo uno de los libros, busco en el índice dos palabras: *"Vida y Muerte"*. No ha sido para mí ninguna sorpresa que esas dos palabras estén juntas. Debe ser así, ya que ambas representan diferentes aspectos de la misma realidad. Me dispongo a buscar las claves sin demasiada esperanza de que en estos libros pueda encontrarlas. Efectivamente, ya en el comienzo de la introducción, el autor se plantea que existe el dilema de si ambas palabras constituyen una dualidad o deben considerarse inseparablemente.

Consideraciones sobre lo que para todos los grandes pensadores, excepto para los animistas... Tengo un pequeño diccionario y busco la palabra animista. Excepto para estos, los demás consideran que debe ser objeto de separación: seres vivos y seres no vivos. Seres vivos que terminan en materia inanimada, es decir, con su muerte, y materia que nunca ha tenido vida... *"¿Significa una ruptura, una discontinuidad absoluta entre el mundo de los cuerpos vivos y el mundo de los cuerpos inanimados?",* plantea el autor, que sigue preguntándose... "*¿O esa continuidad es preservada más allá de la frontera que separa la materia orgánica de la inorgánica?"* Y también... *"¿Supone algún tipo de nivel, categoría, ciclo, la diferencia entre cuerpos vivos y los no vivos o muertos?"* Me revuelvo, apasionado por el tema, pues al menos me ofrece un método aparentemente progresivo para ahondar en esas cuestiones. El autor pronto me saca de dudas, pues señala que esas complejas preguntas son respondidas de diversa y a veces contrapuesta forma en su interpretación. "¡Ya empezamos!", no puedo menos de exclamar. Pero, no obstante, sigo leyendo... *"todos los cuerpos tienen las mismas y fundamentales propiedades..... Algunos cuerpos disponen de funciones exclusivas de los seres vivos... ¿Son estas funciones poderes exclusivos, absolutamente diferenciadores o, por lo contrario, son también propiedades mecánicas de la materia en movimiento, propiedades que sólo varían en el grado de complejidad en la organización de la materia?"* El autor, después de preguntarse, de forma humilde que agradezco, despliega todas las opiniones objeto de universal controversia. Mecanicistas versus Vitalistas, Descartes versus Aristóteles, Evolución versus Teología; un auténtico maremagno de opiniones encontradas que apenas tienen nada en común ni esfuerzo de síntesis. Ya al final, empiezo a impacientarme, mientras pienso en voz alta: "¿Será imposible encontrar una explicación, todo lo elemental

que sea preciso y acorde con nuestro conocimiento actual, que sea incuestionable? ¿No será que el hombre, en su afán de trascendentalizar su existencia, hace de la vida un fenómeno que en realidad no es otra cosa que pensamiento?" Oxígeno e hidrógeno, dos elementos nobles, gaseosos, imperceptibles a los sentidos, se fusionan para permitirme hacer lo que hago como ser vivo. Soy casi agua y un pequeño porcentaje de otros elementos no tan simples en su estructura atómica. Todos juntos, en armónica coexistencia, me proporcionan el ser que luego tiene todos los aspectos de ser el ente más complejo de la creación. O eso es lo que yo creo. En realidad, si observo detenidamente el fenómeno, puedo ver que no es así. Más compleja es una célula. Más complejo un microbio o una bacteria, capaces en su sencillez de múltiples y extraordinarias funciones. Más complejo un animal marino, cualquier otro mamífero terrestre, cualquier ave y hasta una planta, capaces de sobrevivir en medios hostiles. Mi supercomplejidad es, pues, subjetiva; la del resto de los seres vivos objetiva. Mi subjetividad no añade complejidad ni a mi cuerpo ni a mi espíritu. Cuando los sentimientos, y hasta mi pensamiento dan fe de mí, es decir, cuando subjetivamente percibo esos fenómenos, lo único que representan es una disarmonía pasajera en mi estructura; si fueran manifestaciones concluyentes de mi mayor complejidad, no sucedería, a menudo, que no aparecen en mí ni los pensamientos ni los sentimientos. Cuando eso sucede, toda mi complejidad se convierte en una masa informe, y, entonces, soy menos que un microbio...

El camarero que llama a la puerta interrumpe mis reflexiones. Me levanto a abrir después de cerrar el libro y despejar la mesa.

***

No siento ahora rechazo por esos libros, a pesar de no haberme ayudado; tampoco sentimiento de culpabilidad por haber sido escéptico ante ellos. Probablemente, todos aquellos hombres sintieron al final de sus vidas la misma perplejidad que yo ante tantas elucubraciones inútiles...

***

Jorge y Ana habrán ya regresado a su apartamento. Los imagino; quizá los estoy viendo. La visión de la cantidad escrita en el cheque les hará explotar en frases de asombro y risa histérica. Los dos se estarán abrazado y bailarán dando saltitos en círculo. Puedo imaginarme la escena; o quizá la estoy viendo, sí.

—¿Necesitas que te saque de dudas? —pregunta Ana.

—¡Joder! Esto no acabo de creérmelo —responde Jorge.

—Pues es verdad. Se acabaron nuestros problemas. Además, por estar al lado de ese hombre, yo lo haría por nada.

—Ya me doy cuenta de que te tiene embobada. Pues yo no, mira por donde. Me jode bastante ese tío pirao, como todos los que filosofan, con tantas inquietudes trascendentales que no sé si tienen fundamento y menos para que coños sirven. Ahora, que si me paga de esta forma, soy capaz de no aburrirme, aunque el tío es un coñazo de mucho cuidado, no me lo discutas.

—¿Es que no te parece interesantísimo todo lo que proyecta? Eso del nuevo mundo es algo fenomenal. ¡Vaya tesis que pienso hacer con los resultados! Voy a flipar y dejar atónitos a mis profes. Quizá escriba hasta

un libro… —y Ana apoya la cabeza en el respaldo del sillón, mientras cierra los ojos.

Jorge la imita, pero éste sin cerrar los ojos.

—Tú eres la experta, o deberías serlo, en esas cuestiones. Sabrás si tiene o no fundamento lo que dice, aunque para mí que, cuanto más se piensa, más confuso aparece todo. No tengo muy claro que eso se pueda realizar, entre otras cosas porque ya se habría intentado. Nosotros lo primero que vamos a hacer, cuando dispongamos de esa cuenta, es comprar un nuevo coche a plazos. Y mira, eso si que es utilizar bien la cabeza. ¿Cuánto tiempo durará esto?

Y Ana, en la misma postura, contesta:

—Creo que se propone ayudarnos hasta que terminemos los estudios. Con esa pasta nos podemos permitir hasta cambiar de apartamento. Y de lo otro, pues no sé. Dice las cosas de una manera que casi no tengo argumentos en contra; al sentido común se le puede despreciar, pero no combatir. Muchos utópicos escribieron sobre cosas parecidas, pero, que yo sepa, nadie puso en practica algo así.

—Me preocupa que todo este rollo nos distraiga de nuestros estudios, ahora que estamos en la recta final, ¿a ti no? —sigue Jorge, también sin cambiar de postura.

—A mí no. Estudiaré con más interés para tener mejor opinión sobre las cosas que se vayan planteando.

—Pues tú dirás para qué me sirven a mí. Yo lo tengo claro, haré el papel de abogado del diablo y que me pague lo que ha ofrecido. Me ha parecido que no le caía mal del todo el que yo no le siguiera la corriente.

—Tú ya has empezado a cambiar tus criterios o, al menos, ampliarlos y ajustarlos a otras realidades en las que nunca llegaste ni a tantear; eso

significa que tú también te aprovecharás de esta experiencia, o te verás involucrado por algo más que por el dinero.

—Puede que tengas razón. El empirismo de ese hombre está en mi línea, y es lo único que le salva, y si, además, tiene pasta para pasar de lo posible a lo realizable y luego decirnos, vamos chicos, adelante, comprobemos que es así, quizá valga también la pena por ese motivo, aunque no tengo muy claro lo que pretende. ¿Tú a qué crees que le lleva esto?

—Pienso que es un hombre que ha hecho en la vida lo que casi todos, trabajar para acumular riqueza personal; existen muy pocos altruistas. Quizá se ha conformado con lo que ha conseguido, porque ya es mucho, y se ha planteado qué hacer del resto de su vida. Quizá piense que no está dotado para otra cosa que la de dar a su dinero una proyección trascendente, algo con lo que pasar a la historia.

—Es posible, pero ¿tú crees que lo conseguirá?

—No lo sé. Muchos fueron incomprendidos en su época, y hasta ridiculizados, luego se aceptó su genialidad o su meritorio esfuerzo por legar algo a la humanidad.

Me ha divertido imaginar esa posible escena de teatro; el teatro es una de mis aficiones, puede que la misma realidad no sea otra cosa, y a la que estoy teniendo acceso por una cualidad mía bien conocida y utilizada por mí en ocasiones menos divertidas. Pocas veces me equivoqué cuando penetré, como lo hace un escritor con sus personajes, en la vida íntima de personas que se relacionaban conmigo. Me parecía estar presente, no sólo en sus acciones, sino también en sus pensamientos. Esa facultad me ha permitido siempre preparar mis estrategias con posterior éxito; casi nunca me encontré desprevenido ni desconcertado, sorprendido de que las cosas no fueran como yo esperaba que fuesen.

Jorge y Ana estarán eufóricos, cada uno por sus motivaciones personales, y ni siquiera se plantearán otras preocupaciones que aquella aventura les pudiera suscitar. Seguirán comentando que soy un hombre bastante raro, sí, pero eso no debe ser motivo de preocupación para ellos, acostumbrados como están a ver rarezas más inquietantes entre las personas que han conocido con su juego erótico. A Ana, incluso, le pareceré una persona sensible. Comentarán de pasada el hecho de haber sido invitados a firmar con su sangre aquel extraño documento, y concluirán que lo habré hecho para impresionarles, cosa que efectivamente logré en aquel momento. No podrán estudiar lo que tenían previsto para la tarde noche de los domingos, porque se plantearán que hoy es un día especial y merece ser celebrado. Decidirán ir a la calle a cenar y lo harán en un restaurante caro. De regreso harán el amor a solas, sin mirones, cosa que hace tiempo no ocurre. Probablemente, Ana y Jorge, sin apenas percibirlo, se estarán enamorando, y ya les debe estar empezando a disgustar eso que hacen para ganarse la vida. Porque, lo cierto es que ese negocio estaba dejando de ser la venta de un juego para pasar a ser la venta de su intimidad. Posiblemente es ésta una suposición mía que contradice muchas realidades conocidas, pero convengo conmigo mismo que el sexo entre enamorados es una de las pocas intimidades que por ahora se salva.

***

Sí, recuerdo mi intromisión en sus intimidades. Fue por mi parte una actitud deleznable. Eran las personas que yo quería para habitar mi mundo y decidí que me pertenecían. Los dioses, igual de deleznables, me enseñaron que nada debe escapar a su control, y yo me sentía un pequeño dios en mi mundo...

***

Mientras ceno, sigo releyendo lo que acabo de leer. Me pregunto cómo es posible que los seres humanos no encuentren un denominador común para definir las grandes palabras que nombran los grandes temas, convirtiéndose así, y en pura paradoja, en los grandes enigmas del pensamiento. ¿Será esa la razón por la que el pensamiento no es verdad ni es mentira? ¿No habrá que dar la vuelta a la frase de ese filósofo que dijo *"Pienso, luego existo"*, para llegar a la conclusión simple de que existo y pienso, siendo una facultad y la otra interdependientes? Y siendo así, ¿no puede suceder que pensar y existir no son ni verdad ni mentira? ¿Adónde me lleva esta encrucijada? Estoy ante el callejón sin salida creado, precisamente, por estos sabios y para el que yo, de momento, tampoco tengo la clave. En esta ocasión, ni siquiera me atrevo a dar mi propia definición que, en todo caso, tendría que ser sencilla y unívoca, y no sólo complaciente, de lo contrario yo también pasaría a pertenecer al club de los perplejos ante los laberintos que ellos mismos crean. Miro al resto de la colección de libros que reposan en el estante e imagino una asamblea en la que todos estos grandes hombres se pudieran encontrar juntos, cada uno con su ponencia bajo el brazo, en torno a los grandes enigmas de la existencia. Supongamos, también, que a esa reunión habían ido despojados de su orgullo, soberbia, etc. ¿A qué conclusiones llegarían que fueran aceptadas, no ya por todos, sino por la gran mayoría? Probablemente a ninguna, y no creo que esto sea pecar de escéptico. Aquello sería una Babel en la que nadie entendería a nadie, cada uno forzando a los demás con sus armas dialécticas pidiendo fuera aceptado su razonamiento. Y partiendo de que esto es así, ¿quién se atrevería a decir que el

razonamiento es una facultad del ser vivo superior que llamamos hombre? ¿Quién entre los humanos llamados creyentes se podría atrever a asegurar que esa facultad es un don divino? Y entre los agnósticos, ¿quién se podría atrever a asegurar que pensar es sólo una facultad de la materia, si siendo consecuentes con un pensamiento tan volátil deberían negar también la existencia de la materia misma? Mis propias preguntas me han dejado casi exhausto y mi mente en blanco. No puedo seguir mi argumentación. No sé qué responderían ellos y lo único que se me ocurre es: ¿qué diablos somos? ¿Qué soy yo? Me levantó y paseó por la sala con las manos enlazadas por debajo de mi cintura y con mi mirada barriendo el suelo. Aunque no es mucho, consigo no tropezar con los muebles.

***

Fue, entonces, cuando estuve lúcido. A partir de ahí debí retirarme de todo proyecto estrafalario. Si entonces lo hubiese pensado, no estaría ahora aquí. Ahora pago con el paraíso perdido el pretender un paraíso soñado.

***

Suena el teléfono. Es Marcos, mi abogado, que llama como de costumbre para comunicarme las últimas novedades y pedirme nuevas instrucciones. Me dice que mañana, lunes, irá la excavadora para comenzar los trabajos de explanación y accesos. No le comento mi visita al lugar. Le doy instrucciones de cómo debe ser el acceso a la plataforma que surja del rebaje de la colina. Deberá ser, le digo, en rampa y en espiral, de forma que el coche llegue hasta la misma casa. Le digo, también, que se construya

una valla metálica alrededor de toda la colina, lo suficientemente segura como para que no le sea fácil penetrar en aquella propiedad a ningún intruso. Finalmente, le comunico que debe abrir una cuenta bancaria, independiente de la que ya dispone, con una imposición de apertura de diez millones de pesetas; también con su nombre como titular y espacio para dos autorizados, de los que le daré el nombre completo al día siguiente; y que redacte una orden para el banco, significando que dichas personas autorizadas sólo podrán disponer de quinientas mil pesetas por mes y hasta que yo, a través suyo, revoque dicha orden. Le pido que al día siguiente esté en disposición de darme el número de la nueva cuenta. Marcos no hace ningún comentario, y con un "Se hará como tú dices", termina la conversación.

Sigo dando paseos por la sala, a medias de terminar de cenar. Estoy algo desasosegado. ¿He fracasado? Quizá sólo a medias. Cierto que he querido vislumbrar una salida a la cuestión sobre la vida y la muerte. Pero ante la reciente constatación de la dificultad universal, pienso que, lo mismo que los demás, yo llegaré a mi definición basada en una intuición. Me preocupa que Jorge y Ana no la asuman del todo, por más que a mí me parezca buena y suficiente, y es que, precisamente, en estas dos cuestiones, si ellos también la aceptaran sin reservas, reforzarían mi convicción final. Es extraño lo que digo; me estoy pareciendo a todos esos que pensaron, lo dijeron y debieron ver que era bueno por el número de adeptos que tuvieron. Volveré sobre el asunto cuando el proyecto esté en marcha. Me meto en la cama, y no para dormir. Adopto la postura del que piensa, pero ya no en el mismo tema; tengo que elaborar el plan para mañana. Hoy han sucedido cosas importantes y mi pensamiento no puede menos que evocarlas. Las vivencias que he tenido ante mi pueblo natal, mi inexplicable nostalgia, y hasta una emoción percibible por los demás, me

parecen una muestra de debilidad. Esto resulta negativo para la eficacia del dominio total sobre el ambiente y las personas que yo considero me pertenecen. Podría suceder que alguien tuviese la tentación de penetrar por esa herida y hacerse con todo mi ser. Este pensamiento me produce el efecto del pavor a la caída en el vacío. Me levanto de un salto, como si un resorte me impulsara, y me dirijo al ropero. De uno de los bolsos de la chaqueta que he llevado durante el día saco un trozo de periódico y marco el número que me comunica con Ana y Jorge. No están en casa. El contestador automático se pone en marcha con la voz que ruega dejen el número de teléfono. Esperó a recibir el tono de entrada de mi mensaje y hablo: Soy vuestro Señor. Quiero que vengáis tan pronto escuchéis este mensaje, y no importa la hora. Y devuelvo el auricular del teléfono a su base con cierta violencia. Ha sido un acto irreflexivo por mi parte. Suelo, siempre, anticipar la elaboración de la estrategia de la batalla que voy a librar; plantearla luego y anunciarla siempre fue un acto simultáneo. En este caso he anunciado la batalla, pero aún no he elaborado la estrategia. ¿Qué puedo hacer para que esos chicos no me juzguen un ser débil... humano? ¿Les debería obligar a hacer el amor delante de mí? Por un momento me los imagino desnudos, no a través de una pantalla, sino en su proximidad física. Mi pensamiento va seleccionando cada vez más uno de los cuerpos: el de Ana. Mi fijación llega a ser exclusiva: Ana que se retuerce, Ana en las posturas más receptivas, Ana con los ojos entornados y su sensual boca entreabierta, Ana y sus hermosos pechos, Ana y sus piernas... Una Ana, finalmente, orgásmica en un largo espasmo. Ese pensamiento me ha excitado, al punto de que he iniciado la manipulación de mi pene erecto con la intención de masturbarme. Pero no continuo. Permanezco quieto mirando el teléfono, pensando. Los dioses no se masturban, me digo. Enseguida vuelvo a coger el auricular y marco de

nuevo el número que está frente a mí, en la mesa. Cuando el tono del contestador me lo permite, dejó este mensaje: "Soy vuestro Señor. Queda anulado el mensaje anterior. Quiero que Ana venga sola". Cuelgo el auricular y me dirijo al cuarto de baño y allí me ducho. La ducha, sólo templada, ha mitigado mi ardor sexual y, en cierto modo, mi orgullo de dios cuestionado por mi propia debilidad. Ahora sólo estoy pensando en la reacción de los chicos cuando oigan el mensaje. No quiero creer en una posible negativa por parte de ellos. Saben lo que se juegan, para eso les he hecho una oferta escandalosamente alta, teniendo en cuenta la precaria situación económica de los chicos y sus méritos. No he podido evitar el pensar que mi poder de seducción no ha sido suficiente para obtener la voluntad de Ana; los hombres tardamos en abandonar esa creencia; los dioses, supongo, no piensan en eso, pero yo ahora quiero ser sólo hombre. He perfumado todo mi cuerpo, y por todo vestido me coloco un nuevo batín que descuelgo del ropero. Vuelvo a la sala y telefoneo a conserjería: Vendrá una joven diciendo que yo la he llamado; déjenla subir. Me siento y me dispongo a leer. Cojo uno de los dos libros que vengo usando y busco una palabra... "*Amor"*. "No; no es esa la palabra", me digo, y sigo buscando... *"Deseo"*. "Tampoco", vuelvo a decir. Recorro la oferta de palabras y no encuentro ninguna que se corresponda con esta imprecisa inquietud mía. Dejo el libro en la mesa, me reclino en el sillón y cierro los ojos. Me siento algo abatido, es probable que cansado de la inutilidad del libro como manual de urgencias, y me pongo a pensar en los chicos con una obsesión inevitable.

***

Cuánto más lógico hubiese sido aceptar mis propias limitaciones, los efectos perniciosos de un amor en una sola dirección, y haberme esforzado en combatirlo con las armas de la razón. En su lugar, lo enmascaré con subterfugios de narciso prepotente, y hasta con el odio de un hombre frustrado...

***

No es lo mío cosa de la imaginación. Yo no poseo imaginación, y sin imaginación, el pensamiento sólo se sustenta en hechos reales. Estoy persuadido de que tengo dotes especiales.

Ana y Jorge ya han regresado al apartamento. Han cenado cerca de casa. En casa han dejado un cheque por cincuenta mil pesetas de valor, que mañana mismo piensan hacer efectivo. Durante la cena han bromeado a costa del Señor, sin que en esta ocasión Ana haga remilgos. Nada como la juventud para festejar y no trascendentalizar las situaciones, los sucesos acaecidos y las expectativas futuras. Pero el juego en el que va a participar no es un juego de chiquillos, más bien de personas adultas y sesudas, o de alguien como yo, que he tenido la virtud de haber propuesto una aventura contagiosa desde una óptica juvenil, que se les habrá antojado, probablemente, una sublime chifladura en la que se sienten obligados y atraídos a la vez. Vuelven a casa cogidos de la mano, como significando que sus voluntades están claramente unidas para enfrentarse al destino. Quizá para expresar algo más: que para lo bueno y para lo malo, han puesto en marcha la máquina que mueve dos voluntades al unísono, esa máquina que los hombres llaman amor y que, como otras grandes palabras, tampoco ésta ha sido hasta ahora definitivamente

definida. Pero, ¿podría definirla yo para comprobar, al menos, por qué odio esta palabra?

Ya en el apartamento, Jorge después de echar una última mirada al cheque que ha dejado bajo un libro, comienza a desnudarse. Ana ha entrado en el cuarto de baño y se está duchando. Los dos imprimen velocidad a sus respectivas acciones, como queriendo ganar rápidamente el tiempo que les separa para reunirse y fundirse en la cama. El teléfono suena en el preciso momento en que Jorge se disponía a entrar en la ducha. El contestador se ha puesto en marcha, pues no lo habían desactivado aún. Ana bromea con Jorge. Desde la habitación no se puede oír el mensaje.

—Mira a ver si tenemos trabajo —dice Ana.

—¡Qué se joda y se lo haga mirando una revista porno! ¡Se acabó, Ana; eso se acabó!

—Ahora empiezo a preguntarme cómo hemos podido hacer tal cosa. Somos unos cochinos, cariño.

—Tampoco es para tanto. El Dios que todo lo ve nos habría visto, de todas maneras.

—Eso es verdad, pero Dios no se excitaría a nuestra costa; más bien nos apuntaría en su libreta de pecadores, muy ofendido por nuestras cochinadas.

El teléfono suena de nuevo; es mi segunda llamada. Suena el clic del contestador, que se ha puesto en marcha.

—¡Otra vez! ¡Joder, qué éxito! ¿Y si montamos una empresa? —dice Jorge, ya en el cuarto de baño.

— Mientras te duchas voy a ver lo que hay en el contestador.

—Deberías meterte en la cama para tenérmela calentita. Deja eso ahora.

—Será un momento; quizá haya algún mensaje de algún amigo.

—Como quieras, pero yo no estoy para nadie. Y no cuentes por lo que estamos pasando.

Ana pulsa la tecla de rebobinado y a continuación la de repetir, y se sienta a escuchar mientras se cepilla el pelo. Jorge ya no puede escuchar bajo la ducha. Suena la voz de mi primer mensaje, seco, cortante; es una orden. Ana suspende de inmediato su acción de peinarse y se queda en la posición de un robot que ha sido desconectado. Para rápidamente el contestador y rebobina de nuevo. Deja el contestador, se levanta absorta y se dirige al cuarto de baño.

—¡Para la ducha, Jorge!

—¿Qué pasa?

—Sal y escucha lo que hay en el contestador.

—¿No puedes decirme de qué se trata y que no puede esperar? No me jodas diciendo que nos ha descubierto alguien de la familia.

—No; no se trata de eso. ¡Ven, rápido!

Ana pulsa una tecla y escuchan mi voz expeditiva. Ana para el contestador y mira a Jorge, como queriendo pedirle su parecer sobre lo que acaba de oír.

—¡Será mamón! ¿Qué coños quiere a estas horas? ¡Ah, ya; ese tío quiere hacerse una paja mirando cómo lo hacemos! Por lo que paga habrá pensado que puede pedir algunos complementos —dice Jorge con un tono de gran enfado.

—Puede que no sea eso y lo que quiere es consultarnos algo que se le ha ocurrido.

—No seas cándida. ¿Es que no puede esperar a mañana? Te digo que ese tío nos quiere ver follar. Pues, ¿sabes lo que te digo? ¡Qué se joda! Como si no hubiéramos escuchado el contestador. El no nos pidió que lo

conectáramos siempre que llegáramos a casa o que escucháramos el teléfono si sonaba, ¿o no?.

Mientras esto dice Jorge, Ana parece pensar, más que escuchar lo que dice su amigo. Como mirando en el interior de sus ideas, dice:

—Seamos sensatos, Jorge. Todavía no tenemos el negocio atado. Es mejor demostrarle que no tenemos ningún inconveniente en atender lo que nos pida, y menos sin saber de qué se trata.

Ana, la desconocida Ana, parece pensar en términos puramente mercantiles. A Jorge empezará a preocuparle otra cosa bien distinta.

—Te digo que ese tío es un déspota caprichoso, o un crápula vicioso, y nos terminará chupando toda la sangre. ¿Te das cuenta ahora del significado de que utilizara nuestra sangre para firmar aquel documento? Eso suena a diabólico, como lo de Mefistófeles.

—Me parece, Jorge, que te estás pasando. Nada perdemos con atender su llamada; otras hemos atendido antes sin tantas prevenciones. Pero, escucha, si no atendemos ésta, podemos poner en riesgo todos nuestros sueños. Ahora recuerdo que hubo dos llamadas casi seguidas. Quizá lo ha pensado mejor y ha cambiado de parecer. Espera —y Ana pone en marcha el aparato para que siga reproduciendo los mensajes que han sido registrados.

Los dos jóvenes miran expectantes al contestador. Mi voz se oye de nuevo. Mi primera frase anulando el mensaje anterior, les hace respirar con alivio, pero lo que a continuación oyen les ha helado la sangre. Tardan un instante en reaccionar. Ya no hay más mensajes, el contestador se para solo. Ana mira angustiada a Jorge. Jorge con la vista clavada en el suelo, mastica una frase:

—¡Será hijo de puta!

—¿Qué hacemos, Jorge? —pregunta Ana, consternada.

—¿Cómo que qué hacemos? —la mira aún fuera de sí— Me desconciertas, Ana. Ahora eres tú la que tienes que decidir. Supongo que tienes claro lo que pretende; primero piensa en los dos, a continuación lo piensa mejor y se dice a sí mismo: qué diablos, para qué las cosas a medias, me voy a follar a la chica, que para eso es mía. Ahí tienes a tu Señor, corre y no le defraudes.

—Estás siendo injusto conmigo. Nada te hace pensar...

—¿Injusto? Parece que lo que te preocupa es perder el negocio. ¿O es que para ti los ideales también se alcanzan sometiéndote a cualquier indignidad?

Está bien. No voy. Coge el cheque y rómpelo. Esta historia se acabó —dice Ana con expresión de enfado.

—Tampoco hace falta romper el cheque —replica Jorge más sosegado—. Estoy de acuerdo en que no vayas, pero el cheque lo podemos cobrar. Es el pago por haberle dedicado el día de hoy. Tampoco se trata de volvernos gilipollas.

—Yo no quiero ese dinero, ni ningún dinero. Mañana le devuelves también las veinte mil pelas que nos dio ayer. Pero te voy a decir algo más, Jorge: estamos prejuzgando lo que ese hombre quiere de nosotros...

—Perdón; de ti.

—Pues de mí, aunque pensaba que lo mío también era lo tuyo. Yo puedo ir y saber finalmente de qué se trata, y me basto y me sobro para poder decidir lo que puedo hacer o no quiero hacer. No creo que me vaya a poner un cuchillo en la garganta.

—¿Y me puedes decir hasta dónde estarías dispuesta a llegar?

—Como a ti lo único que te preocuparía es si me acostase con él, desde este momento te puedo asegurar que no lo haré.

—Eso me tranquiliza, porque me habías hecho pensar... ¿Y no tienes miedo a ir sola?

—¿Es una pregunta, o estás manifestando tu preocupación?

—Las dos cosas. No seas tan susceptible.

—¿Y qué vas a hacer tú si te digo que sí, que tengo miedo, pero que a pesar de todo voy a ir?

—Puedo ir contigo y le diremos que sólo hemos oído el primer mensaje.

—¿Y tú piensas que eso se lo va a creer? Además, ¿qué trabajo le cuesta decir que a ti no te necesita y que te puedes ir? Recuerda también que nos dijo que no soporta que le mientan.

—En resumidas cuentas, que estás dispuesta a ir, ¿no?

—Yo no he dicho eso. Creo que mi única afirmación ha sido en el sentido de que esto se acabó, y a continuación te he dicho lo que vamos a hacer con el cheque y el dinero. Eres tú el que ha empezado a sugerir alternativas. Para ti lo realmente insoslayable es el dinero, lo demás contingente. Desde luego estás en tu papel, no te lo reprocho, pero me obliga a pensar que...

—Yo también he dicho que nos quedemos con el dinero que ya tenemos y mañana ya veremos cómo toma el que no hayas ido. No veo que una cosa sea incompatible con la otra.

—En medio está eso que se llama ética y que tú pareces despreciar. De todas formas, y haciendo abstracción de tu evidente desprecio por algo al parecer tan poco práctico, ¿eso soluciona algo? ¿Y si mañana delante de tus narices me propone que me quede a solas con él?

—Para entonces ya habremos cobrado el cheque. Le dices que no, que no te quedas a solas con él.

—Antes estabas instalado en la ambigüedad, ahora en el ridículo. ¿Es que siempre estás tú presente en donde quiera que yo me halle? Todos

parecéis dar órdenes, y yo, incapaz por mí misma de decisiones propias, debo ser una imbécil que me debo doblegar a los sones que me toquen. Mira, Jorge, lo tuyo ha sido sólo un arrebato de celos, impulso que hace cometer las mayores estupideces. Cuando la razón se impone por mor de otras, valga la redundancia, razones, los celos se quedan diluidos en eso, en alternativas. Pues una de esas alternativas es que vaya y que confíes en mí. Me gustaría que confiaras, de lo contrario lo nuestro no tendrá sentido.

—Está bien, yo te llevaré. Te esperaré a que regreses metido en el coche.

—No hace falta; puedo coger un taxi.

—Es lo único que ese hijo de puta no ha condicionado y lo voy a hacer. Puesto que vas allí por el negocio, yo formo parte de ese negocio.

Ana parece pensar que todo lo dicho no determina claramente la postura real de Jorge.

—Otra cosa que no ha condicionado es que me digas que no vaya...

Jorge, ante las sibilinas palabras de Ana, sintetiza la realidad que une a lo dos en aquel crucial instante.

—Ya no sé si soy yo el que quiero que vayas o eres tú la que te empeñas en ir con tus razones.

—Vamos a dejarlo ahí, Jorge, y no discutamos más.

Las expresiones de los chicos, mientras intercambian sus puntos respectivos de vista, me llegan con claridad mientras se sucede el diálogo descarnado. Pero más importante que las expresiones de sus caras, he podido captar los matices que se desprenden de sus posturas cambiantes, y que no son otra cosa que las expresiones de un aspecto importante, esta vez sí, y en nada que ver con una exteriorización externa, de la condición

humana: ¡miseria!, es la única palabra. Y yo lo acepto, siendo verdad, como creo, que así ha sucedido.

Continuo omnipresente, y hasta omnisciente, en sus vidas. Son mis criaturas y es mi privilegio.

Ana y Jorge se visten, y en pocos minutos están de nuevo en la calle tomando el coche en dirección al hotel. Por el camino no hablan; cada uno está pensando en el otro con la desconfianza recién surgida entre ellos: Ana, en que el incipiente amor que parecían sentir el uno por el otro no es lo suficientemente fuerte como para imponer su arbitrio; si Jorge estuviera verdaderamente enamorado, su amor no le habría permitido que fuese a esa cita por nada del mundo, y la ambición pasaría a ser como máximo la frustración del qué se le va a hacer. Pero Ana deja flecos sin resolver y ella también está instalada en la contradicción, que seguramente no quiere reconocer. Por su parte, Jorge, piensa que Ana puede sentir atracción por mí, un hombre lleno de fuerza y persuasión e igual de loco que ella por las jodidas filosofías. Dos personas que no reconocen sus sentimientos respectivos y obran en consecuencia, están sumidos en un pozo de aguas fecales; todo les huele mal, como primera consecuencia de no estar a gusto consigo mismos. Cada uno trata de salvar su yo como puede, frente a sí mismo y frente al otro. Ninguno de ellos acepta que lo que los dos defienden, es algo tan simple y humanamente motivador como el buen negocio que se les puede ir de las manos. En el caso de Ana, también por una sugestión intelectualmente falsa, que ella no quiere ni siquiera sopesar, y que le ha permitido concluir que también en ella puede haber ribetes de egoísmo. Por eso me pregunto: ¿qué más da lo que yo diga sobre intenciones, oscuras para ellos mismos? Lo que puede suceder, tendrá primero que pasar, y para entonces ya no será una alternativa, sino un hecho sucedido, y los dos habrán encontrado

la respuesta a lo que ahora se preguntan. Después, a buen seguro, cada uno por separado creerá haber tenido razón. Lo que suceda después, dependerá de lo que cada uno soporte la mentira que se fabrique.

Los dos jóvenes llegan a las cercanías del hotel y Jorge aparca el coche en un hueco sombreado que se avista en un lateral de la avenida. Jorge apaga las luces. La cabina está casi a oscuras. Jorge, en silencio, intenta coger la mano de Ana, pero ésta la retira. Jorge habla sin mirar a Ana.

—Todavía estamos a tiempo.

—¿Tienes alguna otra alternativa?

—Podríamos...

Ana no le deja terminar. Efectivamente ese uso del verbo poder implica otra alternativa. Ana debe pensar que nada está predeterminado entre los dos y que los dos, como pareja, están en manos de un destino no escrito todavía. Pero como en otra ocasión he dicho, es verdad que cada uno de los chicos, de forma individual, sabe cuál es su destino, y por él trabajaban.

Ana tiene una luminosa idea, demasiado fuerte para maquillarla, y la expone con la crudeza de la desnudez.

—¡Podríamos irnos al infierno los dos!; somos hijos de Lucifer. Y ¿sabes lo que te digo, Jorge? Que ya que no podemos ser mejores de lo que somos, vamos a ser lo peor que podamos para agradar al Señor. ¡Ah, si Dios fuese así, qué complacido estaría de sus hijos! —y Ana sale violentamente del coche.

Jorge se queda petrificado, sin saber qué responder. Le coge desprevenido aquella manifestación de huida hacia delante, tan brutal, tan claudicante de parte de Ana, pero sólo es un instante, porque enseguida parece relajarse; cruza las manos detrás de la cabeza, cierra los ojos y se

desliza en el asiento lo suficiente para apoyarla en el respaldo. En esa posición medita que no todo está perdido.

Ana llega resuelta frente a la puerta de la suite mil cuatrocientos veinte. Golpea dos veces con los nudillos y espera mirando al techo del pasillo.

No puede ser sino ella, y en esta afirmación empeño todo mí crédito de pequeño dios.

Es Ana. Abro la puerta y dejo franco el camino para que pase. No hay palabras de saludo entre nosotros. Ana llega al centro de la sala, se vuelve hacia mí y observa mi vestimenta. El batín se entreabre dejando al descubierto parte de mis piernas desnudas. Por Ana se cruza un pensamiento: este hombre está preparado para lo peor que ella puede esperar; Jorge tiene razón en su suposición, piensa también. No le da tiempo a pensar en nada más; yo, con voz firme, sin concesión alguna a la amabilidad, la mando sentar.

—Siéntate, Ana.

Ana dice ceremoniosa:

—Como usted mande, señor.

Yo la miro desde la altura de mi indiferencia.

— ¿Es resignación o es ironía?

Ana pregunta con expresión de sirvienta tonta:

—¿Cómo dice, señor?

Para mí carecen de significado estas poses de dignidad a la defensiva y no sigo en ese papel teatral al que Ana me arrastra.

—No importa. ¿Has venido sola? —pregunto con la intención de confirmar mis poderes.

—Jorge me ha traído hasta el hotel, señor —dice Ana con el mismo tono de servil fingimiento.

—¿Alguna pregunta?

Ana parece haber encontrado el momento de quedar claro entre ella y yo un asunto de la máxima importancia: que están en plena transacción y aún no se han cumplido algunas condiciones del contrato, por lo que el Señor debe en todo caso esperar.

—¿Cuándo nos va usted a permitir disponer del dinero mensual que nos ofreció, señor?

Aun seguro de mí mismo como estoy, no puedo menos de sorprenderme de mis facultades adivinatorias.

— Mañana. Ya he dado orden de hacerlo. ¿Te preocupa eso?

Pero también me ha sorprendido algo la pregunta. En realidad esperaba que Ana me interrogara sobre el motivo de haberla llamado a hora tan intempestiva y a ella sola. La pregunta que me ha hecho está llena de significado despectivo hacia mí, que podía haberme creído tener atractivo personal suficiente como para esperar la presencia satisfecha de la joven ante mi llamada. No es nada de eso, afortunadamente; los límites no han sido fijados, ciertamente, y ella habla de asegurarse el pago. Es como hacen las putas cuando no se fían de sus clientes. Y este terminar las frases con la palabra señor, sin duda es una forma irónica de decir, ¡cuidado, señor! Como no lo considero un fracaso personal, ahora debo acabar con la aparente ironía de Ana. La ironía en una mujer, cuando no es una picardía, suele encubrir una burla, y yo, desde luego, no estoy dispuesto a tolerarla.

—Y deja de terminar tus frases con esa cantinela de señor — le digo con firmeza.

—Como prefiera, señor —continua Ana, esta vez por inercia que le disculpo.

—¿Has venido para burlarte de mí? —la interrogo con severidad en mi semblante.

—De ningún modo, señor. No he venido para burlarme. Es usted rico y también mi dueño, así que toda razón está de su parte. Usted debe saber para qué he venido —dice Ana, queriendo abreviar para saber qué quiero en definitiva de ella.

—¿Tú no lo sabes?

Ana vuelve a adoptar el tono teatral en su respuesta, diciendo con cara de sorprendida.

—Yo no, señor. Mi voluntad pertenece al señor. Nada es contingente para mí; todo es necesario que suceda según la voluntad del *Señor*.

No he visto significados ocultos en esta parodia de mística casi religiosa. Podía enfadarme, pero creo que cualquier momento es bueno para demostrar a estos chicos mi superioridad de pensamiento analítico. De paso, voy a probar a Ana.

—Esa es una manifestación de sumisión que te podía agradecer, pero yo no sé agradecer lo que me dan a cambio de mi dinero; mucho menos lo que me manifiestan que están dispuestos a dar sin haberlo yo pedido. De todos modos, quiero creer que lo que tú ofreces sin reservas no lo haces en virtud de un pacto que, desde luego, te obliga a hacer cualquier cosa que yo pudiera imaginar, sino que lo haces por despecho a alguien que no soy yo. Me gustaría que lo pensaras hacer por una decisión que te complaciera.

He jugado fuerte. Ana tiene que definirse. Pero Ana debe creer que es ella la que domina en este instante; mientras no abandone este tono de actriz afectada, todo es una farsa; para cambiar y plantar cara si era necesario, los acontecimientos le indicarán el momento.

—Puede estar seguro, señor, que nada me complace más que ser distinguida por sus preferencias.

Es una manifestación de evidente sumisión fingida. No me dejo engañar.

—¡Bueno, basta ya de ridículo teatro! Veamos hasta qué punto es cierto que te sometes al guión. ¡Desnúdate!

Ana se levanta lentamente e intenta ir a donde supone está el dormitorio. Sólo da un paso, al tiempo que me vuelve la espalda, y se para. Percibo su dubitativa actitud, y antes de que se concrete en negativa por parte de Ana a seguir aquel juego, le digo con voz autoritaria:

—Desnúdate frente a mí, aquí mismo.

Ana carece de pudor. Ya se ha desnudado muchas veces delante de los hombres. Los estudios que dice está realizando sobre la sexualidad le han hecho concluir que una mujer, ante un hombre, es más vulnerable vestida que desnuda. Se vuelve sin mirarme, y, con la vista perdida en el suelo, comienza el rito femenino de desprenderse de su ropa; se entiende que cuando el desnudarse de una mujer se convierte en rito. Lo hace despacio, de forma ordenada y sin vacilación, como en un ensayo teatral con el cronómetro en la mano del regidor. Yo la observo, mientras descubro la feminidad, que yo creo sumisa de esta joven y no un acto oferente. Pienso en mi nula atracción física sobre Ana, la única que movilizaría su entrega voluntaria, y forma que yo hubiera preferido para conseguir lo mismo de esta mujer. Pero esa posibilidad nunca antes la puse a prueba; por miedo al fracaso, siempre me he valido del dinero como de seguro efecto y sin el riesgo de descubrir mis limitaciones. Ana se ha quedado sólo con el sujetador y la braga, y vacila en seguir. Yo, sin demostrar ninguna reacción ni urgencia, señalo a Ana.

—Adelante. Completamente.

Ana desabrocha su sujetador, y sus turgentes pechos se liberan sin apenas descolgarse. Luego se inclina y se baja la braga con las dos manos. Su cabeza y cabellera colgante tapan su pubis a mi visión. Cuando se libera de la prenda inferior, sujetándola con una mano se levanta lentamente,

mostrando todo su espléndido cuerpo desnudo. Ana me mira, esta vez con ojos desafiantes de hembra que conoce todos sus poderes ante los hombres; los ojos de la mujer con todos los recursos de su cuerpo para humillar al hombre que no la ha conquistado con igual atractivo. Ana escruta mis ojos, que han adquirido un especial brillo. Yo la miro de forma panorámica, sin especial fijación en ninguna parte de su cuerpo. Son algo más de veinte segundos interminables, el tiempo parece pararse. Busco los ojos de la chica y los encuentro firmes y retadores. Antes de que alguien ceda a la fuerza del otro, indico a Ana.

—Vuélvete.

Ana se vuelve después de una breve vacilación; esto no está en el guión que ella se ha prefigurado. Por su mente debe pasar un pensamiento de fastidio: ¿Es que no es suficiente? Y con lenta desgana, con los brazos caídos, pegados al perfil curvilíneo de su cuerpo, me vuelve la espalda. Ana habría preferido cualquier cosa a la inspección de su espalda. Aquello le debe parecer lo más humillante que le puedo pedir, y comienza a dudar si es ella la que domina la situación; porque de frente, ella tendría la ventaja de mirarme a los ojos y desnudar mi alma de déspota, impotente para el amor-sentimiento; de espaldas sólo es un cuerpo pasivo, indefenso, que espera la benevolente aprobación del que lo mira. En esa posición, se queda esperando alguna otra orden mía que no llega. Yo ya no miro, perdida mi mirada en un vacío que fagocita todos mis pensamientos. Ana, nerviosa por una larga espera que no entiende, al fin decide volverse. Me ve absorto, como ajeno a lo que tengo delante. Ana comprende enseguida: el hombre que tiene a su lado está completamente derrotado, y no por ella que, al fin y al cabo, ha respetado el vasallaje que me es debido, sino por la propia miseria de mi condición despótica, incapaz de esperar afectos espontáneos. No soy hombre capaz de vencer la resistencia del amor ajeno

hacia mí, saco como conclusión buena y suficiente. Y digo buena, porque, en lo sucesivo, nunca me expondré a la miseria que habría de sentir comprobándolo de nuevo.

Ana se pone a recoger las prendas de vestir que había ido depositando en el suelo y comienza a vestirse lentamente sin dejar de mirarme. Yo no cambio de actitud, aparentemente ajeno a lo que Ana continúa haciendo. Ana termina de vestirse, recoge su chaquetón del sofá y se pone a caminar en dirección a la puerta de salida. Ha dado sólo unos pasos y se para, se vuelve y deshace el camino hasta ponerse cerca de mí. Yo no he variado de postura y no oso levantar la vista. Ana me pasa la mano por la cabeza con el gesto materno de restregarme el pelo; luego se vuelve y se dirige, ya resueltamente, a la salida. Cierra la puerta detrás de sí y la imagino sacando del bolsillo un pañuelo para enjugarse una lágrima. Para Ana, la Ana idealista, también aquello ha sido un fracaso. Mi pensamiento me compensa de una realidad que hubiese sido para mí insoportable. Y sigo pensando.

***

Ya fue duro vivir mi propia y confusa vida, pero más duro aún vivir la de los demás, que muchas veces se te aparece más nítida incluso que la tuya. Pretensión o realidad, ahora sé que el haberme complacido creyéndome omnisciente y omnipresente en la vida de los chicos, como antes en otras personas, fue lo que me ha hecho ser responsable de todas las vilezas, las mías y las de ellos...

***

Jorge, que no ha quitado la mirada de la puerta del hotel, ve salir a Ana del mismo y le debe parecer, según sus cálculos, que lo hace inesperadamente pronto. "Quizá no sea Ana", se dice, y, para asegurarse, sale del coche. "Sí, es Ana, ¿qué habrá pasado?", se pregunta en voz alta, más por la circunstancia de que todo haya ido tan rápido, que por lo sucedido en sí. Sale al encuentro de ella caminando despacio, sin dejar de observar su silueta. Cuando la tiene cerca, la mira a la cara, ya perfectamente dibujada; busca en ella las huellas de la presumible batalla que acaba de librar. Ana aparece seria, las manos en los bolsillos de su chaquetón y el cuello subido. A dos pasos uno del otro, Jorge la interroga, como si tuviera que haber pasado algo.

—¿Qué ha pasado, Ana?

Ana tarda un instante en responder; busca en su mente una respuesta que muestre su indignación, pero se limita a dejar que su compañero le marque la pauta.

—No entiendo bien tu pregunta, Jorge. ¿Has estado ahí todo el rato esperando para hacerme esa pregunta? Está bien, perfecto. No esperaba menos de ti. Como pareces admitir que podía haber pasado cualquier cosa, lo que ha pasado es cosa exclusivamente mía, que desde luego no pienso compartir contigo.

—¿Y por qué no es también mía?

Y Ana, esta vez muy enfadada, y digo muy enfadada, no sinceramente enfadada, contesta:

—¡Ah, no, querido Jorge! Tú no estabas allí para decidir cómo se escribía esa historia; tú sólo esperabas a que te la contaran, ¿no es así?

Jorge parece estar preparado para los reproches, sólo los dirigidos a él. En estos caso parece que lo mejor es jugar con las palabras que

declaran un sentimiento, eso sí, para reforzarlo, no obviar primero cambiar el sentido del reproche.

—Comprendo que estés enfadada, sólo hasta cierto punto, porque te recuerdo que lo que has hecho lo has hecho por ti; yo sólo te he facilitado el camino no oponiéndome con firmeza, que, por otra parte, no sé si habría valido de algo. Si es esto último lo que me reprochas, no eres justa, porque el mismo dolor hubiera sentido de haber tenido que forzarte a no hacerlo sin conseguirlo.

Ana, ante estas últimas palabras, parece sentir flaquear su ánimo de vengarse de su compañero, pues no replica. Y le debe parecer que Jorge tiene toda la razón. Nada le tiene que reprochar, salvo que la ocasión ha sido buena para demostrarle su amor y ese instinto de protección y exclusivismo sobre el objeto amado, que hasta en los seres inferiores se manifiesta con fuerza y, a veces, con heroísmo. Quizá no hay nada entre nosotros, piensa Ana mientras abre la puerta del coche y penetra dentro sin pronunciar una palabra. Jorge hace lo mismo, pone el coche en marcha y los dos regresan en silencio, un silencio que es la manifestación de un vínculo roto de comunicación entre los dos. Yo me doy por satisfecho de que el orgullo de Ana no le permita, esta vez, ninguna satisfacción a mi costa.

***

Aunque en esta situación no me cabe la menor duda de esos poderes míos, de los que usé y abusé, sí constato ahora algo que entonces debí tener presente: la posibilidad de conocer a los demás, me llevó a tener miedo a conocerme a mí mismo...

***

Mientras pienso en todo eso, todavía sigo en la posición y disposición en que Ana me ha dejado tras cerrar detrás de sí la puerta. Me incorporo y paseo por la sala, las manos enlazadas a mi espalda. Ahora mis pensamientos son confusos, indefinidos, con esa indefinición con la que se está ante un imprevisible acontecido. Surgen en mi mente como ideas cortadas por otras ideas opuestas o diferentes: ¿He conseguido mi propósito, doblegar cualquier resquicio de resistencia de estos dos chicos...? ¿Ana me ha humillado...? Me tiene compasión; la pasada de su mano por mi cabeza... ¿Los habré perdido? ¿Qué actitud debo adoptar ahora para con ellos? ¿Estuvo bien dejarla marchar así? Ana es una gran mujer... O, no es una gran mujer; no llegue a comprobar a lo que estaba dispuesta. Yo tampoco soy tan malvado como creía; me he avergonzado de mí mismo... No, no fue vergüenza, fue miedo... He descubierto que soy un ser sensible, después de todo... ante la desgracia de los demás ¿Por qué los demás no se dan cuenta? ¡Ah, claro! La sensibilidad no es algo que se proyecta hacia los demás, como el amor, la caridad, la solidaridad... La sensibilidad es algo que sentimos tener como un reflejo de la imagen que los demás proyectan, sean personas, animales o cosas. No depende de nosotros el ser siempre sensibles frente a la vida que nos es próxima, porque no tenemos obligación de serlo. Puede ocurrir que los demás no nos causen otras emociones que las de contemporizar con su presencia. Cuando imaginamos es diferente; somos nosotros los que creamos las figuras en el espejo y son esas figuras las que nos sensibilizan...

Presiento que persona e imagen son dos palabras que me van a dar que pensar. Es bueno el momento para bucear en esas dos palabras en tanto que relacionadas entre sí. Veamos qué se me ocurre. Una persona es algo

odioso, sí. No se puede hacer nada con ella. Una persona se nos escapa cuando creemos poseerla y crea ante nosotros un abismo. Una persona nos atormenta cuando esperamos de ella sosiego. Una persona es ese referente obligado al que nunca llegamos y siempre perseguimos. Pero esto no es todo. Algunas personas se empeñan en que seamos buenos con las demás personas y con nosotros mismos. No se quieren enterar de que para ser buenos con las demás personas, antes hay que explicarles que uno es una persona y que, por tanto, uno es algo odioso, del que nada bueno se puede esperar. ¿Voy bien? Debo seguir.

Sucede con frecuencia que ponemos empeño en no ser una persona.; es decir, en ser una buena persona. Creemos estar haciendo todo lo contrario, pero no es así; incluso si llegásemos a ser la mejor persona del mundo, tendríamos a una legión de otras personas que nos odiarían por ello; para ellos seríamos una mala persona.

¿Qué es ser una buena persona? ¿Ser una buena persona es una imagen o una convicción propia? Creo, pienso en este instante, que es una imagen; la cosa que proyecta esa imagen no tiene la convicción de ser una buena persona. Depende de nosotros. Y si quitamos buena, y nos quedamos sólo con persona, ¿es una persona una imagen o una convicción propia? Pues también creo, o pienso, que es una imagen; la cosa que proyecta esa imagen no tiene la convicción absoluta de ser una persona. ¿Con qué nos quedamos? Diría que sólo con la imagen de buena persona, o persona a secas. Tanto si te esfuerzas en ser una buena persona o simplemente persona, lo que estás haciendo es proyectar una imagen. ¿Y qué es una imagen? En contra de la primera acepción del diccionario, que dice que imagen es una representación en un espejo, pantalla, pintura, etc., de alguien o de algo, una imagen es imagen si es una representación mental de algo o de alguien. La primera no existiría si no existiese la segunda. Por

tanto, ser persona, o buena persona, sólo depende de que exista esa imagen mental. ¿Me pregunto quién soy ? Pues, según mis conclusiones, yo ya lo sé: soy una imagen porque yo tengo en mi mente esta imagen. Pero eso no es mucho: yo tengo conciencia de mi ser porque, a la vez, los demás también tienen la representación mental de mí, imágen para ellos. La conclusión es que una imagen no vale más que cien mil palabras; en realidad una imagen no vale nada, por cuanto sólo es algo contingente de algo que nos forjamos en nuestra mente. Si seremos poca cosa, que hasta los hombre de presumidas (de presunción) convicciones, necesitan, y a veces hasta con angustia, que se les explique qué son. ¿Y qué explicación le puede dar una imagen a otra imagen?...

No sé, en estos instantes, si mi conclusión es válida y debo asumirla sin posterior análisis. En cualquier caso, pareciera que es algo importante en una primera consideración y deberé volver sobre ello.

Me levanto arrastrando esas reflexiones mientras se desvanecen de mi preocupación. Me siento con síntomas de estar fatigado. Vuelvo, recurrente, a pensar en Ana, y por primera vez admito que las cosas verdaderamente importantes entre un hombre y una mujer no siempre entran en los cálculos de la transacción mercantil como creía. Me consuela que, por el momento, sólo por el momento, las cosas hayan acabado indeterminadas. Dos voluntades doblegadas por la acción recíproca no se pueden considerar ni vencedoras ni vencidas. Si los chicos continuaban a mi lado, lo principal, mi dominio sobre ellos ha quedado suficientemente probado. Otra cosa es el dominio sobre mí mismo, que tendré que reafirmar en lo sucesivo, y no caer en manifestaciones de debilidad y acomplejamiento juvenil.

Me acuesto, y esta vez mi cuerpo sólo quiere dormir, cansado de haber padecido una frustración en la que mi mente no colabora del todo para

evitarla. Pero el sueño tarda en llegar. Dejé a Jorge y Ana camino de casa. De nuevo están presentes en mi mente, una mente que, incluso cuando parece no dar más de sí para pensar en mí mismo, se refugia en el gozoso ejercicio de penetrar en mis criaturas.

***

Sí, sin duda debía estar loco. Porque ya no era obsesión. La obsesión permite la duda y la atención; la locura no te permite ver las cosas sino planas, lineales, sin las aristas que te obligan a sortearlas con cuidado...

***

Ana y Jorge llegan a su casa sin dirigirse una palabra que rompa con el silencio; por el miedo a conocer lo que piensa el otro, porque temen ahondar más en la debilidad de unos sentimientos que habían considerado recíprocos. Suben al apartamento y Ana se sienta en uno de los sillones. Jorge coge un refresco del frigorífico y se pone a pasear de un lado al otro de la sala. ¿Deberían acostarse? No; si los muebles podían salvarse, antes deben intentarlo. Tienen que hablar y discutir las bases de la tregua, si eso es posible. Es Jorge el que al fin se decide, quizá porque las convicciones del escéptico son más firmes, por escasas. Pero no. A partir de este instante, los dos hablan de principios, es decir, de nada.

—Ana, no me dices lo que ha pasado ni te lo exijo. Quiero que sepas que me avergüenzo de mí mismo y de los dos como pareja, sin que tenga nada que reprocharte para quedar yo exento de culpa. Creo que debemos sacar una conclusión válida para los dos: no somos dos héroes, ni tenemos

voluntad de parecerlo. Partiendo de esa realidad, creo que debemos comportarnos con naturalidad y discutir si esto va a continuar o no. A nada conduce enfrentarnos con reproches, porque todos los reproches se vuelven contra nosotros mismos.

—Lo de la naturalidad, ¿qué quieres decir? ¿Debo acostarme con naturalidad contigo? Quizá yo esté en disposición de poderlo hacer, pero ¿te acostarías tú con la naturalidad que predicas? ¿Soy para ti la misma que unas horas antes? Pues te equivocas si piensas que sí. Yo soy sólo el despojo que ha dejado el macho dominante, sea por acción o por dejación de mis principios, y tú el mismo macho que tuvo claro que su destino era esperar que el otro se saciara; algo quedaría luego para él, ¿no es así? Algo, por otra parte, muy explícito en los comportamientos animales... pero creía que las personas...

—Tus palabras no por ser duras dejan de hablar de la realidad universal que es el instinto. El instinto mueve la voluntad de supervivencia y se antepone a cualquier otra consideración; todo lo demás florece cuando éste no está en juego.

—Creía que el amor era más fuerte que el instinto. Tú lo dijiste: "No somos héroes." Pero también dijiste que te avergüenzas. ¿Deberías avergonzarte? ¿Qué es la vergüenza para ti?

—He sentido la pérdida de mi propia estima y la inviabilidad de los dos como pareja. Pero debo rectificar, porque creo que nunca existió por ninguna de las dos partes ni autoestima ni voluntad de pareja. Yo confieso que me he humillado ante el poder de ese hombre y ya conozco el precio que vale mi humillación. Y ahora que sé como soy, voy a procurar llevar mi condición con naturalidad y coherencia, todo lo demás será fingimiento; a eso me refería.

Ana esta vez no pregunta, no responde. Lo que Jorge dice de sí mismo, también es aplicable a ella, pero el efecto para Ana es, o puede ser, insuperablemente doloroso, porque ella es la romántica, la idealista, y ahora esas certeras palabras de Jorge están descubriendo que su realidad es hermana gemela de la de su compañero. Su actitud romántica e idealista, cuando puesta a prueba, no pasa de un sentimiento que no tiene suficiente fuerza para imponerse a otros que se hacen fuertes, movidos por el instinto de supervivencia. Ana pregunta, como si esperara un desenlace consecuente.

—¿Qué vas a hacer?

—Quiero acostarme. Si lo prefieres, separaré las camas —dice Jorge con voz entrecortada.

—Sepáralas, si lo prefieres tú. Yo no tengo motivos para que no sigan juntas.

Jorge no responde. No esperaba esta contestación de Ana, que en sí misma parece un misterio, una adivinanza. Pero no trata de bucear en su significado; después de todo, tampoco él tiene acomodo a cualesquiera explicación. Se va al dormitorio, se desnuda, se pone un pijama y arrastra una de las dos camas medio metro de la otra, recompone torpemente la ropa y se acuesta.

Ana se levanta de su asiento poco después. El ruido de la cama al desplazarse le causa un cierto malestar, pero también prefiere que haya sido él el que ha tomado una iniciativa que ella también desea, al menos por esta noche. Pensando que ella está en posición de rehabilitarse ante Jorge, en muchas ocasiones ha estado a punto de confesarle lo que ha pasado conmigo, porque, de saberlo y sin otras consideraciones puramente estéticas, le hubiese puesto contento y quizá todo se habría podido rehacer. Pero Ana rechaza la idea, por no dejar ésta a salvo los

principios, conculcados de cualquier forma. Mejor dejar las cosas así. Si no hay mejor razón, la realidad parece imponer que si él cobra igual, es justo que sufra igual. Ana, la Ana a ras de tierra, piensa ahora que es diabólica, pensamiento que, lejos de causarle una sensación negativa, le produce una desconocida satisfacción, pues se acuesta sin más y se duerme enseguida. Jorge ya lo ha hecho bastante antes, con bastantes menos circunloquios en su cabeza.

***

Eran sólo dos jóvenes y ya llevaban el estigma de un mundo sin claros horizontes, sin el deseo de cruzarlos, creado sólo para vivir y morir...

***

La mañana del día siguiente es nueva, nueva para todos nosotros y por esa sensación de vacío ante lo nuevo. Yo aún me planteo la duda de si los chicos aparecerán a la hora convenida, y eso me desazona; un hombre puede estar seguro de sí mismo, pero no siempre respecto de otras personas, especialmente si son jóvenes, y mis poderes supuestamente premonitorios, ahora no me valen. También le doy vueltas al comportamiento que debo adoptar con ellos en caso de que vengan. Concluyo, acto seguido e impulsado por el deseo más que por la convicción, que vendrán de cualquier modo. No toleraré ni un reproche, tácito o explícito de los chicos. Tampoco ningún signo de falta de respeto. Espero que han comprendido que yo soy el que he mandado y ellos los que han obedecido. Incluso el acto de irse Ana, sin esperar a que expresamente

la mandara marchar, supone en sí una autorización nacida de mi consentimiento tácito. He oído que para ser dios, o parecerse, se ha de ser como mínimo déspota y algo pasota… si no quiere verse superado por sus criaturas. No teniendo nada concreto y nuevo en qué pensar, pienso en los chicos, y como a un conjuro, se me presentan nítidas sus imágenes.

Jorge se levanta ojeroso, señal de no haber dormido del todo bien. Todavía no sabe lo que Ana piensa hacer hoy, pero sí cree tener claro que el dinero no habrá que devolverlo y el cheque puede ser cobrado. Pero, sin duda, algo más le preocupa: si Ana seguirá en el proyecto y en qué forma éste ha quedado condicionado por los sucesos del día anterior.

Ana, ante el vacío de un nuevo día que ha roto totalmente con el precedente, se levanta con la confusión, ahora renovad, que había dejado aparcada cuando se acostó. De todas formas, Ana piensa, que si por mi parte no hay inconveniente, nacido éste de la escena que los dos hemos representado la noche anterior, sí parece tener claro lo que va a hacer: participar en el proyecto con todas las consecuencias, e incluso con mayor entrega. De lo contrario hubiese quedado explícito ese propósito la noche anterior, al menos por parte de ella. Piensa en permitirse un grado de exigencia a partir de ahora; debe estar persuadida de que, con lo sucedido en la habitación del hotel, ha alcanzado un cierto nivel de dominio sobre mí, un hombre que, en definitiva, cuando se trataba de él y sólo de él, es decir, él sin su máscara, no era más que un hombre corriente, un macho que se activa o se inhibe únicamente en razón de sus instintos primarios. Conocer sus pensamientos me da a mí la ventaja.

Félix, alejado de toda batalla por lo trascendente, con una vida diseñada en torno a la rutina de la familia y sus exigencias materiales, está más contento que unas pascuas con su cheque de cien mil pesetas, y no piensa en otra cosa que ir a cobrarlo antes de la hora en la que tiene

que estar en el hotel. Aunque no tengo demasiado interés en concentrar mis pensamientos en él, puedo ver que su mujer le dice, qué suerte, o algo así, lo cual no es que sea un apoyo al estímulo para su superación, precisamente. O le pregunta, quién sabe si en broma o en serio, después de algunas de las explicaciones de su marido: ¿no será maricón tu cliente? Y él puede que le responda: y si lo fuera, ¿qué?, ¿es que tú vas a dudar de mí? La mujer de Félix concluye diciendo: no, cariño, me fío de que venderías muy caro tu culo. Los dos, entonces, se han reído, como yo de pensarlo, y terminan hablando de otra cosa. Sí, parece probable que esa pareja se comporte así, que aunque normal, la normalidad en los hombres debería invitar a grandes reflexiones; pero no se hace por temor a concluir que todos somos normales.

***

Tres personajes reafirmando su identidad, con sus luces y sus sombras; ¿Y yo, qué hacía yo jugando aun dios mezquino?

***

Ordeno esta vez a Félix que me lleve al gran parque de la ciudad. En un folleto he visto que allí está instalado el primer zoo del país. Pretendo pasear debajo de los árboles y pensar, quizá observar los animales, aunque el tiempo está algo desapacible para tal esparcimiento. Regresaré pronto al hotel, quizá a comer, y así tener tiempo luego para preparar el tema que voy a tratar con los chicos; ¿vendrán? me pregunto con desasosiego recurrente. Si no vienen me costará mucho reponerme de este fracaso. Y aunque siempre hice de los fracasos un deseo enfermizo de superarlos,

éste me afectará, estoy seguro. Aún dispongo de mucho tiempo antes de que todo esté dispuesto, pero estos jóvenes, y para mis propósitos, me parecen casi insuperables.

Félix aparca el coche cerca de un lago, dentro del parque, y le digo que espere ahí. Me pierdo paso a paso, lentamente, por los caminos que penetran en la fronda espesa, lugar solitario en esta época del año.

No he paseado ensimismado bajo los árboles. Visito el zoo y observo los animales en sus pequeños espacios, casi jaulas. También a los que disponen de pequeños hábitats a escala. El comportamiento de los primeros, casi vegetativo, con todas sus funciones limitadas a un mínimo vital, como comer, dormir y observar un mundo que les debe parecer tan limitado como el de ellos mismos, de otro modo no se explica su resignación. Al observar que, en esas jaulas, la convivencia parece perfecta, salvo alguna manifestación violenta por la comida y por el espacio, he pensado en mi proyecto y en el lugar donde habré de llevarlo a cabo. Alguna similitud hay con estos pequeños cubículos del zoo, pequeños mundos creados por el hombre para ellos. Sin darle mayor importancia, luego observo los grandes espacios, acotados por vallas de alambre o fosos de agua. Los animales allí parecen más vivaces, más cerca de los comportamientos observados en libertad; los machos siguen a las hembras o se pelean por ellas; las crías se protegen en el regazo de sus madres; algunos parecen entregarse a lúdicos juegos, emiten sonidos que bien pueden ser formas de lenguaje, pues se aprecian respuestas que parecen coherentes. También aquí la convivencia parece no causar excesivos problemas; también aquí parecen haber aceptado resignados el espacio de que disponen y no se ve que pugnen por evadirse; sólo luchan, y no de forma sangrienta, por el espacio que cada uno ocupa o pretende, sólo por la comida que cada uno puede almacenar en su estómago, sólo por

la hembra que desean hacer suya; descansan, juegan, y a los más débiles se les ve vigilantes y ocupando los espacios alejados del peligro. Mi mundo, pienso, será distinto, al menos en algunos aspectos. Al contrario que en el zoo, todas las puertas de mi mundo estarán abiertas para escapar de él, si alguien así lo quiere; sólo esas puertas estarán cerradas a que el otro mundo penetre en mi recinto con todas sus desnaturalizantes inducciones. Todos los que dentro de él quieran vivir disfrutarán de idénticas oportunidades; serán libres en el más amplio concepto que esta palabra puede significar y, desde luego, no les faltará comida, con lo que alguno de estos fenómenos de violencia que aquí observo no tendrán por qué suceder. No me pasa desapercibido que, en algunos aspectos, la competencia será inevitable y consustancial con cualquier tipo de naturaleza. Quizá este detalle es el desencadenante de muchos de los comportamientos humanos y el motivo por el cual el carácter asociativo de la especie humana ha precisado de ciertas normas para regular esa competencia. Esta conclusión provisional, me ha sumido en alguna duda sobre la supuesta bondad del hombre nacido en un entorno natural, y de la que yo quería partir, y esto, por suponer que así debió ser en los albores de la humanidad. De todas formas, vale la pena intentarlo. En realidad no es tanto ese el objetivo, es decir, no tanto intentar una aproximación al fenómeno de la vida, de la muerte y el significado de ambos conceptos de una forma general y universal, como encontrar explicación a lo que, de forma particular y exclusiva, esos dos conceptos deben significar para mí, y así llegar a comprender mi comportamiento mientras usé de la vida y de lo que ahora me planteo como resuelta decisión ante la muerte. No soy un filósofo que reconoce que no sabe nada; saber para mí es algo a mi alcance, y consiste en asignar una respuesta personal a todo lo que me planteo; no me importa ser, y mucho menos parecer, un filósofo; un filósofo es un ser que tiene

miedo a reconocer que sólo es una llama que se extingue desde que nace, que no llega a iluminar ningún misterio ni a caldear ningún espíritu, pero que, no obstante, lo intenta, más por los demás que por él mismo. Yo carezco de tales empeños; lo mío es sólo una inmersión en una etología elemental y autosuficiente.

En el camino de regreso me equivoco en algún sendero. "Un perro no se habría equivocado", me digo a mí mismo malhumorado y sin otra reflexión que mi preocupación por igualar al perro y encontrar la salida.

Mando a Félix regresar al hotel. Durante el camino me dirijo a él con este diálogo lleno de intención.

—¿Estás satisfecho de haber entrado a mi servicio?

Si no hubiese sido mía, esa pregunta habría parecido estúpida. Veamos por qué.

—No del todo, señor. Se me hace muy difícil asimilar que usted en cualquier momento puede decidir no contar conmigo.

Félix no sale de su papel ni cuando le dan la oportunidad. Ha asumido que su papel en la vida siempre ha de ser subalterno y contingente. No dudo en fustigar la autoestima de Félix, para ver hasta qué punto este hombre está dispuesto a rebajar voluntariamente su ya nivel de apariencia mediocre.

—Eso te pasa porque haces que tú destino dependa de la voluntad de los demás, de la mía en esta ocasión.

—Siempre habrá quien mande y quien obedezca.

—¿Y quién te ha impuesto a ti la condición de obedecer?

—Supongo que la vida. La vida dota a unos para una cosa y relega a los demás para otra.

No tengo a mano la frase apropiada para responder a aquella aseveración de Félix que, en principio, parece una verdad universal y que

yo mismo he podido observar en el zoo y en la vida que he dejado atrás. No obstante, y como ya he quedado establecido, no soy de los que pasa de las preguntas sin respuesta; o mejor, no soy de los que no les importa que no haya respuesta conveniente, a mi modo, a todas las preguntas, así que no aceptando en principio la opinión de Félix y tampoco mis propias dudas, deberé profundizar sobre ese tema hasta encontrar mi propia conclusión buena y suficiente. Ya sólo hablo para ordenar a Félix que venga a la misma hora al día siguiente.

***

Mientras los animales se hacen al espacio que les permite el hombre, yo estoy aquí, cancerbero de mí mismo...

***

Entro directamente en el comedor. Tengo que comer como cualquiera, en esto nunca me he planteado ser diferente, y así cumplir con esta exigencia de mi cuerpo, que no tardará en pedirle a mi espíritu que aparque su actividad ociosa y se procure algo de comida. Un buen tema para ser considerado desde una perspectiva intelectual, pienso. Los animales en libertad se procuran la comida, y hasta se podría asegurar que esa es su aparente obsesión permanente; algunos han desarrollado desde su instinto métodos de almacenamiento para tiempos de escasez; el hombre individual, además, ha encontrado el método de almacenar los sobrantes, resultado de su inteligencia, puesta a su único servicio en una forma que le es única: el dinero. Este detalle, diferenciador de la especie humana de las demás especies, es por lo menos tan importante como otros supuestamente

privativos del hombre, y el que tiene dinero, salvo que lo tenga guardado en algún lugar, sólo por él conocido, al menos debería agradecer algunas de las reglas del juego arbitradas por la sociedad, y que gracias a ellas su dinero está protegido. Pero esto que pienso es una obviedad, y un intelectual como yo soy ahora no trabaja con obviedades; deberé concentrarme y no hacer obvias todas las cosas oscuras.

Mientras me sirven, ésta sí es una reflexión que procede: ¡Qué difícil es pensar en algo transcendente cuando se está comiendo! Parece que pensamiento y materia se disocian, como si no fuera dado comer y pensar en ciertas cosas a la vez. Quizá los grandes pensadores tuvieron en común el hacer de la necesidad de comer una exigencia mínima que les embotara los sentidos mínimamente. He pensado en considerar como importante el ayuno cuando me enfrente a los grandes retos a que voy a someter a mi pensamiento. Hasta ahora he estado comiendo demasiado; mis neuronas están sobrecargadas de energía sobrante. El místico, no el que se consagra a la comunicación con Dios como fuente de toda sabiduría, sino el que intenta llegar a la sabiduría ejercitando su propio pensamiento hasta el extremo de ser casi sólo pensamiento, requiere ser frugal en todo lo que la materia se muestra desmedida y parece no poner otro límite que su propio hartazgo. Y como soy hombre que siempre gusta de poner en práctica las conclusiones a las que llego, sobre todo en relación con las normas que yo creo buenas para mis propios fines, he decidido proponerme ejercer esa regla desde este mismo instante y en lo sucesivo. Comeré con sobriedad; sólo verduras y fruta, no beberé vino, que tomaba habitualmente, ni infusiones. Siempre he considerado la comida uno de los pocos placeres que aún me parecen siempre nuevos, pero eso pertenece al mundo que pretendo abandonar.

Ya he comido. En esta ocasión no he sentido ningún placer, ya que más bien he comido con desgana y haciendo un esfuerzo. Pero como todo debe tener su porqué, eso será motivo de otra reflexión que en su momento me haré.

Subo a la habitación y retomo la reflexión anterior. Pienso si podré hacer compatible la moderación en el placer y no sufrir así mengua la actividad de mi pensamiento. Lo que embota los sentidos y, por tanto, la actividad psíquica, no es la comida, sino el placer que se puede sentir comiéndola. Cuando el cuerpo siente placer, del tipo que éste sea, todos los sentidos quedan por largo tiempo extenuados por el éxtasis experimentado. Mientras esto sucede, no se piensa. El pensamiento descansa, y eso tampoco tiene por qué ser malo. Tendré que ahondar en esta idea, pues ahí podría encontrarse una clara interdependencia entre la materia y el espíritu. Me sorprendo yo mismo con estas cosas extrañas que a veces se me ocurren.

No me pongo la ropa habitual que uso para estar cómodo y cuando ya no espero a nadie; en su lugar me visto con pantalones de calle, camisa y una chaqueta ligera de punto. No uso nunca corbata, por no seguir una norma que considero una forma de vasallaje social. Tomo mis libros habituales y recorro sus índices respectivos. Muchas palabras he estado tentado a consultar, pero no he encontrado ninguna que me atraiga especialmente. Dejo en la mesa, con cierta indolencia, el libro que primeramente había tomado, y ya ni siquiera llego a tocar el otro. Empiezo a no tener fe en estos libros que sólo, e invariablemente, muestran la confusión del pensamiento humano ante los grandes temas. ¿Para qué me sirven? Pero si no me sirven ni como guía para que mi pensamiento, al menos, discurra ordenado, temo errar mi propio camino por el que dejar razonar mi pensamiento. Desde luego que no necesito que otros me

despierten inquietudes, ya que he dado muestras sobradas de tenerlas; ni tampoco que me expliquen desde diversos y a veces contrarios puntos de vista las respuestas que satisfagan esas inquietudes. ¿Para qué me sirve mi propia capacidad de pensar? Y, sobre todo, ¿para qué necesito, como Ana dijo, que otros despierten en mí pensamientos que permanecen dormidos, que no tienen inmediata explicación y probablemente ninguna? Yo ya tengo todas las inquietudes comunes a todo hombre medianamente inquieto: qué es la vida, qué es la muerte, qué es el hombre y, sobre todo, quién soy yo. Todas las demás, metafísicas, éticas, morales, sociales, etcétera, tendrían su explicación unívoca en cascada cuando se pueda responder inequívocamente a estas básicas preguntas, como en otra ocasión yo mismo he manifestado y asegurado que obtendré. Y algo más, menos importante, en fin de cuentas, para mí: pudiera ser que ese conocimiento sí puede hacer feliz al hombre, por cuanto eliminará definitivamente los miedos, las incertidumbres y los sentimientos de culpabilidad mucho más allá de la sabiduría de las complejas y contradictorias definiciones que busca, sin pretenderlo, seguramente, el hombre paradójico, inmerso entre el bien el mal e impregnado de sus adherencias. No; estos libros me llevan a la confusión, más que a la clarificación de mis propias ideas, e incluso de las nuevas que espero alcanzar con mi experimento.

Pero vivir en la confusión es vivir en el magma caliente de la vida; cuando concrete algo, me habré solidificado.

Yo, Alejandro, que he entrenado mi cuerpo y espíritu para la lucha por la supervivencia, con el ánimo que me infunde la esperada victoria sobre la ignorancia individual, y no ya la colectiva, que me es indiferente, no teniendo batalla urgente que librar ni victoria inmediata que alcanzar, intentaré dormir.

***

Me cegó la soberbia. ¿Qué puede el hombre saber de sí mismo por sus propios medios? Y si algo aprende, ¿para qué le ha de servir si no lo comparte? Para intentar sobrevivir, supongo, en su oscura caverna. ¿Y qué supervivencia es esa que sólo te permite vivir en ti mismo? Estoy aquí, sólo; no debí aprender nada...

***

Unos golpes en la puerta me despiertan. Miro mi reloj y respiro profundo, con satisfacción. No pueden ser otros que Ana y Jorge, que acuden puntuales a la cita. Me levanto de mi asiento, me arreglo el pelo con la mano, me abrochó hasta el penúltimo botón de mi camisa y voy a abrir. Abro la puerta de par en par y esbozo una sonrisa a modo de bienvenida. La sonrisa es sincera expresión de mi ánimo. Frente a la puerta están Ana y Jorge. Ana corresponde a mi sonrisa con su propia sonrisa, en este caso fingida. Jorge está serio, pero no más que en otras ocasiones; finge también, con calculado fingimiento.

—Pasad —digo mientras les franqueo el paso.

Los dos jóvenes penetran en la sala. Ana se sienta en el primer sillón con el que se tropieza y como primera actitud de desinhibición ante el hombre que ella cree haber, un día antes, derrotado con sus armas de mujer. Jorge se queda en pie, apoyando sus manos en el respaldo del sillón de Ana. Sus ojos miran hacia abajo, actitud del que se considera vencido por su contrincante del mismo sexo y aquí presente, y seguramente sólo por esa razón. No obstante intuir algo de esto, y temiendo que los chicos hagan de ello una falsa interpretación, enseguida pasó a la acción, con reflejos que en mí son habituales.

—Ana, deja que Jorge se siente ahí. Tú siéntate en este otro sillón.

Esta orden, que a cualquiera le habría parecido un capricho sin sentido, no debe ser así para Ana, que comprende enseguida su significado. Se levanta, como movida por un resorte, y se va sumisa a sentarse donde yo le he indicado. Jorge, que no conoce los pensamientos de Ana como yo, no ha debido intuir qué diferencia puede haber entre uno y otro sillón, salvo que el sillón que ocupa ahora Ana queda situado frente al mío, el *Señor* para él. Yo pienso que esto es suficiente para quedar las cosas en su sitio, y no vuelvo a adoptar ningún otro símbolo de autoridad. Con voz amistosa y pretendiendo que los chicos se distiendan, pregunto:

—¿Cómo han ido hoy los estudios?

—Ahora tranquilos; acabamos de pasar los exámenes trimestrales —se anticipa Ana a responder.

—Yo aún no he conseguido desconectarme de todo esto —añade Jorge.

—¿Te refieres al proyecto? —pregunto yo.

—No tanto al proyecto, como a lo que nosotros podemos significar en él.

—Comprendo. ¿Hay algo que no te gusta de lo que has tenido que hacer hasta ahora?

Jorge me mira con sorpresa en su expresión. Ana mira a Jorge, como esperando con curiosidad su respuesta. Jorge, después de unos instantes, finalmente debe creer tener la respuesta apropiada, y responde:

—Quizá más que por lo que he hecho, por lo que no he hecho.

Yo arqueo las cejas, y no precisamente de sorpresa. Yo sé a qué se refiere, pues intuyo que Jorge sabe todo lo que ha pasado la noche anterior entre Ana y yo. La respuesta, sin embargo, me ha parecido aceptable, aunque para mí las lamentaciones son la válvula de escape de la impotencia que se siente ante los fracasos. Ana baja la vista en clara señal

de asunción de corresponsabilidad. Termino con aquel psicoanálisis, y soy tajante en mi forma de acabar con toda ambigüedad.

—Vuestra voluntad me pertenece; eso fue lo que aceptasteis. Sólo yo soy responsable de vuestros actos cuando estos atienden a mi voluntad. Supongo que no habrá dudas en esto, ¿es así?

—Así es, señor —responde Ana a media voz, y esta vez sin irónica teatralidad.

—Desde luego —dice Jorge, con tono cohibido ante la fuerza sin concesiones con la que les pido asunción de sus responsabilidades y algo descargado de mi propia responsabilidad por lo sucedido la noche anterior.

—Pues estando definitivamente claro, os quiero con el mejor de los ánimos para la tarea que os encomiende. Vosotros vais a ser mis instrumentos predilectos, y exijo que hagáis con alegre predisposición todo cuanto os pida. Yo os aseguro que, al margen del dinero que ahora os mueve a aceptar cosas que os llenan de zozobra, os consideraréis dos seres privilegiados.

Ana y Jorge están confusos, pero la seguridad que les infundo tiene que subyugarles, que cautivarles hasta el punto de ir cediendo en todos sus temores. Ana, siempre presta a tomar la iniciativa, con la ventaja de creer, seguramente, que yo no soy del todo un superhombre, se atreve a preguntar, no sin cierta reverencia, que esta vez yo paso por alto:

—¿Qué debemos hacer, señor? Estamos impacientes por conocer sus deseos.

Yo me pongo solemne, una mezcla de actor trágico y mesías.

—No existe contradicción entre lo que será el Nuevo Mundo, y que ya os he anticipado, y el hecho de que, antes de participar en él, deberéis aceptar todo aquello que yo disponga como previo y necesario. Lo primero que pretendo es hacer de vosotros dos seres perfectos, no desde una

perspectiva divina, que tampoco Él lo consiguió, sino humana. Para ello deberéis alcanzar un grado de sabiduría tal, que toda la sabiduría humana acumulada hasta ahora se sintetice en una serie de principios incontrovertibles a la luz de la razón y de la experiencia que podemos alcanzar. Todo lo demás, el conocer lo que han volcado unos u otros sobre esos principios, en evidente contradicción entre ellos, podéis ir olvidándolo, pues no servirá a nuestro propósito. De paso, también quedarán abolidos esos otros principios por los que se rige la conducta, contaminados de una moral deformante, las leyes impuestas por la conveniencia del poder, los recortes de libertad personal en función de pretextos sociales y, en fin, todo lo que se superpone a los principios del estado natural del ser humano. Aunque al principio, sólo sea como hipótesis de trabajo, un trabajo que intenta penetrar en la esencia íntima de la naturaleza, y para lo cuál deberéis sacudiros de todos los prejuicios que el hombre se ha impuesto con motivaciones bastardas. Se dice que en nuestro inconsciente más profundo debe residir la verdad del hombre. Pero ese inconsciente que, a la postre, es el que gobierna nuestros sentidos, es una sima. Como toda sima, atrae y aterroriza a la vez. Si el hombre hubiese superado ese terror a lo desconocido y hubiese sido valiente dejándose llevar por la atracción, probablemente ya habría descubierto la verdad de su esencia. Sed racionalistas radicales ahora, pero dejad abierta una puerta a cambiar de actitud si la experiencia os muestra un nuevo camino, definitivo camino. En esta primera fase de iniciación, yo seguiré siendo vuestro guía y señor indiscutido.

Ana, en la mejor de las disposiciones, no pone objeciones a este discurso de pura ilustración despótica, pero el único que entienden los pusilánimes, a la vez que los vitalizan. En su lugar, quiere expresar su tácita conformidad a aceptar que el *Señor* la guiará.

—No resultará fácil, señor. El ambiente en el que vivimos nos impregna, y no podemos sustraernos a su influencia.

—Tienes razón, Ana. Sería un iluso pretender luchar contra la influencia de un ambiente tan contaminado. Me daré por satisfecho si toda esa influencia terminái s cuestionándola. Luego, para evitar que esa influencia siga condicionando vuestras mentes, es para lo que vamos a crear un nuevo mundo, no inmerso en éste, sino aislado. Un mundo a escala manejable, cerrado al exterior. Dentro de ese mundo, los que en él habiten dispondrán de las condiciones naturales que le permitan desarrollarse de forma natural, como los animales que habitan una selva impenetrable.

Jorge escucha atento mis palabras y debe creer que es necesario tomar parte en esta exposición de principios. Sabe que ha sido aceptado por mí en su papel de abogado del diablo y no tiene reparo en decir:

—Eso suena bien. Pero para que esa experiencia fuera posible, no sólo necesitamos de todo eso que dice, sino purificarnos de las adherencias que ya llevamos de este mundo. No basta con decidir que este o aquel principio queda abolido, también deberemos lograr hacer desaparecer las incertidumbres que nacen de ese deseo.

Esta observación de Jorge me complace.

—Ese es un gran escollo, ciertamente. Los miedos, tú los llamas incertidumbres, son los que han conformado el hombre como es en la actualidad, pero los miedos del hombre surgen por la inducción externa que soporta desde que nace, inducción evidentemente interesada y que va preñada de una cascada de preceptos, igualmente interesados. Un hombre lleno de incertidumbres, o miedos, es un ser fácilmente manejable y, por tanto, manipulable. Por eso es necesario, primero, que seáis sabios, no de sabiduría enciclopédica, preñada de vaguedades y que sólo es el

compendio de todos los miedos que el hombre ha acumulado, sino de la sabiduría natural que nace de vuestro pensamiento libre y de la experiencia que luego os sea posible realizar. En este mundo siempre nos están hablando de reglas, pero todas esas reglas no son otra cosa que barreras que pone el miedo colectivo al no-miedo individual. El instinto de supervivencia se ha colectivizado, cuando podemos observar que la naturaleza lo ha impreso individualmente en todo ser vivo. Repito: será suficiente que cuestionéis todo eso como nefasto antes de entrar en el Nuevo Mundo; negarlo debe costar lo mismo que admitirlo. Y vuelvo a decir que, luego, en ese mundo que pretendemos, el instinto de supervivencia quedará reducido al que todo ser vivo tiene en su estado individual natural. El miedo, así, no será tal miedo, sino permanente vigilia. Los animales en su estado natural no tienen miedo, vigilan a su enemigo cuando éste se hace presente o se intuye; no tienen miedo a contravenir la naturaleza, simplemente no la contravienen, porque en la naturaleza no hay reglas, sino dificultades, y los seres vivos son parte de esa naturaleza. La artificiosidad que el hombre como colectivo ha creado en torno a sí mismo para protegerse de sus artificiales miedos o miedos inducidos, es la mayor trasgresión que un ser vivo ha hecho a la madre naturaleza.

Jorge y Ana no pestañean. Muy difícil resulta a las personas discernir entre lo sublime y lo estúpido cuando se acepta el liderato de quien les habla. Así debe suceder en este caso, aunque con efectos pendulares, si tengo en cuenta que los dos jóvenes son unos universitarios, con mentes, al menos, que se cuestionan con cierta libertad.

Piensan y se preguntan: *¿qué clase de chaladura maravillosa es la de este hombre? ¿Estamos ante un ser singular, un revolucionario llamado a cambiar los principios aceptados hasta ahora bajo el manto eufemista de*

morales o cívicos? ¿Es un presuntuoso, un pedante que consigue con su dinero disponer de oídos aparentemente complacidos de escucharle? ¿Lo que dice tiene sentido? ¿Cómo sabe tanto sobre aquello que, dicho por él y con la seguridad con que lo dice, parece sensato aprender y aceptar? En cualquier caso, no parece una aventura peligrosa, aunque sí descabellada... Sí, no me cabe duda que todo esto pasa por sus mentes, y a todo tendrán respuesta.

Ellos, demasiado jóvenes, todavía sienten la fascinación por las cosas que con el dinero se pueden conseguir. Los chicos empiezan a vislumbrar como posible el que, al menos, esta cosa extraña que les propongo se puede intentar, sobre todo porque aquí hay un hombre que supera todos los límites por ellos atribuidos al Hombre Vulgar, no el hombre que imaginan, sino el que permite a los demás el despertar de su imaginación. En este momento, y aunque no puedan percibir con claridad lo que este proyecto puede dar de sí, seguro que se sentirán entusiasmados, pero sólo con una idea motriz: este pretexto o realidad les va a permitir disponer de mucho dinero y algunos sueños, de estos últimos, diferentes según sea en Ana o en Jorge.

—Por dónde deberíamos empezar. Estamos persuadidos de que necesitamos un maestro que nos guíe en algo que excede nuestra capacidad de análisis —dice Ana, convencida de lo que siente.

—Yo no soy vuestro maestro, sino vuestro guía. Si yo me erigiera en lo primero, no saldríamos de lo mismo que padecemos ahora. Si algún maestro necesitamos todos, sólo uno debe ser aceptado sin reservas: la naturaleza. Y si la naturaleza es materia, empecemos usando de la facultad de pensar que tiene esa parte de la materia que somos nosotros, los humanos, para comprenderla. Empecemos por conocer los miedos que han atenazado al hombre desde el principio de los tiempos en los que forzó el

instinto natural e individual de supervivencia, para hacer de esa supervivencia una necesidad colectiva. En esos libros que veis ahí están todos los miedos acumulados por el hombre como colectivo, y aunque sus autores, de forma individual, hayan propuesto diferentes razonamientos para combatirlos, luego, por diversas causas, fueron colectivizados. Ninguno de esos razonamientos deben ser válidos para nosotros si no los comprobamos. Puede que alguno, individualmente, se escapó a esa utilización por el colectivo y pudo acercarse a nuestro propósito; si existe, deberéis encontrarlo, separarlo del resto y tomarlo como experiencia de hombre libre y exigente. Ese va a ser vuestro cometido inmediato. Tomareis estos dos libros, que en síntesis hablan de los miedos del hombre. Cada día elegiréis uno de esos miedos e intentareis descubrir la razón de vuestro propio miedo. Cada día vendréis aquí y veremos de librarnos de ese miedo, y con la simple herramienta de la razón que, liberada de prejuicios, asumirá que el contrario es siempre más cercano a la verdad. Y una cosa os advierto: tened cuidado con las llamadas convicciones profundas, porque las convicciones suelen ser pantallas que nos impiden ver al otro lado de los prejuicios; suelen ser planos del pensamiento en los que nos instalamos para nuestra comodidad o, dicho de otra forma, por nuestra pereza mental.

Evidentemente yo no me aplico mi propia medicina y sólo la utilizo para experimentar con ella... en los demás. Hasta aquí nada original y extraño, por otra parte; sucede a menudo.

Ana y Jorge no reaccionan. Están absortos en cada palabra que pronuncio. Si en algún momento ha pasado por sus pensamientos que todo esto es la vana presunción de un engreído y pedante, una palabra, una frase nueva mía, tiene por fuerza que producir la catarsis de sus prejuicios engarrotados en torno a su pensamiento. Ana toma uno de los libros. Jorge

la imita y toma el otro. Los dos, en silencio y ralentizando sus movimientos, se apartan. Ambos, después de pasar las primeras páginas, coincidían en el índice. Allí se paran y repasan las palabras que yo llamo miedos del hombre. En un principio no deben comprender bien por qué esas palabras han de encerrar algo que se pueda considerar un miedo implícito del hombre. Y como es seguro que ya no encuentran motivo para la reserva mental, los dos elaboran las primeras preguntas. Esta vez es Jorge el que se adelanta.

—Yo no veo por qué se ha de sentir miedo ante ninguna de estas palabras.

—Algunas sí producen miedo con sólo pronunciarlas, pero otras no —dice Ana.

—Habéis reaccionado demasiado rápidos. ¿Cuál es la primera palabra en el índice de tu libro, Jorge?

—Hombre.

—¿Y la del tuyo, Ana?

—Ángel.

—Vamos a ver. Según tú, Jorge, ninguna de estas palabras debe producir miedo. Tú, Ana, ¿sientes miedo ante alguna de ellas, como antes decías?

—Quizá la palabra hombre me produce miedo por ser algo que está ahí, aún desconocido, y me atañe; Ángel no; no pasa de ser una idea.

—Pues yo estoy seguro que los dos sentís miedo, aunque por diversos motivos, ante esas dos palabras, y por no extendernos, de momento, a las demás. Para comprobarlo, estudiad primero lo que dicen esos libros sobre esas dos palabras; estoy seguro de que descubriréis vuestros miedos respectivos.

A Ana se la ve interesadísima por el rumbo que van tomando mis propuestas y se afana enseguida a leer. Jorge, más reacio, también parece arrastrado con incipiente interés a un campo, que él estará identificando como el de la filosofía, y que él siempre había desdeñado. No obstante, ahora debe parecerle que es distinto, porque cree estar ante una novedad, al tratarse de filosofía experimental y, quizá, sólo algo que se le parece, pero que, al contrario que la filosofía teórica, de ésta él saca un beneficio, sea cual sea el resultado. Sigue dudando, sin embargo, en la virtualidad de este proyecto y, sobre todo, y aun aceptando que tengo una absorbente personalidad y grandes dosis de sentido común como sustituto de una mente analítica de altura, duda en que proyectos así no se hayan ya realizado o intentado. Lo importante es que tengo por seguro que mi proyecto está en marcha sin ningún contratiempo, y nunca me vi tan relajado.

Les digo que aún tienen mucho tiempo por delante aquella tarde, y propongo que se pongan a la tarea allí mismo. Invito a los chicos a que se sirvan del pequeño bar lo que quieran, y, para que se sientan cómodos, les digo que yo mientras tanto descansaré un rato en el dormitorio.

Los dos jóvenes, como dos acólitos diligentes, toman cada uno su libro respectivo y comienzan a hacer disección de cada una de las grandes palabras propuestas. Toman notas de pasajes que creen hacer suyos, que les sorprenden o incomodan, según sus convicciones previamente instaladas en sus juicios. No intercambian opiniones; cada uno las debe guardar como primicia para el *Señor* y mostrarme así su aplicación. Cada uno, también, se siente satisfecho, en algún caso, de haber encontrado apoyo suficiente a sus respectivos y previos criterios, y dudan que yo pueda destruirlos.

Ha pasado una hora. Durante todo ese tiempo he estado pensando si yo mismo puedo aproximar una idea a esos dos conceptos sin la ayuda con la que cuentan Ana y Jorge. Pienso también en mis propios miedos al respecto y llego a la conclusión de que no nacieron conmigo, sino que fueron inducidos por el colectivo en el que me desarrollé, como vengo diciendo de un fenómeno universal. En un esfuerzo por purificar mi pensamiento de esas adherencias y así dar confianza a los chicos con mi propio ejemplo, tengo que demostrar tener mi propia definición. Escucho que los dos jóvenes hablan después de un largo silencio, y pienso que es el momento de regresar a la sala y mezclarme con ellos.

—¿Estáis en condiciones de exponer vuestras conclusiones respectivas?

—Por mi parte, sí —contesta Ana.

—Yo también —responde Jorge.

—Vamos a ver, Ana. Tu palabra era Ángel, ¿qué te sugiere esa palabra?

—Haciendo abstracción de definiciones bíblicas y teológicas...

—¿Por qué? ¿No eres creyente? —le interrumpo.

—Mi pensamiento está en un proceso de acomodación. Las ideas religiosas no me condicionan en mis actos y creo que tampoco en mis pensamientos, pero aún pululan en mi mente como salida a tanta pregunta para la que no tengo contestación.

—Eso es así, ciertamente. Las religiones tuvieron su origen en ese mismo fenómeno. Luego, con sus prohibiciones, premios y castigos, crearon superestructuras ideológicas de dominio entre las mentes débiles. El hombre se hizo siempre preguntas y prefirió crear mitos que le respondieran irracionalmente a lo que racionalmente no era capaz. Luego vinieron los filósofos y las religiones, como decía. Y aunque las religiones procuran adaptarse a los tiempos, como la razón avanza en experiencia descubriendo la realidad, las religiones hoy parecen diluirse y desvanecerse

en la medida que la ciencia proporciona respuestas; eso se puede constatar a poco que se carezca de prejuicios. Pero te he interrumpido, ¿qué más ibas a decir?

—Que haciendo abstracción de esas dos consideraciones, Ángel me sugiere algo así como nuestro propio espíritu, pero que al contrario que éste, que se proyecta desde nuestro cuerpo, el espíritu que llamamos Ángel debe ser el que proyecta el Universo en diversas formas. Porque no nos es posible negar que la materia en su conjunto tenga su propio espíritu, aunque tampoco afirmarlo.

—Parece razonable lo que dices dentro de tu manera global e ideal de ver las cosas. ¿Algún otro pensador dice algo parecido?

—Bueno, algún filósofo, pero no lo he encontrado dicho así. Alguno habla de que formamos parte de la materia universal.

—Decías que Ángel no te sugería ningún miedo. ¿Sigues diciendo lo mismo ahora?

—Quizá no. Cuando he llegado a esa conclusión, en la que antes no me había detenido a pensar, me ha surgido una especie de incertidumbre que bien se podría llamar miedo: el pensar en qué forma el espíritu del Universo condiciona o afecta a mi propio espíritu por estar éste inmerso en aquel. Vuelve así a tomar verosimilitud lo que se dice del influjo de las estrellas, por poner un ejemplo, lo que nos llevaría a concluir que no somos enteramente libres.

—Lo último que has dicho te hace regresar a los mitos. Dejemos ahí tu reflexión. Y a ti, Jorge, qué te sugiere lo que dice Ana.

Jorge, que cabalga a lomos de su pensamiento, no de su imaginación y algo agarrado a las crines del nuestro, debe considerar que es bueno y oportuno desmitificar todo idealismo pueril, o tontuelo, del que Ana hace gala, y subrayar el papel que yo le he asignado. Y así, comienza diciendo:

—¿Lo del influjo, que dice Ana? Pues verá. Yo suelo por las noches mirar para arriba y digo, algo traspuesto al principio y terminando con mala leche: vosotras, estrellas, ¿qué queréis decirme? ¿Qué soy yo para vosotras y qué deberíais ser vosotras para mí? ¿Por qué aparecéis cada noche de mi vida y no moriréis conmigo? Sí, ya sé que estáis ahí para recordarme la brevedad de mi existencia. Pues, ¿sabéis lo que os digo?, que os odio infinitamente, porque leo en vosotras que yo sólo soy una mota de polvo que os pertenece... Sí, mi existencia sólo será un trabajo por el que me pagaréis un salario de muerte...

Jorge quiere seguir. Si él ya había dejado claro su carácter escéptico en materia de pensamiento, nada mejor que hacer una caricatura del mismo. Le interrumpo:

—¡Está bien, está bien! Eres tan joven y tan inconsciente, que es seguro que miras a las estrellas y no te dicen nada. Tu exposición no se corresponde con tu pensamiento ni con tu imaginación. No te pedimos que te transportes a los cielos ni nos hagas un alarde de tus dotes para la farsa. Dinos algo a ras de tierra o di que no sabes qué decir, porque haciendo el payaso, sólo conseguirás llenar tu barriga —le digo algo enfadado.

—De acuerdo —dice Jorge y añade:— Pues luego, cansado de mirar para arriba, miro a la tierra humillado, como un títere prendido de unos hilos que se pierden en el infinito.

—Te digo que dejes de parecer un lírico con el culo flojo y nos digas de una vez qué tienes tú que decir al respecto —digo, suavizando esta vez mi voz.

Jorge entiende que el humor no es admitido en este lugar, y se pone serio, casi doctoral.

—Como quiera. Digo que no es posible sostener la tesis de que la materia en su conjunto posea espíritu, como sugiere Ana. El espíritu, que

yo, y también los científicos, lo circunscribo al pensamiento, a la facultad de pensar, es sólo eso, una facultad de cierta materia organizada y como consecuencia de una evolución superior en su grado de organización.

—¿Y no te parece que el Universo en su conjunto es la expresión de la máxima organización posible de la materia? —pregunto..

—Podría ser.

—¿Podría o afirmas que es?

—Es una organización diferente. Yo no la abarco con mi mente, por tanto, no la comprendo.

—¿En qué te parece diferente?

—Es sólo una presunción. No sabría responder de forma categórica.

—¿Y esa incógnita que subyace en tu pensamiento ¿no te produce desasosiego?

— Quizá, si uno se lo plantea, pero yo no me lo había planteado.

—Y Ahora, ¿tampoco te lo planteas?

—No me queda más remedio. Usted ha inducido esa idea en mi mente —termina diciendo Jorge para complacerme, si bien es eso, precisamente, lo que no quiero.

—En otras palabras, que a partir de ahora vas a sentir miedo, o dejémoslo en el desasosiego que siente Ana.

—Puede que sea así. Pero también le digo que yo antes estaba tranquilo, quizá porque no pensaba —responde Jorge, sin comprometerse del todo.

—Será así, será así para los dos porque vuestros pensamientos no son independientes. Los dos habéis sido inducidos por otros pensamientos ajenos al vuestro propio. Ana por un pensador de universal talla intelectual que sostiene que el espíritu es una facultad de la materia; y tú, Jorge, porque yo te he puesto ante el dilema de qué entiendes por materia organizada. Es la inducción la que os ha producido el miedo a lo

insondable, el abismo en el que se balancea vuestro pensamiento individual, a la espera de que alguien lo salve: un dios, un superhombre, la ciencia... No seré yo ni una cosa ni la otra, pues deberéis ser vosotros mismos los que deis el paso adelante.

Los dos jóvenes perciben por un instante que sus mentes están suspendidas en el vacío. No saben qué responder. Sólo esperan a que yo les ayude a regresar a tierra firme. Yo ya he elaborado previamente cuál debe ser mi proposición. No debe ser una nueva idea que los chicos adopten por inducción. Debo dejar que sus pensamientos trabajen libre e independientemente. Yo les he señalado las cadenas que son la causa de sus miedos, más no puedo hacer, deben ser ellos los que por sí mismos rompan esas cadenas. Considero el tema agotado, y pasó al siguiente, convencido de que mi aportación personal ha sido buena y suficiente.

—Bien. Pasemos a la segunda palabra. Era Hombre y tú, Jorge, tienes la palabra.

—Me ha tocado la más difícil de las dos, porque conocer qué es el hombre es como conocer su psique. Conocer qué soy yo, es pedirle a mi psique que se conozca a sí misma.

—¿Y qué dice tu psique que eres?

—Ya no tengo claro que no se equivoque. He leído lo que los grandes pensadores opinan al respecto. Nunca pensé que hubiera tantas opiniones, todas diferentes y contrarias. Con algunas estoy en principio de acuerdo, pero otras las pulverizan y otras a éstas. Yo siempre he creído; bueno, no siempre, que la psique era una facultad de la materia organizada, como dije antes, pero después de ver tal disparidad de opiniones, según el hombre que las elabore, lo que no acierto a comprender es cómo una cantidad de materia organizada, similar en cantidad, composición y digamos aspecto, en este caso el hombre, sus pensamientos son diferentes,

también en cantidad, calidad y, volviendo a utilizar el término aspecto, posiblemente incorrecto. Esta evidencia que nos ofrece la experiencia, destruye no sólo los argumentos de los que sostienen que el hombre es diferente al resto de los animales por poseer superiores y únicas facultades. Debería ser aceptado que los hombres son diferentes entre sí, pero sólo por sus méritos. Y tampoco los de aquellos que argumentan que esas superiores facultades lo son en cantidad, y no en calidad, con respecto a las que poseen otros seres vivos, como yo sostenía y sostenían otros. También quedarían en entredicho los que atribuyen al hombre dones divinos a imagen y semejanza de Dios, y que no han sido dados al resto de los animales. También los que afirman que el hombre actual es la consecuencia de un proceso evolutivo a partir de otros tipos ancestrales más elementales. Quizá me quedo con parte de una conclusión que da el libro al final, y que el autor, probablemente tan perplejo como yo, confiesa con humildad: "*El hombre es la medida de todas las cosas; suficiente en sí mismo o, al menos, suficiente en el puesto que ocupa y el papel que desempeña en la estructura del Universo."* Yo eliminaría el hombre como medida de todas las cosas, ganando así en humildad al autor. Al fin y al cabo, si estamos con esta empanada mental, somos bien poca cosa.

—Muy bien. ¿Has descubierto cuál es tu miedo en esa importante cuestión?

—Probablemente el que se deriva de mi incapacidad de autocomprensión.

—Y tú, Ana, ¿qué opinas de lo que has escuchado a Jorge?

—Siguiendo su consejo, no tendré en cuenta lo que las palabras de Jorge suponen de inducción, porque eso supondría un miedo añadido. Mi particular miedo es la posibilidad de descubrir algún día lo que soy y que, como consecuencia, se invalide de golpe todo en lo que creo.

—Supongo que ahora me tocaría a mí concluir este tema. Pues bien, nada, por ahora, puedo añadir a lo que tan razonablemente habéis dicho vosotros. Quizá enmendaría a Jorge en sus últimas palabras y rehabilitaría la parte del texto que cita. Yo sí creo que el hombre es la medida de todas las cosas. Pero esta afirmación la hago desde la perspectiva de que siendo el hombre la medida de todas las cosas, esta facultad nos debería llevar al conocimiento del hombre mismo, objetivo último de nuestro proyecto, y digo proyecto, porque, si os dais cuenta, ese conocimiento del hombre por el hombre mismo, aún no se ha alcanzado como verdad universal. No tenéis más que ver todos esos libros y cualquier otro no incluido en esa lista. Si tú, Jorge y si tú, Ana, tuvieseis el don de conocer toda la sabiduría que acumulan, no podríais contestar a esta sencilla pregunta: ¿qué sabéis, no qué creéis, que sois? Como veréis, esto que digo no es en esencia ninguna proposición, sino el lema de un proyecto compartido con vosotros, por tanto, no tengo el temor de induciros a admitir una nueva idea.

Jorge y Ana tienen que estar satisfechos de ver que, por primera vez, yo no tengo la última palabra que, invariablemente, venían últimamente obligados o convencidos a admitir. Esa tarde les ha resultado gratificante en muchos sentidos, y piensan que*, si todo va ser así en lo sucesivo, somos dos personas afortunadas, como ya nos dijo que sucedería*. Doy por terminado el trabajo de esa tarde y paso a otras cosas no menos trascendentales para Jorge y Ana.

—Escribidme en un papel vuestros nombres y demás datos de identidad y domicilio.

Los dos jóvenes se prestan de inmediato a cumplir esta orden, aunque ambos se preguntan para qué necesito yo esos datos. Preocuparse, ya no se preocupan por nada más. Cuando han terminado, me dirijo a ellos de nuevo.

—Esta noche os dejaré en el contestador, si no estáis en casa, el nombre del banco y número de cuenta bancaria en la que estará a vuestra disposición el dinero mensual del que libremente podréis disponer, con la limitación que conocéis. Tendréis que ir a registrar vuestras firmas. Usad bien de él, porque no habrá más. También una posible exigencia por vuestra parte de una mayor dotación sería causa de vuestra desafección; pensad que sólo yo estoy capacitado para valorar lo que vais hacer por mí.

A Jorge y Ana se les ve radiantes. Mejor no podía terminar la tarde. Todo está ya claro para ellos. Ya se consideran inmensamente afortunados. No dicen nada, sólo sonríen intentando ocultarlo.

Me levanto. Los dos jóvenes se levantan también. Todo ha terminado y todo comienza en este instante. Toman los dos libros que yo les he entregado y, sin necesidad de que le haga una nueva indicación, se disponen a salir. Yo los sigo un instante con la mirada, luego me vuelvo y me dirijo al dormitorio satisfecho de mí mismo, más, si cabe, de lo que estaba.

***

Qué vanidad tan estúpida la mía. Y qué perversión la mía el erigirme ante esos jóvenes en el sumo sacerdote de todos los dioses, reforzando con mis ritos su ridícula existencia...

***

Rompo aquí con la inercia de relatar puntualmente lo que debe suceder en días siguientes, incluso meses. Ya tengo suficiente perspectiva de los personajes; de sus inquietudes, de sus formas de ser en el ámbito de lo íntimo y de relación con sus semejantes y, en consecuencia, de los papeles

respectivos que como seres especiales yo les he asignado en esta historia. No me supone gran esfuerzo intuir que, en los sucesivos días y sin mayor contratiempo, uno a uno superarán con mejor o peor fortuna los llamados por mí miedos del hombre, seguramente, y eso lo he de comprobar, más por adecuación a una exigencia impuesta por mí que por convicción propia. Cabe, también, por un nihilismo juvenil comprensible. Yo no he dicho nunca a los dos jóvenes que ellos están llamados a ser la luz que iluminará al Mundo —no se lo permitiría—. Aunque mis pretensiones son, a fin de cuentas, y lo declaro aquí y para lo sucesivo, fatuas para los intelectuales o pueden parecer sublimes para los ingenuos, son personales, y no cabe en mí el hacerlas extensibles a los demás mortales, o pecaría de ingenuidad, más que de otra cosa. Que cada cual se las arregle como pueda. Soy consciente de que para muchos esta experiencia, que supone reiniciar la vida del hombre en un nuevo mundo partiendo de eliminar todos aquellos aspectos que la experiencia ha demostrado son negativos o, al menos, desviadores de los principios naturales, parecerá, a todas luces, claro está, una solemne tontería, aunque aceptable desde mi perspectiva, si lo que pretendo es observar nuestros comportamientos y llegar a formularme, y para uso propio, repito, y no puede ser de otra forma, respuestas que sean por mí, y sólo por mí, consideradas buenas y suficientes. ¿Lo conseguiré? Yo siempre encuentro respuesta a todo lo que me pregunto, pero adelanto, saliendo así de mi propia trampa, que soy un ser imprevisible, incluso para mí, y como lo es todo pensamiento que no está de vuelta, sino en camino desconocido. Es por ello que no estoy seguro que al final pueda llegar a donde ahora me propongo u otro final. No sé a ciencia cierta si, para las puertas que creamos existe siempre una llave que las abre, aunque sea rompiendo la cerradura, y que al otro lado sólo exista el vacío, porque, en realidad, y según pienso, este tipo de

puertas no abren a ninguna parte; el hombre siempre está encerrado en su laberinto, y cuando cree ver una salida (a un conocimiento nuevo), resulta ser una infinitésima parte de LA VERDAD, infinitésimos que sumados por el hombre finito sólo alcanzan un infinitésimo. Yo busco ese primer infinitésimo para mí; al fin y al cabo yo mismo soy un infinitésimo del todo que me comprende.

***

Me pregunto, ¿de qué están algunos satisfechos? Y lo que es peor, ¿de qué presumen cuando hablan por todos? Adjudican extraordinarias capacidades al hombre por sus pócimas curativas para los desasosiegos. Nunca sanarán de una enfermedad congénita: haber nacido hombres. No quise admitir mi fracaso y ya sólo pensé en salvarme...

***

PERIODO SEGUNDO

Tres meses han pasado. Durante ese tiempo todo ha sido rutinario dentro de una programación y disciplina espartana a la que he sometido a mis chicos. Ahora estoy muy ocupado en crear el marco en el que tendrá lugar mi proyecto del Nuevo Mundo. Mi pensamiento no se activa sino para discurrir sobre los mil y un aspectos de un hábitat que terminará siendo bueno y suficiente para el propósito al que yo lo quiero destinar. No es fácil conjugar un espacio artificialmente natural con la necesidad de contar con muchos de los medios materiales, productos útiles elaborados por el hombre, que debo aceptar del mundo exterior. Islas vírgenes, en un mundo colonizado por el hombre, ya no existen. Desde un principio sí me he empeñado en eliminar todo aquello que ponga a mi mundo en contacto con el mundo que voy a abandonar. Así, ningún medio de comunicación he incorporado, excepto aquella colección de libros por los que he alcanzado un alto nivel de escepticismo. Por eso los he guardado en un cofre aparatoso y sugerente en espera de una buena razón para volverlos a utilizar, y si no, que sirvan de símbolo de todo aquello que el hombre atesora sin utilidad práctica. Por lo demás, el recinto ha ido tomando forma, forma extraña, esperpéntica, dirán los que lo vean. Carece de ventanas al exterior, sólo grandes bóvedas acristaladas que permiten una única visión: el firmamento. Esa realidad extraña, configurada por mi mente, es, en pequeño, como el mundo que voy a dejar: sus propios límites y el firmamento. La comodidad interior es grande, se diría que lujosa, pero de un lujo útil. Cuando me planteé la necesidad de contar con los medios del mundo exterior para conseguirlo, eliminé toda reticencia que esto me produjo, con un simple razonamiento: todo, en fin de cuentas, es materia, lo importante es que no permita el trasvase de otros pensamientos ajenos a los que se produzcan dentro. Con ese criterio, totalmente liberado

de prejuicios, no he escatimado en proporcionar a ese lugar de los medios arquitectónicos y de confort realmente faraónicos. El acondicionamiento ambiental del interior permite una atmósfera limpia y a temperatura y humedad constante, que la hacen totalmente comparable a la que yo me imagino debió existir en el otro mundo que vamos a dejar atrás, y antes de que el Hombre la degradara. He mandado instalar una megafonía que está destinada a reproducir los más variados sonidos de la naturaleza: el sonido del viento, de las olas, del fuego, del agua en movimiento y precipitándose en cascadas, de los animales... Todo esto, que yo no puedo crear desde mi mundo, lo he incorporado razonando del siguiente modo: esos sonidos se aliarán con la memoria del hombre nuevo para obtener el efecto que debió sentir el hombre primitivo, parte de la tramoya que siempre acompañó al hombre, incluso desde antes que abandonara el andar a cuatro patas. Los sonidos auténticos no debieron afectar a su evolución más allá de utilizarlos en su provecho o simple placer. Esa evolución, en contacto con el medio externo, no pudo ser más que positiva; todo lo de negativo que el hombre fue haciendo en la tierra debió ser impulsado desde su interior. Descubrir las causas, ese será el resultado que se obtendrá desde mi mundo, para mí, repito.

También he hecho instalar un sistema de audio-vídeo, que más adelante expondré para qué y fácilmente deducir el porqué.

Pero todo ello, he de admitirlo, con ser espléndido en su artificiosidad, no deja de ser una jaula de oro, algo que me ha recordado la visita que hice al zoo. El que en mi mundo falte la grandiosidad de la naturaleza, con sus horizontes sin aparente límite, y en el que faltarán los bosques, los animales, los elementos que producían aquellos sonidos, yo lo minimizo diciéndome que si mi mundo es imperfecto, tampoco es perfecto el que voluntariamente voy a abandonar, y éste es atribuido por muchos nada

menos que al Dios todopoderoso. Siento, en ocasiones, ocultos celos de su creador, quien quiera que sea, que ha conseguido cosas que yo no puedo conseguir por mí mismo para mi mundo y que por eso no he querido tomar prestadas. En algún momento me he sentido impotente, pero enseguida me he rehecho de tal pensamiento; si hubiese sido Dios, tampoco me habría parecido perfecto mi mundo. Pero en eso no tengo por qué pensar, pues, precisamente, de esa imperfección se puede concluir que no habrá sido el Dios todopoderoso, del que me habían hablado, el que ha creado el mundo y a sus criaturas. ¡Ah!, anticipo que para ser como un dios de mi mundo, no he descuidado un detalle importante: hubiese sido un dios más que imperfecto si, junto a mi poder creador, no hubiese previsto la forma de destruir mi obra. Este detalle me ha resultado muy costoso en medios y estrategias, pero, siendo fundamental, no he reparado en los gastos que lo han hecho posible.

Partiendo de que lo que voy a intentar es sólo un experimento, y en un experimento se intentan reproducir las condiciones naturales en aquello que se establece como básico prescindiendo de lo accesorio, he decidió ir adelante en mi proyecto, no sin albergar dudas sobre si los elementos que he introducido en mi mundo son los básicos y absolutamente necesarios para que, por esta causa, el proyecto no pueda ser cuestionado por mí mismo en sus resultados finales. Consciente de no tener otra alternativa, y aceptando que mi resignación sólo es un exponente de la finitud de cualquier creador, me he propuesto no volver a plantearme esta cuestión, haciendo de una consideración negativa una conclusión positiva en el camino de mi propio conocimiento: el hombre, como los dioses, es finito en su capacidad de crear; la parte no puede crear el todo. Tampoco se trata de eso.

Podemos ver en esta actitud mía algo similar a lo que el Hombre ha intentado siempre en su afán de proyectarse en el Universo: ir más allá de sus propios límites. En este continuo mirar más allá de su propio horizonte, el hombre encuentra entusiastas y detractores, como sucedería conmigo si yo intentara pensar en los demás y no tanto en mi mismo. Yo, como hombre individual, sólo podré encontrar, como siempre ha ocurrido, la verdad que me complazca; luego los chicos, si la trascienden al mundo, podrán encontrar algún otro que encuentre cómodo asumirla como propia.

Jorge y Ana están a punto de terminar el curso. Cuando las sesiones diarias a las que asistían conmigo se convirtieron en una rutina, han podido volver a concentrarse en sus estudios. Yo los trato con cierta deferencia no exenta de rigor y autoridad en los cometidos importantes, un rigor y autoridad sutiles que no son sino una cierta forma de inducción, aunque yo prefiero no llamarla así, sino transferencia de mi espíritu. Nunca más he tenido la intención, y mucho menos la exigencia desde mi poder omnímodo sobre los chicos, de pedirles cosas extrañas. En ocasiones, y en mi solitaria naturaleza de macho aún con apetencias, mi pensamiento ha dejado la trascendencia, se ha vuelto prosaico y con frecuencia se enrosca en torno al cuerpo de Ana. He llegado a sentir una especie de envidia-celos del privilegio de Jorge a poseerla. Pero yo, que tengo en cuenta algo que pertenece a las inhibiciones de este mundo, producto de complejos nacidos de la supuesta competencia artificial entre los hombres, veré qué sucede en mi mundo y qué otros valores definen al macho dominante.

Algunas veces los invito a seguir conmigo el proyecto, pero siempre sobre bocetos. Generalmente es algún fin de semana. Ana gusta de opinar sobre aspectos estéticos y decoración en general; Jorge sugiere elementos de comodidad. Yo los escucho, pero no me dejo llevar de sus sugerencias, y si alguna vez éstas se incorporan, será porque yo ya había antes pensado

en ello. Tengo la intención de que ese mundo sea el resultado de mi deseo individual y personal; será mi mundo. Un dios que hubiese hecho este mundo que vamos a dejar, lo habría hecho con igual propósito, pues un dios que cediera parte de sus competencias, vería su divinidad disminuida en la misma proporción.

Jorge y Ana se preguntan cuándo llegará el momento de romper el cordón umbilical que les ata a este viejo mundo y comenzar de una vez la experiencia de vivir en el nuevo. Confían que yo dé la señal de que ha comenzado, y están impacientes a la vez que temerosos.

En mis visitas a la construcción, he conocido a un personaje que anteriormente se ocupaba de labrar la finca que ahora es mía. Es un hombre de unos cincuenta años, rudo en su aspecto, sordo y mudo, que vive solo y sin familia. Para mí es lo más parecido a un animal, del que podré servirme como el hombre se sirve de los animales en la Tierra y con frecuencia de otros hombres. Alguna utilidad me puede proporcionar, supliendo así la falta de animales en mi mundo. Aunque este ser es una persona en los esquemas del mundo que voy a dejar, capaz de pensar por sí mismo, quién sabe si, pudiéndome comunicar con él, incluso con un razonamiento primario interesante que no tenga necesidad de acondicionar, me permite concluir algo importante. Sin embargo, considero prioritario animalizar completamente a este ser, si quiero que no interfiriera en mi proyecto tal y como yo lo he preconcebido. Para ello, si domino a este hombre hasta el punto de esclavizarlo y no le hago partícipe de mis pensamientos ni me presto a escuchar los suyos, este hombre dejará de ser tal ser humano para convertirse en un animal, situado en un nivel inferior y en la escala de cualquier ser vivo no hombre. He comenzado por señas y ofreciéndole dinero, y ya he conseguido hacerle entender a este animal,

que debe seguirme y ponerse a mi sombra protectora. Lo entrenaré para hacer o no hacer únicamente aquello que le ordene.

Tengo oído que mientras la mole de mi mundo se eleva al cielo, en el pueblo, sus gentes se preguntan qué se está construyendo en La Colina. Sólo, de forma muy genérica, lo saben algún mandamás del Ayuntamiento, pero en el Ayuntamiento se han recibido órdenes mías de no interferir en mi intimidad, de no hacer preguntas, ni irse de la lengua, y el alcalde personalmente se encarga de hacerlas cumplir. Se cuidan las formas, no obstante. Como en todas las ciudades del país, también allí se ha ensayado la democracia y se han producido unas elecciones libres para elegir los miembros de la corporación municipal, pero como muy pocos saben qué es eso de la democracia, ganaron esos pocos por unanimidad y han hecho de su capa un sayo. Al mando de esa cuadrilla está don Álvaro, constructor y marido de la única maestra, y ahora alcalde bendecido en las urnas. Su equipo le debe favores y éste le debe a su equipo la promesa de privilegios, así que la armonía y sintonía reina en esa casa que debemos seguir llamando Ayuntamiento. El resto del pueblo parece no enterarse de que ha llegado el cambio político y con él el término de las viejas formas caciquiles; es más, todos tienen la sensación de que eso que llaman democracia es peor que lo que habían conocido hasta ahora; más impuestos, más reglas para cualquier iniciativa, más gente con sueldo en la casa consistorial, más presión para hacer o no hacer cosas, más miedo, en suma. Ha llegado la disciplina, único camino para alcanzar el progreso. Han llegado los nuevos impuestos, único medio para establecer la igualdad social, según les dicen; progreso e igualdad social que los lugareños no ven por ninguna parte, salvo en las personas que les mandan, que sí que prosperan a ojos vista. Algunos piensan que esa extraña y enorme casa va a ser una prisión, pues, desde el exterior y sin otra información que les saque

de dudas, ese es el aspecto que tiene. Nadie piensa que hace algo malo por lo cual deba esperar ser recluido allí, pero la construcción intimida a las gentes, que viven con el corazón en un puño. Por ello, no es que teman tan sólo, es que son dóciles y sus voces, en expresión afortunada, el silencio de los corderos. Yo, con mi liberal forma de pagar por adelantado los servicios que obtengo del Ayuntamiento, he conseguido poner a mis pies dorados aquella camarilla que lo gobierna. Y como les he ordenado, no preguntan. Desconocen qué clase de casa-proyecto realizo dentro y para qué ha de servir, sólo saben que es una casa que no tiene proyecto constructivo porque esa exigencia normativa se ha obviado con el subterfugio pomposo de declarar de interés publico el beneficio de haberse construido en su pueblo. A mí la fórmula me es indiferente, aunque la haya pagado yo. Por eso, la curiosidad es un asunto de cada cual, y esto a ellos les importa poco, y sólo maquinan la forma de sacarme, de quien ellos piensan estoy loco de remate, el máximo dinero posible. Después de los diez millones que ya les he entregado, en una carta que les he mandado a través de mi abogado, hablo de la promesa de favorecer al pueblo, contribuyendo a resolver los problemas de financiación de proyectos pendientes. Todo eso lo haré una vez establecido en la casa que estoy construyendo y si nada que me moleste me hace interrumpir el proyecto. Sé que el grupo en torno al alcalde no deja de confeccionar listas, las siguientes ampliadas respecto de las anteriores. Previsores como son, esas listas se refieren a interminables carencias y planes que mejorarían las condiciones de vida del pueblo, así como el asentamiento de las bases para su proyección futura. Esto último les dará mucho juego, pues ellos lo aprovecharán para urbanizar sus tierras de secano, lindantes con el pueblo, y con el loable pretexto de crear las infraestructuras de cara al futuro de progreso que ellos mismos han prometido a sus conciudadanos. Han

incluido algo para la parroquia, especialmente para reparar el tejado. También para los guardias civiles, a los que les construirán casas nuevas, anexas a la poco habitable casa cuartel. Todo para que los que están llamados a meter sus narices en ese misterioso asunto, contribuyan con su pasiva actitud a mi sosiego. Todos, como una piña, llenos de gratitud y a mis órdenes, por el hombre providencial, según el cura, y algo chiflado, sin llegar a loco peligroso, como han llegado a pensar todos los demás. Y de lo único que saben de mí, siguiendo mi voluntad, se cuidan de que no salga del pequeño círculo, cuyo centro es don Álvaro, el alcalde. Al resto de los vecinos, y si se ponen pesados, ya encontrarán el momento oportuno de comunicárselo con la explicación más apropiada. Ahora, sabedores del temor que esa construcción ha despertado en las gentes, lo aprovechan para presionarlos con nuevas y arbitrarias exigencias. Tienen cerca de cuatro años por delante hasta las nuevas elecciones, tiempo sobrado para explotar esta mina. A mí, ya lo he dicho, no me importan sus motivaciones con tal que atiendan a las mías.

La casa está a punto de estar terminada a mi entera satisfacción, menos, al parecer, de Jorge y Ana, que mirando las fotografías que yo alguna vez les he mostrado, hubiesen preferido algo abierto, rodeado de naturaleza, como un oasis en medio de aquel páramo. No obstante, comprenden el principio básico de procurar aislamiento absoluto a aquel recinto, y no ponen mayores reparos que, por otra parte, dosifican al máximo ante el temor de contrariarme.

Jorge y Ana han terminado el curso con mejor resultado que los anteriores. Yo como premio les he comprado el coche; en realidad ya lo habían comprado a plazos; lo que yo he hecho ha sido pagar los plazos pendientes. Como no han de necesitar de la asignación mensual, les he propuesto que se fuese acumulando para cuando el experimento haya

terminado o fracasado en sí mismo, y no, desde luego, por causas personales de sus copartícipes. También, y en el último tramo de lo que yo he llamado iniciación, les he suprimido el tratamiento que me era debido; ya no soy para ellos el *Señor*; les he permitido que me tuteen y que me llamen por mi nombre. El respeto ha sido y será el mismo, pero eso no es difícil de observar por los dos jóvenes; tal es el respeto que les infundo, que es algo natural en ellos respetarme.

***

Pude comprar mi antigua casa; habría sido en mí un gesto inconcebible, pero también la ocasión en la que hubiese podido hacer un paréntesis en mi vida y así tener ocasión de reiniciarla desde que comenzó a ser equivocada...

***

Y el día tan esperado ha llegado. Lo he anunciado y les he pedido que se prepararen. No deberán llevar nada personal con ellos, excepto la ropa que lleven puesta. Los últimos detalles de nuestra nueva morada les han sido ocultados deliberadamente por mí, que se los mostraré una vez estemos dentro. Ana y Jorge tienen curiosidad creciente por comprobar el resultado final de este tinglado que he montado, más que la plena convicción de que van a pasar unas jornadas inolvidables; Jorge ha llegado a pensar que se van a aburrir dentro de aquellas paredes; Ana que puede fracasar en los primeros días y que el objetivo se convertirá en un fiasco de imprevisibles consecuencias para ellos; sólo yo estoy seguro de alcanzar lo

que he pensado alcanzar, aunque no, de momento, su definición. Yo, no obstante, sigo adelante, jugando con las palabras como transmisión de mis pensamientos, sin otra preocupación que acabar de una vez con este maldito puzzle que me tiene absorto, y con menos piezas que huecos va presentando.

He despedido al chofer. Félix tomó el último cheque que le di e hizo un gesto de resignación ante aquel sueño del que despertaba. Me ofreció una tarjeta con su nombre y teléfono y se puso a mi disposición para lo que quisiera. Yo tuve la deferencia de aceptarla e incluso le di la mano.

Con el abogado no he terminado la relación. Lo mantengo como instrumento que habrá de ejecutar mis órdenes y el cumplimiento de algunas obligaciones insoslayables, pues es inevitable que El Nuevo Mundo no puede ser del todo autónomo respecto del viejo en el que se ubica; está, es claro, sometido a obligaciones administrativas del estado y del municipio y a otras dependencias varias relacionadas con suministros de energía, agua, etc. No por ello he tenido escrúpulos ante esta imperfección de mi mundo, tributario del otro, y no considero que esta circunstancia desvirtúe mi proyecto. El abogado, cuando llegue el caso, tratará de olvidar todo lo que sabe, que tampoco es mucho ni comprometedor si él no lo declara, aunque sí molesto por lo atípico. Si se producen circunstancias anómalas, como las anunciadas por mí, se acogerá al secreto profesional y sólo mirará en el banco el estado de una cuenta que él sólo utiliza para atender a su cliente y… amigo.

Hemos salido por la tarde, después de comer juntos, tensos de emociones y alguna que otra incertidumbre. Hasta yo mismo he perdido el autocontrol y he estado nervioso todo el día. Tenemos la extraña sensación de que emprendemos un viaje hacia otro ignoto cuerpo celeste, lejos, muy lejos de la Tierra, sin la certeza absoluta de qué nos hemos de encontrar,

pues hasta lo esperado por mí no deja de ser una incógnita. No hemos hablado durante la comida. También pesa la huida voluntaria de un mundo al que no comprendemos si buceamos en sus misterios y en dirección a otro que sólo nos promete aclararlos, y sólo porque yo mismo así lo he dispuesto.

Yo conduzco mi coche y los chicos el suyo. Fui yo el que pidió que se trasladaran así. Necesito pensar en solitario. Jorge y Ana lo han agradecido sin decírmelo; el coche parece ofrecerles el medio de escapar del lugar al que van si la situación se hace insoportable, por más que el dinero que reciben y la atracción que yo ejerzo sobre ellos les impulse a seguirme a lo desconocido y les predisponga a los mayores sacrificios, como los que siempre supone cualquier tipo de desarraigo, y he de decir que únicos a tener en cuenta por ellos y motivo de su preocupación, pues otros motivos no les he dado a pensar.

Durante el trayecto, repaso mentalmente algunos aspectos de cómo ha de ser el comienzo, una especie de nuevo génesis en miniatura. Los chicos están a punto, según yo percibo. He conseguido que cuestionen por ellos mismos todas sus convicciones anteriores y creo firmemente que sus pensamientos están lo suficientemente purificados como para esperar de ellos reacciones nuevas ante una vida nueva. Desde luego no he pensado en los nuevos miedos que pueden surgir de la aceptación de las nuevas concepciones o de los vacíos que dejan las antiguas, ni de la incertidumbre ante el nuevo y extraño modo de vivir que van a emprender. Son demasiadas incertidumbres para mí, que, como siempre hice en mi vida, he procurado no tener en cuenta para no desfallecer antes de intentarlo.

Ahora sólo me preocupa la primera puesta en escena, que siempre he creído algo de la máxima importancia. Aparte de la impresión de admiración por el lugar en el que van a vivir, y que yo estoy seguro ha de

causarles, necesitan que el primer gesto al entrar en aquel lugar sea singular y lleno de simbolismo. No es una casa de vacaciones a donde uno se traslada para pasar una temporada a relajarse y luego se regresa al lugar habitual. Yo espero que, por voluntad propia y sin necesidad de coacción alguna, ese sea para todos el último traslado que hacemos en vida.

Por un momento me desentiendo de mis propias preocupaciones para penetrar en las de Jorge y Ana, a los que no puedo por mucho tiempo dejar a su libre albedrío. Yo gobierno sus pensamientos, no necesariamente para que siempre me complazcan, al igual que sucede con los míos propios.

Jorge y Ana hablan poco. Sí que hablan del poder que tengo y discuten de dónde emana ese poder. Para Jorge todo tiene su origen en el dinero y del caprichoso comportamiento de un hombre rico, eso sí, fuera de lo común. Para Ana, yo, además de ser un hombre singular, una especie de hombre carismático, también soy una fuente de sabiduría nueva para ella, aunque ella todavía no sepa a ciencia cierta en qué consiste eso de la sabiduría. No es raro confundir la sabiduría con la memoria, y ella ahora lo sospecha. Y aunque reconoce que el dinero me ayuda, sobre todo en una época en que el hombre se distingue por su rebeldía a reconocer cualquier tipo de mitología que no sea la nueva del poder económico, ella piensa que se necesita la conjunción con factores idealistas para utilizar mi dinero en algo que se le antoja tan grandioso y sin connotaciones con finalidad económica alguna. En todo caso, los dos me aceptan como un hombre con capacidad superior a la de ellos, por mis méritos , como apuntó Jorge, aunque piensan que ellos son jóvenes y tienen por delante mucho camino que recorrer acumulando experiencia y madurando su pensamiento; también son los jóvenes los que con más voluntad y entusiasmo siguen a los líderes, a los que no siempre la historia les reconocerá méritos. Pero esta experiencia que van a vivir, les hace pensar en que pronto ellos

mismos estarán a un nivel muy superior al de los demás mortales de su misma edad; Ana, porque la experiencia la considera, en todo caso, positiva; Jorge, porque piensa que con ella afianzará aún más su escepticismo, escepticismo que, por otra parte, él no lo considera negativo, más bien al contrario: Jorge cree que es una buena herramienta para andar por esta vida, la única, sin ir a trompicones. Ana, a pesar de tan singular viaje y destino final, hasta ha dormido un par de horas.

Hemos llegado al sendero terrizo que nos saca de la carretera y nos conduce en dirección a La Colina. Yo me paro a veinte metros de una valla metálica. Jorge y Ana se paran detrás, sin saber ni adivinar cuál es la causa por la que yo interrumpo mi viaje. Bajo del coche e indicó a los chicos que bajen también. Luego les indico un árbol que crece cerca de la vera del camino. La sombra del árbol se proyecta larga; es un día de junio y el sol está ya cerca del horizonte de poniente. Bajo la copa, y al lado del tronco, están dos cestas de mimbre tapadas con un paño blanco. Yo me dirijo hacia ellas e indicó a Jorge que me siga. Cuando llegamos cerca, Jorge pregunta, pues ya llevan tiempo autorizados a hacer preguntas:

—¿Qué es eso?

—Eso es nuestro alimento —contesto lacónico.

Jorge, aunque lo piense, ya no se atreve a preguntar quién lo ha puesto allí. Cualquier forma es buena de procurarse algo tan elemental como el alimento para vivir cualquier tipo de vida, en cualquier tipo de mundo, y yo, que he previsto todo aquello que en cualquier mundo parece esencial, he encontrado el medio idóneo para que éste no falte. Jorge coge una cesta, la que yo he dejado en el suelo, y ambos regresamos al coche; Jorge adelantándose con su vigor a mí, poco entrenado para el esfuerzo. Ana, que oye que aquello es comida, sonríe meliflua al observar aquel acto tan simple como recoger el alimento de la tierra y su pensamiento se torna

estúpidamente trascendente, tan estúpido, como que no se le ocurre otra cosa que decir:

—¡Ah, la tierra, ubre de la vida!

Jorge que escucha tal suspiro, no puede reprimir decir a su vez:

—¡Calla y come, gilipollas! —y su propia gracia le hace sonreír.

Yo, que no estoy muy alejado, llego a oír tan sublime síntesis de dos posturas igualmente falsas y cruza por mi mente la duda en tanta seguridad como he puesto en estos jóvenes.

A través de una cancela que permanece abierta, salvamos la exagerada valla metálica, coronada de tres hileras de alambre de espino, que rodea la colina y comenzamos a subir por la rampa en espiral que nos lleva a la plataforma. Allí arriba se levanta la mole imponente de hormigón, que sin la menor concesión a la estética, más parece un depósito gigantesco para contener agua, y que, en el lugar árido en que está situado, puede hacer pensar en algún castigo bíblico pasado en forma de pertinaz sequía. Allí estaría el remedio arbitrado por el hombre agnóstico, por si acaso se repetía, al margen de los designios de Dios. En el muro continuo de cuatro metros de altura, sólo rompe su monotonía, a la vez que lo hace tétrico, una sola puerta de dos hojas metálicas, sólida y opaca, que permanece cerrada. Da la impresión de estar hecha para entrar y no salir. Me paró frente a ella seguido de Jorge y de Ana. Un hombre, con toda la apariencia de un campesino curtido y extremadamente rudo, sale presto de una caseta de obra que se encuentra próxima y se acerca a abrir el portón a los que llegamos. El peso de las hojas de la puerta hace que su esfuerzo no se traduzca en rapidez. Las hojas se abren lentamente, dejando un hueco suficiente para que puedan pasar los coches. Yo penetró en el recinto seguido de los dos jóvenes, que se preguntan quién puede ser aquel hombre que les saluda con un gesto de la mano y sin pronunciar palabra alguna.

Pasado el portón del muro, hay una especie de patio circundando la construcción que se levanta en el interior: una nueva e imponente masa de hormigón con otra y única puerta, ésta de madera y también de dos hojas. Detrás de nosotros, el hombre que nos abrió la primera puerta del muro, cierra ésta sin esperar un instante, quedándose él fuera del recinto amurallado. Frente a la puerta de madera, tres personas esperamos unos instantes dentro de los coches, como si debiéramos tener una última reflexión antes de dar el siguiente paso que nos conduce a un nuevo mundo por abandono del propio. Yo salgo del coche. Jorge y Ana esperan dentro del suyo, observando. Me dirijo a la puerta metálica del muro y compruebo que está cerrada desde fuera. Después me dirijo a la puerta de madera. Hago girar una llave que llevo conmigo y abro una de las hojas empujándola con cierto esfuerzo hacia dentro, luego hago lo mismo con la otra. Al frente se divisa una amplia estancia que se ilumina automáticamente. Desde fuera sólo se vislumbra un fondo profundo inundado de luz, mezcla imprecisa de exterior y luminarias invisibles. Subo de nuevo al coche y penetro dentro del recinto con la seguridad de quien se siente en casa. Los jóvenes me siguen, suponiendo que eso es lo que deben hacer o arrastrados por una notable fascinación que inhibe todo pensamiento de duda o recelo. Los coches ocupan un rectángulo que al fondo se amplia en forma oval. En ese fondo oval, y en el centro, se puede ver una piscina con el agua iluminada y borboteante. Desde el coche, también se ven algunas columnas de mármol de estilo dórico que hacen del lugar una estancia de aspecto monumental, como de termal griega fastuosa. También las paredes están recubiertas de mármol de diferente color, desnudas de cualquier tipo de adorno. No se ven lámparas que iluminen el recinto, no obstante tan bien iluminado que no parecen existir sombras. Me bajó de mi coche y camino adentrándome en la casa. Jorge y

Ana me imitan sin despegar los ojos de todos cuantos detalles ven, sin apenas vislumbrar su conjunto. Cuando los tres nos hemos situado en el rectángulo porticado, Jorge y Ana, sin decir una palabra, miran al unísono hacia arriba, buscando el techo que les cobija. Todo el techo es una bóveda de cristal transparente. Al otro lado se puede ver solamente el cielo que empieza a oscurecerse. Circundando la bóveda, pareciera que un aro de luz invisible ilumina la estancia. En realidad, el sistema de iluminación está estudiado de forma que no se perciban los focos de luz. De algún lugar oculto salen sonidos extraños: sonidos que asemejan los del agua en movimiento; de una brisa que parece cruzar las ramas de los árboles; del cantar de un ruiseñor lejano; todos muy tenues, todos muy agradables; música reproducida de la vida y del mundo que hemos dejado atrás, pero ésta enlatada, aunque no por eso menos bella.

He dejado deliberadamente abierta la puerta al recinto, para que los jóvenes no sientan la sensación de encierro inmediato e irreversible. Jorge y Ana siguen esperando que les hable, que les dé las claves del comienzo de esta nueva vida con la que tanto han especulado, sin saber en qué habrá de consistir en los detalles del día a día. Me dirijo sonriente a los chicos, como si mi satisfacción propia debiera ser confirmada por la admiración de mis pupilos.

—¿Sorprendidos?

—¿Qué es esto, santo Dios? —pregunta Ana, sin dejar de mirar a todas partes.

—¡Acojonante! ¿Todo esto para nosotros? —exclama Jorge, mientras vuelve a mirar al techo.

—Entonces puedo decir que, en este aspecto, he logrado lo que quería —les digo y sigo—. Escuchadme ahora. Debemos admitir como necesario el simbolismo en muchos de nuestros actos. El simbolismo nos permitirá

acercar nuestra imaginación a niveles del pensamiento que no se sustentan en cosas materiales. Así pues, y teniendo en cuenta que dejamos un mundo y entramos en otro, el primer acto simbólico que deberemos hacer es purificarnos. El agua y el fuego nos servirán. Desnudémonos y destruyamos mediante el fuego los vestidos que portamos de ese otro mundo que dejamos atrás y sumerjámonos en esta agua pura, todo ello como símbolo de purificación de nuestro cuerpo y de nuestros hábitos.

Cuando he terminado de hablar, no sin cierto deje declamatorio, comienzo a despojarme de mis ropas. Jorge y Ana se miran. Ana comienza a desnudarse. Jorge, más lentamente, también. De reojo me miran para saber hasta qué punto se tienen que desnudar siguiendo mi ejemplo. Yo estoy dispuesto a no dejarme puesta ninguna prenda. Ellos me imitan. Los tres, desnudos completamente, vamos bajando por una escalera y penetrando en la piscina. El contacto con el agua es gratificante después de un viaje largo y extenuante para el cuerpo y la mente. Nuestros cuerpos, libres, sienten el placer de esta caricia tonificante. Sólo permanecemos en el agua unos minutos haciendo abluciones tímidas. Soy yo el primero en salir; detrás me siguen Jorge y Ana, que habrían querido permanecer más tiempo. Yo los observo mientras salen, sin recatarme y también sin ocultar ninguna parte de mi cuerpo, no obstante poco presto a la comparación. Jorge me mira a los ojos, buscando en mi mirada algún síntoma de perversa intención o simplemente oportunismo. Ana hace un gesto de natural pudor, tapándose el pubis con las manos. Los tres cuerpos se exhiben sólo con aparente naturalidad.

—Secaos en esa cabina — les digo, y les muestro una especie de cajón de madera abierto por el frente y que está situado al otro lado de la piscina, adosado a la pared— Una vez dentro, sólo tenéis que apretar el botón que está en el frente. Yo os seguiré luego.

Jorge y Ana se dirigen con la curiosidad reflejada en sus caras a donde les he indicado. Jorge invita a Ana a entrar primero. Ana, decidida, penetra en aquel habitáculo, pulsa un botón, y un chorro de aire caliente se proyecta desde el techo. Los dos se ríen ante el ingenio y parecen divertirse con él. Yo los miro con una leve sonrisa de satisfacción. La desnudez de Ana me es conocida, pero la naturalidad de sus movimientos la hacen más bella; es la belleza añadida de la libertad la que adorna su ya de por sí bello cuerpo. Jorge tiene un cuerpo esbelto y musculado sin exageración. Son dos cuerpos bellos, sin duda, y que a algunos seres humanos les parezcan ofensivos en su exhibida y espontánea desnudez, para mí no deja de ser una gran paradoja humana. Mi cuerpo ya muestra signos de declive físico, con piernas delgadas, desmusculadas al igual que mis brazos; también un incipiente vientre prominente y un tórax fláccido terminan por definir un cuerpo al que ya ha abandonado la belleza, si alguna vez la tuvo, pero que, en cualquier caso y a mi edad, hace presentir el camino de no retorno. Me esfuerzo en no sentir pudor ante las miradas furtivas de los dos jóvenes. Cuando los tres estuvimos secos, a indicación mía nos hemos situado formando un triángulo, frente a frente. Les hablo.

—Propongo que hablemos de un tema que me sugiere esta presencia desnuda de nuestros cuerpos. En el mundo que hemos dejado solíamos ocultar algunas partes de ellos. Es obvio que sólo los seres humanos nos tapamos, y eso no puede obedecer a otra cosa que un sentimiento impreciso, también humano, que llamamos vergüenza, y no pudor como se suele decir, que es otra cosa mucho más concreta e involuntaria. Pero esta vergüenza se ve relativizada con el paso del tiempo, y tampoco es universal en el fondo y en la forma, por lo que no la debemos considerar innata al hombre y sí un atavismo devaluado en costumbre cambiante. Las costumbres fueron impuestas por varias probables razones. ¿Qué razones

os parece a vosotros que motivan esa ocultación, y me refiero sólo a ciertas zonas de nuestro cuerpo?

—El sentimiento de vergüenza a mostrarse completamente —dice Ana y continúa—. También ocultamos alguno de nuestros pensamientos. Pero yo no sabría decir el porqué de la vergüenza en este caso concreto.

—Normalmente nos tapamos las zonas erógenas —es Jorge el que toma la palabra—. Puede que la atracción sexual entre los seres humanos, capaces de excitarse en cualquier momento y copular, al contrario que el resto de los animales que atienden sólo a ciclos concretos de celo, motivó que nos tapáramos esas zonas como una forma de regular los acoplamientos.

—Pero estaréis de acuerdo conmigo, que tanto o más excita lo que se oculta y se imagina, que si se exhibe con naturalidad. Deberíamos estudiar qué es el sentimiento de vergüenza, como dices tú, Ana, y que sólo parecen sentir los seres humanos —digo yo

—Eso es cierto —dice y añade Ana.— Quizá tenga que ver con la vanidad, que también es un sentimiento exclusivamente humano.

—¿Cuándo sentimos vergüenza? —pregunto yo y sigo— Lo cierto es que el sentimiento de vergüenza se manifiesta tanto ante los demás como ante nosotros mismos por hechos o pensamientos. Estoy con Ana en que algunos sentimientos de vergüenza tienen su origen en ese otro sentimiento que se llama vanidad. Según esto, yo debería sentir vergüenza a mostrar mi cuerpo, que ya muestra signos de envejecimiento. Por lo contrario, vosotros no deberíais sentirla, sino orgullo, que nada tiene que ver con la insolencia, al mostrar los vuestros, jóvenes y espléndidos. ¿Por qué, entonces, vosotros sentís vergüenza, cuando no lo hacéis por insolente exhibicionismo?

—Yo confieso no saberlo —contesta Ana.

—Yo tampoco —añade Jorge.

—Pero hay otros casos en los que el hombre siente vergüenza: por los errores propios y algunos ajenos, por los pensamientos desviacionistas de los llamados buenos principios... en los comportamientos, por las mismas razones. Esto, que podría obedecer a una supuesta conciencia moral, propia y exclusiva de los humanos, yo estoy por creer que no es así. Cuando sentimos vergüenza nos ruborizamos, nuestro corazón late más rápido y tratamos de alejarnos de nuestros pensamientos o de las personas que nos observan. Tú, Jorge, deberías tener una explicación, puesto que crees encontrar todas las respuestas en los cuerpos que estudias.

—Lo siento; no tengo ninguna explicación. Las cosas ocurren así. La adrenalina es el desencadenante de esas alteraciones, pero se desconoce el mecanismo que actúa en cada circunstancia, o yo confieso no haberlo estudiado.

—Bueno; más adelante quizá la encontremos. Ya tenéis alguna de las claves de cómo ha de discurrir nuestra estancia aquí. Ahora recojamos la ropa y quemémosla fuera para terminar de sentirnos purificados.

Los tres salimos al patio, cada uno con nuestras propias ropas bajo el brazo. Ni Jorge ni Ana cuestionan la forma de purificación sugerida por mí, y aceptan, sin reservas, el carácter simbólico del mismo.

—¿Hemos de estar siempre desnudos? —pregunta Ana, con la interrogación reflejada en su cara.

—No, Ana. Dentro encontraréis ropa nueva. Podemos suprimir la vergüenza como sentimiento, pero no tan pronto la vanidad, que parece universal en casi todos los seres vivos, y quizá por ahí ha de venir la explicación a lo que antes nos preguntábamos. Puesto que somos vanidosos, suplamos la falta de adornos de nuestra piel con vestidos de colores. Nunca nos pareceremos a las aves exóticas, pero nos veremos

bellos ante el espejo y pensaremos que así nos verán los demás; nuestra vanidad cabalgará a lomos de nuestros complejos, complejos que, no obstante, deberemos intentar eliminar. Ya veis que algunos no son difíciles y ahí tenéis el ejemplo: a partir de ahora ya no estaremos vestidos por un sentimiento de vergüenza a mostrarnos desnudos, ¿no es así?

—Esa es una excelente conclusión —dice Ana—. No sé si lo pretendías, Alejandro, pero si la vergüenza se puede eliminar así de fácil, aunque de momento sea en este caso concreto, quiere decir que, probablemente, la pudiéramos eliminar en los demás casos que mencionaste. Más difícil veo librarnos de la vanidad, como también dices.

—Así es, Ana. Yo también lo creo, pero deberíamos intentarlo, y con ello también de aquellas emociones que la alimentan, como el amor, la esperanza, el miedo, la confianza, el remordimiento, la indignación, la envidia, la compasión, la humillación, la venganza, la consternación, la ambición, la avaricia y tantas y tantas otras.

—¿El amor tiene que ver con la vanidad? —pregunta Ana.

Ana sólo se ha quedado con esa palabra del rosario que yo he desgranado, como si formara un índice de debilidades humanas, pareciera que extraídas de algún libro olvidado y aprendidas de memoria para ser utilizadas en la ocasión propicia. Pero no es así en mi caso. Tengo mi propia definición sobre esa cuestión, a la que había llegado después de una reflexión, y para la que yo terminé concluyendo que era buena y suficiente. Lo que dije a continuación sí que fue un alegato que leí en alguna parte, o tomado *in extremis* de la boca de alguna alcantarilla por la que finalmente se escapan las bellas palabras que tejen un pretencioso parlamento.

—El amor, que deliberadamente he mencionado en primer lugar, es el paradigma de la vanidad humana. En toda manifestación del amor, el ser

humano compendia las más diversas formas de vanidad: la inseguridad de ser correspondido como forma encubierta del derecho de conquista; el miedo a la carencia de mérito propio; el ego ultrajado por los celos; el envanecimiento que nos produce la mentira piadosa del ser amado; la indignación y la cólera por la traición que te humilla; el odio eterno a quien hirió tu orgullo, y no a quien defraudó tu amor; el heroísmo que sublima tu valentía; la miseria que no soportas y ahogas en el suicidio; el narcisismo que emerge ante el ser amado, buscando en la imagen amada tú propia imagen. Todo eso es el amor.

—¿Y el sexo? —pregunta Jorge, que ha permanecido ajeno a la conversación entre yo y Ana, mientras procura que todas las prendas de vestir se quemen.

Yo sé poco de sexo como gran palabra que defina un gran concepto, así que, para responder, echo mano de mi propia experiencia.

—También el sexo, Jorge. ¡Cuánta vanidad se alimenta o se frustra en lo que llamamos hacer el amor! Pero dejemos esto, que tiempo habrá de volver sobre ello. Ahora debemos entrar. Os llevaré a vuestros aposentos, en donde dispondréis de un espacio íntimo y personal en el que podréis disfrutar de la soledad apetecida. Luego deberemos preparar la comida con lo que hay en esas cestas que recogimos en el camino.

—¿Qué hay en las cestas? — pregunta Ana.

—Os hablaba de la necesidad del simbolismo para que nuestro pensamiento se instale en cotas inmateriales. Comer es una necesidad de nuestro cuerpo; comer lo que a nuestro cuerpo apetece es un placer, y los placeres obnubilan el pensamiento hasta el punto de adormecerlo. Cuanto más sobrios seamos en la comida, como en el resto de los placeres, mayor será la claridad de nuestros pensamientos. En esas cestas sólo hay pan, vegetales, fruta, queso, leche y huevos; productos de la naturaleza que

alimentan a los seres desde el instante que nacen a la vida. Los tomaremos del otro mundo, como la electricidad y el agua. Nuestro mundo sólo será dependiente de cosas materiales, como no podía ser de otro modo, pero autosuficiente en su capacidad de generar pensamientos nuevos, y lo que es más importante, de verificarlos, no lo olvidéis. Y ahora vayamos dentro.

Después de cerrar la puerta que nos aísla del exterior, y como un acto ya natural, me pongo en marcha tomando de mi coche una de las cestas. Jorge toma la otra, y los tres, en silencio, penetramos en una nueva estancia. Es un salón amplio, de paredes de mármol asalmonado, veteado en rosa, absolutamente desnudas de adornos, cuadros, etc., e igualmente coronado por un techo de cristal. El suelo es de mármol negro, pulido como un cristal y reflejos de espejo, a diferencia del suelo en el que está la piscina, que es de granito blanco, ligeramente rugoso para hacerlo antideslizante. Hay en el centro de la sala una enorme mesa redonda, de madera noble, con cuatro bolas que hacen de patas, y alrededor de la mesa un sofá en forma de herradura y de cuero natural. La iluminación indirecta procede también de un aro que rodea la cúpula de cristal, oculto, y de algún lugar más, inapreciable a simple vista. El lugar sobrecoge por su sensación de vacío. El lugar es idóneo para la meditación, y así lo piensan Jorge y Ana, seguro como creo estar de sus pensamientos. El hombre, he supuesto, sólo puede mirar hacia sí mismo cuando nada del exterior le distrae; en consecuencia, cuando diseñé esta zona noble de la casa, decidí que habría de estar totalmente desprovista de adornos. No obstante esta desnudez, sensiblemente manifiesta, a Jorge le llama la atención un gran cofre de bronce que se encuentra situado en un nicho formado en la pared. Hace una disimulada indicación a Ana para que mire. Yo, que me doy cuenta, rompo el silencio.

—Os preguntáis qué es ese cofre y qué guarda, ¿no?

—Pues... sí. Sabemos cual es el uso de todo lo demás que vamos viendo. ¿Es algún símbolo? —pregunta Jorge.

—Rompe la sobriedad del recinto —apunta Ana.

—Lo es, en efecto; me refiero a que es un símbolo. Es un símbolo que nos ha de inducir muchas veces a pensar y no a distraernos en su contemplación como objeto ornamental. Imaginad que ahí se guardan los tesoros más preciados que el hombre ha podido acumular a lo largo de su vida y en el mundo que hemos abandonado; son todas sus fantasías, todos sus sueños, también sus pesadillas. Aquí son inútiles como tales; sólo el cofre servirá para el fin que antes decía: vuestro pensamiento, cada vez que miréis a ese cofre, ha de procurar con la imaginación meter dentro de él algo nuevo y definitivamente valioso para nosotros. Así como podéis disponer de todo lo que en este mundo se encuentra, no deberéis tener la tentación de hacer vuestro lo que ahora en ese cofre se guarda, porque si lo hacéis, regresaréis al mundo de las tinieblas.

Jorge y Ana están confusos. Esperaban que yo no me reservara ningún privilegio. Aunque aceptan ser, en cierto modo, criaturas nuevas procedentes de mi voluntad, habían creído que, desde el instante en que penetraron en esta casa, seríamos todos iguales. Han pensado que tendré una buena razón que se les escapa, pero la curiosidad, o el deseo de conocer el contenido de este cofre, en lugar de imaginarlo un recipiente vacío que ellos están llamados a llenar, como yo he propuesto, crece en sus mentes, y ya no les abandonará.

Seguido de los chicos, salgo de la sala por otra puerta situada al lado opuesto de la que hemos usado para entrar. Jorge y Ana observan que no utilizo conmutadores para iluminar las estancias que recorremos; les parece como si toda la casa estuviera permanentemente iluminada. Ahora caminamos por un pasillo con una sola puerta a la derecha y dos a la

izquierda. El pasillo, al final, forma una te. En el punto de intercesión de los brazos de la te hay otra puerta. Al fondo de cada uno de esos brazos hay sendas puertas. Paso de largo las puertas que se encuentran en el pasillo y me dirijo directamente a la puerta situada al fondo, en la intersección de la te. Invito a entrar a los dos jóvenes, luego entro yo. Estamos en una amplia sala, invariablemente con techo de cristal, equipada para multiuso. Una mesa redonda en el centro, con varias sillas, indica el lugar para comer. Allí deposito la cesta que porto y Jorge hace lo mismo con la suya. Alrededor, y adosados a las cuatro paredes, se ve una cocina equipada con todo lo imaginable: lavaplatos, lavadora, secadora de ropa, horno, microondas, diversos pequeños electrodomésticos, armarios colgados con puertas de cristal que permiten ver el contenido. A Jorge se le ocurre algo al observar aquel moderno equipamiento y no repara en hacer la observación en voz alta.

—Este nuevo mundo se parece al que hemos dejado, al menos en todos estos trastos.

Yo, que ya había meditado sobre ese particular, respondo:

—No podemos sustraernos a ser de esta época. Tampoco se trata de regresar a los orígenes y utilizar los útiles primitivos que el hombre tenía entonces. Por lo mismo que nuestras mentes se corresponden con la evolución, de la que somos exponentes actuales, todos esos trastos, como tú dices, son materia útil y, por tanto, buena; son el resultado del pensamiento del hombre llevado a la verificación de su utilidad; no fueron pensamientos ociosos ni perniciosos. Gracias a ellos, y sin ningún efecto negativo, podremos dedicar nuestro pensamiento íntegramente a los temas importantes que pretendemos abordar y el mínimo distraimiento que supondrá el trabajo manual. Bien, luego regresaremos a preparar el alimento. Vamos ahora a conocer el resto de la casa.

Me dirijo a la puerta situada al fondo del brazo izquierdo de la te. La abro. Todas las puertas que comunican con las diferentes habitaciones carecen de cerradura, sólo un pomo dorado acciona la apertura. La habitación que abro está iluminada, el techo igualmente de cristal. Es un gimnasio equipado con los más modernos aparatos para hacer gimnasia de la llamada pasiva. También cuenta con ducha y sauna. Jorge y Ana muestran su contento con todo esto; piensan que así pueden ejercitar sus cuerpos a la par que sus espíritus.

—Una gran idea; sana la mente en un cuerpo sano —dice Ana.

—Temía que nuestros cuerpos se deformaran por falta de ejercicio — añade Jorge

—Procuraréis que no sea así. Yo procuraré mejorar el mío — termino por decir.

Los tres salimos y nos dirigimos a la puerta que está al fondo del otro brazo del pasillo. La abro. Es una sala rectangular, amplia, y se ha de señalar, aunque resulte repetitivo, que con el techo de cristal. Un mundo, cualquier mundo, no se concibe con otro techo que el firmamento. Unos sillones se alinean mirando a un mini escenario oculto tras un telón de tela de terciopelo rojo. El que sea rojo, y no de otro color, es porque siempre figuramos en este color las pasiones. Jorge y Ana no esperan a que yo les explique para qué todo esto, y casi al unísono preguntan:

—¿Y esto para qué?

Jorge es algo más intuitivo.

—¿Qué se va a representar en este escenario?

Yo le tengo asignado un destino indiscutiblemente original; sólo los griegos antiguos se acercaron.

—Una vez al día, preferiblemente antes de caer la noche y después de cenar, escenificaremos uno de los llamados pecados habituales en el

hombre. Los actores tratarán de justificarlos como algo natural a la especie humana; los espectadores de considerarlos injustificables y, por tanto, condenables. Los criterios de los espectadores deberían, en principio, triunfar, pero eso lo sabremos después de cada representación.

—Ni con la más sutil imaginación podría haber pensado en algo parecido —dice Ana, que no se acuerda en ese momento de los antiguos griegos.

— Hay más sillones de los que parecieran necesarios ¿Alguien más ha de asistir como espectador a esas representaciones? —pregunta Jorge, siempre conciso en sus preguntas, sentándose en uno de aquellos sillones.

—No lo he previsto —contesto lacónico yo.

—¿Quién escribirá los guiones? —vuelve a preguntar Jorge.

—Improvisaremos. Todos tenemos impresas en nuestras mentes esas maldades llamados pecados. Como os decía, lo que trataremos de averiguar es si la así considerada maldad es en realidad algo inherente a la naturaleza o sólo es un sentimiento inducido. La conclusión, si se trata de lo último, será que deberemos eliminarlo de nuestras conciencias y, por esa vía de eliminar pensamientos inducidos, alcanzar así la perfección de nuestro propio conocimiento en aquellos comportamientos estrictamente naturales que deberemos observar.

—La tarea es interesante, pero ardua. El catálogo de maldades humanas es infinito; no tendremos tiempo de abordarlas todas —dice Ana, siempre más decidida a plantear inquietudes.

—Si lo piensas bien, no son tantas. Casi todas forman grupos con definición genérica. Lo que sí hay son infinitas sutiles variaciones, pero todas con un denominador común —digo yo.

—El papel de actor no es mi fuerte — interviene Jorge.

—No necesitarás representar ningún papel ni personaje que no sea tú mismo. Ahora que hemos resuelto haber superado el sentimiento de vergüenza, ya veréis qué fácil os resulta.

—Si tú lo dices... —concede Jorge.

—Bien. Vayamos ahora a nuestros aposentos privados. Supongo que ya os está resultando incómodo estar desnudos. Nada debemos hacer forzados, ese será el principio por el que nos guiaremos aquí.

—La verdad es que no llevaba tanto tiempo desnudo, quiero decir completamente, desde que nací. Es difícil cambiar de repente los hábitos —dice Jorge, a quien la observación mía le parece la mejor idea que he tenido desde que llegamos a esta casa.

—Yo ya no me estaba dando cuenta de estar desnuda. Con esta temperatura, sobran los vestidos —añade Ana.

—Yo sí. Mi vanidad me está recordando que mi cuerpo es ridículo al lado del vuestro y que debería disimularlo. Pero, ciertamente, y esto será digno de consideración, a medida que ha ido pasando el tiempo, mi vanidad se ha quebrado y sólo se manifiesta de forma intermitente. Vamos, pues —y los conduzco de nuevo al pasillo principal donde están las tres puertas inéditas. Se las señalo.

—Detrás de estas tres puertas están los dormitorios, y volviendo a los símbolos, representan otros tantos territorios privados y privativos de cada uno de nosotros. Todos los animales marcan su territorio y sólo permiten penetrar en él a quienes les complacen. Aquí, por tanto, nadie deberá sentir el deseo de violentar el territorio de los demás si no es invitado, y si lo hace, deberemos explicarnos por qué; nadie estará obligado a visitar territorio ajeno si no quiere, y si alguien obliga, habremos de explicarnos por qué. Este es mi territorio; ese es el tuyo, Ana; y el siguiente el tuyo, Jorge. Es tarde. Llevamos muchas horas sin comer, además del largo viaje;

estamos cansados. Nos veremos en la cocina dentro de media hora, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —responden Jorge y Ana, deseosos de tomar posesión de sus respectivas habitaciones.

Los tres nos separamos.

Las tres habitaciones son similares; espaciosas, las camas redondas, cada una con su cuarto de baño, dos sillones, un armario ropero con ropa surtida según para quién está destinada, una mesilla con ruedas y una pequeña mesa de patas cortas. Las tres habitaciones sólo tienen la invariable vista hacia el espacio infinito. Pero no son del todo iguales en su contenido o equipamiento; dos tienen instalados ocultos ojos y oídos electrónicos: las habitaciones de Jorge y Ana; la mía tiene unas minipantallas ocultas en el armario que proyectan las imágenes y los sonidos que proceden de las otras dependencias de la casa. Tuve muchas dudas cuando pensé en este detalle un tanto artero. Al final me decidí, y como siempre con una consideración simple y buena para mí: era mi proyecto, de utilidad exclusiva para mí. Jorge y Ana son mis criaturas, creadas para alcanzar los fines que me propongo, y tengo que estar omnipresente en todos sus actos más allá de los observables ante la presencia física. Este método es más efectivo que imaginarlos. Mi poder sobre ellos debe ser sutil, imperceptible, pero total, y qué mayor poder se puede tener sobre las personas que el que proporciona el conocimiento de los pensamientos más íntimos, aquellos que deliberadamente me traten de ocultar cuando propicien encuentros. No puedo pretender nada más, por cuanto los sentimientos que, deliberadamente, se ocultan de forma individual, esos no los podré conocer por ningún medio, salvo que los imagine o, de algún modo, los intuya. También en esto me ayudará con mayor facilidad, pudiendo observar las reacciones o los estados de ánimo

en la intimidad, cuando cada uno de ellos se encuentren solos. Es lo mínimo, si quiero parecerme a Dios, del que, por otra parte, no sé si tiene limitaciones respecto de los hombres que él creó, como se dice.

Considero el momento oportuno y pongo en marcha el sistema. Aparecen las imágenes previstas y observo.

Jorge se viste. No tarda en decidir: calzoncillos, unos pantalones, una camisa y un jersey ligero. Se calza unos calcetines y duda entre unas sandalias o unos zapatos; elige las sandalias. Luego va al cuarto de baño, se peina y se perfuma. Mira su reloj, que yo, después de una ligera duda, les he permitido salvar del fuego, con la consideración de que el tiempo es una variable, constantemente acompañando el discurrir de la vida, que sólo al hombre se preocupa medir, con obsesión algunas veces. Han transcurrido unos pocos minutos. Se sienta en uno de los dos sillones para dejar que pase el tiempo hasta la media hora que yo he sugerido. Se reclina y mira a través de la claraboya las estrellas que brillan ya en el firmamento. Debe sentir que no ha ganado con el cambio de mundo, y no desecha volver pronto al que ha dejado atrás, aunque en éste, todo lo que atañe a la supervivencia, lo tenga ya conseguido.

Simultáneamente, observo a Ana.

Ana revuelve todo el armario; los cajones repletos de lencería, la colección de calzado, los vestidos. La mayoría de las cosas le complacen; las podría haber elegido ella de haberle sido posible. Todo es de la máxima calidad, belleza y buen gusto. Duda mucho qué ponerse. Se prueba varios vestidos, se los quita. Finalmente se decide por uno de seda blanco en forma de túnica corta que le recuerda a las vestales griegas. Debajo sólo se pone una braga rosa pálido, cercano al color de su piel. Se calza una especie de zapatillas con cordones blancos que ella anuda en torno a sus

pantorrillas y hasta cerca de las rodillas. El resto del tiempo lo pasa en el cuarto de baño. Cepilla su pelo hasta dejarlo lacio y cayendo sobre los hombros. Busca en vano maquillaje, lápiz de labios; no encuentra nada que se le parezca. Hay perfumes variados, prendedores del pelo, compresas femeninas, un estuche de manicura, muchas otras cosas, pero nada que pueda ponerse en la cara. Debe conformarse con los pendientes que se han salvado del fuego, y porque no me di cuenta. Se perfuma con toques mínimos en ciertos puntos de su cuerpo y se mira, se mira mucho en el espejo. Debe encontrarse bella, y lo está, aunque estima algo pálidos sus labios, que se los frota y pellizca para que la sangre afluya a ellos. El efecto es sorprendente; sus labios enrojecen y hasta parece que han aumentado de volumen. Ha pasado ya la media hora y se dispone a salir, probablemente sin pensar en nada más que en sentirse admirada y deseada por sus compañeros. Se acerca a la puerta y no oye a nadie en el pasillo. Se apoya de espaldas contra la puerta y las manos detrás de su cuerpo, mientras eleva la vista hacia el techo y contemplaba las estrellas. Se imagina estar en un sueño que empieza.

Yo tengo previamente decidido qué ponerme como vestido. Sin vacilación me he dirigido a un lado del armario y allí cojo una prenda larga; es una túnica blanca, de raso brillante, sin ningún adorno. Me llega hasta los pies, que permanecen desnudos porque yo lo quiero así. No me pongo ninguna otra prenda interior. En el cuarto de baño sólo me peino el pelo hacia atrás, formando una corta cabellera que no llega a los hombros. Pero mientras hago todo eso, no dejo de pensar en algo El resto del tiempo lo paso comprobando, y con gran disgusto, el sistema electrónico que me comunica con el resto de las dependencias de la casa. He pulsado un botón tras otro, de una fila de ellos en una consola, y en las pantallas aparecen sucesivamente la piscina, el salón noble, la cocina, la sala de ejercicio, el

mini teatro, la habitación de Jorge y la de Ana. Me siento a observar el conjunto de minipantallas. Me levantó y vuelvo a la consola. Activo el sonido que debe provenir de la piscina. Giró al máximo el de volumen de sonido, y sólo el silencio. Giró el botón al otro lado, y ningún sonido se percibe. Ese lugar debería estar lleno de sonidos; ¿dónde el canto del ruiseñor, el murmullo del agua y del viento? Golpeo violentamente el panel, y sólo percibo el sonido de mis golpes. Me quedo contrariado observando el artilugio. Falla el sonido inexplicablemente. Yo había comprobado todo la última vez que visité la casa y todo funcionaba perfectamente. Este fallo es de suma importancia, y el caso es que yo no sé cómo repararlo. Tampoco puedo llamar a un técnico; tendría que darle explicaciones poco convincentes a los chicos, desde luego les tendría que mentir, y eso supondría el fin del proyecto. Con un gesto de fastidio he cerrado el armario y me dispongo a salir. En el pasillo, vacío, comienzo a pasearme, las manos cogidas detrás del cuerpo y la mirada en el suelo. Estoy pensando que quizá no pueda ser en mi mundo como Dios en el suyo, si es que Dios existe, y en mi pensamiento creyéndolo todopoderoso. Aunque, si bien lo pienso, no comprendería que Díos hubiese previsto tantos errores como se dan en su mundo.

Ana sale. Me ve que paseo ausente. Me vuelvo y la miro con semblante serio. Ana se encuentra con mis ojos y observa mi ceño fruncido. Ana, con voz tímida, pregunta.

—¿No estoy bien?

—Sí, Ana, estás muy bella.

—Pensé que no te gustaba el vestido. Tú estás muy bien; tienes el aspecto de un patriarca.

— Me alegro —y me distiendo, esbozando una sonrisa.

Jorge sale en este instante y se fija en nosotros. Sonríe y hace una observación que a los dos nos parece una burla sin llegar a ofensa.

—¿Vais a representar una tragedia griega? Lo digo por las vestimentas.

—¿Te molestan? — le pregunto.

—Naturalmente que no. ¿Por qué me habían de molestar? Os sientan bien, sólo que, de saberlo, yo también me habría vestido de esa guisa. Este pasillo parece ahora el túnel del tiempo; no sé si sois vosotros los que procedéis del pasado o yo el que vengo del futuro.

Yo y Ana reímos la ocurrencia de Jorge, y los tres nos dirigimos a la cocina.

Les invito e extender los contenidos de las cestas sobre la mesa. No hay en ellas ninguna sorpresa, y sólo contienen lo que yo ya les había dicho. Jorge, que está en vena de simpático y también un poco cansado de, la para él, tanta monserga simbólica y trascendente, comenta:

—A lo mejor descubrimos que somos parientes de las vacas.

Yo no muestro enfado ante esta salida cargada de cómica ironía; tengo que predicar con el ejemplo, extrayendo enseñanzas de cualquier reacción que considere digna de consideración.

—Está bien tú desenfado y sentido del humor. Aunque todo el tiempo que utilices tu cerebro para la evasión será un tiempo perdido —le digo, sin darle mayor importancia.

—Debí mantener la boca cerrada, pero se me ocurrió esa chorrada, que me pareció divertida, y la dije. ¿Deberemos callarnos y no manifestar los pensamientos que no interesan a la causa? ¿Tenemos que estar siempre circunspectos y académicos?

—Al contrario. Todos los pensamientos son importantes a partir de que se pronuncian, aunque sólo sea porque provocan los nuestros; resultan inútiles cuando sólo se piensan y no se contrastan. Y en cuanto a lo

segundo, una cosa es la euforia que sentimos en un momento determinado y otra el querer hacer una gracia estúpida. Sí, el hombre es el único ser vivo que, a veces, hace el idiota. Me refería a esto último. La conclusión que se saca de algo así es la misma que se sacaría de un eructo, por ejemplo. Pero no te enfades, eructa cuando y cuanto quieras.

Jorge debe pensar que empiezan las inevitables normas: Yo me siento superior, dueño de este recinto, más inteligente, guía o maestro; ciertas cosas, aunque las permita como espontáneas, no me gustan; los dos jóvenes deberán acomodarse para que no se desmadren.

—¿Por qué no pensáis en qué vamos a hacer de cena? Eso es lo importante en estos momentos —interviene Ana, aparentando un pequeño enfado.

—Ana tiene razón —digo y continuó—. Cada cosa en su momento. ¿Qué se os ocurre que podemos hacer con todo esto?

—Hay patatas y huevos. ¿Hay aceite? —pregunta Ana.

—Hay aceite. Mira en uno de esos armarios.

—Pues, ¡ya está!: hagamos una enorme tortilla de patata. Estoy hambrienta.

—Yo haré una ensalada —apunta Jorge con aires de dispuesto y aparentemente olvidando mi correctiva actitud.

— ¿Hay vinagre, sal...?

—Los animales buscan lo que necesitan; no preguntan.

—Tienes razón, Alejandro. Jorge estaba muy acostumbrado a dejarlo todo en mis manos.

—También tú has preguntado. No tiene importancia. Poco a poco iréis haciendo de esta casa vuestro mundo, y sabréis en cada momento lo que podéis esperar de él sin necesidad de preguntar.

—Pues empecemos distribuyendo el trabajo. Tú, Jorge, a la ensalada. Tú, Alejandro, pela las patatas. Yo batiré los huevos y prepararé el aceite.

Intervengo, siempre para decir algo que les conduzca al objetivo marcado previamente.

—Una de las cosas que eliminaremos en este mundo son las órdenes. Nadie podrá ordenar a los otros a hacer o no hacer algo. Al principio considero necesario que os guíe, pero pronto ese principio, el de la jerarquía, desaparecerá en nuestra convivencia.

—Podremos sugerir al menos, ¿no?

—Sugerir, en efecto, remplazará a mandar, Ana. Sugerir es hacer partícipes de nuestros pensamientos a los demás para alcanzar un acuerdo; mandar es obligar a asumirlos.

—Pero el que sugiere —añade Jorge, quizá recordando los correctivos anteriores— pretende persuadir, inducir a los demás a hacer o no hacer una cosa. En ese caso, el que tenga más dotes de persuasión, dominará la voluntad de los demás, que podría no ser coincidente. ¿No es eso una forma de jerarquía, la jerarquía del más dotado?

—Jorge, —comienzo a decir— cuando yo te sugiero algo, simplemente traigo a tu memoria una posibilidad que ya estaba en ti, y a más y mejores sugerencias, mayor es la inteligencia, que no es otra cosa que la facultad de presentar soluciones junto a las alternativas. Esto significa que la facultad de ser inteligente es superior y definitoria del hombre superior, y no confundirla con la memoria, que sólo es una herramienta de aquella. Pero, repito, tú habrías dado con ellas por ti mismo, quizá tomándote algo más de tiempo. La única diferencia entre el que sugiere y el que asume la posibilidad sugerida está en la prelación de las ideas en nuestros cerebros. No entiendo que por eso alguien deba considerarse en un nivel jerárquicamente superior. Recuerda, venimos de un mundo en el que,

frecuentemente, el más inteligente no siempre estaba considerado superior. En realidad, la jerarquía es una concesión, más que un atributo propio. Yo era poderoso porque tenía dinero, pero tener dinero no es un atributo, es una circunstancia contingente. Era el jefe de muchas otras personas. Probablemente era más inteligente que el cincuenta por ciento, pero inferior en inteligencia al otro cincuenta. La jerarquía que ostentaba sobre el cien por cien era una concesión que me hacía ese cien por cien, pero sólo por una razón, porque era el dueño del dinero. Si eliminamos el dinero como forma de poder, eliminamos también el concepto de jerarquía, que es, sin duda, uno de los aberrantes atentados que el hombre ha cometido contra la naturaleza y contra sí mismo.

Jorge quiere aclarar la duda e insiste.

—Pero en la naturaleza existe la jerarquía. Algunas especies se asocian en manada, y frente a la manada, el más poderoso la guía, la protege, come primero, se aparea primero…

—Esa es otro tipo de jerarquía, Jorge, y yo no la llamaría así. En ese caso, es la misma naturaleza la que pone al frente al más fuerte para preservar la manada de su propia extinción. Sus privilegios nacen de su fuerza, no de su astucia, pero de una fuerza que no se impone, sino que se utiliza en provecho de los demás y demandada por estos para su propia protección.

—En ese caso, en este nuevo mundo, el que más fuerza demuestre tener será también el jefe de los demás, ¿es así? —sigue Jorge.

—Así podría ser si tuviéramos enemigos que atentaran contra nuestra existencia, pero no se da el caso.

Ana deja su tarea y se vuelve hacía nosotros.

—Creo que tengo algo que decir al respecto. Lo que tú dices, Alejandro, es así porque nuestro nuevo mundo es un recinto cerrado. Aquí estamos

protegidos de todo enemigo, disponemos de todo lo necesario. Pero el mundo, cualquier mundo natural, no éste que es excluyente, exclusivo y previamente organizado, se compone de seres de distinta especie que luchan por su supervivencia, siempre amenazada por la supervivencia de los demás. Para que nuestro experimento fuera creíble, deberíamos reproducir las condiciones que se dan en el mundo natural; la competitividad para obtener lo que necesitamos, por ejemplo. Dicho de otra manera: en nuestro nuevo mundo hemos eliminado factores determinantes del comportamiento humano que, en definitiva, y en esos aspectos, se parece al animal llamado irracional.

—Está bien tu observación, Ana. Pero, precisamente, de eso se trata. Partimos de que no existen enemigos dentro de este mundo. En el otro, y en sentido estricto, el hombre no tiene otros enemigos que no estén entre los propios hombres. Lo que intentaremos comprobar es si esos enemigos surgen entre nosotros y por qué causas lo hacen aquí, en este lugar especial, que no debe ser muy diferente al que existió en los albores del otro mundo. Os recuerdo que nuestro experimento no es tan ambicioso como para pretender conocer la naturaleza de los seres vivos en general; sólo el hombre nos interesa.

—*Statemente and inference*, dicho en inglés. Parece que el tema no admite más puntualizaciones —dice Jorge.

—¡Cuidado!, *true conclusions may be drawn from false premisses*. Lo que quiero decir es que en relación con el ser humano, existen otros muchos aspectos colaterales que harán complejo su estudio. Pero tiempo tendremos de abordarlos —digo, y de paso mi vanidad me impulsa a señalar que yo también sé inglés.

Ha sido una vanidad tonta, pero sólo aparentemente; en ningún aspecto admito que los chicos estén por encima de mí.

Ana mira a Jorge y le hace un gesto que éste ha debido entender como, por pasarte de listo.

Y ya sin más disquisiciones, cada cual nos afanamos en preparar la comida aceptando el cometido previamente sugerido por Ana.

—La ensalada está lista —dice Jorge.

—La tortilla casi a punto —dice Ana.

—Yo dispondré la mesa. Creo recordar en dónde está lo necesario —añado yo.

— Una pregunta, Alejandro: ¿Por qué las camas son redondas? ¿Hay en ello algún simbolismo? —pregunta Jorge.

—Nada especial. Si acaso para simbolizar que los sueños son circulares.

—¿Qué significa que los sueños son circulares? No lo había oído nunca —interviene Ana.

—No significa nada, Ana —contesto yo—. Pero tu pregunta me permite una respuesta absurda, incluso si fuese preciso considerarla como símbolo. Si mis dotes dialécticas para engañar, no mis capacidades intelectuales, que sólo pretenden manifestar la verdad, fueran superiores a las tuyas, cualquier explicación mía te convencería, ya que tú pareces partir de la ignorancia que yo estoy llamado a iluminar, y a partir de ahí lo asumirías como verdad; es un ejemplo de inducción. Hay aseveraciones que, por principio, son absurdas, como, por ejemplo, el misterio de la llamada Santísima Trinidad. En el caso que he planteado, deberías haber respondido no con una pregunta, sino con una afirmación, producto de tu razonamiento lógico: los sueños no son circulares. ¿Os dais cuenta de la cantidad de inducción que el hombre ha padecido en el mundo que hemos abandonado? Muchas, muchas de las cosas que habéis admitido como verdad incuestionable, no son más que absurdos a la luz de la razón, incluso la más perezosa.

—Tienes razón. ¿Dónde aprendiste tantas cosas? —pregunta Ana.

—Es de la intuición de cada uno de donde obtenemos las primeras premisas que nos permiten razonar y posteriormente concluir. Las cosas, como tú dices, no se aprenden, Ana. Todas están en nuestra memoria y tal vez en nuestra herencia genética. Algunas veces otros te las recuerdan, pero, en mi caso, surgen a menudo espontáneamente, intuitivamente como decía. Y todo, porque trato de extraer de mi capacidad de pensar el mayor provecho posible y así crecer en inteligencia. Pensad. ¿Cuántas veces, ante una idea que esboza otra persona, te dices: no lo había pensado, cómo no lo había pensado o, simplemente, tienes razón, ahora que lo pienso? ¿No es eso remover tu memoria y extraer de ella algo que permanecía dormido? Pero, más allá de pensarlo, debes proyectar algo, de lo contrario no crecerás en inteligencia, como antes decía. Y por favor, siempre que hable de memoria, debéis entender memoria innata, o adquirida por medio de la propia experiencia, que quizá tenga otro nombre, y no memoria enciclopédica, como la de los mal llamados intelectuales, que suelen decir lo que opinan otros y se callan lo que ellos piensan por temor a no estar a su altura.

—Si eso es cierto, quiere decir que todos los seres humanos tienen la misma capacidad de conocimiento y todo es cuestión de ejercitarlo.

—Así debe ser, Jorge. Pero el pensamiento es perezoso y encuentra más cómodo dejarse inducir por las alegorías, mentiras, aseveraciones de buena fe que parecen bellos hallazgos, y que los demás nos ofrecen. Así, la religión, las diversas corrientes filosóficas, los postulados no empíricos de la ciencia; en fin, todas las ideas sujetas a controversia, son otras tantas fuentes que se acomodan en nuestro perezoso pensamiento por inducción. Ocurre con frecuencia que alguien que se agita de ansiedad en la búsqueda de la verdad, encuentra ventajas en las supersticiones. Ahí fuera hay toda

clase de profesionales que se aprovechan vendiendo al hombre toda suerte de supercherías y falacias. Esa es la razón fundamental de nuestro experimento. Vamos a comprobar, en definitiva, cuáles son las ideas que podemos definir como ciertas, incontrovertibles, universales, por ser posible y fácil su verificación. Veremos, entonces, que el pensamiento de todos los hombres es unívoco y, en su consecuencia, nos conoceremos a nosotros mismos a partir de pensar igual y actuar de igual modo.

Jorge, mientras yo doy mi enésima lección magistral, no quita la vista de la tortilla... Levanta la vista para decir:

—Podíamos comer mientras hablamos. Ahí tenemos la primera idea que nos uniforma a todos los seres vivos. Sería difícil sostener la posibilidad de que comer no es necesario.

Pero yo no estoy dispuesto a que no se ganen primero el sustento.

—En efecto, Jorge, a nadie se le ocurriría proponerlo. Pero el acto de comer no podemos dejarlo en el simplista pensamiento de que constituye una necesidad y punto. Tú, y mientras comes, podrías hablar durante largo tiempo del por qué de esa necesidad, que muchas personas sólo la sitúan en el estómago, haciendo del acto de comer una consecuencia del hambre. ¿Qué nos puedes decir al efecto? Observa que mientras comes no podrás pensar, sino recordar lo que has aprendido en la universidad.

—Sería muy largo, pero puedo sintetizar.

—Sintetiza, pues. Te escuchamos.

—Pero se me ocurre, al hilo de lo que comentamos, que hemos avanzado poco en la diferenciación con los animales, y me refiero a que debería ser considerado el comer carne de otros animales, potajes, coles, etc., un acto asqueroso, a realizar en la intimidad individual, lo mismo que nos recluimos en solitario para expulsar, ya digeridos y después de pasar por el tracto intestinal, esos alimentos que comemos, porque, si lo pensáis,

¡qué asco eso de masticar, deglutir!... ¿no os parece? Por lo demás, ¿alguien se ha parado a pensar en la simetría polar de nuestro cuerpo? Es una teoría mía que tiene bastante éxito cuando la expongo. Veréis. En la parte superior tenemos un agujero, la boca, que a su vez es la puerta a la faringe, y que se continúa por el esófago. También tenemos la nariz, la lengua, los ojos y pelo y otros órganos menores, las amígdalas, etc. Ahora fijaos lo que tenemos abajo: una abertura, el ano, que conduce al recto. Un apéndice, el pene o el clítoris, sería la nariz de ese polo. Los testículos y los ovarios, dos bolas, como arriba dos ojos. Pelo arriba y pelo abajo. Se inflaman las amígdalas como las hemorroides. Nuestro cuerpo algunas veces no delimita esas funciones fisiológicas, que le son propias a cada órgano y, así, la boca a veces se convierte en vulva y la faringe en vagina, o la lengua en pene. ¿Y habéis observado un cerebro? ¿No os recuerda un intestino? Hasta sus funciones guardan cierto paralelismo; el uno produce ideas que, en forma de pensamientos, algunas veces, expulsa por la boca en forma de palabras malsonantes, otras, fecales: son los residuos del razonamiento útil; el otro, bueno, ya sabéis por dónde evacua los residuos después de la digestión de los alimentos. También, si os fijáis, arriba tenemos dos brazos, abajo, dos piernas, ambos pares de miembros terminados en cinco dedos cada uno. Y así, podría poner otros ejemplos que...

Ana parece asustada mientras me mira. Debe pensar en que yo no voy a tolerar más bufonadas de Jorge, y espera consternada la escena que prevé. Sin embargo, esta vez hasta me ha parecido ingenioso. No obstante, le interrumpo.

—Muy ingenioso, Jorge. Si tocara reír, me reiría. Quizá tengamos tiempo de profundizar en esa teoría. Pero ahora danos muestra de tu aprovechamiento en la facultad.

—Está bien. Vuelvo a ponerme serio. Vamos a ver si me explico. Si partimos del principio de que necesitamos comer cuando sentimos hambre, hemos de definir primero cómo se produce el hambre. Para entendernos, he de decir que antes de sentir hambre el cuerpo la sienten primero las células que lo constituyen. Las células, primarias máquinas de energía, no son máquinas perfectas, se debilitan en su actividad útil si no reciben aportes nuevos de energía en la forma de principios inmediatos. Pero las células no pueden gritar que tienen hambre; lo hacen a través de los centros motores con los que se conectan por medio del sistema nervioso, y que provocan una excitación que denominamos hambre. Comer a partir de que el cuerpo siente hambre, porque sus células necesitan aporte de energía, es introducir en el cuerpo, a través de sus mecanismos, los llamados nutrientes, que nos son otra cosa que los principios químicos inmediatos que restituyen los que las células queman, entre comillas. No sé si os parecerá suficiente.

Estoy satisfecho de tener a Jorge como fuente de conocimiento. Pero la conclusión tiene que ser mía.

—Así, pues, el hambre no es una sensación del estómago como órgano independiente; tampoco es una sensación del cuerpo en su conjunto. El hambre es un fenómeno que tiene su origen en las células, ¿no es así? Sí, es así.

Jorge, sabiéndose superior en ese tipo de materia, no desdeña incluso puntualizar.

—Así es. Bueno, en realidad el hambre, tal y como la sentimos, es una sensación subjetiva, pero en el fondo es un estado del organismo con falta parcial de combustible.

No soporto las vacilaciones a la hora de las concreciones; me parece una pérdida de tiempo.

—No te distraigas de la idea principal. Y también podemos concluir que es el proceso de un fenómeno puramente químico, ¿no?

—En efecto. También físico. Puras leyes de la termodinámica.

—Y si hiciéramos abstracción de otros fenómenos, ¿deberíamos concluir que el principio de la vida está en la célula?

—Simplificando, sí, así es.

—Y también, ¿podríamos concluir que el cuerpo no es más que un conjunto de células que se agrupan en una organización cerrada?

—Sí.

Como se puede observar, soy yo el que da las definiciones, lo que dista mucho de la humildad de aquel que se considera ignorante. En realidad, yo puedo ignorar la sabiduría de otros, pero me basta encadenar pensamientos lógicos que, como premisas, me conducen a la única pregunta para la que yo, y supongo que nadie más, tiene respuesta. Y así, pregunto:

—¿Y cómo esas células forman en sí mismas entes vivos, capaces de reproducirse, sentir, transmitir sensaciones, se autoprotegen y finalmente mueren?

—¡Ah!. Esa es la gran pregunta que sólo lleva a intuir la respuesta. Hay tesis por ahí: las de un tal Oparin, Haldane y otros, pero sólo llegan a lo que dije antes, a intuir qué es la vida proponiendo hipótesis más o menos fundadas. Esto por lo que respecta a los antiguos; hoy ya se anda cerca de encontrar esa definición trabajando con los genes, que ya son simples estructuras químicas manejables en el laboratorio, algo así como el código de la vida. Lo que sabemos es que las células, todas las células, proceden de una única cédula original, si nos referimos a la génesis del Hombre con mayúscula, o al resto de los seres vivos.

Me resulta extraño que de una inquietud así, yo no hubiese tenido, al menos, la tentación de documentarme sobre el particular recurriendo a mis

cualificados predecesores y coetáneos. Supongo que existen y que habrá bibliografía numerosa. Quizá la certeza, o intuición mía, de que a la pregunta ¿qué es la vida?, aún no se había respondido categóricamente y seguiría manoseándose en el ámbito puramente filosófico, me hizo desdeñar el interesarme por dónde iba el pensamiento de los hombres hasta este instante, y, como consecuencia de mi permanente escepticismo, supuse que la ciencia tampoco había concluido nada al respecto. No obstante, y aunque Jorge ha confirmado mi suposición, creo haber descubierto mi piedra filosofal particular ante la síntesis que Jorge ha hecho de la situación. Y cantó mi ¡eureka! victorioso; no puede ser para menos.

—¡Magnífico! Entonces, nuestra procedencia la podemos fijar en una célula, una primera célula, principio de todos nosotros y que nos igualaría en origen, incluso con cualquier ser vivo.

Jorge esboza una sonrisa de suficiencia. Yo espero.

—Si te refieres al origen de la vida, desde luego, de una primera célula. Bueno, el origen puede que empezara mucho antes, en un estadio que llaman biopoyesis, pero según Dauvillier a ese estadio no puede llamarse vida, ya que según éste, por aquel entonces sólo era un problema astronómico, geoquímico, geofísico, fisicoquímico, fotoquímico; es decir, un asunto de física cósmica o, según otros, por algo que llaman panspermia, que viene a decir algo así como que la vida comenzó por una siembra de genes venidos de otros mundos. Unas y otras no pasan de ser hipótesis. La Tierra, eso sí parece comprobado, apareció mucho antes de los seres vivos sobre ella. Debió pasar mucho tiempo antes de que se formara la célula madre. Luego vino eso de la evolución que dio origen a las diversas especies. Porque, aunque nuestro cuerpo esté formado por un billón de células, el caso es que nuestra similitud con los animales es

grande; y mucho más entre nosotros. Un asunto muy complejo que nos llevaría al genoma humano, mapa verdadero de la vida, que podríamos tratar con detenimiento, si quieres.

Temo entrar en la ciencia pura y con ello verme incapaz de manifestar mi postura ante las abrumadoras conclusiones, o, más bien, callejones sin salida a la que aquella ha llegado. Me tomo tiempo, dejando de paso sentado que, en mi mundo, todo empieza de nuevo a ser reconsiderado.

—No hará falta ¿Y todavía no se ha podido saber cuál es el mecanismo por el que se formó esa o esas células?

De momento, sólo quiero confirmar la convicción que tengo sobre la situación no resuelta del tema. Jorge me da esa satisfacción.

—Se tienen varias hipótesis, pero ninguna es concluyente. Cuando se conozca podremos crear nuevos seres, supongo. De momento, sólo la naturaleza tiene ese privilegio. Pero, si quieres, hay libros que tratan de esto; no aclaran nada, pero nos ahorraría tiempo el llegar a esa base de partida.

Jorge todavía no me conoce del todo. Nunca me doy por derrotado en cualquier terreno en el que el hombre no haya ya vencido. En estas circunstancias, mis verdades, buenas y suficientes, pueden competir con las de cualquier otro. Sólo, y en este caso ni me lo planteo, admito las verdades que ya forman parte del conocimiento de la humanidad y universalmente aceptadas. En esta ocasión, estando en lo mismo, tengo la deferencia, falsa, de parecer el leal miembro de un equipo.

—No, no hará falta. Nosotros podemos crear nuestra base de partida —les digo.

—Y todo eso ¿a qué conduce? —pregunta Ana, que ha estado muy atenta y silenciosa a lo que yo y Jorge decimos.

—¿No eres capaz de extraer ninguna conclusión? —pregunto.

—¿Yo? No, ninguna. Si os metéis en camisa de once varas, me parece que terminaremos teniendo que recurrir a los libros y ver qué dicen los que ya han estudiado esas cosas a fondo, como Jorge dice.

—¡Tu perezoso pensamiento! —exclamó y sigo—¿Es que te parece que estamos divagando? ¿Que somos incapaces por nosotros mismos de, a partir de ciertas premisas, encontrar algo tan concluyente como los cimientos del edificio que queremos construir?

—Pues dime algo más interesante que lo despierte. Lo que quiero decir, es que, si quieres concluir algo sustancioso a partir del conocimiento básico que tiene Jorge sobre ese tema, y de él tú formular un argumento silogístico para llegar a una conclusión universal, me parece un camino de pura distracción. Para ese viaje no habían hecho falta estas alforjas —dice Ana.

He pensado que no es bueno llegar a las últimas consecuencias, en esta o en cualquier discusión, de forma precipitada, como si se tratara de luchar contra el tiempo. Por otra parte, yo no puedo consentir el apoyar mis pretensiones sobre los cimientos puestos por otros en el camino del conocimiento. Mi mundo no tendría sentido; sería como si al viejo llegaran unos extraterrestres mucho más evolucionados que nosotros y nos dijeran que estábamos equivocados, que en ese y en otros asuntos las cosas eran de tal o cual modo; también nuestro mundo dejaría de tener el sentido que le damos. Por eso he cerrado mi mundo a cal y canto para evitar eso. Es lo que hacen todos cuando las convicciones las fundamentan en la fe, que cierran todas las puertas al pensamiento que lleva al conocimiento divergente. Mi fe es la absoluta fe que tengo en mí mismo… mientras pueda vivir en mi mundo cerrado.

—Lo dejamos aquí. A pesar de que renuncias a pensar por ti misma, pensemos algo más sobre el tema y mañana expondremos nuestras

conclusiones. Que sepas que tú también estas invitada, como si fuera un examen que tuvieras que pasar. Eso sí, tendrías que decir algo más que invalidar la bondad del pensamiento como herramienta para llegar al conocimiento.

—Lo intentaré. Pero creo que habéis empezado la casa por el tejado; quiero decir que si mañana concluimos o no concluimos ese tema, este proyecto habrá terminado. Especular sobre el hombre como fenómeno biológico tan sólo, nos hará llegar a conclusiones simplistas, más que simplificadoras. Esa es la teoría mecanicista, la más destructiva del pensamiento, precisamente.

—Al margen de esa teoría, que yo no conozco, no lo creo yo así, Ana. Todos esos que se preocuparon de desentrañar esos misterios, partieron de hipótesis más o menos sostenidas por la ciencia, la filosofía del momento y el sentido común. Nosotros estamos en igualdad de condiciones; tú, Ana, aportas tus conocimientos filosóficos actuales sobre la materia que tratemos; Jorge la científica y yo el sentido común. Mañana o pasado podemos llegar a una hipótesis, válida para los tres. Es absolutamente necesario que partamos de esa hipótesis, que la colocaremos en el punto de partida. Cuando cerremos el círculo por el que girará nuestro pensamiento, si todo se verifica como confluente, deberemos volver a ese punto o, por lo contrario, volver a empezar con una hipótesis distinta.

—¿Y si no se verifican ni esa ni cualquier otra hipótesis? —pregunta Ana.

—Será el abismo, la nada, el vacío más absoluto. No sabremos lo que somos, pero seguiremos comiendo y demás cosas. Nuestro experimento habrá fracasado. También hay experimentos que fracasan —dice Jorge, seguro de que ése será el final.

Pero yo no emprendo batallas en las que no estoy seguro de alcanzar el triunfo; nadie me lo reconocerá, pero a mí me basta, como ya he dicho reiteradamente, que de ese triunfo yo concluya que es bueno y suficiente. Me es indiferente que lo que es bueno y suficiente para mí, lo sea o no para los demás. Que cada cual se busque el lazarillo que le ayude en su ceguera voluntaria, aunque aquel le robe bienes que le son propios.

—Depende de lo que vosotros entendáis por fracaso. La verdad también se obtiene concluyendo que no existe —digo.

—Pues, en principio, no me hace mucha gracia concluir que sólo soy un montón de células; casi prefiero que fracase.

—Allá tú, Ana, si prefieres la conformidad a la certeza. A partir de ahí, cada uno tomaremos nuestra decisión de cómo entender nuestra vida —termino diciendo.

—¿No os parece que por hoy deberíamos dejar que nuestras neuronas se recarguen? —pregunta Jorge, que se afana en terminar su comida sin levantar los ojos del plato.

—Está bien. Hablemos de cosas triviales. Por ejemplo, se me ocurre una pregunta: ¿Qué os parece vuestra nueva morada? ¿Os sentís bien? Tú, Ana.

—Echo de menos plantas, animales; un gato o un perro, un jardín, aunque fuera interior. Ya te dije en otra ocasión mi opinión. Por lo demás, es impresionante. Pero comprendo que si de lo que se trata es de conocernos, todos esos seres nos distraerían del verdadero objetivo —contesta concesiva Ana.

—Ahora tú, Jorge.

—Como ya dije, yo partí de un desinterés por todas estas cosas de las que hablamos y pretendemos sacar algo útil. Parece que me siento algo más interesado, aunque sigo pensando que esta voluntaria reclusión y esta

obsesiva actividad de nuestros cerebros es demasiado para mis elementales inquietudes. Tengo curiosidad por saber cómo acaba, eso sí, y si no muestro impaciencia, es porque creo más bien que terminará pronto. Y aunque estoy de acuerdo con Ana en lo impresionante que es esto, creo que por ahí fuera hay cosas mejores. Por cierto, ¿qué va a ser de todo esto cuando haya cumplido con el fin para el que se hizo?

—Espero que no te resignes exclusivamente por mantener tu dotación económica. Y en cuanto a tu pregunta, tú deberías tener la respuesta: nada sobrevive a su creador.

—No. Creo que lo hubiera hecho también sin la dotación. Tres meses se pasan pronto, y quizá valga la pena esta experiencia. Y no estoy de acuerdo en eso de que nada sobreviva a su creador; sobrevive aquello que a lo que se le otorga un valor heredable

Las palabras de Jorge me hacen esbozar una ligera sonrisa, más bien una mueca. ¡Qué equivocado está ese chico si piensa que de mi mundo se puede entrar y salir al cabo de un periodo definido! ¡Qué sería de mis criaturas en un mundo desconocido para ellas! Porque estoy persuadido de que serán nuevas, criaturas puras, con principios naturales de comportamiento, con pensamientos depurados de adherencias ajenas a su propio entendimiento natural. Serán una pareja de hombre y mujer nuevos, y recordarán aquellos seres que pululan en el otro mundo, que les parecerán demonios con todas las maldades a cuestas, todos los vicios, todos los miedos acumulados desde el alba de los tiempos. Lamentarán tener que dejar el paraíso si yo les obligo a ello. No; Ana y Jorge nunca querrán regresar al mundo que se halla más allá de estos muros, de este recinto que ahora les protege como el capullo protege al gusano hasta convertirse en mariposa. Salvo que quieran hacerlo para redimirlo. Y en cuanto a los valores de la herencia, parecería que Jorge tuviera razón, pero

mi conclusión tiene el matiz propio de mi carácter: todo terminará en mí; todo lo que me represente.

—Bien, ya hablaremos de eso. Limpiemos esto y retirémonos a descansar —les digo.

—¿Hemos de seguir un horario? —pregunta Ana.

—El que ha establecido la naturaleza para todos los seres vivos. El ciclo diario de los astros condiciona y regula los períodos de actividad y descanso. Diréis que esto es más una convención que una certeza, pues existen seres en el otro mundo que no la siguen, pero son una minoría la que fuerza esos ciclos. Nos retiraremos a descansar al oscurecer y comenzará nuestra tarea al alba.

—Una siestecita no vendrá mal —apunta Jorge.

—Toma tu siesta mientras te lo pida el cuerpo. Ya veremos si es una necesidad natural o una costumbre atávica. Sentíos libres, absolutamente libres. Cuando algún comportamiento nos parezca que procede de los convencionalismos que estableció el hombre y no de inclinaciones naturales, lo estudiaremos y decidiremos en función de estrictos razonamientos objetivos, consensuados y no apriorísticos, si mantenerlo o eliminarlo después de concluir por qué.

Los tres, obedeciendo al sólo impulso del espíritu de la comuna, ponemos empeño en quedar la cocina limpia y organizada. Cuando ninguno apreciamos que falte algún detalle para que el orden quede restablecido, nos disponemos a retirarnos a nuestras respectivas habitaciones.

En un momento en que yo me encuentro algo separado de los dos jóvenes, Jorge susurra a Ana: "Quiero verte a solas." Ana, algo nerviosa, le pregunta: "¿Dónde?" "Iré a tu habitación dentro de media hora", le responde Jorge. Yo, que me he dado cuenta de que Jorge y Ana hablan en

voz baja a propósito, aparento no darme cuenta. No me atrevo a preguntar de qué hablan; temo que los chicos me mientan. Considero demasiado pronto para esperar que la mentira haya quedado desterrada de sus comportamientos. De todas formas, tengo medios para conocer la verdad. No... Si el sistema de sonido no se restaura, me será difícil intuir de qué hablan en mi ausencia. Este pensamiento me desazona... Pero si las imágenes son nítidas, quizá pueda leer en sus labios. Estoy seguro de que se verán en privado, puede que esta misma noche. Superando mi preocupación, quiero aprovechar esta circunstancia para intentar algo que me resulte positivo, y así, digo dirigiéndome a ellos.

—Cuando dos hablan bajo, en presencia de un tercero, está claro que desean ocultarle lo que hablan. Ocultar algo sólo puede ser debido a dos motivaciones: o de lo que hablan puede ofender al que se pretende esté ajeno, o por sentir vergüenza de que lo conozca. Si ya creíamos haber superado el sentimiento de vergüenza, vuestro cuchicheo me hace pensar que pensáis me puede ofender o simplemente molestar.

—¿No podemos tener parcelas de intimidad entre nosotros? —pregunta Jorge, sorprendido en su pretensión de no hacerme partícipe de lo que le ha propuesto a Ana.

—Creo haber dicho claramente que por poder, podemos hacer lo que nos plazca, pero en este caso concreto, además de vuestra intimidad, hablar bajo, para que yo no oiga, lleva implícita vuestra presunción de que lo que decís me puede molestar. Difícilmente podemos llevar a cabo este proyecto si no partimos de la confianza entre nosotros, confianza en que la sinceridad, aún la más cruda, nos permita conocernos integralmente y extraer las consecuencias en cada momento.

— Está bien. Le decía a Ana que quería verla a solas esta noche. Pensé, sí, que te podía molestar sentirte discriminado.

—¿Discriminado? ¿Y por qué habría de sentirme discriminado? Tú le haces una proposición a Ana, y si Ana la acepta, ¿por eso habría de sentirme discriminado?

—Somos dos hombres y una sola mujer; podrías sentir celos —dice Jorge.

Ana, que ha permanecido callada, piensa que estamos hablando de ella y que debe intervenir.

—Pero aunque yo sólo sea una mujer para vosotros, me parece que en tu discurso, Jorge, me estás ignorando como persona igual entre vosotros. ¿Qué te hace suponer que yo esté dispuesta a ser motivo de celos para nadie? Tienes razón, Alejandro; no había ninguna necesidad de hablar como lo hemos hecho. Jorge me ha propuesto verme a solas y también en mi habitación. Si tiene algo que decirme, le escucharé, y si mañana nos preguntas de qué hablamos o hicimos, yo misma te lo diré. Debemos ser consecuentes desde el principio hasta el final con el compromiso que hemos adquirido.

—Me parece positiva tu disposición. Ya veis que cualquier comportamiento nuestro da motivo para el debate. De eso se trata precisamente. Por lo demás, el asunto queda para mí zanjado —digo, y en este caso sin mucha convicción.

—No del todo, Alejandro —interviene Jorge—. Supón que esa propuesta la hubiera hecho en voz alta. Supón, ahora, que tú tenías las mismas intenciones. ¿Cómo piensas que se resolvería el conflicto de iguales intereses? Porque ahí hay un principio para entender muchas de las cosas que hace el hombre.

—Pareces un subnormal, Jorge. Y yo, ¿qué diablos pinto yo en todo esto? —dice Ana, con cara de enfado.

—Ana tiene razón, Jorge. Si esa circunstancia se diera, sólo en la voluntad de Ana estaría la solución.

—No tan simple, y me dirijo a los dos —dice Jorge y continua—. Descartemos la solución que sería que Ana no diera preferencia a ninguno de los dos y nos rechazara a los dos, y pensemos en la posibilidad de que se inclinara por uno de nosotros. ¿Me quieres decir que por el hecho de estar en este mundo nuevo, la persona rechazada deberá conformarse en cuerpo y espíritu?

—No digo que no sintiera frustración si no era yo el elegido, pero debería aceptar la elección de Ana —concluyo yo, un poco superado por la lógica de Jorge.

—Entonces, si no he entendido mal, la frustración es un sentimiento natural, tan natural en este mundo como en el otro —sentencia Jorge.

Siento de nuevo que la razón puede asistirme y digo:

—La frustración no debe ser una derrota irreversible, sino un revulsivo que te haga buscar la superación para conseguir que la hembra se sienta atraída por ti.

—Y como ocurre entre los animales, ¿esa superación también se refiere a la fuerza física? —sigue Jorge.

—Eso tendrías que preguntárselo a Ana; ella es la que puede establecer sus motivaciones.

—Me tranquiliza que en esa cuestión sea yo la que tenga la última palabra. ¿Por qué no dejáis que ese tema se discuta en otro momento más oportuno y de una forma teórica más general?

—Este es un momento oportuno, Ana. Quiero saber si puedo ir a tu habitación, y quiero saber si tu aceptación no ofende a Alejandro. Esto último te lo pregunto a ti, Alejandro.

—No me ofende, Jorge. No se me había ocurrido poner a prueba, en estos momentos, mi capacidad de seducción.

—Con esa forma de prejuzgar nuestras relaciones —interviene Ana—, me estáis forzando a decidir que el mero hecho de entrar en mi habitación significa relaciones sexuales, y no estoy dispuesta a que sea así. Tú, Jorge, me has pedido verme a solas y has propuesto que sea en mi habitación. Pues bien, acepto que vengas a mi habitación y tú deberás aceptar aquello que yo esté dispuesta a darte. Y os sugiero que, a partir de ahora, os comportéis como hacen los animales: poned en marcha vuestra libido sólo cuando os insinúe mi disposición receptiva; nada de acosos, ¿eh?

—Asunto terminado, Jorge. Plantea tus deseos con naturalidad y que estos se resuelvan de forma natural, también. Y ya veremos, en cada caso, la lección que podemos extraer. No te preocupes, Ana, no habrá acosos.

Salgo delante seguido por los dos jóvenes. Ya en el pasillo, me dirijo directo y sin decir una palabra más hacia mi habitación. Ana abre la puerta de la suya y cede el paso a Jorge, al que invita con un gesto a pasar. Yo ya he penetrado en mi habitación y he ido directo al armario. Conecto el sistema. Pulsó precipitadamente un botón; no es la habitación de Ana; luego otro, y al tercero aparece en imagen la panorámica de la habitación en la que pretendo introducir mis sentidos, especialmente hábiles para captar lo que la máquina me niega. Ana cierra la puerta detrás de sí y se va directa a uno de los sillones, donde se sienta mientras mira a Jorge. Jorge vuelve a abrir la puerta un palmo y por el espacio abierto mira al fondo del pasillo. Cierra de nuevo y se sienta en el otro sillón, frente a Ana.

Con un mando único y diferente ajusto el objetivo de la cámara y dejo en la pantalla, y en primer plano, la imagen de los dos jóvenes sentados. Intento en vano recibir el sonido. Vuelvo a golpear la consola sin resultado. Con las manos crispadas hago un amago de intentar romper el aparato,

pero me contengo y me decido a observar por un instante de pie, luego, más sosegado, me siento frente a la pantalla, acercando el sillón todo lo que me es posible. Jorge y Ana hablan... Con expresión fatigada, observo aquellas imágenes mudas, tratando de interpretar sus gestos.

***

Todo pudo haber discurrido por una banal pretensión: no habríamos llegado a nada, pero mejor eso que destruirse en el camino; destruyes el caminar, y eso, con ser poco, es algo en cada instante...

***

—Y bien, ¿qué querías, Jorge? —pregunta Ana.

—No hemos tenido un momento de intimidad ni para cambiar impresiones. ¿Es que no tienes deseos de compartir conmigo lo que piensas de todo esto? Porque yo creo que aun aquí, tú y yo somos uno y él el otro, ¿o no es así?

—¿Era para eso que querías verme a solas? Va dejando de serlo, Jorge, y no por que yo haya establecido nuevas preferencias. Hubo un tiempo en que sentía la necesidad de hacer causa común contigo. Alejandro me intimidaba, pero, a más que le conozco, primero, sería nefasto para nosotros intrigar a sus espaldas, y segundo, creo que actúa con sinceridad, no le veo como un elemento maniático peligroso. Por otra parte, el tema me apasiona cada día más. No deja de ser una experiencia increíble, ¿no te parece? Y todo esto sin contar con...

—No me parece, Ana. Vamos a dejar las cosas claras. Esto que estamos haciendo es una solemne tontería, una chorrada monumental, y ese tío es peligroso, no sabría explicarlo, pero lo presiento; si quieres te acepto que tiene un punto de genialidad en su planteamiento, pero es un semiloco epiléptico, y peligroso, por tanto. Y aunque sea sutilmente, ya ves que él es el que manda, lo que significa a la postre que somos sus... bueno, aún no sabría definir lo que somos para él. Lo que sí tengo claro es que nos va a querer vaciar el coco para llenarlo luego de sus estúpidas y simplistas conclusiones. Si lo consigue, hará de nosotros sus muñecos con los que jugará a ser un dios; y si no lo consigue, hará como el otro: nos condenará a las tinieblas, al barro, son sus palabras, ¿lo recuerdas?

—Me parece que exageras, además de no comprender muy bien a dónde quieres llegar. Sus conclusiones no son simplistas y mucho menos estúpidas; están cargadas de buen juicio, lógicas. Tú deberías apreciar más que yo el sentido común que impone en sus razonamientos; a veces algo más, lo que me desconcierta. Al fin y al cabo, tú eres el pragmático. Más me duele a mí tener que apearme de las nubes del idealismo en las que cabalgo. Y yo a eso no le llamo comer el coco. Comer el coco, lo que se dice comer el coco, es la influencia, él lo llama inducción, que sufres en el otro mundo. Y en cuanto al asunto de las tinieblas y el barro, no deja de ser un simbolismo más de los que a él tanto le gustan. Quiere decir que si le fallamos, y ahora le estamos fallando, nos mandará a la puta calle, es decir, al mundo del que nos sacó, pero con el culo de nuevo al aire, como estábamos. ¿Es eso lo que quieres?

—He dicho vaciar el coco, no comer. El tío es muy listo, además de un rollo insoportable. Divaga más que un barco a la deriva.

—Inteligente; es inteligente, y también listo, de acuerdo. No me contestas a mi pregunta.

—Está bien; inteligente. Pero algo me dice que sólo somos para él meros instrumentos para sus fines personales, que no son otros que llenar su ego de grandiosas simplezas, eso sí, con público que le aplauda, como todos. No se cambia de la noche a la mañana de ser un tío autoritario a parecer un padre o, si quieres, compañero bondadoso que sólo intenta guiarnos hacia la luz; que nos permite actuar con plena libertad, pero que, al mismo tiempo, le jode no enterarse de lo que hacemos, decimos o pensamos.

—Eres un paranoico, Jorge. Y, además, estás admitiendo que su inteligencia es muy superior a la tuya; quizá sea éste el problema y temas que ponga continuamente en evidencia las carencias de tu intelecto frente al suyo. Pero, basta ya de quejarse; aún no me has dicho qué harías o propondrías hacer, supuesto que yo te diera la razón. Porque todo lo que dices me suena a hueco y me recuerda algo que pasó hace tiempo: seguro que le andas dando vueltas a las famosas alternativas que dejen a salvo la disponibilidad de la cuenta corriente, ¿me equivoco?

—No necesitas ser tan explícita y, mucho menos, rencorosa a estas alturas. Basta con que me preguntes cómo salir de este cajón antes de que sea nuestra tumba y, si quieres, cómo salvarnos de nuestra miseria para siempre. Seguro que considerando las dos ideas conjuntamente, mi propuesta te ha de interesar.

—O sea, que tú lo que querías es darme a conocer un plan aprovechándote del miedo que cuida tu viña. Venga, te escucho, pero no te garantizo que tu propuesta me llegue a interesar.

—Lo que te dijera, ¿sería absolutamente confidencial? ¿No lo soltarías mañana como una boba, cuando, con el pretexto de analizar nuestros pensamientos, te preguntara de qué hemos hablado?

—Está bien; me limitaré a analizar yo misma y a solas los tuyos. Adelante.

—Vamos a seguirle el rollo hasta donde podamos soportar, pero siempre vigilantes. Por el dinero que paga me recluiría también en un monasterio a hacer ejercicios estúpidos.

—Espirituales, habrás querido decir, no estúpidos.

—Como quieras. Déjame seguir. Hemos de conseguir saber si él pretende seguir aquí definitivamente hasta el fin y si mantiene algún tipo de relación con el exterior; si tiene familia, etc. Si es cómo me figuro, podría adelantar la fecha de su muerte; yo sé cómo ayudarle. El caso es que no le daría tiempo a cambiar la disposición que ha hecho del dinero que cobramos todos los meses y...

—¡Espera, espera! ¿ Me estas hablando de asesinarlo?

—¡No, mujer! ¡No fastidies! ¿Crees que he querido decir eso?

—Sí, eso me ha parecido entender.

—Soy muy bruto explicándome y tú has leído muchas novelas. No, no se trata de asesinarlo, sino de llevarlo al suicidio.

—¿Y eso no es una forma de asesinarlo? También la inducción al suicidio está penado por la ley.

—Claro, y nosotros vamos a irle contando al juez que fulano se suicidó, porque nosotros le indujimos a hacerlo. No digas tonterías, Ana. Además, me parece que la inducción ya ha sido despenalizada.

—¿Y serías capaz de hacer tal cosa, suponiendo que lo consiguieras, por tener tus necesidades económicas cubiertas durante los estudios? Pues vaya un médico que vas a ser. No me pondría en tus manos ni loca.

—Déjate de pamplinas. Por eso sólo, no, pero por algo más, infinitamente más, desde luego. ¿No dices que es inteligente, probablemente más que yo? Pues siendo así, no deberías temer de mi

pobre capacidad inducir en él una idea que no estuviera dispuesto por él mismo a admitir.

—¿A qué te refieres cuando dices algo más, creo que también has dicho infinitamente más?

—Alguna vez haces preguntas inteligentes. ¿Te gustaría tener todo su poder, toda su capacidad de hacer esto que hace u otra cosa que puedas imaginar y para siempre?

—Sólo los que ya lo tienen dicen que no es importante; bueno, también los necios que no lo tienen. Explícate, y no andes con rodeos; me tienes intrigada.

—Eso que has dicho es cojonudo, nena. Creo que te puedo confiar lo que he pensado. Escucha. El cofre. ¿Te fijaste? El cofre que está en el salón, grande y dorado, ¡maravilloso! Debe estar repleto de joyas, oro, ¡qué sé yo!; todo aquello más preciado por el hombre, ¿recuerdas sus palabras? Este gilipollas se cree un faraón, y ésta casa es su pirámide y su tumba, con sus servidores y todo. En ese cofre debe haber una inmensa fortuna que ha traído aquí para su tránsito a la otra vida. Ese cofre no tendríamos más que cogerlo, si él muere. Nadie, excepto nosotros, conoce de su existencia...

Ana se ha levantado bruscamente mientras Jorge pronuncia las últimas palabras. Su cara muestra un cierto enojo que ella quiere hacer explícito con su orden.

—¡Fuera!

—De acuerdo. Ya me voy. Ya he dicho lo que quería decirte, ahora piénsalo por ti misma. Cuando lo hayas madurado, ya me dirás. Pero te recuerdo lo que me has prometido: de esto, nada de nada, ¿eh?.

—Eres un monstruo, Jorge, eso es lo que eres.

—Parece obvio que no es el momento de pedirte si quieres que nos acostemos juntos. Llevamos en seco dos o tres días. ¿No tienes ganas?

—Lo que me parece obvio es que te largues ya, ¡ahora!.

—Ya me voy, ya me voy. Que pases buena noche, Ana, pero antes piensa despierta un poco. Por lo menos te darás cuenta que en este mundo como en el otro, las cosas no varían, por más que a alguien se le ocurra que son diferentes.

Jorge sale de la habitación de Ana sin darle importancia a la reacción que ha tenido su compañera. Él siempre ha sido muy directo al expresar sus pensamientos, lo que en más de una ocasión le causaron iniciales incomprensiones, pero que luego se fueron diluyendo en las aguas de su lógica. Sí, creo haberlo dicho: todos los seres humanos son capaces de pensar igual, sólo es necesario que alguien les remueva la memoria.

He seguido las evoluciones de las imágenes mudas que proceden de la habitación de Ana. Progresivamente he ido calmándome de mi desesperación por esas imágenes que pensé iban a ser ininteligibles. En varias ocasiones me he levantado para centrar la imagen en la cara de uno de los chicos, tratando de leer en sus labios lo que estaba diciendo, y creo haberlo conseguido. Me he inquietado cuando, al final, Ana, con el rostro demudado por la ira, se ha levantado y me ha parecido que le conminaba a marcharse. Me pregunto si lo que he intuido que Jorge le ha propuesto es para una tal reacción. Me parece desproporcionada, si sólo ha sido por intentar aprovecharse de mí, aunque sea por los medios supuestamente expresados por Jorge, por lo que descarto este motivo. Y si no es por eso, ¿cuál puede ser el verdadero? ¿Me habré equivocado al interpretar las imágenes? Tal pensamiento, sin respuesta inmediata, me produce un sentimiento de rabia ante tanta impotencia que no estaba preparado para asumir. Si esto sigue así, todo mi proyecto se me escapa de las manos.

Tengo que pensar en alguna alternativa. Con este pensamiento me voy a la cama.

La luz del nuevo día entra ya a raudales por las transparencias de los techos y taladra nuestros párpados. Nuestras retinas mandan *riings* al cerebro para que se desperece y reinicie su actividad, plena de consciencia.

Todos tardamos en dormirnos la primera noche, hostigados por la vigilia de nuestras mentes desbocadas. Al fin lo conseguimos, más que por haber conseguido paz en nuestros espíritus, por el agotamiento de las alternativas, otra vez las alternativas, también para mí.

Me levanto de mal humor. Mis pensamientos tratan de sintetizar las múltiples alternativas que me planteé hasta dormirme. Miro a las pantallas y pienso de nuevo en la trascendencia de aquel tropiezo con la técnica. Mi poder ha quedado notablemente disminuido; mis criaturas pueden pensar libremente y yo no tendré capacidad de guiar sus mentes, sino parcialmente. Así, suponiendo, debió sucederle al Creador, al que algo debió fallarle en sus previsiones. La única alternativa pasa por conseguir de la voluntad de los chicos que me manifiesten sus más íntimos pensamientos, una especie de confesión a la que yo luego aplicaría mi magnánima comprensión o corrección, según el caso. Tendré que ser persuasivo y darles mucha confianza; no deberé expresar enojo ante lo que, tímidamente al principio, se atrevan a confesarme. Así, poco a poco, no verán inconveniente en abrir sus mentes de par en par ante mí, incluso en lo que sólo sería lógico se reservaran para ellos mismos.

***

Si Dios existiera, ¿cómo se sentiría conociendo los pensamientos íntimos de los hombres? Creo haberlo dicho: ese fue su mayor fallo, o

tampoco tiene sentimientos... Porque, qué debería pensar de su obra, si todos nos dejamos llevar de nuestro egotismo que sublima la pereza a proyectarnos fuera de nosotros. Somos perros de amo rico con la piel lustrosa de bien comidos, de bien ejercitados en las artes del ladrido, pero no de la palabra que nos descubre. Miramos por encima de nuestras cejas todo aquello que nos sobrepasa, que nos deja evacuados de nuestra mierda, que nos deja a la intemperie de un cielo sin tejas, mirando al suelo que nos sostiene. Mientras el pájaro vuele alto, somos los reptiles bíblicos, por más que miremos por encima de nuestro hombro. Y aun así, somos, decimos, ¡los reyes de la creación! No, somos los tiranos perdidos en el Universo que se miran el ombligo buscando parásitos, mientras las tripas claman por comerse una paloma. ¡Ay, Dios, si existes, cuánta imperfección la tuya! Eres todo menos un artista, todo menos un poeta... ¿Qué estoy diciendo, deliro? Pareciera sublime lo que digo, y en mi situación sólo debería lamentarme de mi estupidez.

Entro en el cuarto de baño y llenó la bañera de agua fría. Conecto el hidromasaje y me sumerjo en ella. Mi cuerpo empieza a despertarse, también.

Salgo envuelto en una toalla, y miro las pantallas.

Jorge, semi despierto, busca mayor acomodo para su cabeza, sin decidirse a dejar la cama. Es muy probable que un pensamiento surja de repente en su mente*: ¿Y si Ana se encuentra a solas con Alejandro y le confiesa de qué hemos hablado la noche anterior? Quizá Alejandro, inquisitivo, aproveche la ocasión para recordarle que le había prometido*

decir lo que pasó en su habitación. Jorge se levanta de un salto. *Tengo que estar presente para contrarrestar la influencia de Alejandro,* piensa. Entra en el cuarto de baño y se despereza, si no lo estaba ya, mojándose repetidamente su cara. Sale de nuevo a la habitación y se pone la misma ropa que había llevado el día anterior, esta vez dejando el jersey, y se acerca a la puerta para escuchar si en el pasillo hay alguien. No oyendo ningún ruido que delate presencia alguna en el pasillo, se relaja y vuelve al cuarto de baño para peinarse. Tiene una incipiente barba que, lejos de darle un aspecto descuidado, acentúa sus rasgos varoniles. Decide no afeitarse. Da varias vueltas por la habitación y se dispone a salir.

Yo me he puesto un chándal deportivo y salgo. Al ver a Jorge, me dirijo a él.

—Este es el mejor momento para hacer ejercicio, Jorge. Deberías cambiarte y ponerte algo más apropiado.

—No se me ocurrió. Voy a ponerme algo parecido a lo que llevas.

—Trataré que Ana me oiga y se vista para ir al gimnasio, si lo desea —añado.

Me acercó a la puerta de Ana, mientras Jorge ralentiza su entrada en su habitación, mirándome de reojo. Llamó después de dar unos golpes tímidos.

—¡Ana! Jorge y yo vamos al gimnasio, si quieres acompañarnos, ponte ropa deportiva.

Desde el interior de la habitación, Ana ha escuchado lo que le digo y confirma su asistencia. Sólo como estoy, entreabro la puerta de mi habitación y la miro por la pantalla. La veo salir del baño. Ahora está buscando lo que yo le he sugerido. Ha encontrado una malla para hacer gimnasia. Prueba que es de su medida y no duda en ponérsela. Entra en el cuarto de baño y trenza el pelo en forma de coleta. Se mira por última vez

y se dispone a salir de su habitación. Cierro la puerta y poco después sale Jorge .

—Los animales reponen la elasticidad perdida durante la noche, y mientras duermen, haciendo ejercicios físicos nada más despertarse. Esa pauta me parece natural e imitable —le digo.

—Yo doy muchas vueltas en la cama mientras duermo; ya me levanto cansado. Pero reconozco que es un buen hábito, y haré ejercicio a partir de hoy, nada más levantarme.

—¡Hola, compañeros! ¿Qué tal por el paraíso? —saluda sonriendo Ana al salir.

—Parece que te levantas de buen humor, Ana —le digo, sin mostrar disgusto por esa irónica analogía de Ana.

Jorge se tranquiliza.

—Siempre me levanto de buen humor. Aprovecho la noche para confesar mi conciencia, y eso me descarga de tener mala conciencia durante el día.

Jorge la mira y baja la vista. Aquellas palabras, piensa Jorge, van dirigidas a él, y le inquietan por el posible derrotero que puedan tomar sus manifestaciones posteriores.

Yo me quedo un instante pensando si aquellas palabras me pueden dar alguna clave más precisa, pero no la encuentro. Tampoco me dan pie a inquirir sobre su posible significado. Ana ha dicho algo importante y que tiene que ver con lo ocurrido en su habitación la noche anterior. No debo forzarla a confesar lo que pasó, aprovechándome del ofrecimiento que me hiciera. Pero mi analítica mente no descansa. Si ella lo declara voluntariamente, probablemente fue intranscendente, y yo me equivoqué en la lectura que hice de las imágenes. Pero si no hace referencia alguna, eso supone que fue como yo intuí y por eso me lo quiere ocultar. Este

pensamiento y mi propia inseguridad, me desazonan hasta el punto de permanecer un largo instante ausente. Es Ana quien me saca de mi ensimismamiento.

—¿He dicho algo importante?

—No leo tu pensamiento, Ana. Sólo tú sabes lo importante que es —le digo, sin dejar de mirarla a los ojos.

Ana debe pensar que yo he intuido algo y siente un cierto temor ante la posibilidad de que yo lea en sus mentes.

A Jorge no le gusta lo que acaba de escuchar de ninguno de nosotros. Piensa que si nos deja, seguro que yo convenceré a Ana de la necesidad de que me tome como su confesor. Jorge impone la secuencia siguiente y yo no insisto.

—Bien, ¿vamos al gimnasio? Estoy deseando sudar un poco.

—Sí, vamos —dice Ana.

—De acuerdo —digo yo, algo contrariado por la interrupción de una vía que yo consideraba bien trazada para alcanzar mi propósito.

Por el camino, pienso en el sentimiento de duda y desconfianza, sentimientos que atenazan al hombre con frecuencia y producen alejamiento de los seres que los provocan. ¿A qué fenómeno obedecen? Me parece que es una buena pregunta. Los chicos se sienten indirectamente cuestionados, y sus respuestas puede que me acerquen a satisfacer mi obsesiva curiosidad: ¿qué pudo ocurrir entre ellos la noche pasada? Les pregunto.

—¿Creéis que la duda y la posterior desconfianza que ésta produce entre los seres humanos es natural en el hombre?

Jorge da un respingo. A Ana tampoco le es ajena la posible intención mía. Jorge intenta responder primero.

—La duda y la posterior desconfianza son producto de mentes débiles y retorcidas. Entiendo que lo sano es creer o no creer.

Yo sigo intentándolo de forma sutil.

—No me refería a las ideas, que ya sé que, en esa cuestión, la duda lleva al escepticismo y no a la desconfianza. La falta no está en quien duda o desconfía, sino en el que siembra la duda y la desconfianza —replico, insistiendo en centrar el objetivo.

Pero Jorge intenta evadirse de nuevo.

—El hombre —dice Jorge— duda ante lo que no comprende. Un paso más y desconfía que sea verdad. Pero, ya digo, una mente fuerte no duda ni desconfía, simplemente no se lo plantea o lo rechaza.

Yo me doy cuenta que Jorge juega a la defensiva y no se deja llevar al terreno que yo quiero. Los dos estamos hablando de cosas distintas. Prefiero dejar el tema; seguir me llevaría a ser más directo, y eso lo quiero evitar con tanta fuerza como el deseo de conseguir algo positivo.

—Un filósofo —intervine Ana— dijo antes que vosotros, que la duda es el principio de la sabiduría, pero me gustaría que dejarais esas cosas tan profundas. A estas horas de la mañana mi mente no funciona al cien por cien. Me temo que no añadiría nada notable a lo que decís, salvo que me permitierais apoyarme en los maestros de siempre.

No tengo interés en el debate sobre la duda filosófica, y viendo que Jorge y Ana no aceptan mi reto concreto, pongo fin a mi malévola estrategia.

—De acuerdo. Ya lo dejamos. Jorge, ¿me puedes asesorar sobre qué tipo de gimnasia me conviene para empezar? El único ejercicio que he hecho durante mucho tiempo es mantenerme en pie y sentarme, andar más bien poco y acostarme.

—Debes empezar suave, con ejercicios que imitan los habituales en la vida normal: andar, flexionar tus piernas y tronco, torsiones de tu cuerpo y cuello, algún ejercicio de brazos y respiración. Todo ello en series cortas, pero en cantidad suficiente como para que sientas una ligera fatiga en cada una de esas partes del cuerpo. Progresivamente irás aumentando esas series. Cuando sientas que tu cuerpo ha adquirido elasticidad, podrás hacer otras cosas, como remar, levantar pesas, etc.

—Mi cuerpo ha llegado a extremos de deterioro que parece irrecuperable.

—Sí que te veo en baja forma. La gimnasia mejorará de momento tu estado físico, pero no podrá devolverte la juventud.

—Eso que dices, que es cierto, es algo que me gustaría no haber escuchado. Y no es por vanidad, sino por la evidencia que supone reconocer que a partir de la plenitud en el orden de nuestro cuerpo, comienza el inevitable e irreversible desorden que nos conduce de nuevo a eso que tú llamabas principios básicos.

—Exacto; nos diluimos en el cosmos para sólo ser partículas catalogadas en la tabla de elementos. Algunas veces pienso que la vida, cuando comienza el declive físico, empieza a no tener sentido, y, sin embargo, todos nos aferremos a su último soplo. Por lo que a mí respecta y llegado el momento, creo que me plantearé acabar cuanto antes.

Ana mira sorprendida a Jorge; no suponía que fuera tan pronto a intentar minar mi moral. Luego me mira a mí, esperando conocer mi punto de vista sobre tan importante cuestión. Y no me sorprendo de que mis deducciones primeras se vayan confirmando palabra a palabra.

—Tus palabras ponen voz a mis pensamientos. Puedo anticiparte que yo no me aferraré a consumir el último soplo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Ana, un poco atemorizada, a la vez que perpleja.

—Lo que has entendido —se apresura Jorge a decir—. Alejandro quiere decir que se anticipará a ese momento. Un poco pronto para pensarlo para mí, pero que no puedo por menos que estar de acuerdo.

—A ti sí que te entiendo, pero quiero que responda Alejandro.

—Sólo haría confirmar tu sospecha, Ana. Pero quiero decir algo, y vale para los dos: el hombre suele elegir destinos que a veces alcanza y a veces no, aunque se pase toda la vida intentándolo. Si el hombre pudiera fijar a voluntad su destino en el tiempo, seguro que lo haría, porque nada abruma más al ser humano que el futuro incierto. En realidad su destino está ya escrito, y cada hombre podrá conocer el suyo con el transcurrir del tiempo. Sin embargo, morir es en sí un destino, y es el único que el hombre puede decidir fijar sin temor a que no se produzca cuando lo haya decidido. Cuando uno muere, todos los destinos que el hombre pudiera haber alcanzado en vida, confluyen, se fijan en su hoja de servicios, sin espacio para escribir nada más. Siendo así, fijar como destino la muerte, producida ésta se logran alcanzar todos los destinos y la posibilidad de conocerlos. El hombre, con su muerte, podríamos decir que alcanza su más alto destino, el destino final o suma de todos los destinos.

—Esa es una visión pesimista de la vida, Alejandro —dice Ana.

—No es tal, Ana. El pesimista ante la vida cree llevar una vida incierta, sin sobreponerse al destino, y nada más incierto que dejar que la vida fije tu muerte. Quien tiene voluntad de fijar su muerte, está haciendo confesión de optimismo.

—¡Muy bien! Es lo más sensato que he oído en mi vida, Alejandro. ¿Y cuándo crees tú que se debe fijar ese destino? —pregunta Jorge, a quien todo lo dicho por mí le suena a chino y sólo tiene una idea fija en su mente.

Ya no es extraño que sospeche del entusiasmo de Jorge.

—Para eso, Jorge, cada persona debe tener su calendario propio. Ya intuyo que quisieras saber cuál es el mío. El que yo te diera el mío, te diría bien poco. Cada uno lo debe fijar en función de una reflexión íntima y personal.

—Sí, pero si tú nos cuentas cual es tu reflexión, nosotros podremos debatirla y ayudarte a fijar tus ideas —insiste Jorge, seguramente pensando que yo voy a aceptar su bondadosa oferta.

—Morir no es una idea, es un hecho, como lo es nacer, desarrollarse, envejecer. Nacemos sin que nadie nos aporte previamente idea alguna; crecemos y nos desarrollamos, sin que las ideas de los demás influyan en ese curso biológico; envejecemos sin que nadie nos pueda decir cómo evitarlo; morimos sin que nadie pueda fijar el calendario, excepto si lo fija la misma persona que decide morir en un momento determinado. Cuando dejamos que la vida fije su muerte, estamos haciendo dejación del único acto de voluntad que termina con todo el proceso, espontáneo en sus fases, y que de otra forma nos permitiría ser dueños de ese destino del que antes hablaba.

—Pero ese destino no siempre se alcanza. ¿No cuentas con lo imprevisible?

—Como no se alcanza es si no se ponen los medios, Ana. Es por ello que se precisa un cierto optimismo. Los medios y tu voluntad lo hacen menos imprevisible.

—Efectivamente, pero será más alcanzable si uno cuenta con la colaboración de sus semejantes —dice Jorge, dando un paso más en una inducción que a mí ya no me pasa desapercibida y comienza a molestarme.

—Ya. En el caso de la propia muerte, no, porque la grandeza de la muerte voluntaria está, precisamente, en la utilización de los medios

propios. Cuando se acepta ayuda para realizar algo, se está declarando la incapacidad para hacerlo por uno mismo o porque has llegado tarde. En el caso concreto de tu muerte, si la incapacidad es física, significa que has errado al fijar la fecha, y entonces ya no puedes disponer de tu muerte y son los demás los que disponen de tu vida si recurres a ellos; con la petición de ayuda les induces al homicidio. Si la incapacidad es la falta de voluntad o decisión, aún es peor; esa ayuda no pedida se llama asesinato. Homicidio y asesinato son dos formas de violentar el derecho que cada uno tiene, a partir de sus propios medios, a disponer de su propia vida y de su muerte, vida y muerte no como una dualidad, sino como algo que yo identifico como destino sucesivo. La muerte de un ser por otro ser, sólo la justifica la naturaleza cuando éste debe elegir entre su propia vida y la del que quiere quitársela.

—Todo lo que dices tiene matices. Pero una cosa es cierta: si como decíamos ayer, el cuerpo es un conjunto de células, suicidarse no es matar el cuerpo, sino provocar la muerte de las células que lo forman —dice Jorge por decir algo, viendo que no obtiene el dato confidencial que le permite conocer cuándo yo tengo previsto llevar a cabo tal acto.

—Y del espíritu. ¿Qué me decís del espíritu? —añade Ana, preocupada ahora por nosotros y el tema que estamos tratando.

—El espíritu, Ana —dice Jorge—, y aunque tú no te lo creas, es una manifestación más de las células, como lo es el deseo de comer o el deseo sexual. Si las células envían ese mensaje al cerebro, te están diciendo que las mates, lo mismo que te decían que las alimentaras o...

Les interrumpo.

—Exactamente, Jorge. Por eso ayer os propuse, cuando hablábamos de las células, fijar una hipótesis de partida, y que veríamos si todo confluía

hasta conseguir la total verificación. Hasta donde hemos llegado, no hay duda del papel que desempeñan las células.

—¿Y cuál es ese papel? —pregunta Ana.

Persuadido de haber encontrado un hilo conductor seguro, digo, y hasta con apasionamiento:

—Son el principio de la vida y de la muerte, Ana; de nuestro pensamiento, de nuestros deseos y aflicciones; de nuestro placer y dolor... Las células nos permiten tener esperanza o nos la quitan, y son las células las que, finalmente, nos mandan la orden de acabar con el precario orden que las sostiene. Los que no piensan así y hacen de su muerte un acto espontáneo más, eso, en verdad, es un misterio que guardan celosamente las células. Quizá lleguemos a descubrirlo algún día...

Ana, visiblemente contrariada, me corta la argumentación.

—Yo puedo daros, si me dejáis, otras razones fundamentadas en principios religioso-filosóficos, que os permitirán al menos una visión más esperanzadora de la existencia humana y de la alegría de su disfrute en condiciones físicas normales.

—¿Le dejamos, Jorge? —pregunto mirando a Jorge.

—¡Ni hablar! Habíamos quedado en que pensaríamos por nosotros mismos —dice Jorge.

—No nos interesa lo que otros dicen, Ana. Mira si tú puedes aportar algo propio —apostillo yo..

—Pues, asunto terminado, como también yo decía ayer. En definitiva, que no somos casi nada; que estamos aquí porque una maldita célula le dio por dividirse, agruparse sus células hijas y formar unos conjuntos cerrados que se llaman hombres, pájaros, peces, plantas, etcétera. ¡Pues qué bien! Si eso es todo, no sé qué más esperamos averiguar de una puta mierda más o menos organizada que llamamos vida. Acabemos cuanto antes con esta

estúpida pretensión de ver qué mierda somos. ¡Qué sublime síntesis de la nada!

Intento rebajar la tensión del debate.

—No te exaltes, Ana. No has dicho nada que no sea cierto, excepto que siempre sea lo último que has dicho. Pero por lo mismo que yo puedo irme fijando ese destino, vosotros, vuestras células, si queremos ser exactos, quieren vivir y os piden seguir viviendo. No hay contradicción.

—Pues mis células, —sigue Ana— como tú dices, después de escucharos, se están preguntado ahora qué significa vivir tan poca cosa. Aunque también me están poniendo en guardia contra la inducción famosa que supone vuestras conclusiones.

No quiero pecar de lo que censuro y salgo al paso de la última afirmación de Ana.

—No se trata de inducción, Ana. Si tienes una explicación mejor, estamos dispuestos a escucharla y la asumiremos si es verificable. Tampoco lo que decimos nosotros lo tenemos enteramente asumido. Hemos hablado de hipótesis, hipótesis que tratamos de verificar. Si queremos conocernos, no es mal método partir del principio de nuestra existencia; no tenemos otra cosa mejor, a mi juicio. Pero, ya digo, si tienes algo, una alternativa que exponer, hazlo, pero si tu alternativa se sustenta en tu idealismo, me temo que a partir de esa herramienta nunca bajes de las nubes en las que tu mente parece complacerse por flotar en la ignorancia.

Ana, que piensa en los grandes pensadores que ella ha estudiado, no los utiliza como arma dialéctica porque sabe que nos se lo permitiría. En su lugar hace una profesión de fe profunda.

—Yo me siento feliz viviendo en esa nube. Pero dudo que sea feliz si me apoyo en el empirismo de vuestros planteamientos. Puedo vivir en plenitud con mi idealismo; encuentro en él las ganas de seguir viviendo y

disfruto de la vida; también me permite soñar, ilusionarme, tener esperanza. Nada de esto es verificable, desde luego, salvo en los resultados personales, es flujo vivificador que se siente cuando uno se predispone y lucha por alcanzarlos. Si esta alternativa no os parece aprovechable, ya me diréis a qué conduce la vuestra. Una casa se construye con piedras, como un cuerpo con células, según decís. Una casa es útil y hermosa, incluso cuando alguna de sus piedras pierde consistencia. El hombre la protege, la restaura, la hace durar a pesar del deterioro que le inflige el tiempo, y si el hombre hace eso con una casa, ¿no es un contrasentido, una necedad, que proceda a la demolición de su cuerpo al menor signo de deterioro? Y tú, aprendiz de médico, ¿qué sentido tiene tu adiestramiento como restaurador de los cuerpos maltrechos? Y tú, Alejandro, uno más entre tus semejantes, con la carga de frustraciones personales que quieras, ¿no eres capaz de comprender que lo que no está en ti lograr, te lo pueden proporcionar tus semejantes con el amor que no exige correspondencia? Tenemos una necesidad inconsciente de unirnos, pero la consciencia no sabe cómo hacerlo, no sabe cómo hacer para integrarse en un campo afectivo porque hemos dejado de comprender su sentido. Deberíamos admitir que estamos enfermos, enfermos de falta de amor, para, desde ese reconocimiento, intentar ponerle remedio, y el remedio es bien fácil: tenemos que aprender a dar y también a recibir. Uno y otro, por diversos motivos, habláis de la muerte como un destino, y yo sé el destino que cada uno buscáis. Pues bien, desde ese conocimiento que creo tener de vosotros, de vuestras íntimas y perversas formas de ver la vida, os digo que el sentido que cada uno le dais a la muerte es una puta mierda, de diferente color, pero mierda al fin. Uno y otro terminaréis hundidos y ahogados sin tiempo para cantar victoria. A mí, no me cabe duda que la muerte puede ser incluso digna, pero si se llega a ella después de una vida dignamente vivida en relación

con uno mismo y con los demás, y no como si en ella encontráramos la solución última de vivir siempre muriéndonos, para no morir nunca. Sí, la sociedad ahí fuera está enferma, pero porque los hombres y las mujeres que la componen están enfermos; Tanatos impera sobre un Eros devaluado. Vosotros os complacéis en descubrir vuestras existencias miserables y vivís con un miedo inconsciente, más importante que todos los miedos de la conciencia, que es el miedo que acompaña al odio como una sombra. Por si no lo sabéis, Tanatos representa el odio y Eros el amor. Y para terminar, lo aceptes o no, Alejandro, voy a citar a Heráclito, porque se hace necesario encontrar luz entre tanta oscuridad: "*Sin la esperanza, nunca obtendréis lo inesperado";* os puedo asegurar que entre lo inesperado, el hombre puede alcanzar la felicidad solamente con buscarla.

Las palabras de Ana nos deja mudos a Jorge y a mí. Ninguno de los dos puede ofrecer nada que Ana tenga que admitir como convergente con su pensamiento. Ana nos ha metido en un callejón sin salida, una vez más

Yo repito en mi mente muchas de las palabras de Ana, ideas y conceptos. Lejos de sentirme revitalizado, noto que mi pensamiento se hunde en el abismo, sin ningún asidero donde aferrarse. Efectivamente, últimamente y de forma perceptible por mí, yo vengo muriendo un poco cada día y quizá esa inercia me arrastra al final del pozo que parece llamarme y en el que todo desaparece, incluso la angustia, o así lo pienso. ¡Ana, Ana, qué forma tan simple de abortar mi sueño!

Jorge, visto el resultado de tanta inquietud trascendente, convertida en palabrería dañina, debe pensar en el error que supone ponerse a considerar estas cosas, que él antes desdeñaba y que no le causaban el menor problema, pero que ahora, por motivos diferentes a los de Ana, se ve obligado a considerar. *Tiene razón Ana, en fin de cuentas*, se dice a sí mismo y continúa: *¡Con lo agradable que era mi vida, a pesar de las*

dificultades! Disfrutaba de mis estudios y también la ilusión por ser médico y las perspectivas que ese hecho abría en mi vida. ¡Cómo disfrutaba de una ocasional buena comida, del sexo, de mis amigos, una novela, una película, de una salida al campo y el contacto con la naturaleza! Cuando sufría por algo, el reencuentro con los estados de bonanza y placer eran más valorados y disfrutados. Sí, ¿a qué conduce concluir que soy sólo un montón de células y, llegado el caso, plantearme problemas existenciales? Aun así, Jorge parece tener por ahora otras preocupaciones. La alusión de Ana a su particular instrumentalización de mi muerte no le ha afectado lo más mínimo. Vivir y no dejar vivir, si es necesario, para que su vida sea plena de sensaciones placenteras. Ese es su credo o la esencia de su ser; bueno o malo es un asunto de los demás, por fortuna no de su conciencia. El no es idealista y no se lo reprochan sus células, como tampoco le reprochan ser como es. Pero el encendido discurso de Ana le ha afectado en un sentido. Puede que el amor fuese la mayor conquista que el hombre podía alcanzar, y él bien poco ha hecho por conseguirlo. Ha perdido a Ana irremisiblemente y no parece haberse dado cuenta hasta ahora de la cantidad de disfrute que en ella podría haber encontrado. Eso si se puede cuantificar. Tiene razón Ana de que vale la pena luchar por algunas cosas que la vida te ofrece y que se desprecian, sin embargo, por otras que nada garantizan, salvo colmar el ansia de poseer. Luego de estas reflexiones, y como es habitual en él, Jorge se encoge de hombros. Es evidente que se conforma con ser como es. El pensamiento sólo le quería confundir y mortificar por causas ajenas.

En esta sucesión de pensamientos, también tengo tiempo para mí. Pienso en una salida, pero intransferible; sólo sirve para mí. Con voz grave contestó a Ana.

—Para mí ya es tarde subirme a tu nube, Ana. Son cosas que pasan. Mientras no piensas en la muerte, todo es deseable y hasta posible, pero yo no puedo evitar tenerla presente.

—¿Es que ya no encuentras motivos para querer seguir viviendo? Ese último soplo del que hablabas está aún lejos de ti. Todavía la vida te puede deparar placeres que sentir, placeres de todo tipo que tú podrás elegir. Aleja de tu pensamiento la muerte como destino y busca tu destino como hombre vivo; quizá no lo halles, pero vivirás con la ilusión de poderlo alcanzar; deposita tu esperanza en los demás, si no consigues ya tenerla en ti mismo; vale la pena vivir sólo por eso.

Mientras todo esto nos decimos, los tres hemos tomado nuestras máquinas de hacer ejercicio pasivo. Ana pedalea en una bicicleta con motor; Jorge fuerza los movimientos de un remo que va y viene por sí solo; yo camino en una cinta sin fin, bajo peligro de verme arrastrado por ella. Los pensamientos de los tres, suspendidos en sus propias consideraciones sobre lo que acaba de suceder, que ni yo mismo me atrevo a calificar de luz o más tiniebla.

Media hora más tarde, doy por terminado mi ejercicio y comunico a mis compañeros:

—Debemos comer, ¿qué os parece?

—De acuerdo. Creo que está bien por hoy. Prefiero ducharme en la habitación y cambiarme allí — dice Jorge.

—Sí, yo haré lo mismo — añade Ana.

—Entonces, nos vemos en la cocina.

***

Corta es la vida del hombre, aunque suficientemente larga para comprobar que sus caminos no llegan a ninguna parte. Algunos deciden llegar al límite, y al otro lado, sólo el vacío más absoluto. Y si ocasión tuvieran de regresar por sus pasos, se conformarían con dar vueltas alrededor de sí mismos...

***